



Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries
and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-
ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.







Handwritten text, possibly a name or title, mostly illegible.

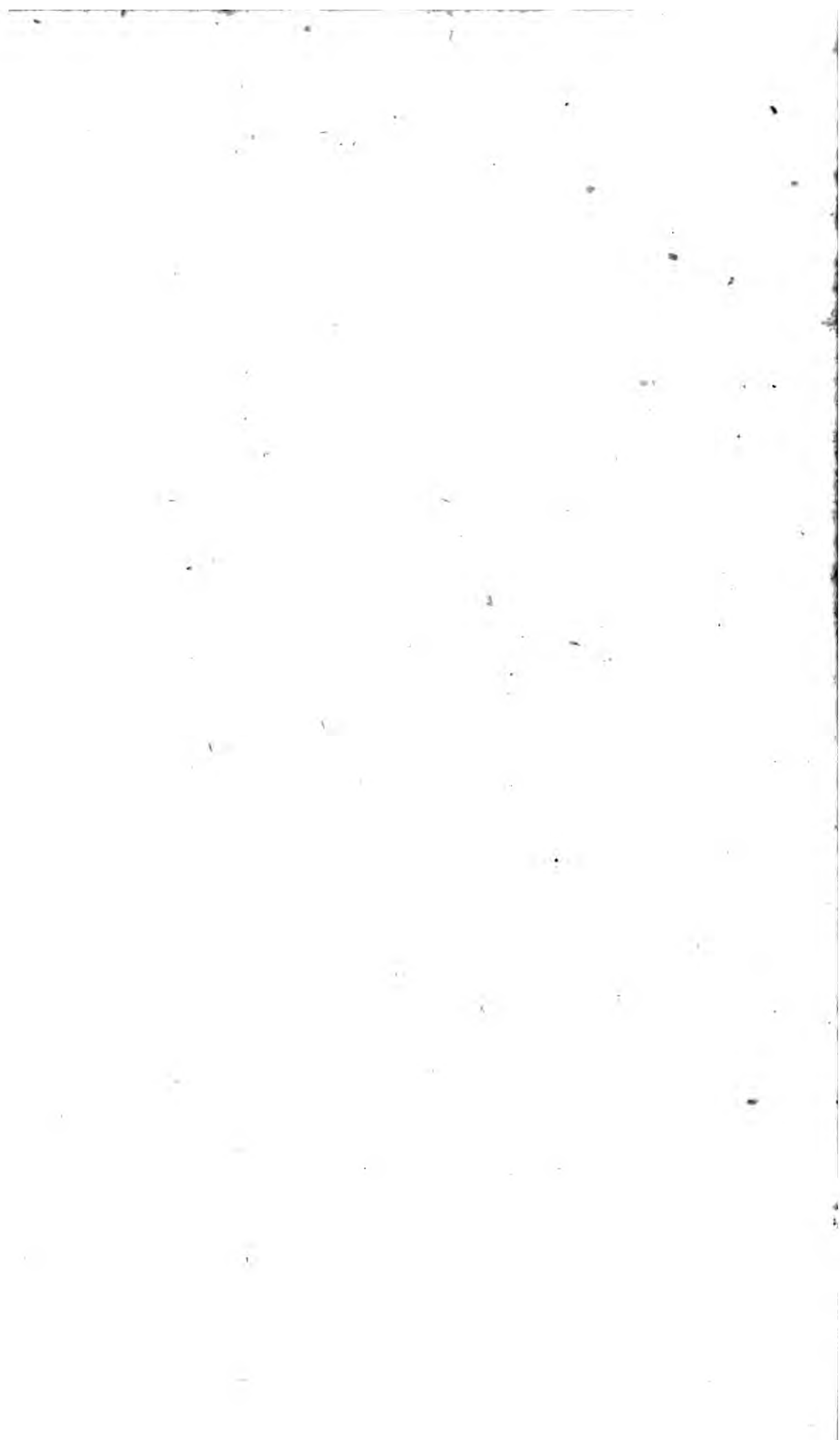
7/6

Bot. from Blackwell

937 e. 60

J W 10. 1826.

Henrietta Plancy Co
Las 28 de Mayo. 1826.







1825

1825

1825

1825

1825

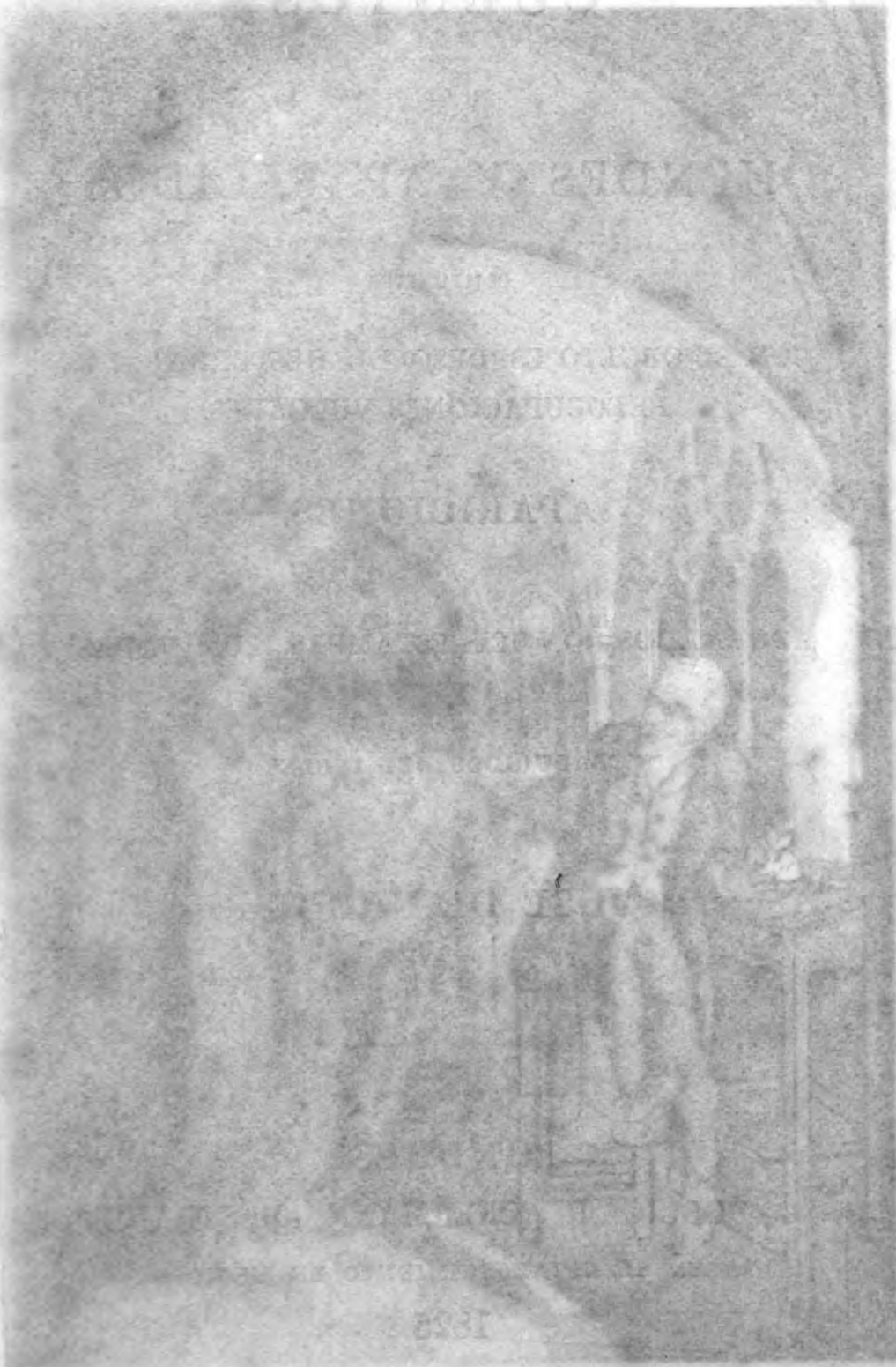
1825

1825

1825

1825

CLINTON



1831

CUENTOS

DE

DUENDES Y APARECIDOS :

COMPUESTOS

CON EL OBJETO ESPRESO DE DESTERRAR LAS
PREOCUPACIONES VULGARES

DE

APARICIONES.

ADORNADOS CON SEIS ESTAMPAS ILUMINADAS.

TRADUCIDOS DEL INGLES

POR

D. JOSÉ DE URCULLU.

LONDRES :

LO PUBLICA R. ACKERMANN, 101, STRAND,

Y EN SU ESTABLECIMIENTO EN MEGICO.

1825.



LONDRES :
IMPRESO POR CARLOS WOOD,
Poppin's Court, Fleet Street.

EL TRADUCTOR.



IGNORANCIA, temor é interés. He aquí los tres eges principales sobre los cuales se apoya toda la máquina de apariciones de muertos, duendes, espectros, fantasmas, y otras muchas cosas semejantes, que tantos malos ratos han dado al género humano. Abrase la historia universal, y se verá que apenas hay nacion, por antigua que sea, que no haya pagado este vergonzoso tributo: de modo que si no considerásemos que el hombre es un amasijo de errores y debilidades, la antigüedad y generalidad de tales preocupaciones sería un argumento poderoso á favor de ellas. No remontemos al origen del mundo, no

vayamos á buscar en el horrible crimen de Cain tal vez el primer origen de las apariciones. ¡Cuan natural es que se apareciese en sueños al fraticida la imagen de su desgraciado hermano, y que le echase en cara el delito atroz que habia cometido! ¡Y no es natural tambien que aterrado el criminal á la vista del inocente Abel, se figurase al despertar que su sueño habia sido realidad?

No vayamos, como digo, tan lejos; paremos un momento la consideracion en aquellos tiempos en que inundada la parte mas ilustrada de la Europa por las naciones bárbaras del norte, desaparecieron ante la espada del vencedor las Ciencias y las Artes, para que ocuparan su lugar la Supersticion y la Ignorancia. Jamas han sido mas frecuentes que entonces las apariciones sobrenaturales; y si hemos de creer las tradiciones de la edad media, apenas habia provincia, ciudad, pueblo, convento, ni aun casa que no

fuese visitada por los que habian cesado de pertenecer á este mundo. Los Espíritus llegaron entonces á vivir en la mas estrecha familiaridad con los vivos; en algunos casos solían hacer el oficio de criados, en otros hartaban de palos al temerario que se atrevia acercarse demasiado á escudriñar lo que hacian, ó lo que eran. ¡Cuántos volúmenes se podrian llenar con los casos de Duendes y Apariciones sucedidos solamente en los paises cristianos en aquellos bárbaros siglos! Los caminos, y mas especialmente los cementerios, se veian entonces mas frecuentados de Almas, que el Prado y el Retiro de Madrid de personas de carne y hueso en un hermoso dia de fiesta. ¿Y de donde procedia todo esto?—De la ignorancia, del temor, y del interés. La ignorancia, sin fuerza suficiente para rasgar el velo que no la dejaba ver claramente los mas sencillos fenómenos de la naturaleza, hacia que el

hombre atribuíese á un agente sobrenatural lo que él no podia comprender; el temor venia á apoyar frecuentemente lo que la ignorancia sostenia; y por último el interés acabó de consolidar tan funestos errores. El vulgo temia á los Espíritus, y los hombres algo ilustrados no trataban de sacarle del error, á fin de aprovecharse de su influencia, algunas veces para cosas buenas, aunque mas comunmente con siniestras intenciones.

Al fin empezaron á dar señales de vida las Ciencias y las Artes á esfuerzos de la esperiencia. Hubo hombres de bien, que se atrevieron á arrancar la máscara á los impostores, y que con su perseverancia y saber iluminaron algo el sendero por donde ellos mismos tuvieron que caminar á ciegas poco antes. Descubrieron mil supercherias, delataron al tribunal de la razon todos los manejos, enredos, patrañas, y embolismos de que se valían los

factores y propagadores de la superstición; y la recompensa que merecieron fue el ser perseguidos y tratados como impíos, y enemigos del altar y del trono. Arredraronse los sabios, y no se cuidaron del bien general, sino del particular que mas de cerca les tocaba á ellos.

Con todo, la España puede vanagloriarse de haber producido un varon, que quiso dedicar el vasto fondo de su saber á combatir y estirpar los errores populares en todo género de materias. Con este designio el famoso Benedictino Feyjoó, escribió su teatro crítico, y sus cartas eruditas, con una libertad de espíritu, hasta entonces poco practicada en aquel reyno. Muy agradecidos le debemos estar todos los Españoles por haber dispuesto con sus escritos los ánimos á recibir de lleno la luz de otras muchas verdades que él conocia, pero que no se hallaba en circunstancias, de presentar á sus compatriotas. ¡Que fondo de saber, cuanto valor, cons-

tancia y sagacidad necesitó aquel hombre eminente antes de presentarse, como otro Hércules, á esterminar los monstruos que infestaban su pais! Pero sobre todo, los Duendes, y Espíritus familiares vieron en él su mas terrible enemigo, y desaparecian á su vista. “Lo que puedo asegurar es, dice él, que de todos los cuentos de duendes, á que yo me hallé con proporcion para averiguar la verdad, los hallé falsos. Debajo de este velo se cometen muchas picardias, y así es razon que en cualquiera pueblo donde hay algun rumor de estos, los hombres de espíritu y penetracion se apliquen seriamente al examen, para que hallando ser impostura sea castigado el autor.”

Como para muchas personas tienen mas peso las autoridades que las razones, copiaré aquí dos ó tres párrafos de tan respetable autor, si es que todavia se necesita lo que él dice en el tomo tercero de su teatro critico, hablando de los duen-

des, para destruir tan absurdas preocupaciones*.

“ Los espíritus tímidos y supersticiosos, (calidades que suelen andar juntas) cualquiera ruido nocturno, cuya causa ignoran, atribuyen al duende. La imaginacion de los pusilánimes en la escasez de luz, de las sombras hace bultos ; y tambien á veces, con no menos riesgo, de los bultos hace

* Al paso que muchos autores Ingleses consagran, con laudable esmero, sus tareas literarias á combatir errores perjudiciales á la sociedad ; otros, llevados del interés pecuniario que les resulta de la venta de sus papeluchos, entretienen al vulgo con cuentos de espectros y apariciones tan horrorosos, que causan una impresion demasiado fuerte en los ánimos débiles de algunos lectores. No es menester mucha habilidad para componer cuentos de acontecimientos sobrenaturales, como los que yo he leído, y que el populo devora aquí con avidez por lo mismo que son prodigiosos y aterradores : lo que importa á sus autores es sacar dinero, sin hacer caso de lo que dice Delille : —

..... ainsi l'erreur voyage,
Passe d'un monde á l'autre, et vole d'âge en âge.

sombras. Si algun ruido de noche los despierta, el pavor les desordena el movimiento de los espíritus, de suerte, que en aquel tropel se les representan imágenes estrañas: á que ayuda mucho que en aquellos primeros momentos de la vigilia aun no ha sacudido la razon todas las nieblas del sueño. Entonces es cuando, aunque la cámara en que reposan esté totalmente oscura, juzgan divisar como errantes, y divididas, en medio de ténue luz, algunas sombras: si el miedo es escesivo, se perturba la fantasía de modo que participan el error de los ojos los oidos, ó la imaginacion por ellos, aprehendiendo que oye articuladas voces.—Es verdad que hay pocos sugetos capaces de tanto desorden, pero en otros suple su embuste aquellos extremos á donde no llega su error.”

“¡ O cuantos hurtos, cuantos estupros y adulterios se han cometido, cubriéndose ó los agresores, ò los medianeros con la

capa de duendes ! Estas pesadas burlas se detuvieron, ó atajaron, siempre que en la casa donde se egecutaban habia algun hombre de espíritu, que intrepidamente se empeñó en el examen de la verdad. Donde toda la familia se compone de gente facilmente crédula, triunfa seguramente el embuste, salvo que algun accidente le manifieste.”

El mismo Feyjoó en otra parte dice lo que sigue. “Sugetos que en las narraciones comunes son bastantemente veraces, ya por el placer de ser oídos de los circunstantes con una especie de admiracion y asombro, ya por la vanidad de que en alguna manera los particulariza, y eleva sobre los demas, haberlos el cielo escogido para testigos de cosas, que están fuera del curso regular de la naturaleza, caen en la tentacion de mentir en estas, aunque veraces en las de la clase comun y trivial. ¡ De que otro principio sino de éste vienen tantos milagros supuestos, tantas posesio-

nes diabólicas, tantas hechicerías, tantas visiones de espectros, tantas apariciones de difuntos? Los mas duendes habrán sido pícaros y pícaras, que con el terror que infunden á las gentes, abren paso libre á sus maldades. Habrán sido tambien duendes ratones y gatos, que travesen de noche: habranlo sido otras bestias, que por algun accidente se inquietan; habranlo sido ondados de viento, que golpean puertas ó ventanas mal ajustadas: habranlo sido otras cien mil cosas, que siendo muy del mundo en que vivimos, á gente tímida y de ninguna reflexion representan ser cosas del otro mundo.”

Tambien el fecundo D. Pedro Calderon de la Barca escribió, mas de cincuenta años antes que Feyjoó publicase sus discursos, una comedia con designio sin duda, de hacer la guerra á los duendes, intitulada la *Dama duende*. Ademas del argumento de la comedia, el final del primer acto hace ver que el autor tuvo la idea

de atacar no solamente el error popular de los duendes, sino las Brujas, Hechiceras, Mágicas, Encantadoras, Energúmenos y Espíritus familiares.

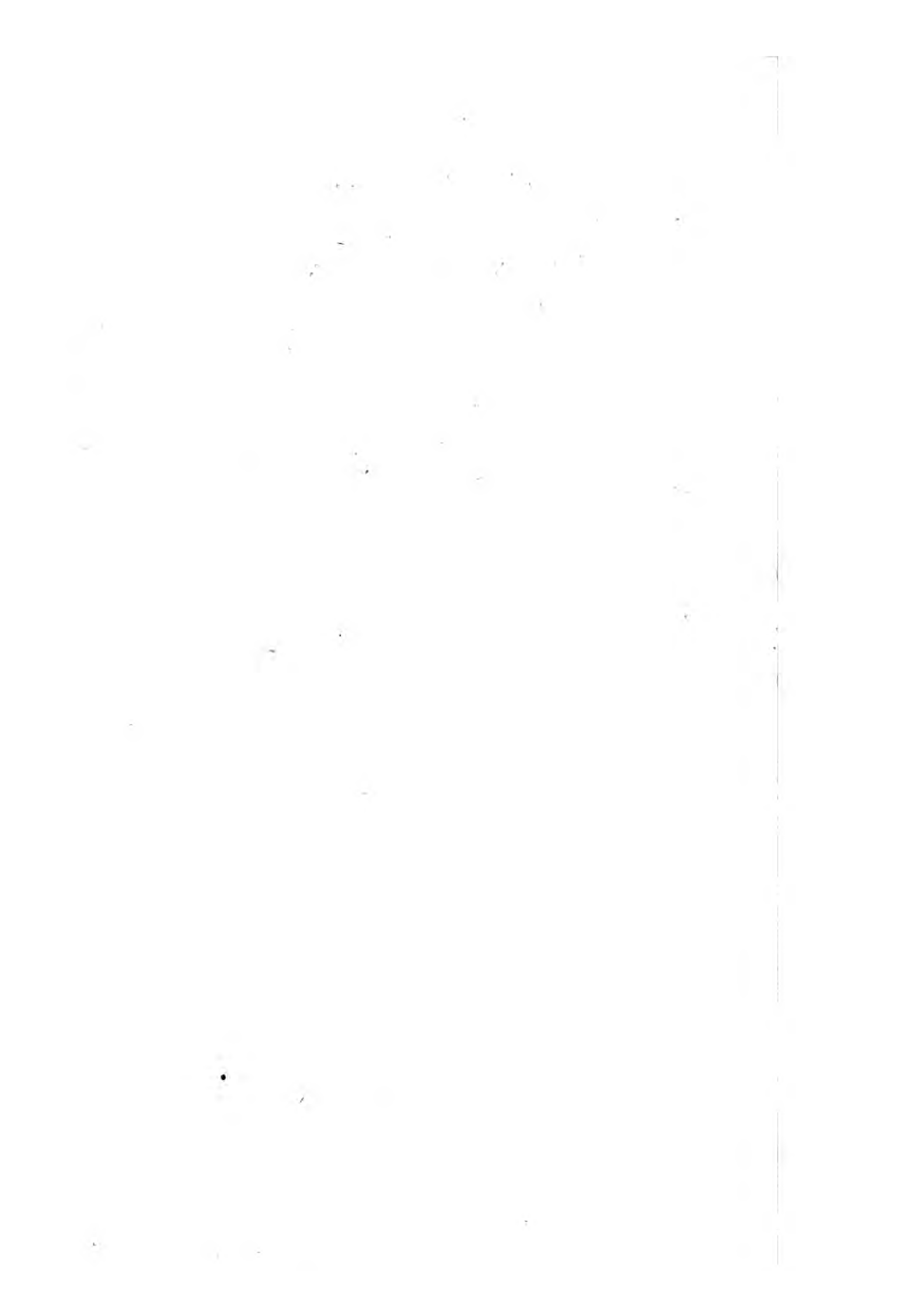
Pero todo esto no basta para arrancar de cuajo preocupaciones hondamente arraigadas; es preciso valerse de las mismas armas de que se han valido los impostores, para aniquilarlas. No sirve decir que un duende no se aparece jamás en público, ni que un muerto se presenta nunca en una concurrencia á las doce del dia, y á cosas de mas importancia y utilidad general que las que comunmente se publican, porque para todo esto tienen respuestas evasivas los crédulos ó engañados, y nada les cuesta asegurar que miles de personas valientes y veraces vieron al duende, al difunto ó al espectro. Es necesario presentar casos iguales á los que dichas gentes preocupadas refieren, y demostrar, hasta hacerlo palpable, las causas naturales que produjeron lo que para ellas eran cosas del

otro mundo, ó patentizar los medios y ardides de que se valieron los que tuvieron interés en engañarlas.

Este es el obgeto que ha tenido el Sr. Ackermann al publicar en inglés los siguientes cuentos hace dos años. La buena acogida que han tenido en Inglaterra, y la utilidad que de su lectura podrá resultar á los paises en que se habla el idioma de Castilla, le han inducido á publicarlos en español con seis estampas iluminadas. Pero habiendo observado yo que el autor ó autores de los tales cuentos, no habian hecho uso de un medio natural, muy conocido en el dia, pero que en otros tiempos pudo ser mina inagotable de sucesos portentosos, chascos pesados, y milagros falsos, he compuesto el último cuento dividido en dos partes. Nada hay en él de real y verdadero sino la marcha militar á la frontera de Francia.

Al fin de cada relacion, el lector encontrará la solucion de aquellos fenómenos que

al principio pudieron parecerle sobrenaturales y desaparecerá el pavor que pudo inspirarle su lectura. Estoy casi seguro que el que lea este libro sacudirá el yugo de los temores nocturnos, si es que gime bajo su opresora tiranía, y se contemplará con el valor necesario para descubrir las causas naturales de cualquiera aventura de duendes ó fantasmas que le suceda en el curso de la vida.



INDICE.

	Pag.
EL MANTO VERDE DE VENECIA : HISTORIA VERDADERA	1
EL DUENDE DE LARNEVILLE	122
BARBITO, Ó EL ESPECTRO DE CUENCA : CUENTO ESPAÑOL	130
LA APARICION DEL LUGAR. HISTORIA VERDADERA	148
LOS DUENDES DEL CASTILLO	161
EL DUENDE DE LONDRES	175
EL ALMA DEL DESERTOR	179
EL ESPECTRO ACUATICO	193
EL FRAILE DUENDE, Ó EL ALMA DEL PURGATORIO EN EL PALACIO IMPERIAL DE VIENA ...	200
EL ALMA DEL GENERAL MARCEAU	209
EL DUENDE ENAMORADO ...	214

	Pag.
LA APARICION DEL CONDE WALKENRIED.....	222
CONFESION EXTRAORDINARIA DE UN ESPECTRO...	235
MARIANA	246
EL DIABLO Y EL GRANADERO PRUSIANO	267
EL PELIGRO DE CHANCEARSE CON LOS MUERTOS	271
EL DUENDE DE LA POSADA DE MEQUINENZA....	281
EL OSO DE FRIEDRICHSHALL	293
EL MANUSCRITO CATALAN.....	299
PADRE EN VIDA, Y TESTIGO EN MUERTE.....	322

EL

MANTO VERDE DE VENECIA:

HISTORIA VERDADERA.

EN el escritorio del Señor Melinger andaban duendes. Tobías, criado viejo de la casa, estaba tan firmemente persuadido de ello, que mas de veinte veces contó á Rosa, la ama de llaves, bien que obligándola por todos los santos de la corte celestial á guardar el mas profundo secreto, que solia oir ruidos á media noche; que el libro mayor se abria y cerraba por sí mismo; que el duende andaba en chancletas, y que habia oido claramente el retintin del dinero que contaba.

La casa habia sido antes un convento de monjas. El Señor Melinger habitaba el piso principal despues de haber empleado algunas talegas en ponerlo á su gusto. Todo lo que

tenia relacion á negocios de comercio se despachaba en el escritorio, que estaba al piso de la calle, dejando lo demas de la casa en su estado original, tanto por razones de economia, como tambien porque su hija única, Cristina, por cierto gusto romanesco, habia pedido que se conservase religiosamente la solemne tenebrosidad de aquellos venerables y antiguos claustros. Su buen gusto no podia permitir que se tocara á las oscuras celdas; y por el modo con que arregló toda aquella parte del edificio, la joven y amable señorita pasaba por algo visionaria; ciertamente no tenia vanidad en pasar por tal, pues no era facil hallar un alma mas candorosa, ni un genio mas natural que el de Cristina. Habia quedado sin madre siendo niña, y su padre estaba tan ocupado con sus dos millones de duros, que no tenia tiempo para cuidar de ella, por cuyo motivo la puso en un convento de Ursulinas, y de este modo, llevando la vida mas retirada y tranquila, llegó á los diez y ocho años. Allí aprendió todo lo que convenia á su edad y clase, y la santa inocencia de su alma era tan perfecta, que apenas la hubiera costado nada encerrarse para siempre en un claustro.

El Señor Melinger habia tenido por ama de llaves una vieja á la cual echó de casa por repetidas pruebas de mala conducta; en su lugar tomó á Rosa, joven amable; y al mismo tiempo sacó del convento á su hija para que dirigiera los negocios domésticos. No bien habia vuelto á la casa paterna cuando la fama de su hermosura se esparció por todas partes; y aunque el Señor Melinger no tenia tertulia, ni daba convites, con todo, no hubo tio, ni tia, primo, ni pariente, por remoto que fuese, que no viniese á visitar á su hija. Porque, la verdad sea dicha, todos ellos eran de opinion que una heredera de dos millones de duros era una novia buena para cualquiera individuo de sus familias, fuese viejo ó joven. Todos la obsequiaban, todos se deshacian por captarse su voluntad; de un convite pasaba á un sárao, del teatro á una cena espléndida. Pero las alegres fiestas, los costosos entretenimientos, y el homenaje, que bajo mil formas diferentes tributaban á sus atractivos, no alteraron lo mas mínimo la bondad de su caracter; ni sirvieron para persuadirla que era rica y hermosa. No así su padre, á quien no se le escapaban las miras de los obsequiantes; observaba que el motivo de todas las atenciones

eran la hermosura celestial de la doncella, y el divino influjo del oro. Era preciso ser muy lerdó para penetrar sus designios, y por lo tanto logró con bastante delicadeza tenerlos á cierta distancia sin ofenderlos. Por la noche, despues de volver de algun convite, solia pasar en revista á todos los que habian asistido á él; y era tal la gracia que tenia en ridiculizarlos, que ni siquiera un pelo de sus cabezas se escapaba de su escrutinio. Tan agradable era su talento, que Cristina hallaba mas placer en escuchar la crítica que hacía su padre, que en la conversacion y diversiones que daban pábulo á ella. Muchas veces habia oido decir que su padre era uno de los hombres de mas agudeza y penetracion, y que nadie le igualaba en conocer al género humano; cuando volvia á encontrar á aquellos de quienes él habia hablado, echaba de ver cuan ciertas eran todas sus observaciones. No habia pasado medio año cuando Cristina se reia de todo el mundo; por consiguiente aquellos que no eran ciegos adoradores de sus atractivos y riquezas se fueron retirando, mientras que tiraban del carro de su trúnfo unos cuantos tontos, cuyos suspiros, se perdian en el ayre, pero que no obstante la asaltaban continua-

mente con declaraciones amorosas en prosa y verso.

Poco á poco empezaron á enfriarse en sus alabanzas aquellos mismos que mas la habian admirado en un principio. Las personas que arrojaron la primera piedra fueron las hijas y las madres, entre las cuales, el hermoso rostro de Cristina, sus grandes, rasgados y espresivos ojos, su dorada carroza, sus brillantes joyas, y la inagotable variedad de sus trages y atavíos la grangearon mil enemigas. Pero todavia mas irritados que estas estaban los importunos galanes cuya terneza habia sido despreciada, cuyos ruegos nunca fueron escuchados. Sin embargo Cristina ignoraba la causa de semejante mudanza; hasta ahora las madres se manifestaban corteses con ella, las hijas atentas, los hijos obsequiosos; mas ella echaba de menos aquella amistad franca, y sincera que habia encontrado entre las buenas y cariñosas Ursulinas en su primera juventud. Dentro de las sagradas paredes que la separaban del mundo, nadie la envidiaba, nadie fue ridiculizado por ella; allí era amada de todos, y en ninguna parte se creyó mas feliz que en su solitaria celda. Justamente deseaba esto el Señor Melinger, y

su plan tuvo el resultado que se habia propuesto. Su hija se fastidió de una sociedad compuesta de gentes sin caracter, y se entregó al cuidado de su casa, á sus libros, á sus instrumentos, y á sus flores.

Entre tanto el padre no se descuidaba en observar el yerno que podia convenirle. Hacia muchos años que estaba en relaciones de amistad con el rico negociante veneciano Sponseri, cuyo hijo único, igual en riquezas á Cristina, despues de haber sido educado para el comercio bajo el cuidado de su padre, iba á entrar en un escritorio extranjero. El viejo Sponseri, que entendia perfectamente los negocios mercantiles, era sabedor de las buenas circunstancias del Señor Melinger: sabía tambien que tenia una hija única, cuya edad correspondia á la de su hijo; que por razon de sus muchas relaciones y estenso comercio su casa debia ser la mejor escuela para un negociante joven; y por ultimo que el Señor Melinger habia sacado discípulos muy diestros. Esto le determinó á proponer al Señor Melinger que su hijo serviria en su escritorio algunos años sin salario, lo cual fue aceptado de la mejor gana, no solamente porque así se ahorraba el gasto de

un dependiente, mas tambien con la esperanza de que el joven Sponseri y su hija Cristina podrian formar con el tiempo una union matrimonial, con un capital de cuatro millones cuando menos. Así que recibió el aviso de Venecia despidió uno de sus mancebos, para que el joven Sponseri pudiera pasar en persona dentro de poco tiempo á su casa.

“ El hombre compone y Dios dispone :” estaba escrito que los padres verian frustrado su proyecto.

En este estado se hallaban las cosas cuando Rosa dió parte á Cristina de lo que la habia contado el viejo Tobías, bajo promesa del mayor secreto, acerca de los estraños ruidos que habia oido en el escritorio. Cristina la escuchó con la mayor atencion : á pesar de un entendimiento ilustrado, no habia podido desarraigar muchas ideas supersticiosas debidas á su educacion monástica ; y de aquí nacia el no poder vencer cierta inquietud que produjo en su ánimo la relacion de Rosa. Entrando á reflexionar consideraba si podia caber algun engaño. El escritorio habia sido en un principio el oratorio de la abadesa ; estaba contíguo á la iglesia, que aun servia para el público, separada solamente

de aquel por una puerta de hierro con tres fuertes cerrojos y sus correspondientes llaves.

Uno de los cerrojos y dos cerraduras podian abrirse por la parte del escritorio, y las demas por la iglesia; de donde se venia en conocimiento que estando entendidos algun criado de la casa y el sacristan, era muy facil entrar en el escritorio, y hacer lo que mas les agradase. La puerta debió haber sido condenada con ladrillos hacia mucho tiempo, pero cuando el Señor Melinger compró el convento no convino en ello, y así permaneció *in statu quo*, sin que el Señor Melinger hiciera ánimo de gastar una peseta mas de lo que á él le correspondia.

Cristina habia prometido á Rosa no decir una palabra á nadie acerca del supuesto duende, mas despues llegó á pensar que el asunto merecia comunicarse á su padre para hacer las pesquisas necesarias. No pudo su padre contener la carcajada, porque justamente él mismo era el que habia andado en chancletas despues de media noche en el escritorio. Habia una escalera secreta, ignorada de todos, que iba desde su cuarto, ocupado antiguamente por la abadesa, á la antigua capilla, convertida ahora en escritorio. En un nicho del despacho estaba

una figura arrodillada que representaba la patrona del convento Santa Clara, con las manos cruzadas al pecho, y este nicho era la puerta secreta de la escalera. Pocas veces los ricos duermen á pierna suelta; y ciertamente el Señor Melinger no era una escepcion de la regla. Muchas noches cuando creia que todos estaban envueltos en el mas profundo sueño, solia hajar al despacho, abria los libros, y contaba el dinero para ver si los dependientes cumplian con su obligacion ó eran infieles. Sin embargo nada de esto contó á Cristina, y en cuanto á la carcajada que se le escapó, para que no entrara en sospechas, dijo que sin duda el viejo Tobías habia soñado en duendes; pero entre tanto estaba bien lejos de imaginar que á la noche siguiente pensaria de un modo enteramente opuesto en este asunto.

Cuatro semanas habian pasado ya desde que se hizo el convenio para emplear en su casa al joven Sponseri, y al observar el Señor Melinger tanta dilacion empezó á temer que le hubiese ocurrido algun accidente, por cuya razon aquella misma tarde escribió á su padre para hacerle sabedor de sus recelos. Por la noche no pudo dormir, y como tenia de costumbre bajó al

escritorio. Así que empezó á revolver sus libros y papeles oyó que, con la cruz de hierro, que habia servido de aldaba desde que se edificó la casa para convento, acababan de dar tres aldabazos tremendos en la puerta que resonaron en todas las habitaciones. El viejo Tobías saltó al momento de la cama, y creyó á pies juntillas que no podía ser sino el diablo mismo el que hacia semejante ruido. Vistiose corriendo, encendió una linterna, bajó las escaleras, abrió la puerta, y hubiera gritado altamente, “¿Quién está ahí?” á no ser por una figura pálida como la muerte, envuelta en un manto verde, que le clavó de tal modo los ojos, que Tobías lleno de horror creyó ver un cadáver que se movia.

El Manto Verde, sin articular una sola palabra, entró en la casa, y prosiguiendo, como una persona que conocia todos los pasadizos, hasta la puerta del escritorio, dió tres golpes tan fuertes en ella que el eco resonó en todo el edificio. El Señor Melinger temblaba como un azorado: la primera llamada á la puerta de la calle á una hora tan intempestiva ya le habia alarmado, y habia subido á toda priesa á su cuarto en busca de la llave del escritorio para







abrir la puerta y ver quien era el que pedia la entrada de un modo tan ruidoso. En el mismo instante en que estaba dando vuelta á la llave, resonaron los tres golpes en la puerta forrada de hierro; cayósele el alma á los pies al Señor Melinger, y entonces se acordó de lo que Cristina le habia dicho por la mañana acerca del huesped nocturno.

Luego que el Manto Verde percibió que la puerta no estaba sujeta con llave, la abrió, entró con pasos graves en el escritorio, y, sin decir una palabra, alargó una carta al Señor Melinger, quien, á la primera mirada de aquel rostro cadavérico, quedó sobrecogido de una especie de desmayo. Despues de una ligera pausa, que espresaba el terror de su alma, tomó con mano trémula la carta, y vió que era del viejo Sponseri, para que se presentase con ella su hijo Anselmo.

Mientras la estaba leyendo, el Señor Melinger se recobró algun tanto del susto; riose interiormente de sus temores, y recibió al hijo de su antiguo amigo con aquella urbanidad acostumbrada en casos semejantes. Diole la bienvenida, y hubiera abrazado al que se figuraba habia de ser su yerno, á no retirarse el joven

dos pasos atrás, y decirle con ronca voz: "No me toques. Estoy muerto; esta mañana he espirado. Ahora debo volver al sitio de donde vengo. ¡Adios!"

A medida que el Manto Verde iba hablando con inmóviles y opacos ojos, la sangre del Señor Melinger se helaba por momentos; mas cuando de entre los pliegues de la túnica salió una mano fría, cadavérica que tocó la suya al despedirse, no pudo dejar de dar un grito; erizarónsele los cabellos, tembláronle las rodillas, y casi perdió el aliento necesario para la respiración. El Manto Verde estaba en pie como una estatua de mármol: todo espíritu vital se había apagado en él á escepcion del habla y el poder estender su mano cadavérica.

"Mañana, continuó él, me apareceré á mi padre en Venecia. Dame un recibo de la carta que te he traído para poder presentárselo. Ten cuidado de que se me entierre de un modo decente, porque soy extranjero en este país, y á nadie sino á tí conozco. Si la Providencia permite que yo vuelva á este valle de lágrimas, cuenta con que presto te veré otra vez. Daré cuenta de todas tus acciones al eterno Dios, que nos juzga como nosotros juzgamos á nues-

tros prógimos: obra pues en conformidad. ¡Adios! Deseo con ansia mi sepulcro, pero antes venga el recibo.”

El Señor Melinger escribió con mano trémula; el aparecido tomó el papel y lo metió en la manga, y enseguida se dirigió á la puerta seguido del negociante. Tobías estaba esperando allí con una luz, pero al ver como temblaba su amo, apenas tenia fuerzas para sostenerla. El cadavérico espectro, con ojos espantosos, le miró faz á faz, y sin proferir una palabra pasó por su lado gravemente, y dejó la casa.

“ Sigue al extranjero, dijo el Señor Melinger al oido al medio muerto Tobías, y observa á donde va.”

“ ¡ Ah Señor ! contestó Tobías sacudiendo la cabeza, este no es extranjero; es un cadaver, un espíritu, una alma en pena, ó tal vez el diablo mismo.”

“ Querido Tobías, replicó el Señor Melinger con un tono de bondad no acostumbrado, dos duros te daré con tal que le sigas; mira donde se pára: creeme, es extranjero, es el joven Sponseri de Venecia; se me ha olvidado preguntarle en que posada vive.”

Jamas habia llamado el Señor Melinger á su fiel criado "querido Tobías," ni tampoco le habia ofrecido nunca dos duros por un solo recado.

Tobías hizo de tripas corazon, se santiguó y empezó á seguir á cierta distancia á la figura misteriosa en medio del silencio y oscuridad de la noche. Las doce estaban dando justamente en la cercana iglesia, cuando la figura llegó al cementerio de los frayles Agustinos, llamó tres veces á la puerta de hierro, abrierónsela por la parte de adentro, el Manto Verde entró, volviose á cerrar la puerta; el viejo Tobías penetrado de horror, echó á correr á todo escape á casa, para contar á su atónito amo cuanto acababa de ver y oir.

"No digas nada de lo que ha sucedido, Tobías, principió el Señor Melinger, dando al pobre viejo los dos duros que le habia prometido: mañana trataré de saber donde estaba alojado el Señor Sponseri. Ahora vete tranquilamente á la cama, y ten todo esto en el mas profundo secreto."

Ni el Señor Melinger, ni su criado pudieron conciliar el sueño en lo que restaba de la noche. Aquel leyó y volvió á leer mil veces la carta que le dió el pálido mensagero, escrita de puño

del mismo Sponseri, el padre, que con cariño paternal le recomendaba su hijo Anselmo. Hablaba del sacrificio que hacia en permitir que fuese su hijo único tan lejos de su casa á concluir su educacion comercial al cuidado del Señor Melinger, y concluía pidiendole encarecidamente que le avisase de cuando en cuando como se comportaba, y que le diese unos mil duros anuales para el bolsillo cargandóselos despues en cuenta.

Por la fecha de la carta se venia en conocimiento que habia sido escrita hacía cinco semanas; en el viage no pudo haber tardado arriba de una, luego por algun motivo ú otro resultaba una tardanza de cuatro semanas en la entrega. Conforme á su propia declaracion debió haber muerto recientemente, supuesto que aun no le habian enterrado. En medio de estas dudas el Señor Melinger estaba esperando que llegase la hora de poder informarse de la policia donde habia habitado el muerto, y no quiso escribir á su padre la fatal noticia hasta saber las resultas de lo que trataba de averiguar.

Las palabras del aparecido están en su pecho como una masa de hierro candente. “ Daré cuenta, dijo él, de todas tus acciones al eterno

Dios, que nos juzga como nosotros juzgamos á nuestrós prógimos.” ¿Que habrá querido decir con esto el pálido habitante del otro mundo? Pareciole que esto era un aviso de que pronto tenia que presentarse ante el tribunal de Dios, y en conformidad de esta idea examinó toda su vida pasada. Estaba viendo al pobre, á quien con palabras duras habia arrojado de su presencia, presentándose como testigo contra él; oía las quejas de aquellos á quienes habia engañado en asuntos de comercio; esforzábale en acallar el grito de la conciencia escusándose, como lo hacen muchos, con que las limosnas fomentan la ociosidad, con que un hombre de grandes negocios no puede sugetarse siempre á las severas leyes de la moral; pero todavia su conciencia le acusaba de no haber adquirido justamente considerable parte de sus dos millones. Nunca examinó su interior tan profundamente, ni nadie penetró tan adentro su alma como el visitador incomprensible.

Por la mañana, despues de haberse desayunado, marchó corriendo al despacho de la policía con ánimo de saber la residencia de Anselmo Sponseri de Venecia. El encargado de este ramo abrió el libro, y dijo: “Vivia en la

posada del Sol, número 14, y murió ayer por la mañana á la edad de veinte y cinco años." Enseguida dió todas las señas de su persona. "Todo cuadra exactamente," replicó el Señor Melinger, lleno de admiracion, y llevando la mano á la frente, se salió de la oficina con paso poco firme. Inmediatamente se dirigió á la posada del Sol, y preguntando por el joven Sponseri, le llevaron al número 14, donde vió al terrible visitador de la noche precedente, estendido en un ataúd, cubierto ligeramente con el manto verde, y un papel blanco en la manga.

Aquí es donde el viejo acabó de perder el poco valor que le quedaba; lloró, quizás por la primera vez en cincuenta años, esto es, en toda su vida. "¿Que papel es aquel que tiene en la manga?" dijo al criado que le acompañó al cuarto. El criado lo cogió, lo abrió, y se lo mostró al Señor Melinger, que temblaba violentamente al ver que era el recibo escrito de su propio puño la noche anterior. "¡Vuélvelo á poner allí! Vuélvelo á poner!" dijo horrorizado el Señor Melinger, apartando la cara á otro lado, y acordándose que Anselmo le habia dicho que pensaba dar el recibo á su padre en

prueba de haber entregado su carta. Despues de haber rezado entre dientes algunas oraciones á los pies del difunto, volvió presuroso y muy turbado á su casa, donde fue recibido por Cristina con un semblante, que demostraba claramente estar enterada de cuanto habia pasado. Era el caso que Tobías habia contado todo á Rosa, y Rosa no pudo pasar mucho rato sin contárselo á Cristina.

“ El domingo que viene, hija mia, iremos á comulgar, dijo él, y todos los sábados darás diez duros de limosna á los pobres; y si sabes por casualidad de alguno que se halle en mucha necesidad, dímelo para socorrerle. Tambien de aquí en adelante darás á Tobías y á Rosa pan y manteca para cenar, y vino aguado dos veces á la semana. No tengo inconveniente en que les des carne á la hora de comer, si te parece bien; dime igualmente si soy tacaño ó miserable; las gentes han dado en decir que lo soy, pero bien sabe Dios que es falso; y te confieso que no perdonaré medio alguno para desterrar hasta las apariencias mismas de tacañeria.”

Cristina estaba muy triste; pero al mismo tiempo se alegraba de la mudanza de su padre, porque entró á reflexionar que nunca se habia

mostrado tan bueno como en este momento. Enseguida el Señor Melinger mandó llamar al dependiente principal, y le contó en breves palabras, que el Señor Sponseri á quien, como sabia él, le esperaban de Venecia, habia llegado á la ciudad, y acababa de morir casi inmediatamente. Diole luego la orden para disponer un entierro muy suntuoso, cargandóselo en cuenta al Señor Sponseri el viejo. “ Mi querido Stipps, continuó el Señor Melinger, convidad á todas las casas principales de la ciudad ; y os ruego que acompañeis el cadaver hasta la sepultura, porque la muerte de este joven me ha trastornado tanto, que me siento enfermo y por consiguiente no me será posible asistir al entierro.”

El Señor Melinger dió así mismo orden para que se insertase un aviso en los periódicos reducido á hacer saber que tenia necesidad de un dependiente que pudiese seguir la correspondencia Inglesa é Italiana, que debia haber estado á cargo del joven Sponseri; pero encargando al mismo tiempo muy particularmente que el aviso fuese muy corto pues subia mucho el gasto de la insercion siendo largo.

El joven, con arreglo á las órdenes dadas, fue

enterrado con la mayor magnificencia, y despues de concluido el funeral el Señor Stipps se presentó á dar cuenta de todo. Cristina, que le estuvo escuchando con la mayor atencion, le preguntó asi que acabó su relacion; “¿ Como dispuso Vd. que se le vistiera, Señor Stipps? De negro, ¿ es verdad ?” — “ Esa era nuestra intencion contestó el dependiente, pero habiendo encontrado un papel que espresaba su deseo de ser enterrado con el manto verde que siempre habia llevado, cumplimos su voluntad. En el ataúd habia un papel, y lo dejamos alli porque el mozo de la posada me aseguró que Vd. Señor, lo habia leído y mandado espresamente que se dejase donde estaba.”

“ ¿ Era bien parecido el joven ?” preguntó Cristina.

“ Ciertamente debió serlo cuando vivia, contestó el dependiente, pero cuando una persona está muerta — cuando se han hundido los ojos — cuando las megillas están palidas y descarnadas, la faz lívida, fria y tiesa — regularmente no suele parecer muy bien. Pero hay cosas tan estraordinarias en lo que pertenece al joven Sponseri, que las gentes no saben lo que pensar acerca de él.”

“ ¿ Pues que hay ? ” preguntaron á un mismo tiempo el padre y la hija.

“ Perdona Vd. Señor : no quiero decir que yo pienso nada malo, sino que no sé lo que las gentes pueden pensar. Este caballero, hijo de su amigo de Vd. murió por la mañana : pusósele fuera de la cama con el manto verde sobre él, y una sábana encima, y despues se cerró el cuarto. A las once en punto de la noche, la cerradura de la puerta empezó á sentirse ; el criado oyó el ruido claramente ; tambien se despertó el mozo de la cuadra, y creyendo que alguno andaba á la puerta de la calle, se levantó. En aquel momento el Manto Verde pasó á oscuras por su lado, y con voz ronca y sepulcral le dijo, ‘ ¡ Abre la puerta ! ’ El mozo medio dormido y lleno de miedo, obedeció, y el Manto Verde salió con paso mesurado á la calle. ¿ Que dicen Ustedes á esto ? ”

“ ¡ Dios tenga misericordia de su alma ! ” prorumpió el Señor Melinger.

“ Está bien, y á la mañana siguiente ¿ que es lo que sucedió ? ” preguntó asombrada Cristina.

“ Por la mañana el cadaver estaba en el ataúd como antes cubierto con el manto verde,

y en la manga el papel, que segun las órdenes de Vd. Señor, debia enterrarse con él. No hay alma viviente que le haya visto volver á la posada, ni oido abrir la puerta; la cerradura estaba intacta; y el criado está pronto á jurar que el papel no estaba antes en la manga; él lo cogió, lo abrió, y vió la firma de Vd. pero no pudo leer lo demas, por estar escrito de un modo ininteligible.”

“ Porque, segun creo, temblaba algun tanto cuando lo escribí,” respondió el Señor Melinger en voz baja.

“ ¡ Por el amor de Dios ! exclamó el honrado Stipps interrumpiendole, ¿ era realmente letra de Vd. ? ¿ Donde — si me es permitido hacer esta pregunta — donde encontró Vd. á este terrible Manto Verde ? No se enfade Vd. Señor, pues ciertamente hay algunas misteriosas circunstancias ligadas con este Señor Sponseri.”

“ No me pregunte Vd. nada, contestó el Señor Melinger con una voz trémula que descubria su agitacion ; no puedo, ni me atrevo á responderle, amigo Stipps. Pidamos á Dios, pues todos somos miserables pecadores, para que nos tenga en su santa gracia, y para que

nunca, nunca jamas volvamos á oír nada de este tremendo Manto Verde.”

“ No tenga Vd. miedo de eso, Señor; la bóveda donde ha sido puesto el ataud se ha cerrado muy bien; es imposible que humana criatura pueda salir de allí, mucho menos un muerto.”

Entre las diferentes personas que se presentaron de resultas del aviso puesto en los papeles públicos, hubo un joven, natural de Bremen, llamado Wilmsen, recomendado poderosamente por una de las primeras casas de comercio de Basilea, donde habia estado empleado. Dijo que le ofrecian acomodarle bien en Nápoles; pero con tal que pudiese entrar en casa del Señor Melinger, preferiria esto porque su casa pasaba en todas partes por la más eminente, y esperaba ademas tener mil ocasiones de adquirir conocimientos mas estensos en negocios mercantiles. Tal fue la modestia con que habló, que el Señor Melinger quedó prendado del cumplimiento, y de dijo, que no tendria inconveniente en admitirle con tal que fuera á propósito para el desempeño de las obligaciones que tendria que llenar, y si al mismo tiempo convenian ambos en el estipendio.

“ No sé yo, contestó el joven Wilmsen, que era de hermosa figura, que ramo de comercio se confiará á la persona que Vd. necesita, pero en la casa que acabo de dejar, yo dirigia la correspondencia en Aleman, Inglés, Francés é Italiano, y puedo decir que hablo todas estas lenguas con bastante soltura. En caso de necesidad tambien puedo esplicarme algun tanto en Ruso ; por lo que hace á mi letra, permitame Vd. que le enseñe alguna muestra — no se diferenciaba del gravado. No pido salario alguno, añadió él, porque los conocimientos que adquiriré en casa de Vd. me recompensarán bastante ; ademas de que en los escritorios donde he trabajado he podido ahorrar lo bastante para pasarlo tal cual algunos años. Solamente deseo una cosa, y es que tenga Vd. la bondad de admitirme á su mesa, y darme un cuarto en su casa. Los dependientes de Vd., segun me han dicho, comen y duermen en otra parte ; por esta razon los jóvenes muchas veces tropiezan, sin poderlo remediar, con malas compañías. En todas partes me han concedido este privilegio y me han tratado perfectamente. Estoy seguro que en Nápoles conseguiria esto y mucho mas, pero yo prefiriria acomodarme aquí.”

No agradó mucho la condicion al Señor Melinger, porque desde el establecimiento de su casa ninguno de sus dependientes habia comido en su mesa, escepto el dia de Navidad, en que tenia costumbre de convidar á todos sus empleados; pero el joven instruido extranjero, cuyos servicios le salian tan baratos, era demasiado apreciable para dejarlo ir por la sola condicion que exigia. Como quiera que sea, respondió que consultaria con su hija, á quien habia dejado el gobierno de la casa, y que le haria saber su determinacion.

A la hora de comer contó á Cristina el caso. “Veamosle primero,” dijo la hija del rico Melinger con cierta especie de vanidad mercantil. “¡Oh! te gustará, no lo dudes,” repuso el padre, sin figurarse el peligro al cual esponia á Cristina introduciendo á su lado el joven extranjero, y considerando solamente por cuan poco precio podia asegurar el beneficio de sus talentos é industria. — “Tiene todo el aire de un caballero, añadió luego; no se parece á la generalidad de nuestros jóvenes; su modestia es tan grande como su mérito personal. Habla bien, y servirá para formar una alegre trinca en nuestra mesa.”

“ Como Vd. quiera, padre, dijo Cristina ; pronto podremos arreglarlo todo. Le daremos el cuarto verde (que en algun tiempo fue de los mejores de la casa), á mí me parece que será bastante bueno. ; Piensa Vd. asi ? ”

“ ¡ Muy bien, hija mia ! Su manutencion no podrá costar mucho ; le darás siempre un vasito de vino despues de comer — no mas, porque le enardecerá la sangre. ” De este modo continuó el viejo arreglando lo demas de la comida con aquella frugalidad, ó mas propiamente hablando, parsimonia con que se habia distinguido toda su vida.

El joven Wilmsen volvió al dia siguiente, supo con bastante alegría que sus condiciones habian sido admitidas, tomó posesion de su empleo, y se puso en el sitio que le correspondia en el escritorio. Lo primero que tuvo que hacer fue dar parte al viejo Sponseri de la muerte repentina de su hijo, con arreglo á las instrucciones que le dió el Señor Melinger, el cual se abstuvo de hacer la mas mínima alusion á la aventura nocturna, pero encargó al nuevo dependiente que asegurase á su corresponsal el profundo dolor que habia sentido por esta inestimable pérdida. Segun su carta, el joven Sponseri le

mandó llamar á la posada, mas por presto que llegó ya le encontró muerto. Proseguia diciendo, que habiendo sido inútiles todos los esfuerzos hechos para volverle á la vida, dispuso fuera enterrado al tercer dia con todas las demostraciones de respeto debidas á su familia, y por último le incluia la nota de los gastos, en la cual no habia olvidado un maravedí. “Yo quisiera, Señor Wilmsen, añadió el viejo Melinger, separarme algun tanto en esta carta de nuestro estilo ordinario; que fuese un poco patético, ¿entiende Vd.? El viejo Sponseri se pagará mucho de esto; es dueño de dos millones de duros, y acreedor á que le demos gusto, particularmente cuando no cuesta nada.”

En un santiamen acabó Wilmsen el borrador de la carta en Italiáno, y lo presentó lleno de desconfianza á su amo. Empezó á leerlo, y fue tal el placer que probó, que iba parándose á cada cláusula para decir: “¡Escelente! Bravo! Ello por ello!” Enfin no pudo menos de confesar secretamente que carta igual jamas habia salido de su escritorio.

Cuando llegó la hora de comer, el Señor Melinger se llevó á Wilmsen consigo y lo presentó á su hija. El rostro de ésta se puso como un

carmin así que él la saludó, porque hacia memoria de haberle visto en la catedral, donde se habia arrodillado y rezado al lado de ella en el altar mayor. Tenia muy presente la imagen del hermoso joven, sin saber cuan hondamente impresa estaba en su tierno corazon, siendo esta la causa porque ahora quedó sorprendida á la vista del original. Wilmsen se sentó enfrente de ella, y no perdía ocasion de contemplar su amable semblante; mas siempre que ella le miraba, él solia bajar la vista al plato, y parecia absorbido en mil pensamientos.

“ Algo tosco me parece el joven, fue lo que dijo el viejo á la hija despues de comer; dos veces dejó caer el tenedor, y la mancha de vino tinto que echó en el mantel cuando le alargastes el pastelillo no saldrá en la colada.”

“ Falta de educacion, padre,” repuso Cristina, queriendo escusarle. “ ¿Y como conciliar eso, replicó su padre, con tantos y tan estensos conocimientos como tiene? Escribe como Torío, y en materias de comercio puede apostárselas á cualquiera. Estoy muy contento con él, aunque á decir la verdad las manchas de vino me incomodan mucho. Creo que seria mejor pagarle su manutencion; por otra parte su con-

versacion no es de las mas interesantes; y me acuerdo que he tenido que preguntarle dos veces antes de responder á la pregunta que le hice acerca del cambio corriente en Basilea, tanto es lo que escasea sus palabras.”

“ El se corregirá con el tiempo, padre,” contestó Cristina, que no podia adivinar la causa del embarazo de Wilmsen cuando dejó caer el tenedor y manchó el mantel. El con su distraccion pagaba el mas tierno homenaje á Cristina, que estaba mirandole con la mayor atencion cuando su padre principió á hablar de Basilea y del cambio corriente. Un sentimiento que jamas habia experimentado ella hasta entonces, se apoderó de su inocente corazon; queria reirse y llorar á un mismo tiempo. Habló á su padre en términos favorables, y tuvo la satisfaccion de gozar de su primer triunfo sobre él. El bello joven dependiente habia estado mas atento á ella que á su padre, y esto no dejó de lisongear su vanidad, y producir una tierna aficion á favor del extranjero; todo demostraba que no le era indiferente.

Por la noche Wilmsen reusó cortesmente la parca cena que el Señor Melinger dispuso se le sirviese, por cuanto habia convidado

á cenar en la fonda principal de la ciudad á todos los dependientes de la casa. Al dia siguiente Stipps contó á su amo todas las menudencias del convite, en el cual se sirvieron los manjares mas delicados. A los postres propuso Wilmsen tres brindis, el primero, "A la salud del Señor Melinger," el segundo, "A la de la Señorita Melinger," y el tercero, "A la prosperidad del comercio;" los cuales se bebieron al ruido de trompetas y tambores. Los vinos mas costosos, particularmente el champaña, rodaron en abundancia por la mesa; pero así que dieron las diez, Wilmsen se levantó disculpandose con que tenia que retirarse por no causar ninguna incomodidad á la familia de su amo. Los demas permanecieron bebiendo hasta muy tarde, pues el fondista tenia orden de suministrarles todo cuanto deseasen, con lo cual el buen viejo Tobías sacó la tripa de mal año.

Con mucho gusto oyó la relacion el Señor Melinger; jamas habia tenido un dependiente igual en su escritorio; jamas se echó un brindis á la salud suya y de su hija al ruido de trompetas y tambores. "Hoy le darás dos vasos de vino, dijo á Cristina, cuando se retiró Stipps, pues ciertamente algo le habrá costado el hacernos tal

honor, y toda la vecindad estará aturdida al saber que eran los dependientes de mi casa los que estaban tratandose como príncipes."

A la hora de comer Wilmsen estuvo este dia menos distraido, pero con todo no respondió siempre á las preguntas del viejo, en tanto que Cristina no abrió siquiera una vez sus labios, mas sin poderlo remediar sus ojos se encontraban amenudo con los del joven extranjero. El Señor Melinger le dió las gracias por los brindis de la noche anterior, y Wilmsen trató de disculparse por haberse tomado la libertad de proponerlos, añadiendo, " el pequeño convite que he dado con el fin de adquirir la amistad de mis compañeros, que tienen la dicha de estar sirviendo á Vd. no se convirtió en fiesta general y en puro regocijo hasta que nos pusimos en pie con el vaso en mano para pedir á la Providencia que nos habia reunido allí, todo genero de dichas para nuestra joven señorita, y para Vd. mismo." Satisfecho en extremo se mostraba con estas cosas el Señor Melinger, y no pudo contenerse hasta llenar con su propia mano por tercera vez el vaso del joven orador. Tambien deseó Cristina mostrarse agradecida por haberse acordado de ella en el convite, pero le faltó la fuerza para

abrir sus hermosos labios; estaba tan aturdida que se figuraba hacia un papel ridiculo, y mientras batallaba consigo misma se pasó el momento de decir alguna cosa lisongera al joven extranjero; cuando quiso reparar su falta, ya era demasiado tarde. ¿Que pensaria Wilmsen? Si es que ella no se equivocaba, él la habia dirigido una mirada como esperando alguna cosa de su parte, y no obstante se mantuvo silenciosa: lo cierto es que todo el dia se lo echó en cara á sí misma.

Por la noche, la misma cena frugal de pan y manteca servida por la atenta Rosa, permaneció intacta, porque Wilmsen cenó afuera; y así continuó muchas noches.

Una tarde presentose á la puerta de la casa del Señor Melinger un correo extraordinario de Venecia con la siguiente carta del viejo Sponseri.

“Estoy muy inquieto. Ayer recibí su carta de Vd. por la cual vengo en conocimiento de que aun no ha llegado mi hijo. Anoche soñé que mi Anselmo, embozado en su capa verde que solia llevar aquí, se me presentaba como si fuera un aparecido, y me decia al oído:—
‘Padre, estoy muerto; pero he entregado la

carta de Vd. al Señor Melinger, y ahí pongo el recibo encima de la mesa. Me ha enterrado decentemente, y dele Vd. las gracias por los últimos honores hechos á mis despojos mortales. Adios; es mas de medianoche, y debo volver á mi tenebroso y frio sepulcro. El sepulcro es un sitio bien triste, padre. Presto oirá Vd. mas de mí.' — Despertéme — la figura de mi hijo ya se habia ido. Recobrado del susto, estaba pensando que todo era un sueño, y diciendome á mí mismo: ¿Como es posible que la muerte haya arrebatado tan presto á mi robusto y vigoroso Anselmo en lo mas florido de su juventud? Esforzábame por acallar mis temores, pero sus palabras concernientes al recibo de Vd. se presentaron claramente á mi memoria: volví los ojos ácia la mesa que está cerca de mi cama, y veo allí, sin duda alguna, un pedazo de papel. Apenas podia respirar; soné la campanilla, como si la casa estuviera abrasándose; un sudor frio cubria todo mi cuerpo. '¡Luces! ¡Luces cuanto antes!' dije á mis criados en una agonia de terror. Los criados las trageron al momento: cogí el papel de encima de la mesa; era un recibo escrito por Vd. aunque al parecer con el pulso trémulo: mis sentidos me abandonaron. No

puedo decir á Vd. mas; pero le ruego, amigo mio, que me explique este terrible misterio. Yo mismo iria á saberlo, mas guardo cama de resultas del trastorno que acaba de experimentar mi naturaleza. No comuniqué Vd. á nadie esta carta. Respóndame Vd. inmediatamente por extraordinario, y sin reserva pues estoy preparado para lo peor. ¡Adios!”

Esta carta llenó de asombro al viejo Melinger. Segun la fecha, Anselmo debió haber entregado el recibo la noche primera despues de su entierro. Por ningun medio humano, ni aun con el vuelo de un pájaro, se pudo haber atravesado semejante distancia en aquel tiempo. “Daré cuenta de todas tus acciones,” fueron las palabras del misterioso Manto Verde; y que tenia un poder sobrenatural quedó demostrado claramente con esta carta.

Sentose enseguida el Señor Melinger para escribir al desconsolado padre, y darle cuenta exacta de todos los pormenores ligados con la horrible aparicion. Desde este dia empezó á ser mas escrupuloso en sus tratos y negocios; y con no poca sorpresa de cuantos le conocian en la ciudad, se mostró tan afable, tan humano y generoso, que muchas personas bien enteradas

de su antigua tacañería, de su aspereza con los pobres artesanos, y cruel tratamiento á los que le debían, estuvieron tentados de creer que su cabeza estaba trastornada. Se habia vuelto enteramente un hombre de bien, aunque es verdad que le costaba buen trabajo vencer sus inveterados hábitos. Poco tiempo antes, cuando algun labrador, estrechado por el recaudador de contribuciones, se veia obligado á vender sus granos, y se los ofrecia, le trataba inicouamente, empezaba á declamar contra la calidad de los granos, concluyendo con que apenas valian para alimentar cerdos. Proponíale despues la mitad del precio pedido, y si el infeliz vendedor se atrevia á pedir un poco mas, al instante le enseñaba con el mayor desprecio la puerta. Pero ahora compadeciase del desgraciado, oía afablemente sus quejas, le animaba con la esperanza de mejores tiempos, no menospreciaba los géneros injustamente, y los pagaba al precio que valian. Así mismo cuando algunos honrados labradores se hallaban en apuros pecuniarios, solia decirles: “Guardad el trigo, yo os adelantaré el dinero que os hace falta; puede ser que pasando algunos dias mejore el precio, y en tal caso me pagareis.” Pagaba á los pobres arte-

sanos sus salarios sin descuentos; fundó una escuela para los hijos de los pobres, y señaló pensiones á las viudas de los que habian estado empleados en su casa. Ayudaba con su crédito á los jóvenes comerciantes, y se regocijaba de corazon cuando oía decir que recogian el premio debido á su industria.

De aquí resultó, que tanto como habia sido antes aborrecido, ahora era amado y respetado. Andaban de boca en boca mil rasgos de su generosidad; y se conducia en tales términos que muy en breve adquirió en todas las plazas de comercio la reputacion de uno de los mas honrados é íntegros comerciantes.

Poco tiempo despues de la catástrofe mencionada, sufrió pérdidas de bastante consideracion. En una ciudad, fueron consumidos por el fuego géneros pertenecientes á él hasta el valor de cincuenta mil duros; y un cuerpo enemigo se apoderó de la tablazon que tenia en un puerto del Báltico, y que valia ochenta mil duros mas. Un cargamento de trigo, juntamente con el barco, cayó en manos de corsarios; y por último, de resultas de haber quebrado dos casas de Hamburgo y Amsterdan perdió sumas considerables. No pudo menos de manifestar su senti-

miento por estas pérdidas á sus empleados, bien que como prudente negociante, nada dijo acerca de ellas á los demas. En semejantes ocasiones Stipps solia encogerse de hombros, y consolarle diciendole: “Tras de un tiempo malo vendrá otro mejor;—cuanto mas apriesa llueva mas pronto acabará de llover:—en los mayores apuros Dios no olvida á los suyos:”—y así por este estilo proverbial, Wilmsen tambien se encogia de hombros. “Las buenas obras de Vd. diarias, decia él, le dan un justo derecho á las bendiciones del cielo, y mas de una vez he estado para creer que estas desgracias eran otras tantas visitas del cielo; mas por otra parte empiezo casi á dudar de la justicia de la Providencia.” El viejo Melinger no queria apoyar esta atrevida conclusion. “Luego estoy obligado á creer, proseguia Wilmsen gravemente, que Dios castiga á quien ama.” Melinger sacudia la cabeza, sin decir una palabra, y se volvía á otro lado para que el joven no viese pintada en su cara la angustia que sentia al oír hablar de las visitas divinas.

Por este tiempo, cuando la Alemania estaba reducida al mas deplorable estado de humillacion, un gran cuerpo de tropas vino á acuartelarse en

las cercanias de la ciudad donde residia el Señor Melinger. Un correo, que se esperaba hacia algun tiempo, se habia echado de menos despues de dejar la parada mas próxima, sin poder averiguarse nada de su paradero. En vista de la disposicion general de los habitantes en contra del cuerpo enemigo al cual pertenecia este correo, era muy probable que algun desesperado le hubiese dado pasaporte para el otro barrio. Tampoco se oyó hablar nada del postillon que condujo el correo á la última parada. Los *gendarmas* andaban mas listos que nunca en oler algo que pudiese conducir á la averiguacion del caso; y en menos de una semana, con la mayor consternacion de toda la ciudad, el Señor Melinger fue cogido por ellos á mediodia en su propia casa, asegurado con esposas, y llevado á la carcel como el asesino del correo que faltaba.

Era bien sabido que este viejo caballero aborrecia de muerte al enemigo que habia cortado las alas de su comercio, y esparcido la mayor miseria por todo su pais; pero que su rencor fuera hasta el extremo de matar al correo en un camino real, nadie lo creia. Tenia muchos enemigos en la plaza; mas ninguno

suponia que su animosidad contra él los obligara á ser autores de esta falsa acusacion, ora con intencion de conducirle á una muerte ignominiosa, ora para reducirle á la necesidad de comprar la vida y libertad á espensas de un inmenso sacrificio. El mismo acusado, cuando fue puesto en la carcel, perdió toda su presencia de espíritu, de modo que por su conducta en estas apuradas circunstancias no se podia formar idea exacta de su culpa ó inocencia. En que términos se espresó despues, no pudo saberse, por cuanto le pusieron sin comunicacion en un calabozo.

En estos momentos de general consternacion el joven Wilmsen se condujo con tal discrecion, y tomó un interés tan vivo en el negocio, que Cristina no pudo reprimir la pasion que hacia mucho tiempo alimentaba en su pecho á favor del joven. Ella ignoraba la verdadera causa que produjo la total revolucion que habia visto en su padre, pero se persuadia que esto era debido á la influencia que Wilmsen habia adquirido sobre él; pues siempre que el viejo manifestaba la menor intencion de hacer alguna obra buena, Wilmsen, lleno de alegre celo, se apresuraba á ponerla en egecucion; y así con

su talento y excelentes consejos logró tal ascendiente sobre su amo, que éste insensiblemente hacia todo lo que queria el otro. Mil veces le colmó de bendiciones la hermosa Cristina; llegó á respetarle y á amarle; y el único sentimiento que venia á empañar el brillo de la alegría que experimentaba en el fondo de su corazon nacia de la idea que Wilmsen obraba solo por deber, sin sentir ningun interés verdadero á favor de su padre, y nada mas que una perfecta indiferencia ácia ella.

Sabía, á pesar de su modestia, que ninguna la igualaba en hermosura en la ciudad, y que su educacion y demas prendas eran de un orden superior. Centenares se habian arrojado á sus pies; solamente este joven permanecia á la misma respetuosa distancia á que se puso desde el primer dia; ni una sola palabra amistosa se escapó de sus labios. La vanidad solia susurrar á su oido, para decirle, que las miradas de él manifestaban frecuentemente algo mas que la atencion de la indiferencia; pero él no rompía su silencio. Las circunstancias cambiaron ya enteramente. Wilmsen estaba fuera de sí con la repentina prision del padre de ella, á quien creia inocente, y consideraba todo el

asunto como una trama diabólica para robarle sus bienes, que á pesar de las pérdidas recientes eran muy considerables. Así que se serenó un poco, corrió á presentarse á Cristina y á ofrecerle todos los consuelos que estaban en su poder. Empeñó su palabra que salvaria á su padre, costase lo que costase ; suplicandola al mismo tiempo que le dejase el manejo de los negocios. “ Confie Vd. en mí, dijo él con vehemencia, mi conducta será el mejor garante.”

“ Sí, Wilmsen, respondió llorando Cristina, profundamente conmovida con los sucesos del dia, confio en Vd. ;” y sin pensarlo puso su mano sobre la de Wilmsen. El la llevó á sus labios, y á no haber estado el corazon de ella oprimido de dolor, y sus ojos oscurecidos con lágrimas, hubiera percibido en las miradas del joven el éstasis en que se veia engolfado á pesar de la parte que tomaba en el dolor filial de Cristina.

Estando en esto llegó Stipps con la noticia que el crimen del Señor Melinger habia sido descubierto por una criatura. El buen señor tenia la costumbre de dar algunas paseos por las cercanias de la ciudad en un birlocho manejado por él, y tirado por un caballo. Regular-

mente iba solo, pero en esta ocasion llevaba en su compañía una criatura de seis años, hija de un dependiente suyo, en cuya charla hallaba mucho entretenimiento. Llamábase Carlota.

Carlota, así que volvió aquella tarde á casa, contó á una amiga suya, que al pasar el Señor Melinger por un bosquecito inmediato á una represa de molino, descubrió á cierta distancia un correo que venia todo de verde; el tal pasó tan velozmente que ella cuasi le habia perdido de vista; pero el Señor Melinger saltó fuera del birlocho á tiempo de poder alcanzarle y á fin de no hacerle sufrir demasiado, le atravesó de parte á parte. Justamente cuando la niña contaba esto, acertó á estar cerca de allí sentado en el poyo de una puerta, un *gendarma*, y despues de haber oido con la mayor atencion la relacion de la criatura, fue corriendo á dar parte á sus gefes.

Cristina al momento se dirigió á la casa de los padres deseosa de examinar á la criatura; pero ya habia sido llevada por los *gendarmas* ante el comandante, y á nadie, ni aun á su misma madre se permitió que la acompañase.

Con esto volvió desconsolada, y encontró á Wilmsen sumamente ocupado en arreglar los

papeles de su padre, y en remover todo el dinero y billetes de entidad á un sitio seguro. Luego corrió la horrible noticia de que su padre iba á ser juzgado militarmente al dia siguiente por la mañana; lo cual, como todo el mundo sabe, era en aquellos dias igual á un decreto de muerte.

Así que la criatura fue puesta en custodia, el bosque que ella habia mencionado se registró por todas partes, y en efecto se encontró allí el cadaver del correo; no por cierto con el corazon atravesado, sino con muchas heridas mortales en la cabeza.

En vano la desgraciada Cristina hizo mil tentativas para tener una entrevista con su padre; ni el dinero, ni las súplicas pudieron recabar nada de los bárbaros que le custodiaban. El honrado Tobías, que solia muchas veces ir á la taberna con los soldados y el carcelero, hizo cuanto pudo para que le permitiesen hablar con su amo algunos minutos en presencia de ellos, pero todo fue en vano.

Cristina volvió otra vez á casa, extraordinariamente abatida. Wilmsen, de quien esperaba algun consejo y alivio, estaba triste y desasegado, y evitaba á propósito todas sus pregun-

tas, ora tendiesen á ver si habia posibilidad de salvar á su padre — ora á saber si ofreceria la mitad, ó todos sus bienes al comandante — ora si seria bueno echarse aquella misma noche á los pies del mariscal, que vivia alli cerca, para pedir la vida de su padre.

Al fin llegó la terrible noche; nada se habia dispuesto aun para salvar al desgraciado, y, en la opinion general, inocente anciano, de la suerte que le amenazaba á la mañana siguiente.

Cristina mandó nuevamente un recado á los padres de Carlota, los cuales contestaron, que la criatura estaba todavia en la casa del comandante; que la madre habia implorado de rodillas le volviesen la hija, ó la concediesen permanecer con ella, pero que su peticion habia sido recibida con mofa y risa.

Inquieta, larga y desasosegada fue la noche para Cristina; y no bien el invencible sueño habia cerrado sus cansados ojos, cuando mil horrorosas visiones vinieron á despertarla. Una vez veia á su anciano padre, con el semblante pálido, y las manos atadas, sentado en la fatal banqueta; otra vez parecía oir su ultimo adios, y el ruido de los mortales tiros dirigidos á

su corazon. Al fin recurrió á la oracion, y poniendo toda su confianza en el Altisimo, quedó dormida ácia el fin de la noche: mas tan pronto como un ligero sueño esparció sobre ella su dulce influencia, la despertó un ruido extraordinario de la casa. En medio de su sobresalto vió entrar en su aposento á Rosa con semblante alegre, y faltandola tiempo para decir: “ ¡ Mi amo está libre! — se ha escapado! ”

No tardó un momento en vestirse Cristina temblando de gozo; todos los de la casa se reunieron; tambien Wilmsen se despertó de un profundo sueño, y oyó toda la relacion como una fábula; pero Marta, hija del carcelero, fue la que comunicó desde la calle esta agradable noticia á Rosa, que no pudiendo plegar los ojos se habia asomado á la ventana.

No pasó mucho tiempo sin verse rodeada la casa por un destacamento militar. Muchos oficiales, con el comandante á la cabeza de ellos hicieron de arriba abajo la mas escrupulosa pesquisa, y aun cuando el Señor Melinger no hubiera sido mayor que una mosca habria caido en sus manos á estar escondido en ella. El chasqueado comandante declaró, que entre mas

de cien presos de esta clase, ninguno se le habia escapado jamas, y que cuanto mas meditaba sobre esto, tanto mas inesplicable se le hacia la fuga del Señor Melinger. “ Insisto pues, continuó él con un tono firme de autoridad, insisto pues en que se me informe si alguno de Ustedes conoce al Manto Verde de Venecia.”

A una pregunta tan inesperada, Cristina, Stipps, y Rosa, perdieron el color tan visiblemente, que el comandante que espiaba con ojos de lince á cuantos se hallaban presentes, creyó lograr algunos informes de estas tres personas, y por de contado mandó que se quedasen, haciendo salir á los demas del cuarto. Stipps y Rosa, medio muertos de miedo, fueron puestos en dos gabinetes separados: despues suplicó á Cristina que le contase con toda verdad lo que sabia acerca del Manto Verde. La trémula muchacha le preguntó ; que podia tener de comun esta aparicion misteriosa con la libertad de su padre? Sorprendido en extremo quedó el comandante al observar que una señorita que pasaba por la mejor educada de toda la ciudad, hablase del Manto Verde como de una cosa sobrenatural ; pero la recordó al mismo tiempo, que no á ella sino á él pertenecia hacer preguntas, y reiteró

la suya á fin de que contase lo que supiese en un asunto, en el cual empezaba á sospechar habia algo de realidad.

Sobrecogida de temor Cristina, refirió cuanto habia oido acerca de lo que se le preguntaba. El comandante sacudió la cabeza sin proferir una palabra; dirigió una mirada espresiva á sus oficiales, que igualmente estaban asombrados; y permitió retirarse á Cristina, que llena de agitacion apenas tenia fuerzas para dejar el cuarto.

Stipps fue llamado en seguida, y su relato convino enteramente con el que hizo Cristina, lo cual sirvió para aumentar todavia mas la sorpresa del comandante, quien deseó ver las cartas que recibió el Señor Melinger, en el tiempo de que se trataba, de la casa de Sponseri de Venecia. Stipps, acompañado de un oficial, bajó al escritorio, y trajo el paquete marcado con la letra S, que contenia la carta misteriosa, de cuyo contenido el lector ya está enterado. El comandante y los dos oficiales superiores leyeron la carta, y despues dijeron en voz baja: “En este caso, el carcelero y la guardia no son tan culpables. El diablo me lleve, añadió el comandante, si sé lo que hubiera hecho yo puesto en su lugar.”

Stipps tuvo que decir el parage donde habia sido enterrado el joven Sponseri. “¿Conocería Vd. ahora el cuerpo?” preguntó gravemente el comandante, que principiaba á tener algunos presentimientos acerca del asunto. — “Con tal que no se haya alterado mucho la cara, respondió Stipps, ciertamente le conoceré:” y la idea sola de tener que volver á ver aquellas terribles facciones que tanto horror le habian inspirado tiempo atrás, le coagulaba la sangre. “¡Abrase el sepulcro! dijo el comandante á su ayudante, llévase Vd. consigo este señor, señalando á Stipps, y tómeme Vd. una declaracion jurada para saber si es el cuerpo de la misma persona que fue enterrada con el nombre del joven Sponseri. En seguida mande Vd. llamar al carcelero y al sargento de la guardia, y ponga Vd. por escrito lo que digan despues que vean el cuerpo. Se me olvidaba prevenir á Vd. que el carcelero lleve el boton verde.”

Presentose luego Rosa y contó lo que sabía; las tres declaraciones estaban conformes, pero solo Stipps habia visto al Manto Verde cuando tuvo que hacer las disposiciones para el entierro.

Cuando preguntaron á Rosa como supo la aparicion del Manto Verde, citó á Tobías.

Con este motivo se trató de llamarle, mas no parecia en ninguna parte, y los emisarios que se despacharon para traerle volvieron sin poder dar con él. “Ustedes me lo han de presentar, gritó el comandante, aunque les cueste todo lo que tienen. Como una prenda, depositarán Ustedes inmediatamente diez mil duros, que se pagarán de multa, de no presentarme vivo ó muerto ese hombre dentro de cuatro semanas á lo sumo.” Wilmsen, con una risa forzada, contestó que el viejo Tobías no servia para nada, y que si le tenian en la casa era por caridad; que por consiguiente nunca habia sido estimado en tan alto precio. Por lo que hace á aprontar el dinero, el Sr. Melinger guardó siempre las llaves del arca de hierro, y así no estaba en su poder el pagar la suma pedida, ni podia decir si habia semejante cantidad en la casa.

“¡Aquí están las llaves!” gritó el comandante con cierto aire de triunfo, poniéndolas delante de los ojos de Wilmsen con no poco sentimiento suyo. “Señor mocito, cuando nos traen algun preso, solemos registrarle siempre, y guardar lo que lleva encima. — Vamos, ¿donde está el arca?”

Esto acabó de trastornar á Wilmsen á quien

el comandante decia conforme iban andando: “Vd. creyó que el comandante era algun zopenco, eh? Luego pondré á todos Ustedes mas blandos que una breva, y les enseñaré á ser sumisos á las autoridades.” Cediendo á la necesidad, Wilmsen condujo al comandante y á algunos de los oficiales al escritorio, y con muy mal humor le enseñó el arcon de hierro. El comandante mismo lo abrió, levantó la pesada tapa, y al momento retrocedió tres pasos; pues lo primero que descubrieron sus ojos codiciosos fue—¡ un manto verde !

Penetrado de horror, exclamó:—“ ¡ Seguramente aqui anda el demonio mismo ! ” y preguntó á Wilmsen si habia visto alguna otra vez el manto en el arca. “ Nadie sino el Sr. Melinger guardaba las llaves del arca, contestó él, y los dependientes jamas nos hemos entrometido en escudriñar lo que nuestro amo tenia en ella.” “ Saque Vd. afuera ese maldito manto,” gritó el comandante, como no atreviendose á tocar la vestidura del espectro. Wilmsen obedió. “ ¡ Que es esto ? ” preguntó el comandante, tocando con su baston un papel que cayó del manto. Wilmsen lo recogió, y estaba á punto de leerlo, cuando el comandante arre-

batandóselo de la mano, le dijo ; “ Esto no está escrito para Vd. ;” y empezó á mirarlo con la mayor atencion.

Era un fragmento de papel escrito. Sacó otro papel de su cartera, y despues de cotejarlos, declaró, echando un juramento, que entrambos estaban escritos por la misma mano, unió los dos pedazos y vió que se correspondian perfectamente, de modo que no habia duda haber sido en un principio una misma pieza ; pero faltaba todavia un tercer pedazo para completar el todo del papel.

El asombro del comandante iba á cada instante creciendo mas y mas. “ Parece que está escrito en italiano, dijo él ; ¿ hay aquí alguno que entienda el italiano ?” Wilmsen ofreció traducirlo, pero un oficial que estaba allí respondió que entendia algo aquella lengua, en virtud de lo cual el comandante le alargó los dos pedazos, y el oficial leyó lo que sigue :

“ ————— conciencia. Dios
alcancen — un temible fin.
juicio final. Tiem-
bla ————— noche eterna de la muerte.”

“ ¡ Va ! va !” dijo el comandante con afectada

indiferencia; sin embargo en aquel momento su mandíbula inferior temblaba de manera que no podía articular una palabra.

“Algo mas hay,” observó el otro oficial, señalando el dorso del papel. Su compañero volvió los dos pedazos; el dorso de uno de ellos estaba en blanco, pero el de aquel que habia caído del manto verde contenia estas palabras:—

“*Palascki y Wolmar* ———”

“¡Alto ahí! gritó el comandante al oficial al oír estos dos nombres; eso leámelo Vd. á mi solamente.” El oficial se acercó á él, y leyó en voz baja, como sigue:—

“*Palascki y Wolmar están inocentes. ¡El Omnipotente Dios en sus juicios perseguirá al que les dañe en un pelo de sus cabezas!*”

“Venga Vd. acá, amigo mio, y traduzcámelo,” dijo el comandante, cuasi sin saber lo que le pasaba, alargando el papel á Wilmsen. Este lo tradujo así:—*Palascki y Wolmar están inocentes. El Omnipotente Dios en sus insondables juicios perseguirá al que se atreva á dañar á alguno de ellos en un pelo de sus cabezas.*”

“Mil rayos y centellas te partan” lo

demas murió en los labios del comandante. “Cotege Vd. el escrito.” Wilmsen lo comparó con lo que estaba escrito por el otro lado, y halló que todo era de la misma mano. Habiendo aproximado algo mas á su cara los dos pedazos de papel, volvió la cabeza á un lado con muestras de descontento. Preguntó la razon el comandante, y le contestó diciendo con un gesto que espresaba horror y disgusto; “Tienen cierto olor cadavérico como si acabasen de sacarlos de algun sepulcro.” El comandante dió tres ó cuatro pasos ácia atrás, percibiendo tambien el olor sepulcral; y empezó á manifestarse tan blando y humano, como bravo y orgulloso habia estado poco antes.

Uno de los oficiales le trajo á la memoria el obgeto de su visita, y los diez mil duros que debian depositarse hasta la presentacion del viejo Tobías. “El comandante, dijo Wilmsen con mucho respeto, se ha apoderado del arca; por lo tanto ya no debe tratarse de *dar*, sino solamente de *tomar*. Yo no sé lo que hay en el arca; si hay mucho dinero, el señor tomará lo que le dicte su conciencia, acordandose empero que *Dios perseguirá en sus insondables juicios* á los que son reos de injusticia.”

“ *Un temible fin,*” dijo entre dientes el comandante acordándose, al oír las alusiones de Wilmsen, de los geroglíficos á manera de oráculos del Manto Verde — “ *Juicio final—Tiembra—noche eterna de la muerte.* No tocaré ni un maravedí de lo que hay en el arca; rebajaré la mitad de la suma pedida, y esta la he recibir positivamente, añadió haciendo una guiñada á los dos oficiales, para las atenciones públicas.” Wilmsen registró el arca, y viendo que no llegaba lo que habia á cuatro mil duros, ofreció la mitad como en depósito, con tal que el comandante le diese su palabra de honor de devolvérsela así que fuese presentado vivo Tobias, ó se probase de un modo indudable que habia muerto. El comandante dió su palabra de honor, y los oficiales se hicieron cargo de los dos mil duros.

Entretanto Stipps volvió del cementerio con el ayudante, el carcelero y el sargento de la guardia. El ayudante presentó las declaraciones por las cuales aparecia que Stipps habia reconocido el cadaver desenterrado ser el mismo joven Sponseri de Venecia; Palascki, el carcelero, y el sargento Wolmar declararon igualmente que era la misma persona aparecida

la noche anterior que puso en libertad al Sr. Melinger. “Parece estar Vd. sorprendido,” dijo el comandante al joven Wilmsen, que al oír esta declaración apenas podía dar crédito á sus oídos. “Ahora podrá Vd. observar los motivos de mi sorpresa al hallar aquí en el arca este manto infernal: no hay remedio, ó Dios ó el diablo andan en este negocio.”

Santiguáronse al oír esto todos los que se hallaban presentes; y los dos oficiales que estaban enterados de los acontecimientos de la noche anterior no las tenían todas consigo. “He despojado al cadáver, continuó el ayudante, del manto verde.” A estas palabras, no sin horror de todos los circunstantes, un soldado presentó la vestidura medio destruida.

“El boton del manto, prosiguió el ayudante, que el áparecido perdió anoche, falta justamente en este otro sacado del sepulcro, y es enteramente igual á los que se hallan en él.” Estremeciose el comandante. Al cotejar los dos mantos se vió que eran de un mismo paño; que ambos tenían igual clase de botones, y en ambos habia un boton de menos.

“No oiga yo hablar mas de esta historia infernal; exclamó el comandante: cuanto mas se

examina, tanto mas impenetrable se hace el misterio.” “ Permítame Vd., Señor, dijo el ayudante para concluir su relacion, que le presente este pedacito de papel. En el ataúd habia un recibo que servia para hacer ver la entrega de una carta. Stipps declaró que el recibo estaba escrito de mano del Sr. Melinger. El otro papel estaba en un bolsillo del manto.”

Desdoblose el papel ; ¡ pero quien será capaz de pintar el asombro de todos los circunstantes al ver que se unia perfectamente con los otros dos pedazos, uno de los cuales cayó al sacar el manto del arca, y el otro se encontró en el suelo donde sucedió la aparicion la noche antecedente ! Apenas se podian leer las palabras, pero no habia duda en que la letra de los tres pedazos era la misma. Uno de los oficiales y Wilm-sen trataron de descifrar el contenido, y despues de emplear algun tiempo, se vió que decia como sigue : —

“ ¡ Oh infeliz ! despierta tu dormida conciencia. Dios te alcanzará en la senda del crimen ; te pronostico un temible fin. Los lamentos de tus víctimas se presentarán á acusarte en el juicio final. ¡ Tiembla, azote del

género humano! La noche eterna de la muerte no es sino el dia primero de los tormentos del infierno."

"Quien dice eso?" gritó el comandante con un rechinamiento de dientes. "El sepulcro," respondió enfáticamente Wilmsen. Siguióse á esto una larga pausa.

"¡La noche eterna de la muerte no es sino el dia primero de los tormentos del infierno!" repitió muy despacio el comandante. "¡Terrible idea! ¡Cuando es pues su noche?—¡Cuando su segundo dia?—¡Cuando su fin? Cuidado, añadió en seguida, con que todo lo que ha ocurrido aquí quede sepultado en el mas profundo olvido. Puede ser que llegue un tiempo en que se descubra lo que nuestros limitados entendimientos no pueden penetrar."

Diciendo esto se retiró, seguido de los demas, habiendo entregado primeramente las llaves del arcon de hierro á Stipps, y mandado á un soldado que llevase á su casa los dos mantos.

Así que el honrado Stipps se vió solo con Wilmsen, no pudo contener sus lágrimas. "¡Oh amigo mio! exclamó él ¡que dia este! Estoy agoviado por la afliccion y el horror.

¿ Donde está nuestro buen amo ? ” “ El cielo le acompañe, contestó Wilmsen, cruzando devotamente sus manos sobre el pecho. Mucho me intereso por él. ” “ ¿ Pero quien ha podido salvarle ? ” preguntó Stipps. En este momento Cristina entró en el cuarto seguida de Marta Palascki, hija del carcelero. “ Ahora, hija mia, dijo ella, que nadie puede oírnos cuéntanos aquí á los tres todo lo que sepas. Dilo todo, habla la verdad, y tendrás dinero ó cualquiera otra cosa que quieras. ” “ Digan lo que quieran, respondió la muchacha, á mí no me persuadirán que el diablo ha tenido parte en esto. No puedo menos de creer que ha sido Tobías ; porque entre diez y once de la noche, dió tanto vino á los soldados, que no podían tenerse en pie. Habia echado primeramente en el vino rom, ó ram, ó alguna bebida de diablos, que no me acuerdo como la llamaba, de modo que solo el olor era capaz de emborrachar á cualquiera. Decíales el mismo Tobías que beberian á la salud de su amo, y tendrian tres veces mas vino cuando fuera puesto en libertad. Reíanse los soldados, diciendo, que su amo sería sin duda alguna afusilado mañana, y que vendria mejor entonces la bebida que les prometia para un

tiempo que nunca habia de llegar. Tobías se marchó cantando, me dió las buenas noches, y me dijo:—‘Marta, si sucede lo que espero, nunca me volverás a ver.’—Cerré la puerta y llevé la llave á mi padre; pero la conversacion que habian tenido Tobías y los soldados me tenia tan inquieta que no podia ir á la cama; pues á todas partes á donde iba, se me figuraba que afusilaban al Sr. Melinger, y que el pobre viejo Tobías andaba errante por el mundo. Yo estaba junto á mi padre, el cual hablaba con el sargento de cosas de la guerra, y contaron los dos tales cuentos de muertes, asesinatos y aun duendes, que estuve para morirme de miedo. El sargento fue á ver los soldados y los halló enteramente dormidos; mi padre entre tanto me dijo por dos veces que me fuese á la cama, pero yo tenia tal miedo que no me atrevia. Cuando me lo mandó por tercera vez, me eché sobre el banco, é hice como que me dormia: luego oí que decia el sargento, que supuesto que era ya tan tarde bien podia estar echada allí, y que así yo podria servirles de compañía. En seguida acercó el oido á la puerta del calabozo donde estaba el Sr. Melinger, y dió tres golpecitos. “El buen señor debe tener muy

tranquila su conciencia, dijo él, porque está bien dormido.'

" No bien habia acabado de decir esto, cuando el reloj de la carcel dió las doce; y cuando acabó de dar la ultima campanada, una figura pálida y espantosa, embozada en un manto verde, se presentó fuera de la puerta del calabozo, seguida del Sr. Melinger. Fue tal el sobresalto y terror que nos causó á nosotros tres, que ni siquiera pudimos dar un grito. El espectro nos dirigió sus ojos mas negros que el carbon, y con una voz horrorosa dijo:—' Yo soy el Manto Verde de Venecia. Mi morada es el sepulcro. Este hombre está libre; cualquiera que le toque morirá.' En seguida pasaron por nuestro pequeño cuarto y atravesando el cuerpo de guardia, donde todos estaban dormidos, desaparecieron.

" ' ¡ Padre! ¿ que ha sido esto? grité yo llena de horror, miedo, y alegría, ¿ Ha visto Vd. su cara? No habia la menor señal de vida en ella. Era la misma muerte, ó alguna horrible aparicion.'

" Mi padre temblaba de arriba abajo. ' Esto es algun sueño, hija mia, algun espantoso sueño. No puede ser otra cosa, porque el caballero preso está aun con sus cadenas y grillos.'







“ Con mano trémula cogió una luz y fue a calabozo. ¡ Los grillos estaban en tierra, y el calabozo vacío! ‘ Estamos perdidos, exclamó el sargento, es imposible que no ande aquí el demonio. Esto es alguna treta del infierno. ¡ Hola guardias! ¡ A las armas! ¡ Santo Dios! ¡ ha tapiado tambien Belzebut vuestros oidos con algun encantamiento diabólico?’

“ Los soldados no oian ni una palabra de lo que él decia; y lo que menos pasó un cuarto de hora antes que pudiese ponerlos en pie á fuerza de porrazos y empellones. Registrose inmediatamente la casa desde las guardillas hasta la bodega; pero no se pudo hallar el menor vestigio del duende, ni de su compañero.

“ Al fin el sargento se vió en el caso de tener que dar parte al comandante. ‘ Si el comandante llega á saber, dijo el sargento á los soldados, que Ustedes estaban borrachos, todos serán afusilados. No puedo menos de creer que el profundo sueño en que Ustedes yacian, ha sido alguna pasada que les ha jugado el maldito Manto Verde de Venecia; porque antes de ahora, amigos mios, siempre han hecho Ustedes el servicio con toda puntualidad en la paz y en la guerra. Yo creo que aquí andan duendes.’

“ Los soldados estaban muy contentos al oír que el mismo sargento les proporcionaba una buena excusa; y todos protestaron que habían sido maleficiados; pero lo cierto es que ellos tenían aun las cabezas tan trastornadas que no veían nada, ni sabían lo que se decían. Uno de ellos hubo, que aseguró, con media docena de juramentos, haber visto pasar por el cuerpo de guardia al Manto Verde con el preso, y hubiera llamado á sus camaradas á poder hacerlo, pues algún ser invisible le compelia á guardar silencio.

“ El sargento dió un parte muy circunstanciado de todo esto al comandante, mas como éste estuvo ayer en un convite muy suntuoso, y segun cuentan sus criados, volvió borracho á casa, no trató de levantarse entonces.

“ Dos horas despues se relevó toda la guardia, la centinela de la puerta habia desaparecido.

“ El sargento, mi padre, yo, y todos los soldados, fuimos arrestados y presentados al comandante, y él mismo nos examinó. Todos declaramos bajo juramento lo que habíamos oído y visto. Los soldados decían que teniendo los ojos abiertos vieron pasar el Manto Verde con el preso, y que le hubieran agarrado, y muerto,

á hallarse en otra disposicion, pues ni siquiera podian mover un dedo, y cuando quisieron dar gritos, sus voces quedaban ahogadas en sus gargantas; que el Manto Verde tenia un enorme pie hendido, y una larga cola rodeada de llamas; que la puerta se abrió sin tocarla, y que así que se marchó dejó un olor endemoniado de azufre.

“ Bien sabía yo que todo esto no era cierto, y que juraban en falso; pero como vi que el comandante empezaba á estar perplejo, y á considerar á mi padre menos reo, dejé que jurasen cuanto les diese la gana, y que vendiesen sus almas al diablo; porque Ustedes saben que el que jura en falso va derecho al infierno. Bien que todos ellos son unos pícaros, menos Wolmar, que es un buen mozo muy honrado, y de quien nadie habla mal. Cuando presentaron el manto verde que se encontró á la puerta de la casa, el comandante y todos los oficiales apartaron la cara haciendo gestos, porque despedia un olor pútrido como de carne corrompida. Se caia á pedazos de podrido que estaba, un boton fue rodando á los pies del comandante. El sargento halló en un bolsillo del manto un pedazo de papel escrito que apenas podia leerse. A mí

sola me pusieron en libertad, con cuyo motivo vine corriendo á contar á Rosa la fuga de su amo. El comandante está ahora en consulta con los oficiales.

“ La pequeña Carlota ha sido examinada nuevamente, y puesta en libertad, bien que amenazándola que la matarán si dice la mas minima cosa de las preguntas que le han hecho, ó de las respuestas que ha dado, de modo que la chica está ahora tan muda como una estatua.

“ El comandante está que no sabe lo que hacer despues de haber oido la historia del Manto Verde; y dicen que hay alguna cosa en el pedazo de papel, que le trae al re-tortero.

“ Tambien andan averiguando donde está Tobías; han examinado el vino que dió á los soldados, y han descubierto que tenia veneno.”

“ Tal vez será opio,” interrumpió Wilmsen.

“ Sí, ese es el nombre que han dado al jarope, continuó Marta. Así es que estan tan amodorrados que no se pueden tener, y puede ser que mueran algunos, lo cual importa poco, porque no tienen un pelo de hombres de bien, y me parece que se los llevará á los infiernos

el diablo de quien soy muy amigos. Si paso alguna pena es por el pobre viejo Tobías, porque como le atrapen le afusilan sin ceremonia.”

Despues de esta narracion Cristina hizo un buen regalo á la muchacha, y cuando se marchó todos tres empezaron á perderse en un laberinto de congeturas respecto del Manto Verde de Venecia, hasta que ultimamente Stipps dijo: “ Dejemos esto ; lo que importa es saber que el Señor Melinger está libre ; lo demas queda á cargo del cielo.”

Wilmsen, pasando con mucha inquietud la mano por su frente, dijo en voz baja:— “ Hasta tanto que no sepamos algo de él, no estaré tranquilo.”

“ No me abandonen Ustedes, prorumpió tristemente Cristina, estendiendo sus manos á entrambos. Dios me aflige demasiado, y no puedo estar sin tales amigos.”

Ambos besaron sus manos, pero Wilmsen sintió una presion de la delicada mano de ella, y la tuvo en sus labios un momento. La idea que le vino al pensamiento de que esta presion provenia solamente de la triste situacion en que se hallaba Cristina, le hizo dejar de repente su

mano, y volver á tomar en su conducta la respetuosa distancia de un inferior. Mirole Cristina sin decir nada, y despues de un ligero movimiento de cabeza al descuido del joven, se salió del cuarto entregada á la mas profunda desconfianza.

Para hallar Cristina algun alivio en su triste situacion, é impulsada al mismo tiempo del mas honesto deseo, convidó á una tia suya á que fuera á vivir con ella; de este modo, ademas de vivir en agradable compañía, cerraba la boca á la maledicencia, que no pierde ripio para echar por tierra la conducta de la doncella mas recatada. El viejo Stipps fue nombrado cagero, y Wilmsen tomó el encargo de dirigir la correspondencia.

Aunque los negocios de la casa volvieron á entrar en el orden antiguo, con todo, el corazon de Cristina continuaba sin hallar descanso. Cada dia crecia mas y mas su amor por el joven Wilmsen; cada dia oía elogiar el celo con que desempeñaba los negocios, y el fiel interés con que promovia el honor de la firma; la laboriosidad con que trabajaba en el escritorio sobresaliendo entre los demas dependientes; el respeto universal que se grangeaba por su hon-

radez en los contratos, y por la amabilidad que desplegaba en toda su conducta; ultimamente su genio suave y alegre, y otras mil pruebas de la generosidad de su corazon. Solamente con ella se mostraba frio y silencioso; solamente delante de ella era reservado, y formal, en términos que nunca podia empeñarle en una conversacion familiar.

Por otra parte la tia echaba á perderlo todo sin ninguna intencion, porque continuamente se estasiaba al hablar del joven. A veces alababa su rizado cabello; otras la blancura de su ropa, la frescura de sus labios, su voz varonil, sus espresivos ojos, la elegancia de sus vestidos: en suma, cada dia descubria una nueva recomendacion. Con estas alabanzas atizaba la llama que consumia el corazon de Cristina, sin saber el estrago que hacia. Cristina escuchaba horas enteras lo que su habladora tia solia contarla: la sobrina en tales ocasiones disimulaba, entretenida con la labor, el gozo que sentia al oir tan agradable panegírico.

La pequeña Carlota, como ya lo hemos dicho, estaba en libertad, pero sus padres deseosos de evitar las preguntas que pudieran hacerla muchas gentes curiosas, la mandaron, en la

mañana misma que salió de la casa del comandante, á unas cuantas leguas de la ciudad, á casa de una parienta suya. Sin embargo, así que pasó una semana ya estaba de vuelta. Cristina buscó una ocasion para hablarla á solas con el designio de saber algunos pormenores acerca de la muerte del correo por su padre; mas la muchacha, que habia sido tan habladora como una urraca cuando solia ir de paseo con el Señor Melinger, callaba ahora como un sepulcro. ¡Tal fue la impresion, tal el terror que supieron inspirarla!

“ El comandante me matará, decia ella, cruzando sus manecitas al pecho. No me atrevo á decir nada. Papá me dice que los soldados no estarán siempre aquí, y cuando se vayan contaré á Vd. todo.”

“ Al menos dime, querida mia, dijo Cristina estrechándola contra su pecho, y júro por el cielo y la esperanza que tengo de salvarme, de guardar secreto—dime si mi padre mató realmente al correo.”

“ Sí, respondió Carlota, sacudiendo su cabeza, él atravesó de parte á parte al correo, él le atravesó; mas con todo no es asesino.”

El mismo dia se halló el cadaver de un aho-

gado en el rio. El oficial á quien se encargó su examen, aseguró que era el cuerpo del viejo Tobías; y muchos de los que se acercaron á verlo fueron de la misma opinion. — El joven Wilmsen fue enviado para dar una declaracion acerca de la identidad de la persona; era en realidad el cuerpo del viejo Tobías. Como el cuerpo estaba en un estado completo de putrefaccion, fue enterrado inmediatamente; y segun es de costumbre en semejantes casos las deposiciones de los testigos se presentaron al comandante.

Al dia siguiente por la mañana Wilmsen se presentó á reclamar los dos mil duros depositados en poder del comandante, y le recordó su palabra de honor de devolverlos en caso que la muerte de Tobías se probase de un modo satisfactorio. El comandante echó sapos y culebras por su boca. “ Las deposiciones son falsas, dijo gritando; todos Ustedes son una gavilla de pícaros, que tratan de engañarme.”

“ Señor, respondió Wilmsen con entereza pero respetuosamente, las declaraciones son auténticas; Vd. no es comandante de una gavilla de pícaros, sino de una plaza cuyos habitantes tienen la fama de ser los mas honrados ciudadanos del imperio.”

“ Y bien, ¿ quien ha dicho que el cuerpo del

ahogado es Tobías? continuó el comandante. Usted. — ¿Quién tiene el mayor interés en asegurarlo? Usted. — Esté Vd. pues seguro que no devuelvo los dos mil duros. Además de que no tengo dinero; los dos oficiales que estuvieron conmigo se llevaron cada uno su parte.”

“A fin, replicó Wilmsen, que yo pudiera formar una alta opinion de Vd. sin duda. El dinero debió haber permanecido intacto en depósito, porque no era un regalo. Si Vd. ha permitido que otros se llevasen alguna parte de él, Vd. es responsable de toda la cantidad; y si no cree Vd. la declaracion del oficial que ha inspeccionado el cadaver, ni tampoco la mia, desentiérrese el cuerpo, y millares que conocian al viejo Tobías, confirmarán lo declarado.”

“¡Como! otra vez con el cuerpo! exclamó el comandante. ¿Se turbará nuevamente el sepulcro por asuntos de su casa de Vd.? ¡Ojala que nunca tuviera que hacer nada con Vd.!”

“Pues vengan los dos mil duros,” dijo Wilmsen volviendo al caso de que se trataba.

“Pidáselos Vd. al sepulcro,” fue la respuesta del comandante, y le mandó que se fuese.

No pasaron muchas horas sin que empezara el horrible trabajo. Centenares de personas que habian conocido al viejo acudieron al lugar,

algunas movidas de la curiosidad, otras porque fueron citadas. Todos los circunstantes aseguraban que era el viejo Tobías; solamente el vestido era diferente del que él acostumbraba á llevar. Al examinarlo mas atentamente el cirujano, descubrió una herida profunda en el cuello del cadaver. Todos se estremecieron al verla. Tobías habia sido muy hombre de bien, querido y estimado de cuantos le conocian, y solamente un acto de desesperacion pudo inducirle á cometer suicidio.

“ Esta es otra víctima cuya sangre caerá sobre el alma del comandante,” decia la multitud. Estas palabras, y las nuevas declaraciones llegaron á oidos de él por medio de los oficiales que despachó para observar lo que pasaba. Lleno de rabia, al ver que tenia que devolver los dos mil duros, exclamó: “ Entiérrese al muerto en una encrucijada.” Sin embargo, no lo pudo llevar á efecto, porque el pueblo se opuso firmemente. Tobías, decian todos, era muy buen cristiano, y no es posible que se haya muerto á sí mismo. La herida es hecha por otras manos, y en verdad que no es cosa rara en estos tiempos. El comandante no se atrevió á oponerse á la voz general del pueblo, que pedia

una sepultura honrosa para el muerto, y al fin condescendió tacitamente.

Wilmsen escribió al comandante pidiéndole los dos mil duros; la respuesta fue que trataría sobre este asunto con Cristina, que era la dueña de la casa. En efecto vino, y quiso persuadirla con gran maña á que desistiese de su pretension; mas ella remitió el asunto á Wilmsen en cuyas manos estaba el manejo de la casa, como persona que podría arreglarlo de un modo legal.

El comandante mudó de conversacion, y estaba á punto de irse, cuando la criada de Cristina entró con una carta que la habia entregado un muchacho desconocido. Cristina, despues de pedir permiso al gobernador, abrió la carta, mudó de color, rió, gritó, tembló, suspiró, y sin saber lo que la pasaba, exclamó llena de alegría con sus manos cruzadas en ademan de orar, “¡Vive!”

El comandante, que la estaba observando con mucho cuidado, preguntó quien era la persona cuya vida parecia ser para ella de tanta importancia: y al mismo tiempo cayó de la mano de Cristina un billete. El lo alzó, y con la groseria de un soldado empezó á leer estas palabras.

“ ! Vivo ! estoy libre y soy feliz, espero verte pronto, querida hija mia.”

“ ¡ Con que es de vuestro padre ! exclamó el comandante asombrado. Me habia dicho Vd. en un principio que no sabía donde estaba ; que nunca habia oido hablar de él despues de su fuga ; bien que jamas me lo persuadí. Ahora veo que Vd. decia la verdad : pero, Señorita, no me dirá Vd. donde está ? Mas advierto que hay otro papelito en la cubierta ; tal vez nos aclarará algo mas este secreto.”

Cristina cogió el papel, que ya lo habia observado antes, pasó la vista por encima de él á toda priesa, y volvió á doblarlo.

“ Y bien ; ¿ que dice ese papel ? ” preguntó el comandante con mucha impaciencia.

“ Perdone Vd., Señor, respondió Cristina gravemente y levantándose con intencion de dejar la sala ; estos renglones tan extraordinarios se han escrito, á lo que yo presumo, solamente para mí.”

“ Sin embargo, quiero ver esos *renglones tan extraordinarios*, dijo él bruscamente. Su padre de Vd. se ha escapado de las manos de la justicia. El modo con que egecutó su fuga, su actual residencia ——— ”

“ Por el billete no se puede sacar nada de eso en limpio,” contestó toda temblando Cristina.

“ Sin embargo, quiero leerlo ; lo he de leer. El comandante es quien se lo manda á Vd. ; de lo contrario me valdré de la fuerza.”

Perdido el color y temblando obedeció Cristina. No bien habia echado una ojeada, cuando exclamó, “ El diablo anda aquí ; este es el Manto Verde de Venecia : la escritura es de la misma mano que la de aquellos tres malditos pedazos de papel hallados en los tres mantos.”

Al principio leyó en alta voz, luego para sí ; lo arrojó al suelo echando al mismo tiempo un execrable juramento, pateó, rechinó los dientes lleno de rabia, y se salió corriendo de la sala, cerrando la puerta con tal violencia que se estremeció toda la casa.

Algun tiempo pasó antes que Cristina pudiera recobrase de la agitacion en que la puso esta escena. No habia hecho mas que echar un vistazo al papel, y leer lo que bastaba para convencerse que los renglones aludian algo al mismo comandante, y de aquí provenia su oposicion en enseñárselos ; al fin volviendo en sí, alzó el billete del suelo, y leyó estas palabras.

“ Tu padre está en parte segura; en prueba de ello te mando el billete adjunto escrito de su puño. Está inocente del crimen que le imputan. Todo ha sido fraguado por la estupidez y maldad de ese miserable que le puso preso, y á quien alcanzará mi venganza algun dia. El teme á las almas del otro mundo, y aprenderá á temerlas mas. Sé todas sus maldades; cuando me sea permitido salir de mi tenebrosa morada, conocerá hasta donde llega mi poder para castigarle con arreglo á sus crímenes.

“ El Manto Verde de Venecia.”

Una hora despues el comandante envió á pedir á Cristina el billete misterioso bajo cubierta sellada con lacre. Así que lo recibió cortó hasta las palabras que mas de cerca le interesaban, y lo mandó con un correo á Venecia, dirigido á la casa de Sponseri, preguntándole si conocia la letra, y de quien era. La respuesta del viejo Sponseri llegó sin pérdida de tiempo, reducida á que el billete adjunto estaba sin duda escrito por su difunto hijo Anselmo, pero que no podia decir en que tiempo, ni con que motivo pudo haberlo escrito.

El comandante empezó á reflexionar sobre

esto muy seriamente, y no sabiendo como resolver el enigma de todo cuanto le habia pasado desde que intervino en la casa del Señor Melinger, llegó por último á creer en la intervencion sobrenatural del Manto Verde de Venecia. Perseguido por la idea de que antes ó despues de la muerte sería castigado por este terrible ser, resolvió inmediatamente aplicarse á reparar los daños que habia causado. Lo primero que hizo fue devolver los dos mil duros; desde este momento llegó á ser tan condescendiente, tan tratable y humano, que ninguno podia atinar con el motivo de una mudanza tan repentina.

La mayor parte de las gentes lo atribuia al crítico estado de los negocios políticos. La situacion del ejército Frances, que estaba al sur de la Alemania llegó á ser muy precaria, despues de lo ocurrido á la parte del norte. La llamada del rey de Prusia á la juventud guerrera de sus dominios resonó en toda la Alemania, y encendió el fuego del patriotismo en todos los nobles corazones. No contribuyó poco á estimularlos el heroico valor, la indómita constancia de los Españoles, cuyos inestimables sacrificios, nadie pensaba entonces, habian de ser tan mal recompensados. Las ruinas de Zaragoza y de

Gerona eran mil veces mas elocuentes, que los bien cortados periodos de las proclamas escritas en los ostentosos gabinetes de estado. Los valientes jovenes corrian á millares á Breslau á combatir bajo las banderas Prusianas, impacientes por tener parte en la lucha que iba á dar paz y libertad á Europa. Su valor alcanzó la primera, los enemigos del género humano les negaron la última.

“ Yo me voy, dijo Wilmsen una noche, estando en un convite de jóvenes amigos; yo me voy, y los que tengan el corazon bien puesto, y sientan arder en él el amor patrio que á mí me devora, síganme.” Todos se levantan unánimamente, todos dan su palabra de honor de acompañarle á Breslau, y alistarse allí como voluntarios Prusianos, y llenando sus copas con vino del Rin todos brindan á la libertad. En seguida fijaron dia y lugar donde reunirse para hacer juntos el viage á Silesia, encargándose unos á otros el mayor secreto en sus movimientos. Cuando estaban para irse ya á sus casas, Stark, el mas sentimental de todos ellos, se puso en medio, y tomando la copa en mano echó el siguiente brindis: “ ¡ Fidelidad á las que amamos, un modesto beso al partir, y una pronta

y venturosa reunion!" El cuarto se hundia á aplausos, y no hubo uno que no bebiese á la salud de su querida; Wilmsen, profundamente conmovido, apretó la mano al joven entusiasta.

Al dia siguiente muy temprano Wilmsen, comunicó su resolucion á Stipps, encargándole empero el mayor secreto. "Señor Wilmsen, le respondió poniendo ambas manos sobre los hombros del joven; ¿que acaba Vd. de hacer? La guerra y el comercio nada tienen de comun entre sí, y nunca lo tendrán; porque un negociante jamas será buen soldado. Si desea Vd. hacer algo á favor de la causa general, contribuya Vd. con dinero, pero al menos no esponga Vd. su vida. Ahora que está Vd. en el camino que debe guiarle á las riquezas y bienestar, no vaya Vd. por esos mundos á perecer como un desdichado."

"¡A las riquezas y bienestar!" dijo Wilmsen ironicamente.

"Si, Señor, respondió Stipps amistosamente. Hasta ahora no he querido hablar de este asunto, por no ser el primero en romper el silencio, pero ya no puedo aguantar mas. Nuestra Cristina—¿porqué se pone Vd. tan colorado, Señor Wilmsen? No hay, porque

avergonzarse — á pesar de las pérdidas de nuestra casa, ¡ todavia tiene un buen medio millon de duros ! y que muchacha ! ¡ Conoce Vd. otra que le iguale en bondad y hermosura en la ciudad ?

“ Dejémonos de chanzas, porque tenemos otros asuntos mas graves de que tratar, dijo Wilmsen. La rica heredera del medio millon está destinada para cosas mayores ; y aun cuando me hubiera dejado deslumbrar por sus atractivos, tengo bastante juicio para conocer, Señor Stipps, que ella oiria la propuesta de un pobre trompeta como yo, así como quien oye un cuento de locos.”

“ ¡ Cuan equivocado está Vd., amigo mio ! exclamó Stipps ya un si es no es enfadado. Apostaria todo lo que tengo á que ella no diria No. Su tia me ha contado muchas cosas ; y dejémonos de cuentos, señor mio, que el modo con que la muchacha le mira á Vd. no deja la menor duda : á perro viejo no hay tús tús.”

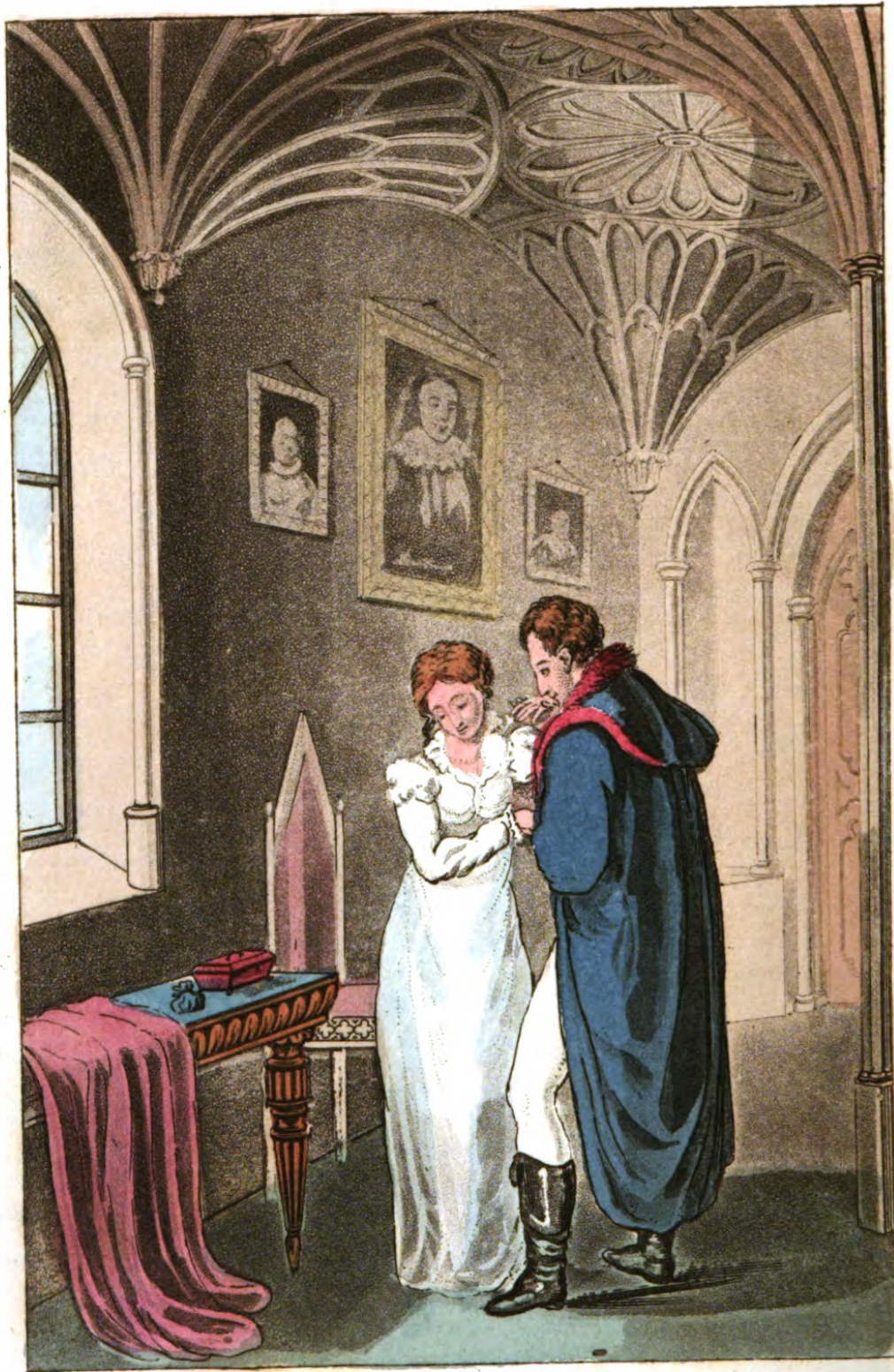
La misma sencillez de Stipps no le permitió observar la profunda impresion que causaron sus palabras á Wilmsen, quien ocultando en su pecho el júbilo en que rebosaba, le dijo solamente : “ El proyecto en que me he empeñado debe egecutarse inmediatamente, ó vamos á ser

descubiertos. Pienso salir esta misma noche con mis amigos. Haré á Vd. la entrega de las cuentas, libros y papeles. ¿Querrá Vd. decir á Cristina cual es mi intento? Pero solamente á Cristina, á nadie mas.”

Stipps balbució algunas palabras, movió la cabeza, y Wilmsen se fue.

Así que volvió Wilmsen, recibió un recado para presentarse á Cristina. Luego vió que ella habia estado llorando, esta señal, que corroboraba lo que Stipps habia contado, le fue muy agradable. Alargole ella su mano, diciéndole con voz que demostraba su pesar: “¿Con que va Vd. á dejarnos, querido Wilmsen! Yo creia que no abandonaria Vd. nuestra casa: no obstante apruebo su resolucion. Jamas las ventajas particulares deben entrar en competencia con el bien público. Pero ¡ay! son estos unos tiempos tan peligrosos! Millares—continuó ella con los ojos hinchados de lagrimas—millares serán sacrificados antes que pase la crisis en que nos hallamos. Id pues—añadió con mas firmeza despues de una corta pausa—á ofreceros en el altar del patriotismo y de la lealtad—y ofreced tambien en ese altar santo lo que voy á daros.” Entonces le entregó todas





四
五
六
七
八
九
十

十一
十二
十三
十四
十五
十六
十七
十八
十九
二十

二十一
二十二
二十三
二十四
二十五
二十六
二十七
二十八
二十九
三十



sus joyas y adornos, y una suma considerable de oro. “Yo no puedo como Vd. ofrecer mi sangre y mi vida; pero cuando las esposas y las hijas se reúnan en las iglesias á pedir al Altísimo la conservacion de aquellos que aman.” y parose aquí cediendo al peso de su dolor. Wilmsen arrebató su mano y llevándola á sus labios, exclamó; “Sí, querida criatura angelical, rezad por mí, y Dios estará conmigo. Este momento, Cristina—nunca la habia hablado con tanta familiaridad—este momento me recompensa por todo lo que he sufrido hasta ahora en esta casa. Muy pocas horas me quedan. Mi situacion ya no es la misma; ya no veo mas en vos la respetable hija de mi amo—Cristina, mi querida Cristina es la que se halla delante de mí.—Voy á hablar con franqueza.—Desde el momento que me arrodillé cerca de Vd. en el altar mayor, consagré á Vd. mi corazon. Mi inferioridad y pobreza, juntamente con la frialdad y casual orgullo con que Vd. me trató en un principio enfrenaron las esperanzas que mi vanidad pudo haberme sugerido en otros tiempos. Mas ahora, en estos pocos últimos momentos, esas lágrimas recompensan altamente cuanto he hecho inspirado del amor y del deber.”

“¡ La frialdad y casual orgullo ! repitió Cris-

tina moviendo su cabeza y dejando escapar una sonrisa por entre sus lágrimas. ¡ Ah! querido amigo, cuan poco conoce Vd. el corazón de la mujer! Puede ser que esta sea la última vez que nos veamos, no haya pues mas secretos entre nosotros. La frialdad de que Vd. se queja nació solamente de la cautela con que tenia que proceder con todos los hombres, por razón de mis riquezas, de los importunos que me aquejaban, y de la clase de educación que he recibido. A haber sido pobre, la sinceridad de mi adhesión hubiera sido manifiesta; mas siendo rica, tenia que ser reservada. También tenia yo otras razones para obrar así con Vd.”

Calló, y llevó la mano al corazón, mas cogiéndola Wilmsen y poniéndola sobre el suyo, “ ¡ Otras razones! exclamó; acaba Vd. de decirme que no habrá secretos para entrambos.”

“ Su excesiva desconfianza le cegó á Vd. ¿ para que mas razones? Bien pudiera Vd. haberlas hallado, añadió ella, bajando los ojos, en Vd. mismo.”

“ ¡ Oh Cristina! exclamó Wilmsen, estrechándola en sus brazos, acabe Vd. de decirlo todo, sin tenerme tan suspenso.”

“ Wilmsen, respondió ella temblando y en

voz baja, á Vd. tocaba primero decirme que me amaba.”

“ ¡ Cristina mia ! ” gritó Wilmsen arrebatado de júbilo ; y un prolongado beso selló la union de los dos felices amantes.

Contáronse en seguida mil cosas uno á otro. Wilmsen, hasta aquí tan recatado, era ahora todo franqueza y cariño, y descubrió, de mil modos diferentes, las amables y desconocidas cualidades de su noble corazon. Mas de repente Cristina vió amortiguarse la alegría que brillaba en sus ojos, y algo sobresaltada le preguntó la causa de semejante novedad. — “ ¿ Aprobará su padre de Vd. nuestro amor ? ” — “ Su único deseo, respondió Cristina con dulce sonrisa, es la felicidad de su hija, y sin Wilmsen yo nunca la hallaré en este mundo. Mi padre sabe como pienso, y aprueba mi pensar. Pocos dias antes del desgraciado suceso del correo, el conde de Blütenstein llamó á mi padre, y le pidió mi mano para su hijo el Camarero mayor de palacio. La vanidad de mi padre quedó muy lisongeada con la propuesta, y me pintó las buenas prendas del joven caballero con los mas hermosos colores, añadiendo que se alegraría mucho que esta union fuese de mi agrado, como

esperaba que lo sería, por cuanto nada podía decir en contra del joven conde, de su talento y prendas personales. Mi respuesta de que no me desagradaba el conde, pero que no podía amarle, le puso un poco de mal humor.— “A nadie amas tú,” dijo él algo enfadado, é iba á salir del cuarto, cuando haciéndome alguna violencia le confesé que te amaba.” (Al decir esto las mejillas de Cristina se pusieron como una grana, por ser la vez primera que daba el tratamiento del amor.) “Sobresaltose al pronto, mas luego observó que varias veces habia notado en mí cierta parcialidad á favor tuyo. Aunque eras pobre, con todo ¿pero á que fin repetir ahora todas sus alabanzas de tu integridad, utilidad, y talento? En suma, declaró que si yo te amaba con la sinceridad de preferirte al conde, y que tú abrigases los mismos sentimientos para conmigo, por su parte consentiria alegremente en nuestra union.”

Despues de esta esplicacion y el modo cariñoso con que habló Cristina, todos los temores de Wilmsen se desvanecieron, y su alegria no conoció limites.

Así pasaron ambos la hora mas feliz de sus vidas, y tal vez la última que pasarian juntos.

Los dos temían hablar de la despedida, pero al fin Cristina rompió el silencio, y le dijo : “ Esta mañana hablabas de ir á Breslau, supongo que ya habrás abandonado semejante idea.” “ Cristina, contestó Wilmsen, no despedaces mi corazón con semejante pregunta. Debo ir. Di mi palabra de honor cuando nada me importaba la vida, porque entonces dudaba que me amases ; ahora que empiezo á vivir me veo forzado á guardarla.” En seguida la esplicó en los terminos mas fuertes que el honor y el deber igualmente le mandaban imperiosamente que no abandonase á sus compañeros á quienes habia él mismo empeñado en la causa ; la aseguró tan afectuosamente al mismo tiempo que preferiria el quedarse al irse, que Cristina se levantó de repente, y casi sin poder contener sus lágrimas, le dijo : tiernamente : “ Vete, querido Wilmsen ; mucho siento que no puedas quedarte, mas considero que mil madres, hermanas, esposas y amantes tendrán que sufrir los mismos tormentos que yo sufro en este instante. Mis ruegos te acompañarán, siempre estaré contigo.”

El momento de la partida llegó entre tanto. Wilmsen habia citado á sus jóvenes amigos para reunirse en una venta á cuatro leguas de la ciu-

dad, y debían estar allí á las cuatro de la tarde. Cristina, y su tia, á quien ya habia explicado sus amores con Wilmsen, acompañaron á éste hasta la venta, donde estaban preparados carros y caballos para llevar á los voluntarios con la mayor celeridad á la frontera; porque con motivo de la diaria salida de jóvenes que iban ácia el norte á reunirse con los egércitos prusianos, el comandante empezó á espiar todos los movimientos de la juventud de la plaza.

Diez y seis valientes mozos estaban esperando ya en la venta á Wilmsen, á quien recibieron clamoreando repetidos vivas. Conociendo todos ellos el genio del comandante trataron de no perder tiempo para no ser cogidos. El momento de despedirse los amigos de ambos sexos, que habian venido de la ciudad áacompañando a los jóvenes aventureros, fue estremamente tierno. Wilmsen y Cristina se prometieron un amor invariable; él la estrechaba en sus brazos y ella estaba cuasi á punto de desmayarse, cuando Wilmsen, embriagado con la felicidad de verse tan tiernamente amado confió á su oído el secreto sepultado tanto tiempo en su fiel corazon. “Cristina, dijo en voz baja, yo

no soy Wilmsen—soy Anselmo Sponseri, el Manto Verde de Venecia.”

En este momento un joven, que estaba con un catalejo observando aquellas cercanias, dió un grito—“¡ Los *Gendarmas* vienen!” Y en efecto iban bajando un repecho á cosa de una legua de distancia de la venta á la cual se encaminaban. Todos los voluntarios saltaron á los carros: Stark arrancó á Wilmsen de los brazos de Cristina, que estaba en la mayor agitación con motivo de la separacion del objeto que mas amaba; y metiéndole casi á la fuerza en una silla de posta, echaron á correr de tal modo, que en breves minutos se pusieron fuera del alcance de los *gendarmas*, cuyos caballos estaban muy cansados para seguir adelante.

Cristina habia quedado en un deliquio de amor, hasta que los horribles juramentos de los *gendarmas* chasqueados la volvieron en sí. Lo primero que dijo fue, “¡ Anselmo Sponseri!” como quien despierta de un sueño espantoso, y estremeciéndose con la idea de haber tocado á aquel misterioso ser salido del sepulcro: pero el recuerdo de sus ardientes labios, sus brillantes ojos, sus vehementes abrazos, destruyeron el horror que empezaba á sentir, y se convenció

que su joven y hermoso amante no podia ser el mismo que estaba implicado de un modo tan inesplicable en la historia de su casa.

Cuando volvió á ella, toda la ciudad estaba llena de regocijo, se habian recibido órdenes una hora antes para que todos los militares acuartelados allí saliesen al dia siguiente por la mañana, y fuesen á marchas dobles al norte, donde los preparativos de los Rusos y Prusianos hacian temer el pronto rompimiento de las hostilidades. El comandante tambien enfardeló su equipage, y al amanecer del siguiente dia la ciudad quedó limpia de sus no convidados huéspedes. Violos pasar Cristina llena de tristeza, porque el temor la representaba que todos aquellos millares de armas iban á apuntar al corazon de Anselmo, y en todo el dia apenas pudo tranquilizar su espíritu. Cansada de llorar, y de que su viva imaginacion anduviera errante por un dilatado campo de ideas caprichosas, hallábase sola al anochecer, pensando en su ausente amante, cuando oyó un ligero ruido á la puerta, y abriéndose esta entró el viejo Tobías.

Al verlo Cristina dió un grito de horror y asombro. Tobías—que habia sido hallado degollado—que habia sido sacado medio po-

drido del agua—que habia sido reconocido por tantos—y en seguida llevado á la sepultura—Tobías se presenta ahora limpia y lindamente vestido ante ella, y dice con su acostumbrada sonrisa: “No se asuste Vd. Señorita, soy yo.”

“¡Santo Dios! ¿es posible?” exclamó Cristina, que no se atrevia á creer lo que estaban viendo sus ojos. Tobías entonces contó brevemente sus aventuras.

En aquel terrible dia en que fue puesto preso el padre de Cristina, Wilmsen habló á Tobías de este modo:—“Tu amo está acusado de asesino; mañana va á ser juzgado por una comision militar—ó en otras palabras, mañana será afusilado. Tú eres hombre de bien y descanso en tí. N. N. están de acuerdo; tú les conoces, dales este vino como si fuera de tu amo. No bebas de él, y déjalos á las once de la noche. El vino no matará á ninguno de esos pícaros, pero les hará roncar de lo lindo. Cuando tu amo vea que la guardia está dormida, aprovechará la ocasion de escaparse, y si lo logra, el premio que te aguarda es superior á tus deseos. No vayas á casa esta noche, sino á la del verdugo, y espérame allí hasta que yo vaya á darte nuevas instrucciones.”

Sin duda Rebeca, hija del verdugo, debió saber antes la llegada del viejo Tobías, porque estaba sentada esperándole, y llevándole muy despacito á una especie de casita detrás de la suya, le hizo una cama con pieles de carnero.

“ Por la mañana, continuó Tobias, llegaron los *gendarmas*, y preguntaron á Rebeca, que estaba en la ventana, si sabía algo del Sr. Melinger, que pocas horas antes se escapó de la cárcel, pues les habian dicho que habia tomado aquel camino. Rebeca respondió que no habia visto á nadie, porque hacia poco tiempo que se habia levantado. ‘ El perillan debe estar aquí,’ dijo uno de los soldados apeandose. ‘ Abre la puerta, gritó otro, lo mejor es salir de dudas.’ Como yo oía lo que pasaba, los pelos se me erizaban de miedo, y parecíame que la sangre acababa de helarse en mi cuerpo: porque á haberme encontrado los belitres en mi madriguera, no habia remedio humano para el pobre Tobías.

“ Rebeca cerró inmediatamente la ventana, y al abrir la puerta de la calle, acometieron á los *gendarmas* lo que menos docena y media de perrazos ladrando como desesperados. El que se habia apeado volvió á montar á caballo en un cerrar y abrir de ojos. ‘ Cierra esos perros

que muerden como demonios,' gritaron á un tiempo sus compañeros. 'No me obedecen á mí,' respondió Rebeca, y estoy sola en casa.' Aun no acabó de decir esto, cuando el perrazo mas tremendo de la casa dió un buen mordiscon en la pierna á un *gendarma*. Desesperado con el dolor iba á tirarle un pistoletazo, pero Rebeca empezó á gritar diciéndole: 'No le mates, los perros son de nuestro príncipe, y dos veces por semana los enviamos á casa del general para cazar con ellos. Pobres de vosotros como les toqueis ni siquiera un pelo, porque él quiere mas á los perros que á vosotros.' '*Sacre nom de Dieu!*' fue la respuesta de ellos, y echaron á correr á galope bramando de corage, perseguidos hasta una gran distancia por los perros, en tanto que Rebeca rebentaba de risa. Despues me dijo que á poco que los hubiera azuzado, *gendarmas* y caballos hubieran sido hechos trizas.

"Quince dias despues me llamó una noche Rebeca, y me dijo, que subiese á un carro cubierto que estaba á la puerta, en el cual encontré una persona que no me habló una palabra. Al dia siguiente, así que amaneció vi que era Wachokovich, el tabernero de la esquina de

nuestra calle. Viajamos sin descansar hasta Hermanstad, en la Transilvania, donde tenia algunos negocios, y alli viví con otro nombre en casa de sus padres. Me contó que estaban haciendo mil diligencias para prenderme, y que mientras el enemigo estuviese en el pais no era prudente volver á él. Al fin de tres semanas Wachokovich, el padre, estaba para venir aquí, y no pudiendo yo aguantar mas tiempo le supliqué que me llevase consigo. Antes de llegar oí que aun estaba el comandante y fuí á parar á casa de Rebeca, por medio de la cual hice saber mi llegada al Sr. Wilmsen. La muchacha se asustó al verme entrar, muy persuadida de que yo me habia tirado al rio, y que mi cuerpo habia sido hallado y enterrado. El Sr. Wilmsen, que vino aquella tarde á verme, me reveló el misterio. Con la mira de recobrar los dos mil duros depositados en casa del gobernador por causa mia, hizo correr el ruido de que yo era el ahogado; hubo muchos que aunque sabian lo contrario, para darle gusto y pegar un chasco al gobernador, aseguraron lo mismo, de este modo el Sr. Wilmsen rescató el dinero, y evitó que los *gendarmas* me persiguieran."

"¿Y donde está mi padre?" preguntó al

momento Cristina, despues de haber escuchado la relacion con el mayor interés.

“ No sé una palabra tocante á él, respondió Tobías mirándola afectuosamente. Pasó por el corral que está detrás de la casa del verdugo, pues Rebeca le vió; pero á donde fue, eso solamente Dios lo sabe.”

La entrada de los padres de la pequeña Carlota interrumpió esta conversacion. La criatura observó hasta entonces el mas profundo silencio respecto de la muerte del correo. Sus padres habian probado muchas veces con persuaciones, halagos y amenazas averiguar de ellas las circunstancias de aquel desgraciado suceso, pero su respuesta era constantemente: “ Si lo digo, me afusilarán.” Ahora que el comandante y las tropas se habian ido, y que todos creian no volverian mas, perdió el miedo que tenia y contó todo el caso. Los padres se apresuraron en participarlo inmediatamente á Cristina.

Parece que el Sr. Melinger pasaba por el bosque á tiempo que la niña vió un escarabajo, de la especie llamada por los naturalistas *scarabæus sabulosus**, y como era muy bonito quiso

* Conviene decir, para aclarar mas este pasage, que especie de animalito es éste. Tiene la espalda verde, y

cogerlo. El caballero le dejó las riendas del caballo y se apeó; habiéndolo cogido le atravesó un alfiler y lo clavó en el brazo de la silla. Esta era toda la historia del atroz asesinato.

Probablemente el comandante hubiera puesto en libertad á la mañana siguiente al Sr. Melinger, á no haberse escapado por la noche. Es de presumir tambien que tenia miedo de recibir algun pelucon de sus superiores, y de esponerse á ser ridiculizado del público por el error craso que habia cometido; y por esta razon amenazó á la criatura con que la mataria si decia una palabra del asunto. El caso se divulgó en pocas horas por toda la ciudad y pueblos comarcanos, y no hubo uno que no se alegrara de corazon al saber que el Sr. Melinger estaba inocente.

Cristina se preparaba á hacer saber á su padre, por medio de los papeles públicos, que podia volver sin peligro, cuando él mismo le

en cada alita cinco manchas blancas. La parte inferior del cuerpo, las piernas y una cosa á manera de cuernecitos de color de cobre con cierto tinte azulado. Se encuentra en terrenos arenosos, es mui ligero, y de aqui viene que en Alemania se le llame vulgarmente, el *Correo*.

ahorró el trabajo presentándose una noche sano y salvo, con no poca admiración y alegría de su hija, y demás gentes de la casa. Después de su fuga había ido primeramente á Raab en la Hungría, y de allí á Esmirna, donde vivió en la mayor seguridad con un nombre supuesto. En cuanto al modo de fugarse, por la intervención del Manto Verde, cuyo secreto divulgaron el carcelero hablador y su hija, el Sr. Melinger no quiso decir una palabra. “No hagas caso de eso, dijo después de una breve pausa, tiempo vendrá en que se aclarará el misterio. Hay muchas cosas en el mundo que parecen sobrenaturales, pero que en realidad son tan simples como el caso del correo.”

Sintió muchísimo la ida de Wilmsen, especialmente desde que oía á todos hacer los mayores elogios de él. No se le cocía el pan, como suele decirse, á Cristina, hasta hacer saber á su padre sus deseos, y el estado en que se hallaban sus amores. Al fin, muy entrada la noche, se presentó una ocasión. Su padre había perdido, durante estuvo ausente, gran parte de su hábito calculador; era otro hombre, todo afabilidad y ternura. Lleno de gozo al hallar sus negocios en el mas próspero estado, y á su

hija respirando salud, y rica en virtudes y atractivos, la estrechó en su seno paternal. “¡Cuanto habrás sufrido, hija mia! dijo él; pero Dios te ha protegido. Nunca te he olvidado durante he estado ausente, tú eras el objeto de mis oraciones diarias. He llegado á conocer que las riquezas no son durables, y que el hombre es un ser miserable, cuando no tiene al lado á quien amar. Pensando en esto muchas veces en mi triste soledad, he prometido recompensar la terneza filial con que suavizas las penas de mi vejez, contribuyendo con todo mi poder al logro de tus deseos. Dime pues, querida Cristina, ¿que quieres que haga por tí?”

Animada ella con tanta bondad, le reveló los secretos de su corazón, á escepcion solamente de las últimas palabras de Anselmo. Su padre la volvió á estrechar en sus brazos. “Wilmsen es pobre, dijo en seguida, con un tono muy afable, pero es habil, industrioso y hombre de bien. Tú le amas. Pues bien, si Dios le saca con bien de los peligros de su nueva carrera, si se mantiene fiel á la palabra que te ha dado, bendeciré vuestra union.

Yo conocí á Anselmo en Breslau. Despues de la batalla de Culm, le volví á encontrar entre los heridos en el hospital de Töplitz. Habia sido herido en el pie izquierdo, y estaba echado en la paja, juntamente con muchos amigos mios. Así que entré me conoció y me llamó á su lado. Estaba pálido, y nunca sus ojos parecieron mas brillantes. Casualmente acababa de abrigarse con un manto verde que le prestó otro oficial conocido suyo. Le espresé mi satisfaccion al verle, á pesar de su herida, tan animado. Mientras estábamos conversando, oimos el ruido que hacia la paja que estaba enfrente de nosotros en la sala, causado por el movimiento de un oficial francés, que habia sido herido gravemente y hecho prisionero. Alzó su pálida y espantosa cara, y dirigiendo por unos instantes sus feroces miradas á mi amigo, exclamó con señales de desesperacion:—“ ¡ Alli está—él es—alli está el Manto Verde de Venecia! Te conozco, ¡ ser terrible!” vociferó en el frenesí de su calentura, y haciendo pedazos las ensangrentadas vendas de su rota cabeza dijo; “ la eterna noche de la muerte, es el dia primero de los tormentos del infierno.”

Dicho esto, echando espumarajos por la boca abrió con sus manos las tres heridas de sable que tenía en su cabeza, cayó ácia atrás encima de la paja, y despidiendo un grito que aterrorizó á todos los que estábamos en la sala espiró en horribles convulsiones. Fui corriendo á él, pero ya había muerto.

Anselmo le reconoció, era el comandante de la ciudad donde vivía el Sr. Melinger; y me contó todas las atrocidades por las cuales se condenó él mismo á infamia eterna. En aquel instante me llamaron á otra sala, donde otros muchos amigos míos yacían heridos. Al día siguiente todos aquellos que podían ser removidos fueron llevados á Praga, con cuyo motivo no pude saber lo que significaban las misteriosas expresiones del comandante.

Algun tiempo después tuve que ir á Praga, donde había centenares de conocidos pertenecientes al ejército, que habían sido heridos y llevados allí, y que por los cuidados y atenciones de los habitantes, se hallaban en un estado de convalecencia. Mientras exista la historia de mi patria, anunciarán sus páginas, con la mayor gratitud, la humanidad y la atención con que el bello sexo trató á nuestros enfermos y heridos.

Pregunté por Wilmsen, y me digeron la casa donde se hallaba tratado como uno de la familia. Fui corriendo á verle, y hallé sentado á un lado de la cama un hombre anciano, y al otro la joven mas amable—el Sr. Melinger y Cristina. Habian llegado pocos dias antes, para llevarse á su casa al joven militar, en vista de la declaracion de los facultativos de ser inutil para el servicio.

Todos sus amigos, y la mitad de los habitantes del pueblo, segun él me escribió despues, salieron á recibirle á la venta de que hemos hablado antes. Era el único del pueblo que se halló en la sangrienta batalla de Culm bajo los estandartes victoriosos de la libertad germánica. Los habitantes recompensaron su valor y sus virtudes llevándole en triunfo por las calles, el Sr. Melinger sus servicios importantes dándole la mano de su hija, y ésta entregándole su corazon, y amándole sin límites.

DIJOSE al principio que este caso era verdadero, por lo tanto se hace preciso entrar en algunas esplicaciones acerca de las circunstancias que parecen haber sido los efectos de una intervencion sobrenatural, que tal vez podria

causar una impresion perjudicial en aquellas personas fáciles en creer todo lo que tiene visos de verdad.

Anselmo estaba destinado por su padre para casarse con Cristina, heredera de dos millones de duros. Aunque su corazon no habia sido todavia atado al carro del Amor, con todo sentia cierta repugnancia en unirse por toda la vida con una persona que jamas conoció, tan solo porque era rica, cuando el Cielo habia sido tan pródigo con él, y no por los dotes y bellas cualidades que pudiesen adornar el corazon de la que estaba destinada para ser su esposa.

Por amor filial, y porque su padre y todos los dependientes viejos de su casa le aseguraban que el Sr. Melinger era un negociante muy habil, á cuyo lado se podia aprender mucho, salió de Venecia para acabar su educacion mercantil, y ver al mismo tiempo á su hija Cristina. En caso de no amarla, estaba resuelto á hacérselo saber á su padre, suplicándole al mismo tiempo que abandonase su especulacion matrimonial.

Algunas paradas antes de llegar al pueblo donde residia el Sr. Melinger, Anselmo se encontró con el joven Wilmsen de Bremen. Como

ambos eran vivos, y francos pronto trabaron amistad, y fueron, al llegar, á la misma posada, donde tomaron un mismo cuarto.

Anselmo tenia orden de su padre (que dió parte ál Sr. Melinger de la ida de su hijo) para presentarse inmediatamente que llegase en la casa de su corresponsal; pero antes de ir á ella, determinó averiguar algo concerniente á Cristina y á su padre. Para poner mejor en planta su proyecto, resolvió tomar el nombre de su amigo Wilmsen, que estaba bastante malo en su cuarto, y que enterado de la razon para este cambio de nombre, no rehusó pasar por el rico Sponseri, y así el uno fue tomado por el otro.

Por los informes que tomó Anselmo de Cristina luego supo que era muy hermosa y llena de talento, modesta y amable: en suma todos la alababan. Algunos, ciertamente, añadian que era algo casquivana; y otros que habia tenido muchos admiradores rendidos á sus plantas, pero que ella no queria nada menos que un conde ó duque. En cuanto al padre, á todos oyó decir que era malo; las gentes iban, tal vez, muy lejos en su censura negándole una sola buena cualidad. La mayor parte de sus riquezas, decian, las ha acumulado por la usura, y otros

medios injustos. Aseguraban tambien que como se le presentase una ocasion en que poder hacer alguna especulacion lucrativa, ninguna consideracion humana era bastante á no empeñarse en ella.

Anselmo, educado en los principios de la religion é integridad, resolvió no mezclarse para nada con ninguno de la familia; y aunque pudiera amar á Cristina, con todo, bienes injustamente adquiridos no podian traer consigo la felicidad. Dió gracias al Cielo de no haberse presentado al Sr. Melinger, y determinó volver a casa; pero un accidente le hizo mudar de resolucion.

El dia del cumpleaños de su querida madre, Anselmo entró en la catedral y se arrodilló delante del altar mayor para hacer sus oraciones por la felicidad de ella. Despues de haber acabado su devoto egercicio, tendió la vista al rededor, y vió cerca del sitio donde estaba una joven entregada á la meditacion mas profunda. La ferviente piedad de su actitud, la modesta compostura durante el servicio divino, y la extraordinaria belleza de su rostro juvenil, le causaron tal impresion, que aseguró no haber visto jamas criatura tan digna de ser amada.

Cuando se acabaron los oficios, la joven se levantó y salió de la iglesia. Anselmo la seguía á lo lejos, y vió como repartía limosna á los pobres estropeados que estaban á la puerta de la catedral: observó sus ademanes, su modo de andar, en fin todos los movimientos de la hermosa incógnita, y la siguió hasta la calle en que vivía el Sr. Melinger. “Si fuese esta”—dijo para sí Anselmo, y se sonrió sin acabar de decir su pensamiento; ¿no podían vivir cien hermosas Señoritas en la misma calle? En esto ella atravesó al otro lado donde estaba la casa del negociante. “Si fuese esta Cristina”—volvió á pensar, y la siguió con la vista lleno de la mas viva curiosidad. A medida que iba acercándose á la casa del Sr. Melinger todos los vecinos la saludaban respetuosamente:—cerca debe vivir ella—así era en efecto. Parose á su puerta—tocó la aldaba—salió á abrir Tobías, y el angel desapareció. “Si esta fuese Cristina,” volvió a decir muy bajito, parándose un poco, mirando á la casa del Sr. Melinger, y pensando solamente en la bella incógnita. No tardó mucho en satisfacer su curiosidad; efectivamente era Cristina.

Desde aquel momento mudó de plan; y con

la viveza que le era genial trató de introducirse en casa del Sr. Melinger con nombre fingido, para conocer mejor á Cristina, con la intencion, si llegaba á ser querido de ella, solamente por su mérito, sin saber quien era él, de ofrecerla su mano. Despues de esto emplearia todos los medios posibles para inducir á su padre á que abandonase su modo injusto de comerciar, á reparar los daños que habia causado, restituir lo que no hubiese adquirido honrosamente, y á ser mas hombre de bien. Entonces, pensaba él indudablemente, que el Cielo bendeciría su union con Cristina.

El plan quedó formado presto; en su opinion era excelente; pero las dificultades de que iba acompañado no eran pequeñas. Lo que es para ver al Sr. Melinger dos, tres ó cuatro veces para hablarle de negocios, no le faltaria algun pretesto, mas al fin su amistad no pasaria de aquí: en cuanto á ver á Cristina, esto era algo mas dificultoso, porque no salia de su cuarto, y su padre recibia á los que iban á verle para asuntos de comercio en el escritorio.

La repentina muerte del joven Wilmsen, de resultas de habersele reventado uno de los vasos de la sangre, sugirió á Anselmo, aguijoneado

por la pasión, y por el deseo de reformar la conducta del Señor Melinger, el loco pensamiento, de que el lector ya se halla enterado. Había oído decir que en el escritorio andaban duendes, y sospechó que lo que pudo dar origen á estos ruidos era la vecindad á la iglesia del monasterio disuelto. De aquí la posibilidad de aparecerse con alguna verosimilitud al viejo: por entonces no pensó como introducirse con Cristina.

El manto verde con que se apareció la primera noche al Señor Melinger era de Wilmsen. La mano muerta la sacó de un teatro anatómico por medio de un cirujano joven á quien conoció en la mesa redonda de la posada, la palidez de la cara estaba dispuesta con pintura.

El portero de la posada del sol había visto salir de la casa el Manto Verde, pero no le vió volver; porque despues de su aparicion al Señor Melinger, Anselmo entró en la posada como si fuera Wilmsen con el manto doblado y escondido debajo de la casaca. Cuando subió al cuarto lo estendió sobre el cadaver, y puso el recibo del Señor Melinger en la manga. El portillo de hierro del cementerio no se abrió por la

parte de adentro, como se le figuró al viejo Tobías lleno de miedo.

La carta dirigida al viejo Sponseri no fue á Venecia, pues Anselmo la volvió á sacar del correo, donde no tuvieron dificultad en devolvérsela así que presentó el sello, y la muestra de su letra.

La carta de Venecia, que vino por extraordinario, fue escrita y mandada por Anselmo á un conocido suyo que vivia en el camino, suplicándole que la enviase con un propio, libre de gastos, al Señor Melinger. Anselmo, siempre que queria podia imitar tan perfectamente la letra de su padre, que nadie era capaz de distinguir la verdadera de la fingida. El objeto de esta carta era hacer creer al Señor Melinger la realidad de la aparicion, y dar mas fuerza á las palabras que tan buen efecto habian producido en el viejo.

Sin ningun plan ulterior, sino en caso que tuviera que renovar su aparicion al mismo caballero, Anselmo guardaba dos mantos verdes mas, hechos exactamente iguales al que se enterró con el joven Wilmsen, y en el cual faltaba el boton de arriba; por consiguiente

quitó á los otros dos mantos el boton superior. Luego escribió, con letra fingida, un billete en Italiano, que se referia á los medios injustos de que se habia valido el Señor Melinger para acumular sus riquezas: lo rasgó en tres pedazos, y poco antes del entierro del joven Wilmsen, puso uno de los fragmentos en el bolsillo del manto, que fue enterrado con el cadaver.

Aun no habia determinado el uso que habia de hacer de los otros dos mantos. Esperaba que se le presentaria alguna ocasion de aparecerse nuevamente al Señor Melinger, y en tal caso dejaria caer el manto; y como el número tres parece el mas favorito, si el viejo usurero continuaba sin enmendarse, hacia ánimo de visitarle por tercera vez, y dejar caer el tercer manto: despues de esto siguiendo en hacer el papel de Wilmsen, buscaria algun medio para desenterrar el primer manto, á fin de que el papel que se hallase en él se comparase con los pedazos de los otros dos mantos. En tal caso, estaba convencido, que el contenido de los tres papeles tocara á lo vivo el alma del interesado y avariento Melinger, y produciria el efecto que deseaba. Esperaba persuadirle que destinase parte de sus bienes á obras de beneficencia;

despues de todo esto, si veía que las cualidades del corazon de Cristina correspondian á las de su persona, se esforzaria en grangearse su amor pasando por un joven pobre —y entonces, y no hasta entonces, creia que las riquezas del padre de ella, purificadas de este modo, podrian hacer felices á entrambos.

El aviso puesto en los papeles públicos le proporcionó la ocasion tan deseada de introducirse en casa del Señor Melinger.

La aparicion del primer Manto Verde tuvo tan buenos resultados, que no hubo necesidad de los otros dos. Anselmo adquirió tal ascendiente, por su inteligencia y utilidad, sobre el viejo, aterrado con las palabras de la supuesta aparicion, que algunas amistosas observaciones, ó la reflexion de que Dios toma en cuenta todas nuestras acciones y juzga con arreglo á ellas, bastaban á tener su conciencia en el buen camino en que la habia puesto el Manto Verde.

Las pérdidas que experimentó el Señor Melinger fueron un confortativo para Anselmo, pues las miraba como indispensablemente necesarias para purificar sus bienes de sus injustas adquisiciones. El remanente, despues de estas

pérdidas, segun su modo de ver, sería lo que el viejo habia ganado honradamente. La conversacion que hubo acerca de esto entre él y Anselmo, en la cual éste fue de opinion contraria con designio de sondear á su amo, sirvió para convencerle que la conversion de Melinger era verdadera, y que consideraba sus pérdidas como juicios del Altísimo.

Por este tiempo Anselmo tenia ya deseos de descubrirse. Desde un principio habia comunicado á su padre el plan, y los motivos para adoptarlo. El viejo Sponseri aprobó lo ultimo, aunque como hombre bueno, reflexivo y prudente no le acomodaba que se valiese del artificio de la aparicion: mas cuando lo hecho no podia deshacerse, y el efecto que produjo en la conducta del Señor Melinger fue tan eficaz, dejó á su hijo que siguiera el camino que se habia abierto para grangearse la aficion de Cristina encubierto con el nombre de Wilmsen. Alegrose sinceramente con su muger cuando Anselmo le escribió lo que sigue: “ Ahora estoy convencido por cien pequeñas circunstancias de la aficion que me tiene Cristina—bien puede venir si quiere el Señor Anselmo Sponseri de Venecia, y cien mas ricos que él de todas partes del

mundo, á pedir su mano; seguro estoy que Cristina no les hará caso con tal que el pobre Wilmsen de Bremen le diga 'sé mia.' Su padre es otro hombre de lo que era. Todos cuantos hablaban mal de él y le aborrecían, ahora le quieren y respetan. Pienso devolver pronto el nombre de Wilmsen á su legítimo dueño, y presentarme como hijo de Vd. Declararé al padre, á la hija, y al público, que si lo tomé fue para asegurarme que Cristina me amaba por mí mismo, y no por las riquezas con que nos ha favorecido el cielo, y creo que todos aprobarán mi inocente disfraz. Solo espero una ocasion oportuna para hacerlo, y estoy inclinado á escoger el dia del cumpleaños de Cristina, que es el último dia del mes que viene."

La egecucion de este plan se trastornó por la llegada de una division de tropas, de que ya se ha hablado. En aquellos tiempos turbulentos era mas prudente, hasta que hubiese una mudanza en los negocios políticos, pasar por el oscuro Wilmsen, antes que por el hijo del rico Sponseri de Venecia, que gemia bajo el mismo yugo militar.

Anselmo se irritó lo que no es decible al oir que se acusaba al viejo Melinger de haber

asesinado al correo. La afición que le habia cobrado con motivo de su cambio de conducta era muy fuerte; parecíale incapaz de cometer el crimen que le imputaban; sabía ademas, por la experiencia adquirida en Venecia, hasta que punto llegaba la rapacidad de los generales Franceses, y que en consecuencia no perdonarian medios de enriquecerse á espensas de los opulentos. Es cierto que dudaba le quitasen la vida; ¿pero quien podia decirle entonces la verdadera causa de su aprehension? La acusacion de haber muerto al correo, no podia ser sino un mero pretesto para asegurar su persona. Tal vez en algunas cartas——porque en aquel tiempo se abria toda la correspondencia——soltaria alguna palabra contra Napoleon ó sus agentes; indiscrecion, que un hombre tan rico como él, debia pagar con algunos miles; ó sabiendo el rencor inveterado del Señor Melinger contra los Franceses, presumió si habria entrado en alguna correspondencia prohibida con algunas personas de Rusia ó Prusia, ó en contratas de provisiones para los ejércitos de aquellos paises; en cuyo caso la comision militar no dejaria de sentenciarle á muerte, y confiscarle los bienes. Por lo tanto debia salvarle

costase lo que costase. Sagacidad, prontitud, y decision, buenos amigos, y sobre todo el dinero prodigado con mano liberal, fueron los hechizos de que se valió Anselmo para libertar al padre de Cristina.

Lo primero que hizo fue empeñar á uno de sus mas íntimos amigos, un joven llamado Carera, á que diese un convite al comandante en su casa de campo seis ó siete millas de la ciudad, donde todos los demas convidados que eran muy alegres y estaban en la trama debian hacer de modo que el comaudante bebiese una dosis de vino que le imposibilitase por algunas horas el dedicarse á los negocios. Así ganaba tiempo Anselmo, y aseguraba la fuga de Melinger. Por la tarde algunos oficiales fueron á caballo á la dicha casa á recibir órdenes para examinar los papeles del preso: pero el comandante se vanagloriaba de su destreza en haberse asegurado de las llaves del arca de hierro del Señor Melinger, que en aquel momento tenia en el bolsillo de la casaca, de modo que era imposible remover los papeles que hubiese sospechosos. Dijo á los oficiales que estuviesen tranquilos sobre aquel punto, y se sentasen á beber, observando que otro dia irian á la casa del Señor Melinger á re-

gistrar el arcon, y á revolverlo todo de arriba abajo. Carera, y sus buenos compañeros, todos amigos íntimos de Wilmsen, aplaudieron la sagacidad del comandante, importunaron á los oficiales para que se quedasen, rodaron las botellas por la mesa, y para cegarlos mas empezaron á decir mil invectivas contra Melinger como si fueran sus mas encarnizados enemigos.

El joven Stark, amigo inseparable de Anselmo, de genio quieto y reservado, y por consiguiente ni observado cuando asistia, despues de muchas instancias, á estas francachelas, ni echado de menos cuando estaba ausente, aventuró un golpe que á haberle salido mal le hubiera podido costar la vida. Sofocado el comandante con el calor del dia y con el que le produgeron el Burdeos, Jeréz, y Champaña, se quejó varias veces de lo mucho que le oprimia el uniforme. Stark de muy buen humor le trajo una bata de mahon del dueño de la casa, suplicándole que se la pusiese, y añadiendo, era justo que él como rey de la fiesta estuviese con toda comodidad. Todos fueron de la misma opinion, y el comandante trocó su uniforme cargado de bordaduras por la ligera bata, y volvió á sentarse mas placenteramente.

Stark colgó el uniforme en un gabinete inmediato, sacó del bolsillo las llaves del Señor Melinger, brincó sobre el caballo Inglés de caza de Carera que estaba ensillado, echó á correr á galope á la ciudad, y entregó las llaves á Anselmo, para que sacase todos los papeles sospechosos, y asegurase el dinero del arcon.

Entre tanto Anselmo no habia estado ocioso; pues logró sobornar al carcelero Palascki y al Sargento Wolmar para que le permitiesen ver al Señor Melinger un cuarto de hora. Este último no tenia la menor idea de la causa de su prision. El primero que le comunicó la noticia de la muerte del correo fue Anselmo, á quien declaró hallarse inocente, y que no habia tenido ninguna correspondencia con los enemigos de los Franceses. Confesó, que en un principio se sobresaltó muchísimo por el modo con que fue preso; pero que ahora se hallaba mas tranquilo confiado en su inocencia, y en la esperanza de que al examinarle á la mañana siguiente le pondrian en libertad. Sin embargo Anselmo no pensaba así. Le contó muchos casos en que los Franceses no habian tenido escrúpulo de sacrificar hombres tan inocentes como el Señor Melinger; y que era una prueba muy arriesgada

el ponerse en manos de ellos, y en fin que una vez libre de sus garras, su vida no corria riesgo. En seguida despidiose de él, suplicándole que le esperase á medianoche, y siguiese ciegamente sus consejos.

Anselmo sondeó á Palascki y á Wolmar; éste era un enemigo rencoroso de los Franceses, y en particular aborrecia de muerte al bajo y rapaz comandante. Anselmo les ofreció una buena suma con tal que le ayudasen á poner en egecucion sus planes. Palascki se rindió al momento, y Wolmar, por lo que hacia á él no tenia dificultad en favorecer sus miras, pero no sabia como ganar la guardia que estaba á sus órdenes, ó bien, como librar á los soldados del castigo que infaliblemente les amenazaba. “ Si acaso, añadió en tono de chanza, pudiéramos forjar alguna aparicion, y decirles que un alma del otro mundo se habia llevado el preso— como esos bestias tienen cabezas tan duras que podrian servir para balas de cañon— se lo creerian todo al momento y jurarian á macha martillo que habian visto al espectro. Por lo que hace al comandante, es como una vieja, que cree en la buena ventura, en la astrologia judiciaria, en agüeros y otros mil disparates—

¿y porqué no ha de creer tambien en apariciones?

Esto decidió á Anselmo. Díjoles que el Manto Verde de Venecia pondria en libertad al preso; observando, que este espíritu ya era conocido en la ciudad, y que esto serviria para dar mas crédito á la aparicion cuando se contase que habia sacado de la carcel al viejo negociante. Anselmo fue corriendo á casa á hacer las disposiciones necesarias para que los tres pedazos de papel depositados en los bolsillos de los tres mantos verdes, destinados en un principio para el Señor Melinger, pero igualmente aplicables al universalmente detestado comandante, cayeran en poder de éste. Al llegar á casa encontró á su amigo Stark con las llaves. Los papeles y libros del arcon quedaron intactos, porque el Señor Melinger le habia asegurado que no habia en ellos nada de sospechoso. Sacó todo el dinero á escepcion de cuatro mil duros, y poniendo dentro el tercer manto verde, cerró el arcon, y despachó á su amigo con las llaves. Al dorso del pedazo de papel puesto en el bolsillo de este manto, un fragmento del cual, como hemos visto fue enterrado con el primer manto, escribió á toda

priesa, imitando la misma letra que habia al otro lado, las palabras que principiaban: “ *Palascki y Wolmar están inocentes.*”

Hallar estas palabras dentro de un arcon de hierro, cuyas llaves habia guardado él, segun creia, desde el mismo instante en que fue arrestado el Señor Melinger, era bastante para trastornar el juicio á cualquiera mas suspicaz y menos crédulo que el comandante. ¿ Quien sino un ser sobrenatural podia haber sabido con anticipacion que Palascki y Wolmar tendrian que entender en este negocio? ¿ Quien podia adivinar el nombre de la persona que mandaria la guardia? Los mas incrédulos se hubieran sobrecogido con semejante hallazgo. Las palabras escritas produgeron tal efecto en el espíritu debil del comandante, que observó implicitamente lo mandado por el terrible Manto Verde, y no se atrevió á decir una palabra del asunto ni á Palascki, ni á Wolmar.

Anselmo, que se habia figurado que el primer deseo de Cristina sería de ver á su padre, y que su entrevista podria perjudicar á sus planes, dió las ordenes mas rigurosas á Palascki y á Wolmar para que no la permitieran entrar en la carcel. Poco despues de las once de la noche entró él

por una puerta falsa, y pasó envuelto en su manto verde al cuarto donde estaba preso el Señor Melinger.

El no haber ido á la cama Marta Palascki fue porque con toda intencion la detuvieron su padre y Wolmar contándola mil cuentos de aparecidos, para que fuese testigo de la aparicion del Manto Verde. Su padre la habia dicho varias veces que se fuera á la cama, para que pudiera decir esto al tiempo de dar su declaracion, y alejar de este modo toda sospecha de haber sido detenida allí con el designio de que atestiguase tal ó tal cosa. Así la muchacha podia jurar en buena conciencia que habia visto el espectro con sus propios ojos, y oido con sus propias orejas las temerosas palabras.

Wolmar hizo á los soldados una relacion tan terrible de la aparicion del Manto Verde, corroborada por Marta, que deseosos de hallar una disculpa á su borrachera, estuvieron prontos á jurar las mayores falsedades cuando se presentaron al comandante. Anselmo tuvo cuidado de dejar caer el manto verde, que contenia el tercer fragmento de papel, á la parte de adentro de la carcel junto á la puerta que cerró Marta; y saliendo por la puerta falsa con el Señor Me-

linger, ambos fueron corriendo á casa de Carera, quien tenia preparada á la entrada del jardin una silla de posta. Metiose en ella el Señor Melinger provisto de pasaportes con nombre fingido, y se encaminó á Raab, de donde pasó inmediatamente á Esmirna.

El centinela que estaba enfrente de la carcel se ocultó porque Wolmar le aseguró que iba á ser afusilado si insistia en decir que no habia visto ni oido nada de la aparicion. Escondiose en la ciudad, y no salió de su retiro hasta despues que se marcharon las tropas y el comandante.

Anselmo perfumó los dos mantos verdes con azufre, y algo de vitriolo, para que tuvieran todas las trazas de hallarse en un estado de corrupcion.

La pequeña Carlota fue presentada segunda vez al comandante despues de la fuga del Señor Melinger. Entonces averiguó que el viejo negociante estaba del todo inocente del asesinato que le imputaban, y que todo provenia de una equivocacion. El comandante estaba avergonzado de haber metido tanta bulla para nada, y temiendo que se burlasen de él amenazó á la criatura con que la mataria si se atrevia á decir

una palabra sola tocante á lo que habia pasado, ni aun á sus mismos padres. Es muy probable tambien que quisiese mantener la creencia de que el Señor Melinger era reo, para tener un pretesto plausible de apoderarse de su dinero.

Anselmo ganó con dinero un gran número de personas que declarasen, que el cuerpo del ahogado era el del viejo Tobías: la multitud no se hizo mucho el cargo, y el oficial ante quien se tomaron las declaraciones, amigo particular de Anselmo, no fue muy escrupuloso en la investigacion.

El billete que recibió Cristina de su padre, lo habia recibido Anselmo aquella mañana de Esmirna, y lo mandó á propósito con un desconocido cuando supo que el comandante estaba con ella.

El correo que el comandante envió á Venecia llegó despues de una carta de Anselmo á su padre, en que le decia el modo de responder.

El silencio del Señor Melinger acerca del modo con que se fugó nació de haber comprometido él mismo su palabra de honor de no revelar lo que habia pasado hasta que el mismo

Anselmo lo tuviese por conveniente, y si le exigió esta promesa fue con ánimo de evitar que se divulgase, y no esponerse, por consiguiente, ni él, ni su casa de Venecia al resentimiento del comandante, y sus satélites; como cuando volvió el Señor Melinger no habia visto á Anselmo, no se consideraba libre del juramento prestado; esta es la razon porque continuó suponiendo á Anselmo como si fuera el pobre Wilmsen.

Tal es la esplicacion de los misterios del Manto Verde de Venecia.

H. CLAUREN.

EL DUENDE DE LARNEVILLE.

MADAMA DESHOULIÈRES, poetisa francesa, ha sido muy celebrada por sus paisanos: con todo, si se esceptuan sus pastorales, los asuntos que ella ha escogido presentan poco interés; mas bien demuestran energia de alma, que armonia en la versificacion, ó delicadeza de sentimientos. Y en verdad que no podia esperarse otra cosa de un caracter dotado de aquella presencia de espíritu que desplegó en la siguiente aventura, en la cual se condujo con tal intrepidez y sangre fria que hubiera honrado á un héroe.

Madama Deshoulières fue convidada por la condesa de Larneville á pasar una temporada en su casa solariega, á muchas leguas de París. Cuando llegó dejaron á su eleccion el cuarto que mas le acomodase de toda la casa, á esceptcion de uno solo, que por los estraños ruidos que se oian por la noche, hacía algun tiempo, todos creian que andaban duendes en él, y por esta razon nadie lo habitaba. Así que Madama

Deshoulières supo por la condesa esta circunstancia, declaró inmediatamente, no con poca sorpresa y terror de su amiga, su firme resolución de ocupar el temible aposento, con preferencia á cualquiera otro. El conde se quedó como quien vé visiones, y con trémula voz trató de persuadirla que abandonase una intencion tan temeraria, pues en la situacion en que se hallaba, su curiosidad podia tener funestas consecuencias. Notando la condesa que todo cuanto habia dicho su marido no pudo intimidar nada à su amiga, añadió nuevas persuasiones para desviarla de una empresa capaz de aterrar al mas valiente. “¿Y no debemos temer mas, añadió ella, por una muger en vísperas de ser madre? Ya que no quiera Vd. hacer caso de su vida, al menos tenga Vd. compasion de la criatura que va á nacer.” Todos estos argumentos repetidos una y mil veces no bastaron á hacerla mudar de propósito. Parecia que su valor adquiría nuevos brios á medida que se exageraba el peligro al cual iba á esponerse, porque estaba convencida que debia su origen á almas débiles y supersticiosas: por otra parte nunca creyó que los espíritus con apariencias humanas pudieran hacerla daño.

Los condes la rogaron, la compadecieron, y reprocharon su temeridad; pero al fin tuvieron que ceder, y Madama Deshoulières tomó posesion del cuarto aduendado: era espacioso, y alto de techos — las ventanas oscuras por el espesor de las paredes — la chimenea antigua, y con una boca á manera de entrada de caverna — los muebles de gusto gótico, y los tapices, que cubrian las paredes, contribuian no poco á aumentar la tenebrosa lobreguez que dominaba en sus cuatro ángulos. Luego que Madama se desnudó entró en la cama, mandó que pusieran una vela encendida sobre el velador, y despues de encargar á su doncella que cerrase bien la puerta, la despachó. Habiendo cogido un libro, segun su costumbre, leyó tranquilamente hasta conciliar el sueño, del cual la despertó bien presto un ruido que oyó á la puerta — abriose ésta y luego sintió pasos. Madama Deshoulières se figuró al momento que éste debia ser el supuesto duende, y con la mayor resolucion le dijo, que si se figuraba asustarla por haberse propuesto descubrir la impostura que habia producido tal alarma en toda la casa se encontraria chasqueado en su tentativa, porque estaba resuelta á descubrirle, y ponerle

de manifiesto á todo trance. Volvió á repetir la misma amenaza, pero en valde, porque el duende callaba como un muerto. Al fin el intruso tropezó con una mampára que cayó cerca de la cama, de modo que enredándose en las cortinas, despidieron los anillos un sonido tan agudo, que cualquiera persona miedosa hubiera creído que era el penetrante alarido de un espíritu inquieto; pero Madama se mantuvo serena, como lo declaró despues. Tan serena, que continuó preguntando al huesped nocturno, sospechando que era algun criado de la casa; pero el silencio proseguía sin interrumpirse, aunque habia un continuo movimiento, y al fin fue á dar con el velador donde estaba el pesado candelero todo lo cual vino al suelo con horroroso estruendo. Cansado al fin de estas idas y venidas fué á parar al pie de la cama. Madama Deshoulières se vió entonces en el caso de demostrar toda la firmeza é intrepidez de que habia hecho alarde; y en efecto justificó la confianza que tenia en su propio valor, pues conservando la misma serenidad, exclamó, “¡ Ah ! ahora veremos quien eres tú :” y al mismo tiempo estendió ambas manos ácia el lugar donde le pareció que estaba el duende. Lo

primero que tocaron fueron dos orejas muy suaves y aterciopeladas, que ella agarró firmemente, determinada á tenerlas asidas hasta que la claridad del dia descubriese á quien pertenecian. La señora tuvo que emplear alguna paciencia, pero no fuerza, porque no podia haber cosa mas pacífica que el dueño de las orejas presas. No pasó mucho rato sin descubrir que el preso era *Palomo*, un perrazo de la casa, tan bueno, si es que la fidelidad y honradez merecen este título, como cualquiera de sus habitantes. Lejos de enfadarse por la prision en que le tuvo *Madama Deshoulières* algunos minutos, lamió las manos, que sirvieron para calentarle las orejas: en tanto que ella no pudo contener la risa al ver el jocoso fin de una aventura, para cuyo encuentro tuvo que armarse de valor; y muy tranquila volvió á dormirse hasta la mañana.

Entre tanto los condes, entregados al miedo mas espantoso, no pudieron cerrar los ojos durante toda la noche. La prueba á la cual quiso esponerse su amiga les parecia cada vez que reflexionaban mas terrible, hasta que al fin se persuadieron que la muerte sería la inevitable consecuencia. Con estos pronósticos fueron así que se hizo de dia al cuarto de *Madama*

Deshoulières — “ Entra tú primero, dijo la condesa al marido, porque si llego á ver al duende me caigo muerta sin remedio.” “ Espera un poco, muger, respondió el conde, iré á buscar un diente de Santa Bárbara, que regaló un Papa á mi bisabuelo, y es muy eficaz para casos semejantes.” “ ¿ Con que tenias eso, y lo habias callado hasta ahora? ¿ No hubiera sido mejor haberlo puesto anoche al cuello de nuestra amiga? Vamos á buscar el diente porque yo no me quedo aquí sola á la puerta del cuarto, no sea que me suceda algo.” Diciendo esto volvieron atrás, y habiendo cogido la santa reliquia dada por el Papa en persona al bisabuelo del conde, llegaron otra vez á la puerta del cuarto. Llamaron quedito, mas por temor de incomodar al duende que á su huéspeda, y viendo que no respondia, se persuadieron que estaba muerta. “ Entra con el relicario en la mano, decia la condesa, no tengas miedo.” En esto el perrazo que sintió andaban á la puerta, porque la señora estaba dormida, empezó á refunfuñar sordamente. “ ¡ Santa Bárbara me asista! gritó la Condesa, vámonos de aquí: ¿ no has oido al duende?” Al grito que habia dado despertó **Madama Deshoulières**, y conociendo despues la

voz de la condesa la llamó diciéndola que entrase sin recelo. Algun tanto alentados abrieron la puerta, y vieron sentada en la cama y muy alegre á su amiga, que les preguntó que tal noche habian pasado. En seguida les refirió del modo mas imponente que pudo cuanto habia sucedido, y así que logró escribir en ellos una curiosidad intensa, mezclada de temor, cuando los vió mas deseosos de saber la catástrofe, echandose á reir les enseñó *Palomo* que estaba al otro lado de la cama, diciéndoles: “Ahi está el duende que ha alborotado la casa, y que Vd. Señor Conde, llegó á creer seria el alma de su madre;” porque era la última persona que habia muerto allí. Los condes se miraron uno á otro — luego al perro, que vino entonces á hacerles mil caricias — y se avergonzaron tanto que no sabian si reirse ó enfadarse. Pero su amiga que tenia una firmeza de caracter que infundia respeto y convencimiento, terminó este estado de irresolucion diciendo — “No, Señor, no continuará Vd. por mas tiempo en una ilusion á la cual se habia Vd. apegado tanto. Acabaré mi obra rompiendo las cadenas de la supersticion que oprimen su entendimiento, y probándole que todo lo que ha turbado la paz

de su familia ha procedido de causas naturales.” Levantose en seguida, hizo que sus amigos examinasen la cerradura de la puerta, y vieron que la madera estaba tan carcomida, que la cerradura cedia á un pequeño impulso. Esta facilidad fue la causa sin duda de que *Palomo*, que no gustaba dormir de puertas afuera, eligiera este cuarto. “Lo demas facilmente se comprende, pues *Palomo* olfateó la vela de sebo, y por apoderarse de ella echó á rodar los trastos, y de aquí todos los ruidos que me han fastidiado esta noche; tal vez se hubiera apoderado de mi cama á no haberle cogido por las orejas. Asi se transforman los acontecimientos mas simples en cosas sobrenaturales, ó en agüeros temerosos.”

BARBITO, Ó EL ESPECTRO DE CUENCA.

CUENTO ESPAÑOL.

Durante el reynado de Felipe II, vivia á orillas del Jucar, no lejos de Cuenca, en Castilla la Nueva un hidalgo rico, llamado D. Pedro Lopez, hombre de bien á carta cabal, de buen humor, con buena mesa diaria, y muchos amigos. Era feliz cuanto un hombre puede serlo en este pícaro mundo ; no deseaba nada, temia á Dios, amaba al Rey, respetaba al Santo Oficio ; en una palabra, era todo lo que en aquellos dias debia ser un buen español para vivir tranquilo, honrado, y esperar la salvacion eterna.

No pasaba un dia sin bendecir D. Pedro su suerte. “¿ Que he hecho yo, solia decir, para merecer los favores con que tiene á bien colmarme el cielo ? Tengo el honor de pertenecer á la nacion mas grande del mundo ; he tenido mi parte en su gloria ; he servido á las órdenes del gran Capitan, y he visto coger prisionero de

guerra á Francisco I, en Pavía. En mi hogar soy feliz: mi muger es un modelo de virtud, sus gustos son los míos: cualquiera cosa que ella dice es justamente lo mismo que yo hubiera dicho, con la diferencia de que ella lo dice mejor; por último me ahorra hasta el trabajo de reñir á los criados, que á la verdad bien lo merecen muchas veces. No tenemos mas que un solo motivo de queja — la falta de hijos; pero en esta vida no sale todo á medida del gusto de uno. Tengo juvenes parientes remotos, á quienes amo como á hijos, y que por su parte me aman como á padre; tengo amigos que nunca se separan de mi lado; de modo que todos ellos forman una familia voluntaria, que me rodea para mi felicidad y la suya. Los amigos me quieren entrañablemente, son gentes muy buenas; yo no sé como sucede que siempre piensan como yo; ¿porqué razon se habian de abajar á adularme? Es cierto que suelo convidarlos á comer, pero una comida no es digna de comprarse á semejante precio. ¿No acostumbra decir el Padre Ignacio Carranca, uno de mis mejores amigos, que el *hombre vive de nada*?" — Es el caso que este buen prior de Gerónimos tenia siempre este adagio en la

boca; pero entre tanto preferia las pollas y capones de Cuenca, y las perdices de Badajoz á la carne de macho, y como pudiese tener Valdepeñas, se guardaba y mucho de beber chacolí de Vizcaya, ni cerbeza de Inglaterra.

Una sola cosa turbaba la felicidad del buen Lopez. Deseaba proporcionar á los que le rodeaban alguna novedad extraordinaria, que aumentara la dicha que participaba, segun creia, cada uno de ellos juntamente con él. Despues de haber estado discurriendo dos ó tres meses, dió con lo que buscaba. Resolvió nada menos que desaparecer, pero de un modo sério, como desaparece una persona que muere y la entieran. Reíase al considerar la súbita mudanza que advertiria en los semblantes de sus queridos parientes y dignos amigos. ¡Que transicion tan exquisita é inesperada del mas profundo pesar á la mas loca alegria, cuando se les apareciese como llovido del cielo, y le oyeran decir, “No lloreis mas, aqui estoy yo!”

Yo presumo que le ocurrió esta idea por haber visto pocos años antes que Carlos V, hizo celebrar en vida su propio funeral en un convento de Estremadura. D. Pedro quiso imitar su egemplo. No dejó correr mas que una se-

mana desde que formó el designio hasta que lo puso en egecucion.

El Sr. D. Pedro tenia un criado á quien si le decia, "Escucha," escuchaba; "Calla," callaba; "Sígueme," le seguia. Deseando dar principio á su proyecto, se fingió malo; cada dia se agravaba mas y mas la enfermedad. No habia médico que no lo asegurase, desde que empezó á rehusar, y esto por muy buenas razones, el que le sangrasen; pues como una operacion preliminar, segun se practicaba entonces en aquel pais, le habian recetado cuatro buenas sangrias.

Al fin fue desauciado. Su criado era el único a quien permitia le asistiese en tan críticos momentos. En el testamento dejó dicho que queria enterrarse con hábito franciscano, y dispuso que se tragera uno con anticipacion á su cuarto para ponérselo él mismo antes de morir y ganar así mas indulgencias. Su devocion fue admirada de todos, y los Padres Franciscos le citaban como un modelo de piedad cristiana. La realidad era evitar el ser conocido al poner la mortaja á la figura parecida á él que trajo el criado la noche antes del suceso. Cuando todo estuvo dispuesto, se escapó por una escalera falsa, y tomando un buen caballo, se dirigió,

disfrazándose lo mejor que pudo, a Cadiz, con intencion de embarcarse para los Países Bajos.

Entre tanto el criado Simon, metió la figura amortajada en un ataúd, le puso la tapa con algunos clavos, y cuando llegó la hora del entierro, todas las comunidades religiosas vinieron á la casa del supuesto difunto. El lúgubre sonido de las campanas anunciaba la muerte de D. Pedro Lopez; al fin llegó el clero, y despues de rociar con agua bendita el ataúd colocado sobre una mesa con dos docenas de luces y seis blandones, echó á andar la procesion ácia la catedral. Todos los parientes iban de luto riguroso. La iglesia estaba entapizada de negro, sus cinco naves y todas las capillas iluminadas. El P. Ignacio Carranca predicó el sermon de exequias, y los músicos de la capilla cantaron el *De profundis* tan primorosamente, que ha llegado la fama de su habilidad hasta nuestros dias. Digéronse doscientas misas, rezáronse otros tantos responsos, los parientes volvieron sumamente afligidos al parecer, á sus casas, y al cabo de quince dias ya nadie hablaba de D. Pedro, quien al mes justo de haber salido de su casa llegó á los Países Bajos.

Seis meses despues de su llegada determinó

pasar al teatro de la guerra. Reunióse al ejército pocos días antes de la famosa batalla de San Quintín, en la cual perdió el dedo meñique de la mano izquierda. Este accidente se insertó en el *Mercurio* de aquel tiempo, como ocurrido á D. Pedro Vivo, pues este es el nombre que tomó D. Pedro Lopez para mantenerse *incógnito*. Simon su fiel criado se reunió á él despues de algun tiempo; contole todo lo que pasó desde su salida; y á fin que su amo no desistiera del plan, al cual se mostraba tan aficionado, le exageró el sentimiento que habia producido su muerte, y de este modo le dejó saboreándose con el placer de haber sido llorado y sentido de todo corazon. Al mismo tiempo le refirió que al salir del pueblo, de todos los amigos de quienes se despidió, Barbuto fue el que mas trabajo le costó dejar en Cuenca. Barbuto era un perro corpulento de las montañas del Pirineo, criado desde pequeñito por D. Pedro; era hermoso, valiente, fuerte y fiel. Muy sensible se mostró el amo, á una señal tan distinguida de afición de la parte de Barbuto, y así es que prometió darle á su vuelta conejos y perdices, y una buena ración de olla podrida el 28 de Agosto, día en que dió esta agradable prueba de recuerdo.

Los que se alistan en las banderas de Marte corren muchos riesgos. D. Pedro fue hecho prisionero por un Caballero Breton, que le llevó á su Castillo donde le tuvo encerrado hasta que se hizo la paz, esto es, el espacio de dos fastidiosos años. En todo este tiempo el buen Castellano no oyó una sola palabra de su idioma nativo, y no vió desde las ventanas de su prision mas que las altas chimeneas de Quimpercorentin.

El pesar producido por la muerte de D. Pedro habia sido demasiado agudo en los primeros dias para que durara mucho tiempo ; lo mismo sucede con todas las pasiones violentas ; á no ser así, ¿quien podría vivir en este mundo? Ved lo que escusa al corazon humano.

El bueno de D. Pedro era la misma prudencia, y deseoso de hallar su casa conforme la habia dejado, tuvo cuidado de nombrar á su muger por única y libre heredera de todos sus bienes. D^a. Beatriz, este era su nombre, pasaba por muy discreta, y tan amante del orden que no habia movido una silla del sitio donde estaba lo que menos en quince años. A pesar de una cláusula tan terminante, los queridos sobrinos que habian estado á la mira de la sucesion de su amado tio, atacaron el único am-

paro y sosten de la viuda. Un abogado, de aquellos cuya elocuencia estriba en el embrollo y las marañas curiales, de que al fin se ha hecho una ciencia, descubrió una coma donde debia haber un punto, y una partícula en lugar de una conjuncion. De aqui resultó un pleito que se siguió ante el corregidor, pasó despues á la audiencia de Valencia, y por último á los oidores de la chancilleria de Granada, los cuales en vista de la fatal coma, unanimente fallaron contra la desamparada viuda. Este absoluto fallo puso á los sobrinos en plena posesion de los bienes de D. Pedro Lopez. A D^a. Beatriz se le permitió solamente retener la casa: como sus hábitos eran frugales, y sus deseos moderados, como el armario quedaba en el mismo lugar, la molienda de chocolate en la misma alacena, y la jaula del papagayo en el mismo rincon, lo único que la apesadumbraba era la pérdida del pleito, porque esto le traia á la memoria la pérdida de su marido.

No se hablaba de otra cosa mas que del pleito ruidoso en todo aquel pais y provincias inmediatas. Habiendo conseguido D. Pedro su libertad, y perdido cuasi enteramente el gusto, que tanto le halagó en otro tiempo, de escitar

una sorpresa, volvió tan apriesa como habia salido. Estando en una posada en Zaragoza supo todo lo que pasó en su casa mientras estuvo ausente: algo le amostazó la noticia, pero se consoló luego con la idea de que su presencia asombraría á sus sobrinos, y restablecería las cosas en su ser antiguo. Por lo tanto, en lugar del magnífico convite que habia proyectado darles, para descubrirse en medio de él como caído del cielo con grande alegría suya y de todos los circunstantes; lo primero que hizo fue ponerse corriendo en camino para su casa para decir á su muger que todo habia sido un chasco, y que habia pensado volver antes para arreglar los negocios embrollados.

Llegó al pueblo, se dirigió de noche á su casa, y encontró á D^a. Beatriz sentada en la misma silla, en el mismo sitio, y ocupada en la misma labor que en vida de su marido, esto es, bordando un vestido para Nuestra Señora de la O. Llamó á la puerta, subió las escaleras, y con toda el ansia de un buen marido fue corriendo á abrazar á D^a. Beatriz. Esta, que tal vez estaba pensando en él, aunque sin esperanzas de verle jamás, así que le vió entrar por el solitario y espacioso estrado, empezó á santiguarse á toda

priesa, y arrodillándose delante de una imagen de Santiago de Compostela, “ ¡ Ah! querido marido mio, exclamó, pídate que no me hagas daño: tú sabes que nunca he hecho nada que pudiera desagradarte.” D. Pedro proseguía adelante, y su muger medio muerta del susto y tapándose la cara con las manos empezó á gritar de nuevo, “ ¡ Nuestra Señora me asista! No me toques, querido marido, vete, vete. Si tu alma necesita alguna cosa para estar tranquila, te prometo que haré decir cuantas misas quieras; pero por el amor de Dios vete, ó voy á morir de miedo!”

Advirtiendo el buen hidalgo que su muger le tomaba por un espectro, y que estaba demasiado turbada para oir su esplicacion, no sabia si llorar ó reir; pero deseoso de darse á conocer por otros medios mas suaves, y seguros, se fue en derechura al monasterio de los Gerónimos, y subió á la celda del P. Ignacio Carranca.

El reverendo Padre habia acabado justamente de copiar el sermon de un misionero de Galicia, con intento de apropiárselo. Este sermon trataba de todas las formas que el diablo es capaz de tomar para tentar á las Vírgenes del Señor, y pensaba predicarlo sucesivamente

en los seis conventos de monjas de Cuenca. No bien habia entrado D. Pedro y abierto su boca para darse á conocer á su antiguo amigo, cuando el fraile embebido en su idea de apariciones, y muy lejos de ser un incrédulo, quedose mirándole horrorizado. Afligido el pobre caballero con el susto que acababa de dar á su muger, y no menos asombrado al ver la actitud inmóvil del P. Ignacio, le tiró con alguna fuerza de la manga. Vuelto en sí el rollizo prior, como si despertara de su siesta despues de una succulenta comida, y agitado entre el temor del demonio á quien atacaba en el sermón, y la aparicion de D. Pedro, que en su imaginacion no podia ser otro mas que el mismo demonio, dió un salto hasta la puerta que habia quedado abierta, y sin mirar una vez siquiera atrás de sí, dejó el campo de batalla á D. Pedro Lopez, ó mas bien al diablo mismo en persona.

El marido de D^a. Beatriz salió de mal humor del convento, y fue derecho á casa de sus sobrinos; habiendo tropezado con el menor le preguntó si le conocia. El joven que no creía en duendes, ni apariciones, se echó á reir. “Alabado sea Dios, dijo entonces D. Pedro, al fin he dado con una criatura racional.” A

renglon seguido contó á su sobrino como su muger y el prior le habian tomado por lo que no era, asegurándole que bien lejos de ser un espíritu, era todavia de carne y hueso—el mismo tio suyo—el buen hidalgo Lopez, que siempre le habia querido muchísimo; y concluyó con que sus sobrinos, como era regular, le volverian los bienes de que habian tomado posesion demasiado pronto. El joven era un Andaluz alegre y de buen humor, y despues de una gran risotada le dijo; “Váyaze Vd. con Dios, buen hombre; el luto por Vd. ya ze acabó haze tiempo.”

No pudo D. Pedro contener su indignacion al oir estas palabras, como es natural á todo aquel á quien no se le quiere tener por lo que verdaderamente es. El violento altercado que se siguió llamó la atencion del hermano mayor, y fue corriendo á ver lo que era. D. Pedro no fue mejor recibido por él; en valde empleó las persuasiones, las pruebas y las amenazas. Al ruido acudieron las criadas y los vecinos: uno decia que no podia ser el hidalgo Lopez, porque él asistió á su entierro; otro que el P. Ignacio habia predicado el sermon de exequias; un tercero, que llevó un cirio á Nuestra Señora

de la Agonía; y todos convenian que se parecia algo á D. Pedro, pero que se valia de este artificio para fines siniestros, y que era un impostor. Un hombrecito, todo vestido de negro, dijo que lo mejor seria presentarlo al corregidor. Pareció bien la idea, y en particular á los sobrinos; y justamente cuando iban á ponerla en egecucion, no con poca rabia del honrado hidalgo, paró á la puerta de la calle un coche, y bajando de él un alguacil mayor y dos oficiales de la Santa Inquisicion, se apoderaron de él y le llevaron ante aquel santo tribunal.

No me detendré en referir todos los pormenores del examen prolongado y fanático que tuvo que sufrir el pobre caballero, ni el tormento de agua al cual recurrieron para obligarle á confesar que demonio se habia apoderado de él, y á que orden y gerarquia pertenecia. El buen hidalgo se mantuvo firme contra los seis primeros vasos que le hicieron tragar; pero cuando le tendieron boca arriba encima de una mesa, y le pusieron en la boca un tremendo embudo para echarle una gran cantidad de agua, convirtiendo su barriga en tonel, le faltó el ánimo, y hubiera confesado todo lo que hubiesen querido los bárbaros Inquisidores, á no ser

por un espantoso ruido que de repente se oyó en aquellas lúgubres bóvedas, y llamó la atención de sus verdugos.

El estallido de una bomba, ó por mejor decir, el tremendo son de las trompetas de Israel cuando echaron por tierra las murallas de Jericó, pueden solamente compararse con el estruendo que fue resonando por todos los ángulos de aquella morada de silencio y horror. Arrodilláronse los Familiares, creyendo habia llegado su última hora; el infeliz D. Pedro saltó de la mesa y se puso en pie; cayósele la pluma de las manos al secretario; el Inquisidor decano se puso pálido como la muerte;—era Barbito, el fiel, el cariñoso, el terrible Barbito. Justamente habia percibido el olfato de su amo cerca del convento de los Padres Gerónimos; siguió el rastro de calle en calle hasta la Inquisición, donde el portero por miedo, y los perros de la casa por amistad, le permitieron la entrada. Barbito, inquieto, impaciente, furioso continuó buscando á su amo; al fin entró en el cuarto, y echando por tierra cuanto encontraba, se arrojó á su amo en el esceso de su alegría, dando espantosos ladridos, lamiéndole la cara y las manos, hasta que al fin se echó á sus

pies. ¡ Ay! de aquel que se atreviera á tocar ahora á su amo!

Barbito cambió la suerte de D. Pedro; á no haber sido por él la sentencia mas benigna que hubiera recaído habria sido encierro perpétuo, despues de algun solemne *auto de fe*: pero el testimonio del perro fue un rayo de luz que bajó á convencer al secretario, quien, estaba componiendo entonces una disertacion ingeniosa acerca del alma de los brutos, y el lance de Barbito vino á dar nueva fuerza á su sistema. D. Pedro fue el primero que recogió el fruto de su disertacion. El secretario demostró á los Inquisidores, que un perro es un testigo abonado en todos paises. Ademas de esto se veia bien que D. Pedro no era el diablo en disfraz, por cuanto no se sentia el menor olor á azufre, lo cual no habia sucedido así en los demas que pasaron antes por sus manos.

El secretario, antiguo amigo de D. Pedro, le acompañó á casa de D^a. Beatriz; Barbito los seguia sin cesar de hacer caricias á su amo: á la vista de un testigo tan difícil de ser corrompido, el amor conyugal disipó todos los temores. El buen hidalgo pudo haber notado, á no hallarse tan trastornado, que su vuelta ponia á su muger

fuera de su elemento. Ya se ha dicho que esta buena Señora era metódica en extremo: hacia dos años que vivía como viuda, y ahora se hallaba en el caso de tener que volver á ser esposa; pero como era la misma bondad y quería mucho á su marido, aquella sombra de desagrado pasó como un relámpago, y una hora despues solamente pensó en la dicha de verle nuevamente.

La muger de D. Pedro fue la única persona que siguió el egeemplo de Barbito, porque los sobrinos, viéndose poseedores de los bienes mal heredados, nunca quisieron reconocerle, y á lo sumo decían que se parecía algo al muerto. El P. Ignacio, que recibía de cuando en cuando pañuelos de seda y moliendas de chocolate de los sobrinos, se atrincheraba en su sermón de exequias. El corregidor, la real Audiencia de Valencia y la Chancillería de Granada, sostenían que no podían haberse equivocado en su fallo, y acababan como Pilatos, *quod scripsi, scripsi*.

En este lamentable estado se hallaba D. Pedro, sin poder recobrar sus bienes, cuando el secretario, á quien alababa mucho su obra el hidalgo, prometió patrocinarle valiéndose de un medio que no le había ocurrido hasta entonces.

Parece que tenia una hermana en la corte, que era camarera de la amiga del Rey, D^a. Clara de Mendoza, cuyo retrato estaba haciendo en la actualidad el famoso pintor Ticiano, figurándola cual si fuera Venus Anadiomena, sin mas vestidos que un collar y brazaletes de perlas orientales. Ambos fueron á la corte, la hermana del secretario presentó á su ama D. Pedro Lopez y su perro Barbito.

El primer acto de bondad salió sin duda de una muger; en el bello y amable sexo el corazon siempre dirige la cabeza. D^a. Clara contó al rey todo lo concerniente á D. Pedro, desde Barbito hasta el dedo meñique que perdió en la famosa batalla de San Quintin. Le refirió todas sus desgracias, la bondad de su corazon, los eminentes servicios, la ingratitud de sus sobrinos, y por último que para convencerse de la justicia que le asistia se sirviese S. M. mandar que se desenterrase la figura que se enterró en lugar de él. Esto último, y el lance de Barbito decidieron al monarca; despachó á la Chancilleria de Granada una real orden para que se viese nuevamente el pleito, desenterrando el cadaver, ó la figura puesta en su lugar; y queriendo recompensar los servicios y sufrimientos de D. Pedro le señaló una buena pension.

Así que los oidores de Granada olfatearon que D. Pedro tenia favor en la corte, declararon que habian sido engañados, que era una solemne injusticia la que se habia cometido con el hidalgo, que no habia necesidad de turbar el reposo de los muertos, y por último los sobrinos se vieron en la dura necesidad de restituir los bienes al tio; item mas cargados en las costas. Para colmo de fortuna D^a. Beatriz, que no tenia aun cuarenta años le dió un hijo á los once meses de su vuelta, y con esto los sobrinos quedaron enteramente desesperanzados de recobrar algun dia lo que de tan mala gana restituian á su legítimo dueño. Su criado Simon, á quien suponía muerto en la batalla en que él cayó prisionero, llegó por este tiempo á Cuenca, despues de haber sufrido durante tres años la misma suerte que su amo.

D. Pedro imprimió por su cuenta la obra de su amigo el secretario, y le regaló generosamente. Un año despues escribió lo que el lector ha leído, con la intencion de avisar al que quiera imitar su locura, que antes de presentarse á nadie, tome la prudente precaucion de que le reconozca su Barbito.

LA APARICION DEL LUGAR.

HISTORIA VERDADERA.

HACIA seis semanas que un cura protestante estaba en posesion de su curato en un pequeño Lugar de Alemania. Habia visitado, como era de costumbre, á sus nuevos vecinos ; arreglado sus negocios caseros, y ajustado las cuentas con la viuda de su antecesor. Contento con haber dado fin á este último importante deber, que por la integridad de ambas partes, se terminó sin necesidad de curiales, el pastor salió á pagar el balance de las cuentas á la viuda ; concluida esta operacion volvió á su casa, y tomando un libro bajó al jardin á sentarse á la sombra de los hermosos árboles que lo adornaban. No tardó su muger en ir á hacerle compañía ; como era natural, luego entablaron la conversacion acerca del alegre bienestar que les proporcionaba su módica renta, y la proximidad de aquellos mo-

mentos en que iban á gozar las delicias paternales, de que aun no tenian idea.

Un pais florido como un jardin se presentaba á su vista. Despues de unos cuantos dias de un calor insoportable, vino una tronada á refrescar la atmósfera. Toda la naturaleza tomó un aspecto mas fresco y risueño; las flores parecian mas brillantes, y exhalaban mas gratos perfumes; una ligera brisa templaba el calor de la tarde y enjugaba el sudor de los labradores, que llamados por la campana de la tardecita volvian con los aperos á sus tranquilos hogares.

“ Querida Dorotea, dijo el cura cuando se levantó su muger para preparar la cena, el calor del tiempo bochornoso de estos dias pasados ha caldeado toda la casa. ¿Supongo que esta noche cenaremos debajo de estos árboles? Así podrá refrescarse algo mas la casa, y gozaremos hasta tarde del puro ambiente que aquí corre.”

“ Justamente has adivinado mi pensamiento, contestó la muger. La tarde es hermosísima, y con su frescura nos sabrán mejor los pichones que están al fuego, y una rica ensalada despertará nuestro apetito.”

Tan pronto dicho como hecho. Dorotea rebotando en alegría dirigió sus pasos presuro-

sos á la cocina; el pastor* trajo la mesa y las sillas, puso el mantel, y sacó de la bodega una botella de vino. Segun su costumbre esto último estaba reservado solamente para los domingos; pero este dia le pareció que debia ser una escepcion á la regla general, por cuanto acabó de cancelar felizmente, como ya se ha visto, todas sus cuentas atrasadas: era un dia muy importante para él, porque hasta entonces no se creyó completamente instalado en su empleo y habitacion. Dorotea trajo luego sus pichones guisados con tomates; su cuñada, que vino á acompañarlos una temporada, traia una ancha fuente llena de apetitosa ensalada aderezada por sus lindas manos; sentáronse los tres á la mesa. Una alegria inocente y nada bulliciosa, y una conversacion festiva, interrumpida de cuando en cuando por los redoblados trinos de un ruiseñor sazonaron su cena frugal y campes- tre. Entre tanto el pastor no se descuidaba en llenar de añejo licor una ancha copa de plata, alhaja vinculada en la familia. El sereno placer que inspiran una conciencia pura, y un par de buenos tragos resplandecia en su rostro,

* En Alemania dan el nombre de *pastor* al cura párroco.

y reflejaba en los de su amable hermana y modesta esposa. De este modo les sorprendió la noche sin que notasen su llegada. Dorotea se levantó para traer un par de luces, pero su marido la detuvo. “La noche, dijo él, está deliciosa, pero el aire va refrescando demasiado. Tú sabes, Dorotea, que debes cuidarte en la situación en que te hallas: luego que yo acabe este vaso, nos iremos adentro juntos.” Apenas habia acabado el pastor de decir esto — apenas Dorotea volvió á sentarse, cuando ella y su cuñada á un mismo tiempo, se levantaron asustadas de sus asientos dando un chillido. El pastor tendió la vista, y con no poca sorpresa suya vió una aparicion á su lado.

Era una figura alta, y elegante, cuyo rostro de hermosura extraordinaria, parecia teñido con el color sonrosado de la tarde. Una tierna rosa adornaba su pelo tendido en bien ordenados bucles sobre un cuello mas blanco que la nieve. Un vestido talar azul celeste tachonado de estrellas de oro, cubria sus bellas formas; un resplandor, que imitaba los rayos del sol al través de una ligera nube, rodeaba á aquella vision angelica, que con amorosos ojos y dulce mirar parecia decir al pastor, “Sígueme.”

Las dos señoras, como hemos dicho, echaron á correr hasta la puerta de la casa, mas el pastor seducido por la apariencia lisongera de la fantasma, se levantó y la siguió. Su muger y hermana quisieron detenerle, pero él no las hizo caso. Sin embargo, cuando la figura, que iba andando, dirigió sus pasos ácia el cementerio, Dorotea fue corriendo á él, le agarró con toda su fuerza de los brazos, y le rogó con lágrimas en los ojos que no prosiguiese adelante. El buen cura abandonó la empresa, y volvía muy despacio con su afligida esposa prometiéndola que no seguiría á la fantasma; aunque no podía menos de decirla, que no concebía como se espantaba viendo un ser, que tan lejos de tener nada de terrible, antes bien parecía un angel del cielo que le llamaba para alguna cosa buena. Marido y muger se pararon á la puerta de casa, porque la hermana fue á encerrarse en la cocina, y observaron los pasos de la figura, que iba derecha al cementerio; así que llegó á las tapias, dió un salto por encima de ellas y desapareció.

Las consecuencias de esta aventura fueron bastante desagradables para el honrado pastor. El caso es que la noticia de la aparicion corrió luego de boca en boca por todo el Lugar, y

como sucede en semejantes ocasiones añadieron varios ribetes, y la desfiguraron de tal suerte, que el cura era ya mirado como visionario. Los demas curas vecinos, así que oian su nombre se encogian de hombros, y hacian algunos gestos como para denotar la compasion que les causaba; ni faltaban tampoco personas mal intencionadas que digesen, que la fantasma debió su origen al vino solamente. El mismo provisor, que vino pocas semanas despues á hacer la ceremonia de la presentacion del pastor á sus feligreses, cuando los demas convidados se retiraron, despues de la comida dada en semejantes ocasiones, principió á hacerle algunas preguntas concernientes á su salud. “ Vd. es un hombre, continuó él, amigo de las ciencias, con pocas ocupaciones domésticas, y con motivo de lo retirado que se halla este Lugar, y los pocos vecinos que tiene, no podrá Vd. tener mucho trato de gentes. En tales circunstancias, me temo que se entregue Vd. demasiado á sus libros, y á escribir, que abandone el egercicio tan necesario para la salud, y que de ahí le resulte luego algun ataque de hipocondria. Amigo mio, mucho egercicio, siga Vd. mi consejo, considere Vd. el estudio como un medio de alimen-

tar su entendimiento y apagar su sed de saber, pero guárdese Vd. mucho de comprarlo á espensas de su salud y buen humor.”

“ Puedo asegurar á Vd., respondió el pastor, que no hay que temer me ataque la melancolia. Suelo hacer mis correrias para gozar las bellezas de la Naturaleza, y las hermosas cercanias de este Lugar son alicientes poderosos para dar rienda suelta á mi gusto favorito. Agrádame tambien cultivar la huerta, y en este recreo se me pasan algunas horas. Duermo bien, y hago la digestion mejor. Rara vez dejo de estar alegre, y si cultivo las ciencias es de tal modo que antes me sirven de recreo y placer, que de objeto de tristes meditaciones.”

“ Ya lo veo, contestó el Provisor, este es el language de todos los que padecen la misma enfermedad, pues se les figura que están buenos. ¡Cuidado, amigo mio! Permítame Vd. que le recomiende mucho egercicio, refrescos y caldos de gallina.”

Nuestro clérigo principió ya á recelar que debia haber alguna razon particular para dar tales consejos. Jamas habia gozado de una salud mejor. Despues de estar cavilando un rato con muestras de incomodidad, se dirigió al

huesped, y le dijo: “No puedo menos de dar á Vd. repetidas gracias por el vivo interés que toma por la conservacion de mi salud; pero se me figura que Vd. debe tener algun motivo especial para aconsejarme con tanta sinceridad: por lo cual suplícole encarecidamente me haga el favor de explicármelo.”

“No tengo inconveniente, respondió el provisor; si desea Vd. saber la verdadera causa, yo se la diré. Me han informado que Vd. cree en apariciones de almas. Son tales y tan respetables las personas que me lo han contado, que no puedo ponerlo en duda. Tengo demasiada buena opinion de su juicio de Vd. para ir á encontrar en él la razon de su creencia en semejantes cosas; por lo tanto debo atribuirlo á algunas obstrucciones que á veces turban la imaginacion de las personas que la tienen muy viva.”

El pastor comprendió entonces claramente de que se trataba. Vino en conocimiento que la noticia de la aparicion habia llegado á la metrópoli, lo cual dió motivo ál provisor para aconsejarle mirase por su salud. En seguida le refirió todo el caso con la mayor sencillez y fidelidad, y añadió—“No pudo ser un engaño de óptica;

¿pues de donde hubiera podido proceder en un pueblecito solitario como éste, y tan distante del camino real? Tampoco pudo ser ilusion de los sentidos; porque no solamente yo ví la figura y la seguí hasta que desapareció, sino que al mismo tiempo la vieron igualmente mi hermana, mi muger, el tio Juan mi vecino, y la criada de D^a. Orosia, todos los cuales dan la misma descripcion de ella. Lo que ella era, ó representaba, de donde vino ó adonde iba, no lo sé, y lo único que puedo hacer es repetir aquel dicho del Hamlet tan citado en semejantes ocasiones: — ‘ Hay muchas cosas entre el cielo y la tierra acerca de las cuales jamás pensaron nuestros filósofos.’ ”

Sonriose el Provisor, sacudió su cabeza, y no dijo mas; pero al tiempo de montar á caballo al dia siguiente, no pudo contenerse sin llamar al pastor y decirle — “ Acuérdesse Vd. de la conversacion que tuvimos ayer, y del buen consejo que le dí. Mucho egercicio, &c., &c.” El pastor respondió con una reverencia acompañada de una sonrisa, que espiró luego en sus labios, como si de repente le hubiera acometido un dolor agudo de cabeza.

Un dia de verano, en el año de 18—, un es-

trangero vino á mi casa y me entregó una carta de parte de la muger del General M., en la cual me informaba que el "dador era un artista eminente en ilusiones ópticas, y que se habia hecho famoso en varios teatros. Como tenia intencion de trabajar en C., ella me agradeceria el que yo hiciese todo mi posible por favorecer al Sr. S***, que era el portador de la carta, á quien se empeñaba en servir cuanto pudiese." El Sr. S., que era hombre de mucho talento, y de agraciados modales, no tardó mucho en interesarme á favor suyo, y conseguí que mi padre le permitiese hacer uso de un entresuelo largo y vacio que habia en la casa que habitábamos. Esto me proporcionó ocasiones á todas horas de ver y hablar al artista en tanto que se ocupaba en hacer sus diversos preparativos. A veces me esplicaba esta ó la otra parte de su aparato; otras me entretenia con la relacion de sus viages, su residencia en las ciudades principales de Alemania, y sus varias aventuras, y entre las diversas cosas que me contó entonces, una de ellas es la que sigue.

Viajando de Dresde á Francfort, tuve el capricho de visitar el hermoso valle de A. Dejé pues el camino real, pero á cosa de medio dia

sobrevino una tronada que me obligó á meterme en un Lugarcito, porque mis autómatos llegaron á mojarse á pesar de la cubierta del carromato. Mientras los estaba secando me ocurrió limpiar mis espejos, y al tiempo que ya iba á empaquetar todo, mi muger me mostró á cierta distancia unas gentes, que segun supe despues eran, el cura del lugar y dos señoras, que estaban cenando en el jardin debajo de unos frondosos árboles delante de la puerta de la casa del pastor. Llena de buen humor me pidió que fraguase allí mismo una aparicion, para que sirviese de postre á aquellas buenas gentes: como el cura estaba frente por frente de mi cuarto al piso de la calle en la posada, y á corta distancia, como las ventanas eran bajas, y los que cenaban se detuvieron bastante, era la ocasion mejor para satisfacer el antojo de mi muger. Puse en regla mi espejo, y empecé á mover la figura que yo queria viesen los tres que estaban sentados. Las señoras se levantaron inmediatamente asustadas, pero el cura muy sereno y con el mayor valor siguió á la fantasma, hasta que una de las señoras, sin duda su muger, le tiró ácia atrás, y yo hice desaparecer la figura al llegar á las tapias del cementerio. A poco rato no se

hablaba de otra cosa en todo el Lugar. Como yo habia entrado en la posada por la puerta del corral que estaba á espaldas de la casa, pocas personas sabian mi llegada; la puerta de mi cuarto estaba cerrada para que nadie viniese á ver y tocar mis muñecos; no habia muchachos en la casa, y cuando yo estaba ocupado en figurar la aparicion, el posadero y los demas de la casa, que me tenian por un buhonero, estaban entretenidos en descargar un carro de yerba que vino muy tarde del campo. Así es que la aparicion se tuvo por sobrenatural, y muchos vecinos del Lugar que estuvieron hablando acerca de esto debajo de mi ventana, creieron, era una señal ó aviso de la muerte, que presto visitaria la casa del cura, no solamente porque la fantasma fue desde allí al cementerio, sino tambien porque la muger del pastor, estaba por primera vez, en vísperas de ser madre.

“Yo no sé como fué, continuó el Sr. S., el dejar á aquellas gentes en el error. Bien sabía yo como se debe apreciar el objeto moral de tales entretenimientos fantasmagóricos; esto es, formar figuras engañosas por medio de la óptica, y esplicar los medios naturales empleados para el intento, á fin de destruir la creencia de las apa-

riciones sobrenaturales : sabía así mismo, que nadie puede calcular las consecuencias de una accion, y por lo tanto era obligacion mia aclarar el asunto, disipar el error que produjo mi engaño óptico en los ánimos de aquellos rústicos habitantes, segun lo demostraban sus espresiones supersticiosas. A pesar de todo esto, los dejé en su error ; y todavia me pesa el daño que he podido ocasionarles."

" Alégrome infinito haber oido esto, contesté yo, y por mi cuenta corre libertarle del cargo de conciencia que le abruma. La familia del pastor todavia goza de buena salud ; en lugar de haberse disminuido, se ha aumentado con tres robustos muchachos. En cuanto á la fama que adquirió de algo visionario, podrá disiparse ahora con la sencilla narracion de esta ocurrencia ; y al mismo tiempo servirá para convencer á él y á sus colegas, que es muy necio aquel que no pudiendo esplicar una cosa, por cualquiera circunstancia particular, supone que necesariamente debe ser incomprensible."

LOS DUENDES DEL CASTILLO.

EL BARON DE BRETIOLE, coronel al servicio del rey de Dinamarca, recibió una real orden para ir en posta á una comision secreta á la fortaleza de Rendsbourg. Sin pérdida de tiempo se puso en camino acompañado de un asistente en quien tenia toda su confianza. Acostumbrado á sufrir incomodidades, no hacia caso de nieblas, oscuridad, lluvia y tempestades. Sin embargo en esta ocasion tuvo que ceder á las circunstancias. Una terrible tempestad, unida á la oscuridad mas profunda, y al mal estado del camino, le obligó á pararse en un Lugar de mala muerte, donde no habia posada, sino una taberna miserable con una cama cuya vista era capaz de quitar el sueño á cualquiera. Bretiole, como buen militar, sabía acomodarse en caso necesario con un saco de paja : pero en cuanto á pasar la noche sin tomar nada era otra cosa.

“ No vive algun caballero en el Lugar ? ” preguntó él. “ No, Señor : ” fue la respuesta. — “ ¿ Ni cura tampoco ? ” — “ Cura, si Señor. ” — “ ¿ Que tal hombre es el cura ? ” — “ Muy bueno, escelente sugeto. ” — “ Juan, ve á casa del cura y pregúntale si quiere hacernos el favor de admitirnos esta noche en su casa. ” El cura, hombre bien educado, prometió hospedarlos aun cuando no hubiera sido el coronel un favorito del rey, ni fuese viajando de real orden. Dioles una cena regular preparada á toda priesa, y sostuvo la conversacion agradablemente, en tanto que el coronel mandaba traer á su criado una botella tras otra de las que llevaba consigo para el viage.

Al fin la conversacion vino á parar en el castillo situado en el pueblo. Era fama á muchas leguas á la redonda, que en el tal castillo andaban duendes sedientos de sangre. No habia alma viviente que se atreviese á pasar por cerca de sus puertas sin probar un horror secreto, y encomendarse á Dios al mismo tiempo. Bretiole, que nunca creyó en duendes, y que hacia tiempo deseaba tener un encuentro con algunos famosos espectros, resolvió aprovecharse de esta ocasion para satisfacer su curiosidad, y

pidió al eclesiástico que le permitiese ir á dormir al castillo.

Rogole el buen cura por todos los santos del cielo que abandonara su proyecto. “No dudo, le decía, que Vd. es superior á las preocupaciones vulgares concernientes á apariciones; pero considere Vd., mi coronel, que su temeridad le costará infaliblemente la vida. No es Vd. el primer hombre valiente cuya deplorable suerte lamentamos. De cuantos han tenido hasta aquí la audacia de pasar una noche en ese castillo aduendado, no hay uno solo que no haya sido arrebatado por los diabólicos espíritus naturales, o sobrenaturales que lo habitan; ¿Porqué esponerse tan de ligero á riesgos, que aun aquellos que llamamos de pelo en pecho, por razon de la desigualdad del combate, no tienen probabilidad de superar?”

Todas estas prudentes reflexiones se las llevó el viento, pues el coronel firme en su idea confiaba en la experimentada bondad de sus pistolas. “Aunque viajo por asuntos del real servicio, y no puedo distraerme en otros objetos, dijo él, con todo me alegraria ver que algun espiritu se aproximase demasiado para probar si atinaba al blanco.”

El buen cura, á pesar de su elocuencia natural, no pudo conseguir nada, y se despidió lleno de sentimiento, persuadido de que nunca mas volveria á verle vivo. “ Vaya Vd. con Dios,” repitió tres veces con tono enfático, mientras que Bretiole, dirigía sus pasos con impaciencia juvenil ácia el castillo: llevando él mismo la linterna, y caminando tras de él su asistente, y el criado del cura con la cama, y demas cosas necesarias.

Cerca de la entrada del castillo abandonado, cuyos únicos inquilinos parecian ser las aves de rapiña y los ratones, habia á mano derecha una escalera que conducia á un gran salon en el primer piso. Este salon tenia dos puertas para ir á dos aposentos contiguos, uno de los cuales por estar mas inmediato á la escalera, fue el que escogió el coronel para que sirviese de alcoba. Mandó encender dos velas, y para mayor precaucion, puso la linterna cerca de su cama. El criado del cura temblaba de miedo, un sudor frio corria por su frente, y no veia el momento de salir de aquel maldito castillo: habiendo por fin arreglado todo, pidió casi llorando al asistente que le acompañase con la linterna hasta la puerta de la escalera, pues de ir solo se

moria sin remedio. El mismo coronel quiso acompañarle, y habiendo en seguida cargado bien sus pistolas y puesto la espada desenvainada á la cabecera de la cama, se echó á dormir vestido.

A cosa de las doce de la noche le despertó un tremendo ruido, semejante al que hubiera hecho un regimiento de húsares entrando á galope por el castillo, y arrastrando escaleras arriba sus ruidosos sables. Solo un impudente calumniador se hubiera atrevido á acusar al coronel de cobarde; pero confesó que en aquel momento experimentó una sensacion desagradable, cual nunca la habia probado. Parecíale que le estaban echando encima un cubo de agua fria; su cabello empezó á erizársele, y temblaba sin poderlo remediar. El espantoso ruido duró algun tiempo, y fue gradualmente aproximándose á su alcoba.

Tomando el coronel su espada con la derecha, y una pistola con la izquierda, aguardó atrevidamente el asalto. De repente abriose de par en par la puerta como por encantamiento. Así que entró el terrífico espectro, faltáronle las fuerzas á Bretiole, y por consiguiente cayórensele la espada y la pistola; pues con no poco

asombro suyo, al aparecerse la horrible vision ambas luces se apagaron, sin poder concebir de que modo. La figura tenia ojos centellantes, rugia como un leon y arrastraba con temeroso son brillantes cadenas. Una voceria infernal principi6 á resonar sobre su aturdida cabeza, no de otra suerte que si cien balas de cañon fueran rodando por las solitarias habitaciones del castillo. Oyose en esto un prolongado aullido y maullido como de cien perros y gatos, y el relincho de varios caballos vino á hacer mas ruidoso aquel concierto infernal. Siguiose un estruendo como de un trueno, ó cañon de á veinte y cuatro, y en seguida pareció que sonaban varias fúnebres campanas, ultimamente se oyó un grito agudo que decia — *¡Victoria!* Un silencio mortal reynó despues en todo el castillo.

El coronel estaba como un ser inanimado; y no fue lo peor esto, sino que el espectro tanto á él como al pobre asistente, que tenia mas miedo que Sancho Panza en la famosa aventura de los batanes, los aporreó sin compasion, y cuando le pareció que tenian una buena racion de mogicones, se retiró y bajó las escaleras haciendo un ruido espantoso. El coronel, que habia sido cogido solamente por sorpresa, pero que aun

conservaba alguna sangre fría y firmeza, se repuso brevemente. "Si este espectro es hombre, decia para sí (y debe serlo porque su mano no era de espíritus), es regular que haya puesto su cuerpo á cubierto del acero y de las balas; pero si fuere un espíritu, ni mi espada, ni las pistolas podrán causarle daño. Como vuelva otra vez la endiablada figura, reuniré todo mi valor y la seguiré cuando se retire." Determinado á ejecutar su idea, estuvo aguardando á la vision, sin temor á las resultas.

Una hora habria pasado cuando sintió subir el duende con el mismo horroroso ruido que antes. Bretiole, cuyo corazon estaba en su lugar, no desistió de su empresa, antes bien recibió lleno de paciencia la descarga de porrazos que cayó nuevamente sobre él y sobre el medio muerto asistente. Al fin volvió á marcharse con el mismo estruendo con que habia entrado.

El coronel, lleno de resolucion agarró involuntariamente la pistola, y persiguió con cautela al espectro; mas éste, que al parecer conoció la intencion, fue retirándose vuelta la cara á él, de modo que sus centellantes ojos le pudiesen servir de linterna. De repente el temible espectro desapareció; todo quedó en la

mas horrorosa oscuridad, y Bretiole no tuvo mas remedio que estarse quieto. Se le figuró haber oido en un principio el ruido de algunas personas que iban delante del espectro, pero nada volvió á oir despues que le perdió de vista. Al mismo tiempo oyó que su asistente daba unos gritos que desgarraban el alma de su amo.

Millares de hombres, puestos en lugar de nuestro héroe, se hubieran rendido antes que él a esta nocturna aventura, y despues de la primera desaparicion del espectro habrian abandonado para siempre el castillo aduendado. Bretiole no estaba todavia acobardado, y sin encomendarse, á Dios ni al diablo, formó la desesperada resolucion de marchar por el tenebroso sitio en que se hallaba hasta ver á donde conducia. Pocos fueron los pasos que anduvo, cuando faltándole el piso sobre que marchaba, se hundió como por escotillon y cayó á un abismo, bien que felizmente vino á dar con su cuerpo encima de un monton de yerba y paja. Mas con el golpe de la caida corrióse el gatillo de la pistola, que estaba montada, y salió el tiro. Inmediatamente que se oyó el ruido aparecieron con luces en las manos cuatro terribles hombrones. “¿Perro atrevido, gritó uno de ellos, como

“tienes valor de venir á este sitio?” Cogiéronle por los brazos, y lleváronle, como á un malhechor, á una sala, donde vió sentadas al rededor de una mesa mas de veinte personas, algunas de las cuales parecian ser de clase elevada. La sala estaba bien amueblada, y adornada con ricos tapices y alfombras. Todos los ojos se dirigieron al instante á él; y si los que componian aquella diabólica asamblea quedaron sorprendidos de verle, no fue menor el asombro de Bretiole.

“¡Temerario! dijo al fin uno de ellos, ¿qué ha podido moverte á venir á este castillo? ¡No ha habido ninguno que te haya avisado, ni siquiera uno que te haya dicho que tu temeridad te costaria infaliblemente la vida? Prepárate para morir — pues vas á morir.”

“¡Morir! contestó Bretiole, juro por el rey, que mi muerte os costará bien cara!”

“¡Sacad de aquí á ese pícaro! gritó otro, ya le haremos ver el caso que hacemos de sus amenazas.”

A estas palabras los cuatro hombrones le agarraron, y le metieron en un oscuro y estrecho calabozo. Para entonces ya habia conocido el coronel que no estaba entre espectros, sino

entre hombres que se reunian allí para algunos negocios misteriosos. Notó que por una rendija de la puerta entraba algo de luz en su prision, y aplicó el oido lo mejor que pudo para oir la discusion en que estaban empeñados sus jueces, acerca del modo de evitar el peligro que les amenazaba de resultas de su entrada en el castillo. Algunos le condenaron á muerte sin pararse en barras; pero otros fueron de diferente opinion. Por fin convinieron en que se presentase otra vez ante ellos para examinarlo mas despacio, y que despues pronunciarian la sentencia.

El coronel les manifestó quien era, el objeto de su viage, y el motivo de haber ido á pasar aquella noche al castillo: confesó, sin que se lo preguntasen, que el cura le habia disuadido por todos los medios que pudo á que no fuese allí, pues se encontraria con los duendes que habitaban aquel sitio espantoso. “En cuanto á lo demas, continuó él, dejo á la consideracion de Ustedes, Señores, el decidir cual será mas peligroso para Vds., si mi muerte ó mi vida. Yo soy de opinion que la primera, y me fundo en las razones siguientes. El rey me ha entregado pliegos, cuya llegada á su destino interesa mas

que mi vida: véanlos Vds. sellados con el sello real. El cura de este Lugar, y su familia saben que he venido á este castillo. Si pierdo la vida ó la libertad, al instante me echarán menos, y el rey, cuyo favor especial tengo la felicidad de poseer, mandará escudriñar todos los rincones de este castillo, y los motivos que Vds. tengan para vivir aquí, sean cuales fueren, se averiguarán inevitablemente. Soy caballero, y si no me engaño algunos de Vds. tambien lo son, y en este caso deben saber, que si á fé de tal doy mi palabra de honor de no revelar jamas el secreto de este sitio, la cumpliré inviolablemente. Mas si con todo juzgan Vds. que un juramento tiene mas fuerza que mi palabra de honor, estoy pronto á jurar."

Los jueces quedaron mirándose unos á otros sin saber que replicar, hasta que uno de ellos ardiendo en sed de sangre rompió el silencio, y dijo con firme voz, "Por lo que hace á mí, creo que el pájaro trata de adormecernos con la dulzura de su pico. Mi voto es que muera al instante." — "Tambien el mio," gritó un segundo. "Y yo igualmente voto que muera," dijo un tercero.

“Llevalo afuera,” dijo entonces el presidente de aquel tribunal infernal. Los jueces estuvieron mucho rato empeñados en una vehemente discusion, pero la mayoría era de parecer que no solamente se perdonase la vida al coronel, sino que se le pudiese en libertad, con tal que diese su palabra de honor, y esta opinion fue la que prevaleció. Bretiole estuvo en su calabozo esperando las resultas del largo debate. Como hombre, no pudo oir pronunciar esta sentencia al presidente de aquellas moradas subterráneas, sin demostraciones de la mas viva alegria.

Al momento fue despedido con la mayor urbanidad; dos criados le acompañaron por medio de unos cuantos pasadizos muy oscuros hasta una puerta falsa que habia en la escalera donde empezó á perseguir al espectro. El coronel dió gracias á Dios de haber salido con vida de semejante lance, y fue corriendo á buscar su asistente que estaba sin moverse en la cama mas muerto que vivo. La vista de su amo fue para él un restaurativo, y sin perder un minuto dejaron ambos aquella cueva de asesinos para ir á casa del cura. Este no pudo pegar los ojos en toda la noche lleno de sobre-

salto, y quedó sorprendido y arrebatado de alegría, cuando vió otra vez al coronel vivo en su casa.

Algunos años despues, Bretiole, que habia sido entre tanto nombrado del Consejo de S. M. se hallaba en sus estados en Jutland. Un dia, á tiempo que estaba en la mesa con varias gentes de aquellas cercanias, á quienes habia convidado, entró un criado á decirle que habia á la puerta de la calle un mozo con tres caballos de mano, que deseaba hablarle en particular. Bretiole bajó, y el mozo le dió una carta, diciéndole que aquellos caballos eran un regalo que le hacian ciertos caballeros conocidos; y dejando las bridas de dos soberbios caballos de color de castaña en las manos del criado, desapareció como un relámpago montado en el tercero. La carta, que encerraba una hermosa medalla de oro de valor de mil reales, contenia el pasage siguiente.

“ La sociedad subterránea en cuyo poder cayó Vd. una vez, se ha disuelto, y le releva de la palabra de honor que dió entonces. Ha admirado su silencio, y desea espresarle ahora su agradecimiento. La medalla de oro que le enviamos bastará para que Vd. adivine el objeto

de la sociedad, y aunque no conoce Vd. á ninguno de sus miembros, ni por su nombre, ni por la clase á que pertenecen, sin embargo no quieren privarse del placer que sienten en mandarle los dos caballos que se le entregarán juntamente con esta carta, como una señal de su estima."

Bretiole, como quien se siente descargado de un gran peso, contó á sus convidados toda la aventura, y todos le hicieron la justicia de creer, que aquellos monederos falsos obraron con tal artificio y destreza, que cualquiera en lugar de él, en el primer sobresalto, hubiera creído firmemente que habia visto un verdadero espectro.

EL DUENDE DE LONDRES.

EN el año de 1704, un caballero, segun todas las apariencias muy rico, alquiló una habitacion amueblada en una plaza de Londres llamada Soho. Despues de haber vivido allí unas cuantas semanas, murió un hermano suyo, que habia vivido en Hampstead, pueblo situado en una hermosa colina á tres millas de la ciudad. Poco antes de morir dejó encargado muy particularmente que le enterrasen en la antigua abadía de Westminster, en la parte de la bóveda correspondiente á su familia. El caballero suplicó al dueño de la casa en que vivia, que le permitiese traer á ella el cadaver de su hermano, para poder hacer allí todos los preparativos del entierro, y el amo de la casa accedió á ello de la mejor gana.

En efecto, trageron el muerto envuelto en una mortaja blanca dentro de un rico ataud, y lo pusieron en el comedor. El entierro debia ser

al día siguiente, y el huesped se fue con sus criados á hacer los preparativos necesarios para aquella fúnebre solemnidad. Era bastante tarde, y aun no habia vuelto; pero como tenia por costumbre retirarse siempre despues de media noche, nadie hizo alto. El dueño de la casa y su familia, no teniendo motivo particular para esperarle se fueron á la cama á eso de las doce. Solamente quedó una criada para conservar agua hirviendo, pues antes de salir de casa dejó dicho que se la tuviesen preparada para tomar té cuando volviese. En conformidad de esto la muchacha estaba sola en la cocina casi medio dormida, cuando entró una figura alta á manera de espectro y se sentó en una silla enfrente de ella.

Aunque la criada no era de las mas miedosas, con todo quedó aterrada viéndose sola con una aparicion que no esperaba; y dando un grito penetrante echó á correr escaleras arriba al cuarto de sus amos. Apenas los habia despertado y empezado á contar á toda la familia lo que habia visto, y el sobresalto suyo, cuando el espectro envuelto en una mortaja con un semblante pálido como un cadaver, se presentó en medio de todos ellos y se sentó en una silla en

la alcoba sin que hubiesen advertido como habia entrado. Mas lo peor del caso era que esta silla estaba junto á la puerta de la alcoba, de manera que nadie podia salir sin pasar tocando á la vision; la cual torcia de tal suerte sus terribles ojos, y hacia unos visages tan espantosos, que ninguno se atrevia á mirarla. Los amos de la casa se taparon con la ropa de la cama, y sudaban el quilo en tanto que la criada estaba á los pies de ellos casi sin sentido.

Al mismo tiempo parecia que la casa se venia abajo; pues aunque estaban sepultados debajo de las mantas, oian muy bien el ruido continuo y los golpes que resonaban; todo lo cual servia para aumentar su terror, y hacer mas prolongada su agonía.

Al fin empezó á reinar un gran silencio en toda la casa. El amo de ella se aventuró á levantar por grados la cabeza, y á mirar al soslayo ácia la silla que estaba cerca de la puerta; pero el espectro ya se habia ido. La razon empezó poco á poco á egercer su imperio. La criada volvió en sí despues de un ligero sacudimiento y haberla rociado con un vaso de agua que se hallaba á mano. A poco tiempo ya se sintieron con valor para salir de la alcoba, y hacer la

pesquisa de la casa, persuadidos que la hallarian en el mayor desorden. Sus presentimientos no eran infundados, porque una gavilla de ladrones astutos les robó todo cuanto tenian, y el caballero alojado tomó las de Villadiego sin pagar un cuarto por el tiempo que habia vivido allí. Luego se supo que era un cómplice del famoso Arturo Chambers, que fue egecutado en Tiburn en 1706; y que el supuesto cadaver era este mismo grandísimo tunante, que se pintó las manos y la cara con cal, y fingió el muerto. A media noche salió del ataúd para presentarse á la criada que estaba en la cocina. Cuando ella echó á correr escaleras arriba, él la siguió ligeramente pero sin hacer ruido porque no llevaba zapatos, y sentose en la puerta de la alcoba para estar allí como de centinela; en tanto que sus ladinos cómplices estaban ocupados en robar cuanto habia en la casa sin la menor incomodidad. ¡Estos son los duendes, estos los aparecidos que se deben temer!

EL ALMA DEL DESERTOR.

LA ESPERIENCIA parece que justifica una opinion mas generalmente recibida en otros tiempos que ahora, que un hombre muerto violentamente es mas probable vuelva á aterrar á los vivos, que no aquel que fue en paz á reunirse en el sepulcro con sus padres. La esperiencia del escritor de la narracion siguiente vino una vez á confirmar esta misma opinion de un modo tan convincente como espantoso. Ha sido hecha para acallar á los tercios escépticos que niegan la posibilidad de las apariciones de personas muertas, y especialmente de las que han bajado prematuramente al sepulcro. Cuidado que les suceda lo que le ha sucedido á él mismo ; pues el mal genio puede estar emboscado esperando la ocasion de vengarse de su incredulidad, y esponerlos á un bochorno, aun

cuando sea por algunos minutos. La relacion de la instructiva aventura es como sigue.

Al fin de la guerra de Siete Años, se contaba un número considerable de extranjeros en el ejército Prusiano. Muchos de ellos acostumbrados á la vida licenciosa militar que habian llevado en tiempo de campaña, se sujetaban á duras penas al yugo rígido de una severa subordinacion en las pacíficas guarniciones. Otros, olvidando su obligacion y juramento, solo pensaban en abandonar las banderas, y entre los Franceses con mas particularidad la desercion llegó á ser tan escandalosa, que fue necesario adoptar medidas rigurosas para contener el mal que iba cundiendo.

En conformidad de esto, un joven cazador Francés llamado Barrié, impelido de un vivo deseo de volver á ver su patria, estando de guarnicion en cierta ciudad, desertó por tercera vez, y habiendo sido cogido fue sentenciado á ser ahorcado. Púsose la horca cerca de una de las puertas de la ciudad, y á corta distancia de un cuerpo de guardia. La sentencia fue egecutada el 31 de Agosto de 1764, y el cuerpo de Barrié fue enterrado fuera de la ciudad en un sitio donde las lavanderas solian tender la

ropa para enjugarla. Era muy natural que el reo viniese á hacer sus visitas nocturnas á aquellas buenas tías que se quedaban á guardar la ropa. Apenas habia noche que no se apareciese á ellas y las arrojase de allí medio muertas del susto. Muchos supondrán que esto lo hacia algun bribon, disfrazado de espectro, con el designio de robar la ropa blanca ; todo lo contrario, jamas estuvo mas segura de ladrones, y cuando la primera luz del dia arrojaba al visitador nocturno, las lavanderas no echaban de menos ni siquiera un par de calcetines. Esto era cuasi una semi prueba de que la vision era sobrenatural.

El rumor de que el alma de Barrié se paseaba por aquellos sitios, corrió luego por toda la ciudad, y llegó á ser el asunto de todas las conversaciones en las tertulias. Los dichos de las lavanderas podian ser sospechosos ; mas cuando las centinelas declararon que habian visto al reo unas veces en un sitio, otras en otro, la verdad del hecho quedó establecida fuera de toda duda.

El infeliz habia sido egecutado y enterrado con una casaca blanca galoneada con cintas negras, triste regalo de algunas compasivas

mugeres de la ciudad. Con este trage es como se aparecia despues de su muerte. Lo que se contaba del espectro, ademas de esparcir una consternacion general, iba cada dia en aumento, así como crece una bola de nieve impelida por los muchachos. Poco á poco iba haciéndose mas atrevida el alma del desertor. Cuatro meses despues de su egecucion, se le veia ir con aire grave y melancólico, llevando una linterna en la mano, por delante de las centinelas ácia donde estuvo la horca dentro de la ciudad; y despues de dar una vuelta por aquel lugar desamparado, desaparecia repentinamente. Esto lo veian no tan solo las centinelas, sino otros muchos soldados de la guardia.

Con esto nadie dudaba ya que fuese el alma del desertor; pues no solamente se habia aparecido á las viejas, sino á militares que habian dado pruebas de valor en muchas batallas, y que por lo tanto se suponía debian tener mas valor y presencia de espíritu que cualquiera otra clase de personas. Aun aquellos, que por su educacion superior, se veian libres de muchas preocupaciones vulgares y se rieron en un principio del miedo femenil, empezaron á sentir cierto horror involuntario si tenian que pasar

por casualidad de noche por el camino del desertor resucitado.

Entre estos últimos se hallaba el mismo que refiere esta historia. Tenia entonces diez y ocho años, y estaba sirviendo de soldado raso en aquella guarnicion, sin dar ningun crédito á lo que se decia del espectro, porque no lo habia visto. Aunque Aleman de nacimiento, habia adquirido mucha facilidad en la lengua Francesa, de manera que le nombraron intérprete en la causa de Barrié, que no entendia una palabra de aleman. Varias veces habia hecho la guardia con él y estaba bien enterado de su persona y modo de pensar. Jamas esperaba volver á ver á su camarada ; mas su incredulidad fue ultimamente castigada. Continuaremos su narracion copiando sus mismas palabras.

El 7 de Enero de 1765 me hallaba de guardia en la puerta de la ciudad, á unos cincuenta pasos del lugar donde Barrié fue ahorcado. El oficial comandante tuvo un amigo en su cuarto hasta las diez de la noche. Así que se retiró, yo iba á estender sobre el banco una manta en el cuarto de los soldados, pero el oficial vino y me dijo que fuese al suyo á hacerle compañía. Caíame de sueño, y le confesé francamente que

no servía para el caso : pero fue tanto lo que me instó que no pude rehusar el tomar una pipa de excelente tabaco, y beber con él un vaso de buena cerbeza ; con lo cual logré disipar prontamente el sueño.

“ Presler, dijo el oficial, ¿ sabe Vd. la razon porque deseo su compañía ? ”

“ Supongo, respondí, porque de los veinte y cuatro que estamos de guardia mi compañía es la que mas le gusta á Vd. ”

“ Ciertamente ; pero ademas de esto tengo una razon particular. ”

“ ¿ Cual es ? ”

“ Tengo miedo. ”

“ ¿ Es posible ? grité yo, soltando la carcajada al mismo tiempo. Vd. sabe que hay tres centinelas fuera de la casa. ”

“ Para mí lo mismo que sino hubiera ninguna. La última noche de Navidad Barrié las puso en derrota, cuando en su trage risible se presentó en ese sitio con la linterna en mano. Yo no creo en apariciones de esta clase, mas con todo ahora estoy purgando las culpas de mi supersticiosa nodriza. ¡ Fuego en tales detestables bachilleras ! ”

Ambos nos reimos, fumamos nuestras pipas y

charlamos. Entre tanto el reloj dió las once. El cabo salió á relevar las centinelas, algunas de las cuales estaban bastante lejos. En menos de un cuarto de hora ya estaban de vuelta los soldados relevados. A las doce menos cuarto oímos el grito de costumbre, *Centinela alerta*, y lo mismo á las doce y media. Mas á poco rato sentimos correr muchas personas que entraron en la casa y en el cuarto de los soldados que estaba enfrente del nuestro.

“¿Que es eso?” gritó el teniente espantado.

“Creo verdaderamente, contesté, no teniéndolas todas conmigo, que las centinelas han echado á correr abandonando sus puestos.” No bien acabaron de salir mis palabras de la boca; cuando alguno llamó á nuestra puerta. Nos quedamos mirándonos uno á otro; mi compañero perdió el color, y tal vez él mismo notaria igual mudanza en mi semblante. La vela, que estaba encima de la mesa, ardia oscuramente, y esto contribuyó á dar un colorido mas triste á la escena que se siguió.

Repitiose la llamada: haciendo yo entonces un esfuerzo, grité, “¡Adelante!” y entró en el cuarto con muy grave andar el mismo des-

graciado Barrié, con el vestido con que fue egecutado.

Nuestra consternacion al verle no es facil de pintarse. Levantámonos de nuestros asientos, yo corrí á donde estaba el teniente, y el teniente vino ácia mí. Ambos nos refugiamos entre la mesa y el banco, y ambos caimos cuasi muertos sobre el último. Apenas osábamos levantar la vista temiendo las miradas del espectro, cuyos terribles ojos estaban clavados sobre nosotros guardando el mayor silencio.

“¿Me conoce Vd. mi teniente?” dijo al fin el intruso con voz ronca, sepulcral, pero en aleman puro. Estas palabras me volvieron los sentidos. No puede ser Barrié el que fue ahorcado, es la reflexion que hice al momento, porque él no entendia una palabra de aleman, y no es de creer que lo haya aprendido tan prontamente en el otro mundo. La idea que de aquí se siguió, que seria algun chasco de algun tunante para divertirse á espensas nuestras, hirió mi amor propio, y por lo tanto me resolví á investigar la materia. Reuniendo todo mi valor, despavilé la vela, y tomándola en mi mano izquierda me dirigí á donde estaba la figura. La sangre iba cuajándose á medida

que me acercaba á ella, y ya estaba tentado para volver atras. Felizmente hice un esfuerzo, me eché sobre el espectro, le agarré por el cuello, y vi que era de carne y hueso.

Bien convencido de esto, acabé de recobrar todo el valor perdido. Empujé al supuesto habitante del otro mundo contra la puerta que estaba á medio abrir, de modo que con el golpe quedó cerrada. “Grandísimo tunante, dí quien eres,” grité yo de un modo poco agradable. No recibí la menor respuesta. Mi inesperado tratamiento aterró al duende tanto como él nos habia aterrado antes. Sin embargo el valor recobrado prontamente, estuvo á punto de abandonarme de nuevo, cuando despues de sacudir con violencia á la figura, no respondia nada.

Al fin fue al rincon mas inmediato y empezó á gritar lamentablemente: “No me haga Vd. daño, Señor.” “Dí quien eres, grandisimo tunante,” volví á preguntarle dandole al mismo tiempo un pescozon en la cabeza.

“Soy Z——, secretario de———*,”

* El que refiere esto, no ha querido poner los nombres, porque, aunque el héroe de esta historia ha muerto, todavia viven muchos parientes suyos respetables.

balbució el espantado duende. Estas pocas palabras volvieron al oficial, mudo hasta entonces, el uso de la palabra. Espresiones de la mas terrible indignacion, juramentos, y maldiciones como las que podria usar el soldado mas tosco, fueron las palabras con que saludó al secretario. “Mate Vd. á ese pícaro, mátele Vd.” me dijo repetidamente.

No obstante lo enfadado que yo mismo estaba, me acordé por fortuna que hay casos en los que no es justo obedecer á nuestros superiores, y en vez de derramar la sangre del duende, principié á preguntarle acerca del raro vestido con que habia conseguido atemorizarnos.

“Yo queria solamente hacer ver al teniente mi vestido de máscara,” contestó él.

El tal estaba vestido con una zamarra de pastor, pero que se daba un aire á la casaca con que el Francés fue egecutado, á escepcion de que en lugar de estar ribeteada con cinta negra, tenia una cinta verde obscuro. Este color, como todo el mundo sabe, parece negro de noche á la luz artificial, y á la imaginacion no le cuesta en muchos casos particulares representarlo tan negro como el carbon si fuere nece-

sario. Pero como el duende no tenia zurrón ni cayado, apéros necesariamente indispensables á un pastor, el teniente se aprovechó de esta circunstancia para arrojarle otra andanada de vituperios, y en seguida yo le eché fuera del cuarto.

Aun no habíamos acabado de volver del susto, aun no habíamos vuelto á encender nuestras pipas, que se apagaron durante la escena del duende, cuando sentí un golpecito en la ventana que estaba detrás de mí. “¡El diablo del duende está ya otra vez en la ventana!” dijo el teniente. Miré ácia afuera, y ciertamente era él mismo, á quien suponíamos muy lejos y contento con haber salido tan bien librado de la aventura. Sabíamos perfectamente quien era la fantasma; nos habíamos convencido palpándole de su existencia corporal; y á pesar de todo esto no pudimos dejar de atemorizarnos nuevamente cuando Barrié llamó á la ventana.

“¿Que es esto? Aun no se ha concluido la farsa? grité yo: ¿Que quiere Vd. ahora?” “Solamente suplicar á mi teniente que mande abrir la puerta para que yo pueda irme á casa.” Es preciso advertir que vivia en el arrabal.

“Diga Vd. al centinela que le deje ir afuera.”

“ Si no hay nadie por aquí.”

Casi me faltó el aliento para cerrar la ventana. “ ¡ Como se entiende ! gritó enfadado el teniente, saltando de su asiento. — ¡ No están las centinelas ! ” — Con arreglo á la severidad de las leyes penales de Prusia, el caso era muy serio. Una oportuna alusion á nuestra propia aventura produjo el buen efecto que me habia propuesto en el rígido teniente. Conseguí que los dos ocupásemos por un momento el lugar de las centinelas, y nos apresuramos á volver el orden en el cuerpo de guardia.

“ ¡ Donde están las centinelas ? ” preguntó el teniente. “ Han venido al cuerpo de guardia; fue la respuesta, porque el espectro se aparecia á cada instante.” Reprendió severamente á los miedosos, y dándoles algunos latigazos los hizo ir á ocupar sus puestos. Contentos al verse exonerados por tan poco, sabiendo que por su delito merecian la pena de baquetas, salieron corriendo para ir á sus respectivos destinos; mas tan pronto como percibieron al duende cerca de la puerta de la ciudad, en menos de tres brincos ya se pusieron otra vez en el cuerpo de guardia. Con la priesa y el miedo que traian, dió uno de ellos de hocicos en el suelo, y corriéndose la llave del fiador salió con el golpe

el tiro, mas por fortuna á nadie hizo daño. Alborotose la guardia, y el teniente bramando de corage mandó al sargento que abriese la puerta. “ Al momento,” fue la respuesta, pero estuvo dando vueltas como sin poder encontrar las llaves.

Al fin echó á andar con mucha cachaza ácia la puerta, mas luego que divisó al pastor duende, sin poderse contener, como si el diablo fuese á sus alcances, se metió en el cuerpo de guardia todo azorado. Y no hay que decir que el sargento era un hombre ordinario, pues habia recibido una educacion muy fina, y se distinguia entre sus compañeros como hombre de luces y esperiencia, pero eran mas poderosas que su sana razon las impresiones de la niñez, y las ilusiones de la imaginacion.

“ ¿ Quiere Vd. abrir la puerta á ese que está esperando ? ” dijo el oficial bastante enfadado.

“ No, Señor, no me atrevo,” contestó el sargento alargándole las llaves. El teniente las tomó, y abrió silenciosamente la puerta. No fue poco lo que se alegró el que causaba tanto pavor á todos, al verse fuera de riesgo, y sin llevar una buena soba de palos conforme merecia.

Para esta aparicion nocturna no hubo otro designio que el de divertirse el secretario Z, que era muy amigo de pegar estos chascos, y hallaba un placer extraordinario en oir por toda la ciudad mil relaciones fabulosas acerca del alma del infeliz Barrié, que se aparecia todas las noches en el sitio donde fue ahorcado. Era dueño entonces de cincuenta mil duros, que á fuerza de locuras supo reducir á la mitad en pocos años. Mucho me alegré que nuestra aventura pusiese fin á las mentiras que corrian, y que diese nuevas armas para atacar con ventaja á la supersticion, y hacer añicos las mas perjudiciales preocupaciones, pues habia muchos que vieron el espectro antes de descubrirse quien era, y creian á pies juntillas por propia experiencia, que algunas apariciones son verdaderas. En cuanto á mí puedo decir, que sin embargo de lo incrédulo que era antes de ir al cuarto del oficial, no sé en que hubiera venido á parar toda mi filosofia respecto de los duendes, si el fingido espectro hubiese sido algo mas cauto hablando Francés, en lugar de volverme mi presencia de espíritu con una pregunta insignificante en aleman puro.

EL ESPECTRO ACUÁTICO.

HALLÁBASE en el mes de Enero de 1734 anclado en el puerto de Cadiz el barco Isabel, su Capitan Walker, teniendo á bordo un cirujano irlandés llamado Burnet, quien despues de haber estado algunos años en Málaga, volvía al pais de su nacimiento. En su facultad era excelente, y muy divertido en un corro de amigos, por lo cual el Capitan le quería muchísimo. Un dia á la hora de almorzar empezaron á hablar de apariciones de muertos. Burnet parecia creer firmemente en semejantes visiones; al menos contaba un gran número de casos extraordinarios, que podian considerarse como otros tantos argumentos de su creencia. Walker, por el contrario, convencido de la imposibilidad de apariciones sobrenaturales, se esforzaba en persuadir á su amigo que no creyese cuentos tan absurdos y agenos de vero-

similitud ; declarando al mismo tiempo que nada habría en el mundo que pudiera inducirle á adoptar otras ideas á espensas de su razon, y hacerle creer que se aparecian las almas de los muertos.

Tal vez una declaracion tan inconsiderada fue la que sugirió á Burnet la idea de demostrar á su amigo, cuan frecuentemente se ve la razon tiranizada, por la naturaleza del hombre y todavia mas por la educacion y preocupaciones que tan poderosamente obran sobre la imaginacion.

Sería cosa de mediodia cuando estando en la cubierta con muchos de la tripulacion, vieron venir ácia la bahía la falúa del gobernador de la plaza. Burnet, que era excelente nadador, apostó á que se echaria al mar, y nadaria por debajo del agua hasta la falúa, que estando próximo á ella se levantaria de repente y asustaria á los remeros, que le tendrian por un espectro.

Aceptose la apuesta ; Burnet se desnudó, se arrojó al agua, y al momento fue perdido de vista. Toda la tripulacion estaba con los ojos fijos en la falúa esperando cuando le verian aparecerse ; pero en vano esperaban, pues no

hizo su aparicion por haber emprendido mas de lo que podia cumplir. Ya habia pasado mas tiempo que el necesario para haber llegado á la falúa: todas las esperanzas de volverle á ver otra vez se habian perdido enteramente; pereció sin duda alguna. Todos estaban inquietos y afligidos, especialmente aquellos que apostaron, pues se veian atormentados con la idea de haber contribuido en cierto modo á su muerte.

Un acontecimiento tan melancólico amilanó á toda la tripulacion. Al anochecer Walker se retiró á su camarote con algunos amigos, donde no se habló de otra cosa que de la pérdida de su alegre compañero.

Al fin se despidieron, y el capitan fue á acostarse con el ánimo extraordinariamente abatido. A cada instante se le representaba la desgraciada suerte de su amigo, en términos que no podia conciliar el sueño. Así pasó cerca de dos horas; los rayos de la luna entraban entonces por las vidrieras del camarote, y al mismo tiempo sintió que abrian la puerta. Volvió la vista ácia aquel lado, y descubrió algo que no pudo menos de asombrarle, pues tenia el aire de una figura humana. Recobrose no obstante

de su primera sorpresa, persuadiéndose de muy buena gana que era una fantasma creada por su turbada imaginacion, y miró ácia otra parte. Como quiera que sea volvió á mirar de nuevo al objeto misterioso, y vió claramente que se acercaba á su cama una figura igual á la de su difunto amigo. Un horror súbito se apoderó de él, parecíale que el alma iba á salirse del cuerpo, é involuntariamente despidió unos cuantos profundos suspiros como si tratara de aliviarse de un gran peso.

El piloto, que solia dormir cerca del camarote del capitan, no se habia acostado todavia, y oyó que con voz bastante agitada acababa de preguntar, “¿ Quien eres tú?” Corrió sin detenerse tomando la luz en la mano; mas luego que percibió un espectro parecido á Burnet envuelto en una bata, cayó sin sentido al suelo sin decir una sola palabra.

El visitador nocturno dió entonces muestras de tener una alma humana y compasiva, esmerándose cuanto podia por asistir al piloto medio muerto de miedo. El espectro cogió un pomo de espíritus que estaba en la ventana, lo aplicó á la nariz del asustado, y le frotó las sienes con

el licor. El capitán, que aun temblaba como una criatura, observó tanta bondad de parte del aparecido, y empezó á serenarse un poco.

El supuesto espectro acabó de disipar su asombro y consternacion, cuando sin dejar de asistir por un momento al infeliz piloto, se dirigió al capitán de esta suerte. “ Querido Amigo, — pues era el mismo Burnet — perdóneme Vd.: siento haber llevado á tal extremo la chanza. Yo fuí nadando al rededor del barco, y me metí otra vez, sin que nadie me viese, por la ventana del camarote. No habia previsto estas resultas; pues mi único objeto fue hacer ver á Vd. que aun los mas atrevidos sienten un terror natural en lances de semejantes apariciones. Supongo que ahora estará Vd. bien convencido de esta verdad tantas veces disputada.”

Walker se alegró sobremanera de verse tan felizmente despierto de su espantoso sueño, y de saber que su amigo, á quien juzgó muerto, estaba en vida. Mas, en tanto que confesaba alegremente que habia sido vencido, y que se hallaba convencido del todo, no se olvidó de recomendar el piloto á los esfuerzos de su amigo, á fin que la resurreccion de una muerte

fingida no ocasionase la verdadera muerte de aquel pobre hombre.

Los esfuerzos de Burnet no fueron inútiles; pero tan pronto como el piloto volvió en sí, y miró de nuevo al fingido espectro, que inadvertidamente permanecía á su lado, fue tal el terror que se apoderó de su alma, que nuevamente cayó sin sentido. Al observar esto Burnet se salió del camarote y llamó á otros para que vinieran á asistir á aquel infeliz; lo cual solo sirvió para perder mucho tiempo, pues todos aquellos á quienes se dirigia, se espantaban mas ó menos al ver una persona que suponian ahogada, y así tuvo no poca dificultad en persuadirles por todos los medios posibles que era realmente el mismo Burnet.

El desgraciado piloto nunca volvió á recobrar completamente el uso de sus sentidos. Toda su naturaleza recibió un terrible choque, y esto contribuyó á trastornársele el juicio. Desde aquella hora fatal sus facultades mentales parecian haberse embotado; y á pesar de que antes de este lance habia dado pruebas de ser muy valiente en muchos encuentros peligrosos, jamas pudo en lo sucesivo mirar á Burnet á la cara.

Así terminó el ensayo de Burnet para probar

cuan facilmente puede sufrir un trastorno la imaginacion de cualquiera incrédulo, y hasta que punto el miedo natural de una persona puede estender su influencia sobre los sentidos facilmente seducidos. Su aventura nos enseña al mismo tiempo, que es muy peligroso tratar de convencer la razon atacando la imaginacion; que descubre poco cariño ó delicadeza de sentimientos el que desea examinar de este modo, solo por mera curiosidad, el alma de un amigo; y que es una temeridad imperdonable, aun en aquellos que están mas firmemente convencidos de que no existen tales apariciones sobrenaturales, el esponerse á ninguna prueba por medio de la cual el ingenio humano pueda comprometer su valor, dándoles una leccion demasiado seria.

EL FRAILE DUENDE, Ó EL ALMA DEL PURGATORIO,

EN EL PALACIO IMPERIAL DE VIENA.

LA hermosa Aurora Königsmark acababa de dar á luz, en 1692, un niño que con el tiempo llegó á ser el célebre Mariscal Sajonia, cuando su esposo Augusto II, Elector de Sajonia, oyendo la voz del honor voló á la Hungría, donde el ejército imperial combatía contra los Turcos.

El campamento no era un harén. Los peligros y fatigas de la guerra formaban un contraste tan desagradable con las diversiones mágicas de Moritzburg, que Augusto se fastidió luego de su nueva carrera; y al fin de la campaña dejó el ejército, tomando el camino de Viena con ánimo de hacer una visita al Emperador. Leopoldo recibió y trató al Elector con

tales demostraciones de respeto y atencion, que jamas príncipe protestante fue tan bien acogido en la corte de Austria.

El trato franco y agradable de Augusto desterró, por algun tiempo, la etiqueta alemana del palacio, y dió ocasion á una serie de fiestas brillantes en honor del Elector. La igualdad de edades y semejanza de genios produgeron luego una amistad muy estrecha entre él y José, Rey de Romanos. Los cortesanos empezaron á ocuparse mucho de esto, presumiendo que pudiese haber algun fin político. Para poder descubrir el secreto que se figuraban existía, tendieron las redes con designio de envolver al Elector en intrigas amorosas; pero como no eran tan sutiles como las que fabricó Vulcano pudo desembarazarse facilmente de ellas. Al fin la altiva y voluptuosa Condesa Esterle empleó toda su arte y el poder de sus atractivos, de modo que la amable Aurora desapareció por algun tiempo de la memoria de su esposo.

Embriagado con el placer de su primer triunfo, Augusto se hallaba en los brazos de un delicioso sueño matinal, cuando recibió un recado para presentarse al Rey. Vistiose inmediatamente y pasó á su cuarto. ¡ Mas cual

fue su asombro al hallar al príncipe, á quien habia dejado perfectamente bueno la noche anterior, pálido, turbado, y medio delirante en cama!

“ ¡ Dios mío! exclamó el Elector, ¿ que es esto? ¿ Que es lo que ha sucedido á Vuesa Magestad?”

“ La mas espantosa aventura, replicó José, como si despertara de un sueño muy pesado. Os la contaré, y estoy seguro de que temblareis al oirla. La mas terrible aparicion que tal vez se ha presentado jamas á criatura humana, vino anoche á visitarme. Haría cosa de dos horas que yo me habia acostado quando la puerta de mi cuarto se abrió con grande estruendo. Suponiendo que era mi page, no descorrí la cortina, pero le reprendí severamente por venir á incomodarme de tal suerte. Juzgad cual debí aterrarme cuando de repente oí que arrastraban varias cadenas, y acercándose á mi cama una figura blanca descomunal me dijo con ronca voz y lúgubre tono lo que sigue:— ‘ ¡ Rey José! mira en mí una alma en pena del purgatorio, comisionada por el Altísimo para anunciarte, que la amistad que acabas de contraer con el Elector de Sajonia te conducirá al abismo de la

perdicion. Vengo á avisártelo, y á salvarte. Renuncia amistad tan profana, ó prepárate para ser condenado á los infiernos por una eternidad.'

“ Al acabar de prorumpir esta amenaza redoblose el ruido de las cadenas, y como mi lengua estaba embargada por el terror, el espectro prosiguió:—‘ ¿Que es esto, José? ¿No me respondes? ¿Tendrás la temeridad de provocar al Altísimo? ¿El trato, el favor de un mortal tendrán mas valor á tus ojos que la gracia de Dios, á quien todo lo debes? Dentro de tres dias vendré á saber la respuesta; y si entonces estás resuelto á continuar viviendo amistosamente con el Elector, la perdicion de entrambos será inevitable.'

“ Diciendo estas palabras desapareció dejándome en una agonía tal que no es fácil describirla. Faltome el aliento para llamar á los de mi servidumbre. Pasado algun tiempo soné la campanilla, vino el ayuda de cámara y me encontró casi sin sentido.

“ Ahora me hallo un poco mas tranquilo; trato de enmendar mi vida, y espero conseguir el perdon de mis pecados. Si temo algo es por vos: ruegoos pues, por la amistad que nos une,

que abraceis nuestra santa religion; entrad en el gremio de aquella iglesia fuera de la cual no hay salvacion, y asegurad de este modo vuestra vida eterna."

El rey acabó de hablar, y dejó caer la cabeza sobre la almoadá. El Elector estaba aturdido y no sabía lo que decir. Parose á considerar las posibilidades y probabilidades de esta ocurrencia misteriosa; pero por mas que hacia le era imposible hallar un ligero apoyo para fundar sobre él la idea de que este caso extraordinario era obra sobrenatural.

Al principio trató de persuadir á su amigo que la aparicion era solo un sueño, una fantasma creada por su viva imaginacion, pero el Rey le contestaba á todo que era demasiado cierto, que no dormia cuando sucedió el caso, y que pasó exactamente como acababa de contarle.

"¿Pero, dijo el Elector, no puede caber en esto algun fraude?"

José, con grandeza de alma, no quiso admitir semejante idea, porque estaba seguro que nadie osaria engañarle tan groseramente.

"Yo bien veo, replicó cortesantemente Augusto, que las apariencias están en contra de mi congetura, pero como un enjambre de sacer-

dotes intrigantes ha conseguido introducirse en la corte, no hay cosa que no se pueda esperar de su genio inventor. ¿No han podido algunos de ellos haber formado un plan para desembarazarse de mí, si han llegado á presumir que nuestras conversaciones versan sobre materias religiosas, y que me he propuesto revelar á V. M. todas sus picardias y ruindades?”

Esta idea hizo mucha fuerza al Rey; y en seguida preguntole el Elector si se habia opuesto alguna vez su confesor á la amistad en que vivian unidos ambos. José lleno de franqueza le confesó que no tan solo le habia exhortado á romper dicha amistad, sino que le habia amenazado con que no le absolvería si continuaba viviendo en la misma intimidad con el Elector. “¡Bravísimo, Señor! No es menester mas;” exclamó el Elector recobrando el buen humor que le habia abandonado en los primeros momentos. Inmediatamente esplicó al Rey el plan que acababa de meditar, los medios de ponerlo en egecucion y la probabilidad de arrancar la máscara al falso profeta. Ambos prometieron guardar inviolable secreto acerca de lo que trataron, y Augusto se retiró á su habitacion, de la cual no salió en tres dias pretestando

hallarse indispuerto. Bien se esforzó la hermosa Esterle en sacarle de su encierro, pero en valde; pues el Elector solamente pensó en madurar su plan.

Cuando llegó la noche señalada, se desnudó y entró en la cama como tenia de costumbre; pero luego que despachó á los de su servidumbre, volvió á vestirse y entró en el cuarto del Rey por una puerta falsa, donde se ocultó esperando que fuera medianoche. Al fin el reloj dió las doce, y el espectro se apareció con todos los horrores de su primera visita.

“ ¡Rey José!” principió una voz sepulcral; pero no pudo proseguir por cuanto el brazo hercúleo del Elector le agarró por la garganta y le echó al suelo. “ ¡Quien eres tú grandísimo tunante?” gritó con voz de trueno el Elector. Entre tanto el Rey temblaba temiendo que sucediese algo á Augusto.

“ ¡Jesus!—Maria!—y José! dijo con voz lastimera el espectro — ¡Misericordia por Dios! —Soy un *Fraile*.”

“ No puede ser, respondió el Elector, tú eres un alma en pena, por consiguiente date prisa en volver al purgatorio de donde has venido.”

Y diciendo y haciendo, despues de haber

abierto la ventana el Elector le echó por ella á unos tejados de ciertos edificios contiguos pertenecientes al palacio imperial y de allí fue rodando hasta la calle. El ruido de las cadenas resonó en el silencio de la noche, y su peso aceleró la caída. Al estruendo y gemidos del que habia caido acudió una centinela que estaba allí cerca, y vió que el desgraciado espectro era un dependiente del confesor del Rey.

A decir verdad, este miserable esperaba otra recompensa mejor por una comision tan honrosa. El golpe fue fatal, pues espiró pocas horas despues; en cuanto á su alma, no se sabe que haya vuelto hasta ahora del purgatorio.

La vergüenza, el horror y la indignacion se manifestaban en el semblante del Rey. Irritose sobremanera al ver descubierta tan baja intriga, y juró que si alguna vez subia al trono de su padre, todos los *Jesuitas* serian espelidos de su imperio. Sin embargo el tiempo moderó la vehemencia de su resolucion; no cumplió su palabra; apenas tuvo valor para separar de su lado al confesor que tan infamemente le habia engañado.

Esta aventura hizo mucho ruido en Viena, y escitó el mas vivo interés y admiracion á favor

de Augusto. Solo el Emperador Leopoldo fue quien espresó su desagrado por la conducta precipitada del Elector en una corte estrangera, y empezó á tratarle con la mayor frialdad. Augusto no se dió por entendido, acabó su intriga con la ambiciosa condesa Húngara, y se retiró triunfante de Viena.

Por esta vez los astutos padres de la Compañia de Jesús se vieron obligados á abandonar el plan que tenian meditado para coger en sus redes al mas poderoso apóstata de Alemania, cuyos antecesores se interesaron tanto en promover la Reforma. Pero esto duró poco tiempo. Lo que ellos no pudieron conseguir entonces, se logró algunos años despues por medio del miserable antojo del Elector de ser rey de Polonia. El mismo Augusto, celoso defensor del Protestantismo, abjuró voluntariamente sus errores en las manos del Cardenal-Arzbispo de Raab. Dueño de una dignidad imaginaria, no tardó en verse envuelto en una serie de humillaciones y dificultades, que marchitaron su gloria, y disminuieron el amor que le habian profesado los honrados Sajones.

EL

ALMA DEL GENERAL MARCEAU.

EL cadaver del general francés Marceau, que murió en la batalla de Altenkirchen en 1796, fue llevado á Coblenza. Dos dias estuvo allí de cuerpo presente, y despues se le enterró con toda la pompa militar debida á su distinguido empleo en una colina inmediata á la ciudad, llamada la colina de Brunnenstube, que está frente por frente del castillo de Ehrenbreitstein, con el Rin de por medio.

Quince dias escasos habrían pasado despues del entierro cuando no se oía hablar de otra cosa sino de que el alma del General se aparecia en la colina. No faltaron muchas personas que asegurasen haberle visto, á no dudarlo, paseándose entre doce y una de la noche por las orillas del Rin, vestido con el uniforme de cazador (que usaba cuando vivía) y con la espada desenvainada. Las mismas centinelas colocadas allí, echaron á correr mas de una vez al

verle. Los mas juiciosos de Coblenza bien sospechaban que habría en esto alguna impostura, pero nadie tenia valor para ir á escudriñar minuciosamente lo que podia haber de verdadero ó fingido en el asunto.

Al fin se presentó un estudian-ton bastante atrevido, conocido en la Universidad por un perdonavidas, y con aire fanfarron prometió tenérselas tiesas al alma del General, quien en tanto que perteneció á este mundo se distinguió entre todos por su intrepidez. En cumplimiento de su promesa, y guiado por la claridad de la luna, se dirigió solo, con la debida precaucion, á eso de las once al sitio donde solia verse el espectro. Una tremenda espada y dos desaforadas pistolas eran el hincapie de su valor; ademas de esto habia arreglado con sus camaradas que en caso de no volver despues de cierto tiempo, fueran á su socorro. Habiéndole esperado sus amigos hasta las dos, empezaron á temer que le hubiese sucedido alguna novedad. Dejaron pasar otra hora, y tampoco pareció; entonces determinaron ir á buscarle, pero no pudieron dar con él.

La luz del dia principió á hacer perceptibles los obgetos mas lejanos, cuando se encontraron con un propio que habia salido en busca de ellos

de un pueblecito inmediato. Preguntáronle si sabía el paradero de un joven, cuyas señas le dieron en seguida. El propio contestó, que una persona, la misma que ellos buscaban sin duda alguna, estaba en Metternich atacado de una violenta calentura; que se le había encargado les saliese al encuentro para enseñarles el camino. Con este motivo apresuraron el paso, llenos de curiosidad por saber la historia de su aventura con el alma en pena; pero antes de todo le condujeron á su propia casa.

Después que el joven exorcista se repuso algo del terrible susto que había pasado, contó á sus compañeros lo que sigue.

“ No hacía mas que un cuarto de hora que me hallaba á las orillas del rio, cuando se apareció el alma del General con su uniforme de cazador francés. Resueltamente me dirigí á donde estaba el espectro con mi espada desenvainada en la derecha, y la pistola con la llave en el gatillo en la izquierda. El espectro no se acobardó por esto; adelantose ácia mí, y al estar á seis pasos de distancia uno de otro, sentíme, sin saber como explicároslo, horrorizado. Cua-
jóseme la sangre; cayóseme el alma á los pies; dejé caer, involuntariamente, al suelo la espada

y la pistola, y sin saber lo que me pasaba puse pies en polvorosa dirigiendo mi carrera á Meter-nich. Varias veces tuve intencion de mirar atrás por ver si el espectro venia á mis alcances, pero os debo confesar que no me atreví á tanto. Aunque estoy bien persuadido de que no es una alma en pena, no fue poco lo que me alegré cuando llegué al pueblo echando los bofes, y me ví rodeado de criaturas racionales.”

Mucha fue la risa que causó en la ciudad la relacion del estudiante; mas con todo nadie tenia ganas de ir á visitar al espectro.

Por fin el comandante francés de Coblenza resolvió averiguar lo que hubiese en la materia, colocando unas cuantas centinelas en diversos puntos, y dirigiéndose él mismo al espectro. A nadie comunicó su plan; llegó la noche, y los soldados estaban ya donde él los habia puesto. Así que el reloj de Coblenza dió las doce, el alma del difunto General se presentó en el sitio acostumbrado. El comandante, que era hombre sereno, echó á andar para salirla al encuentro, y mandó á una partida apostada allí cerca, que se adelantara al mismo tiempo. Los soldados cercaron al espectro, que los atacó furiosamente, creyendo que su resolucion los espanta-

ria. No las tenían todas consigo algunos de ellos, pero un granadero, mas atrevido que los demas, le echó la mano por la espalda, le tuvo firme hasta que vinieron sus compañeros, y les dijo que el espectro era de carne y hueso.

La tal alma en pena fue cogida viva, desar-
mada, y llevada prisionera á Coblenza donde
fue encerrada en la guardia de prevencion.
Cuando al dia siguiente fue examinado el preso,
confesó que era un barquero, y que si habia he-
cho el papel del alma del General Marceau, era
con la idea de que entre tanto que espantaba á
las centinelas, pudiesen sus compañeros cruzar
el Rin con toda seguridad, y entrar en el
castillo bloqueado de Ehrenbreitstein algunos
víveres, porque los pagaban á un precio muy
subido.

EL DUENDE ENAMORADO.

EL Señor Carlos Szulo, de Burg cuenta la siguiente historieta.

En 1794 fuí con unos amigos míos á Dreschwitz, ocho millas de Praga, con ánimo de pasar veinte días en el campo. Así que llegamos á la posada, lo primero que nos contó el mesonero, por ser la novedad del día, fue que algunas semanas antes había muerto un labrador del pueblo, y que ahora daba en aparecerse por la noche á su hija, que era una muchacha mas fresca que una rosa, y mas bonita que una mañana serena de Mayo. La chica no sabia que es lo que queria el duende, pero como buena cristiana se lo contó á su padre confesor capuchino. El frayle, muy creído que sería alguna alma del otro mundo que estaba penando en el purgatorio y venia á que le digieran misas, determinó quedarse en la alcoba con la muchacha hasta que

viniera el duende para exorcizarle ; y á este fin llevó consigo agua bendita, varias reliquias y los santos Evangelios.

La curiosidad me movió á suplicar al capuchino, que vivia en la misma posada, me permitiese asistir á la ceremonia. Negómelo de buenas á primeras ; mas despues que destripamos un par de botellas de vino de Hungría ya eramos muy amigos, y aun se alegraba de tener mi compañía en tan descomunal aventura. A fin de no ser yo allí del todo inutil convenimos en que tendria la calderilla con el agua bendita ; esto es, que haría el papel de sacristan.

Mi intencion era, con tal que fuese posible, arrancar la máscara al supuesto duende, y para lograrlo mejor quise averiguar algo acerca del modo con que se aparecia. Luego supe que solia entrar por el jardin, y que en seguida subía al cuarto de la muchacha.

Un criado nuestro que habia sido granadero ocho años, fue el único que se manifestó dispuesto á ayudarme en mi investigacion, por lo cual le prometí una buena propina. Le encargué que tan presto como se hiciese de noche, se escondiese en el jardin de modo que sin ser visto pudiera ver todo lo que pasaba. Le aconsejé

que fuera bien armado, que no pusiera impedimento alguno á la entrada del duende, pero que tuviese cuidado de cortarle la retirada. Para mayor precaucion yo mismo le dí una pistola cargada con perdigones, y le prometí seguir y atacar al duende por la retaguardia, en tanto que él le impediria la salida.

A eso de las nueve de la noche fuimos á casa de la viuda y nos juntamos en la sala donde solia aparecerse el duende; madre é hija nos recibieron con mucho agrado. Cuatro velas de cera benditas ardian sobre una mesa que estaba en medio de la sala, y sobre la misma se veian un santo cristo, varias reliquias, un incensario, una calderilla con agua bendita, el breviario y el libro de los exorcismos. Las dos mugeres se fueron á la cama cuando lo dispuso el padre Capuchino, quien habiéndose puesto sus vestidos pontificales, se acercó á la mesa y empezó sus oraciones. Yo me puse la capa encima para ocultar debajo de ella un buen sable húngaro, y una pistola cargada. Despues me asomé á la ventana, esperando con impaciencia que viniera el duende; no se veia una sola estrella, todo anunciaba una próxima tormenta.

Sonaron las doce, y al dar el reloj la última

campanada, la puerta del jardín se abrió de par en par. Luego se sintieron pasos á la entrada del cuarto. De repente vimos una figura blanca colosal, cuya cabeza semejante á una calavera, estaba ardiendo en vivo fuego. Con paso firme se acercó al fraile y se paró delante de él. Su paternidad en vez de recurrir al breviario y á los exorcismos, no sabía lo que le pasaba, y quedose mirando con la boca abierta á la horrorosa fantasma — porque ciertamente era horrorosa.

El espectro sin duda se compadeció de su Reverendísima, y se fue ácia la cama donde estaban madre é hija metidas debajo de las mantas con un susto como si fuese el demonio que venia á llevarlas al infierno. El espectro tiró algo de la ropa; el fraile que vió esto cogió el incensario y empezó á leer los exorcismos. El espectro dejó de fastidiar á las mugeres, y escuchó con mucha atencion el rezo latino. Muy contento el padre al ver el buen resultado de sus esfuerzos prosiguió diciendo: “ ¡ Los Angeles y Arcángeles alaben al Señor nuestro Dios! ¡ Que tienes tú que hacer aquí? ”

El espectro, como si hubiera estado esperando esta pregunta, se volvió ácia la pared y escribió

con letras negras de un modo bastante legible, y en lengua Bohemia estas palabras. *Mi hija debe casarse con Cristobal Winzer, que me salvó la vida; y mándese que se digan tres misas por mi pobre alma.* Mostrando despues con la mano lo que habia escrito, se salió del cuarto.

Seguile de cerca; y vi que se iba retirando por el jardin sin la espantosa cabeza. Así que llegó á mitad del jardin, saliole al encuentro el hombre apostado, y con tono firme, le dijo, “Alto ahi, de lo contrario te levanto la tapa de los sesos.” El duende que no iba preparado para este recibimiento dió media vuelta para irse por otro lado, pero tropezó conmigo, y estendiendo el sable le dije: “Alto ahi, tunante; di ¿quien eres?” Algo le aterró al espectro este nuevo encuentro, pero medio desesperado se arrojó al criado con un garrote; mi hombre disparó la pistola pero no salió el tiro; en semejante crisis, se agarraron los dos, pero como mi hombre era mas fuerte en un cerrar y abrir de ojos le echó al suelo. “Por el amor de Dios, Señores, gritó entonces el duende, no me maten Vds. Háganme Vds. el favor de venir conmigo á mi casa que está á

treinta pasos de aquí, y les diré todo lo que pasa, pues yo soy Cristobal Winzer.” Como en este momento empezó á caer un fuerte aguacero, aceptamos sin cumplimiento su convite, fuimos con él á su casa, y nos contó lo que sigue.

“ Una vez tuve la fortuna de salvar la vida al padre de la muchacha á quien he ido á visitar todas estas noches con peligro de la mía. Alegre y agradecido me prometió darme su hija, pues sabía que yo la amaba, y no se le ocultaba que la chica me correspondia. Habiendo acabado poco despues mi aprendizaje de ebanista, salí á correr mundo y á perfeccionarme en mi oficio, y he vuelto hará cosa de quince dias. Desgraciadamente el buen hombre ha muerto en mi ausencia, y la madre que está bien acomodada, sale diciendo con que no tiene que ver nada con lo que prometió su marido, y no quiere darme su hija porque soy pobre. Como yo sé que ella tiene un miedo cerval á las apariciones, traté de aprovecharme de su terror para que tomándome por el alma de su difunto marido, me diera su hija. Es mas que probable que la cosa esté en buenos términos y pueda conseguir mis deseos, pues esta noche escribí en la pared de la sala lo que motivaba mis visitas,

para que no me conocieran por la voz. No tengo duda en que consentirá la madre, aunque no sea mas que por verse libre de apariciones. Por lo tanto, Señores, mi suerte está en manos de Vds.; ¿puedo esperar que con su silencio contribuirán á hacerme feliz?"

¿ Como habiamos de oponernos á una peticion tan honrada? Le aseguramos que no temiese que le descubriéramos; y despues de algunos minutos empleados en darnos las gracias, nos contó los medios de que se habia valido para hacer el espectro.

Lo primero que hizo fue buscar la calavera de un muerto; dentro de ella puso, un farolito con una luz encendida, y todo esto lo ató á un palo. La cabeza, el cuerpo y el palo estaban envueltos en una sábana. Para no hacer ruido dejaba siempre los zapatos á la parte de afuera del jardin, y entraba solamente con las medias puestas.

Despues de esta esplicacion volví con mi compañero á la posada, donde estaba ya el fraile muy satisfecho de haber socorrido á una alma en pena.

Al dia siguiente fuí á casa de la viuda, y observé que todos los parientes la estaban im-

portunando para que cumpliese la promesa de su marido, y no le hiciera penar mas tiempo en el purgatorio. La supersticion pudo mas que el interés, y el ebanista recibió la mano de la hermosa doncella. Dicen que ésta desde la primera noche de su casamiento perdió el miedo á los duendes.

LA APARICION DEL CONDE WALKENRIED.

DESPUES de haber estudiado el joven Conde Von Walkenried algun tiempo con gran provecho suyo y satisfaccion de su padre en la Universidad de Göttingan, bajo el cuidado del sabio Winkelmann, salió á viajar con el objeto de adquirir el conocimiento práctico de las lenguas que habia aprendido, y perfeccionar su gusto. Winkelmann, que le acompañaba como amigo y ayo, desgraciadamente al mes justo de haber salido, cayó malo y murió en Strasburgo. Por no hallarse quien pudiera reemplazar al que habia sido, en toda la fuerza del término, su amigo, el joven Conde resolvió continuar viajando solo. Su padre quedó extraordinariamente sorprendido al recibir la noticia de la muerte repentina de Winkelmann; mas como sabía que su hijo era en extremo juicioso no obstante sus pocos años, no tuvo reparo en dejarle viajar

solo. Escribiole pues, repitiendo los mismos consejos paternales que le dió al partir, y le mandó una carta de recomendacion para un rico banquero de Paris, á quien habia conocido antiguamente cuando estuvo de Embajador en la capital de Francia, y á quien contaba en el número de sus amigos. Pedíale en esta carta que le adelantase todo el dinero que necesitase su hijo, y que le proveiese de cartas de recomendacion cuando saliese de Paris.

A fin de que el banquero trajese mas prontamente á la memoria su antigua amistad, le mandaba una hermosa tabaquera de oro con su retrato, muy parecido, pintado muchos años antes en París siendo joven, y que se parecia muchísimo á su hijo. El mismo banquero fue quien le regaló esta caja, y el conde se imaginó que no desagradaría á su antiguo amigo que le presentara este recuerdo su hijo, cuya semejanza con el padre podría comparar al mismo tiempo.

El joven Conde llegó á Paris y fue á parar á una de las mejores fondas hasta tanto que pudiese hallar casa. Ademas de otros extranjeros, que estaban alojados allí, se encontró con dos Ingleses, hermanos, condiscípulos suyos en

Göttingan. Esta circunstancia accidental, unida á lo bien que se comia y cenaba en la fonda, y á la sociedad de muchos respetables Franceses atentos é ilustrados que diariamente iban á parar allí, fue la causa de que el Conde disfrutase de dia en dia el mudarse á una casa particular.

Uno de los caballeros con quienes contrajo el Conde estrecha amistad fue el Baron de Vigny, joven de mucho talento, adornado de mil prendas, y amables cualidades. No pasó mucho tiempo sin que el Conde no se considerase feliz estando ausente de él, ni el Baron podia pasar sin el Conde; motivo por el cual los demas amigos y conocidos los llamaban los *inseparables*, epiteto que hubiera sido aplicable bajo todos respectos, á no haber venido la muerte, que no se cuida de lo que hacen los hombres, á separarlos demasiado presto uno de otro.

A la hora de comer solian beber ligeramente, mas por la noche, cuando se servian los vinos mas fuertes y exquisitos, allí era el sepultar botellas en sus estómagos, como quien echa agua en una sima. Con todo, los Franceses, que sabian por esperiencia las malas mañanas de las

producciones de su pais, tenian cuidado de evitar los malos efectos de este género de vida, mas el Conde cayó victima de su inesperienza y atolondramiento. Nunca sirvió para sostener una trínca con el vaso en mano, y solamente las instancias de los otros, y el deseo de mostrarse complaciente con los que le rodeaban, le hicieron escederse muchas veces de los límites ordinarios; de aquí le resultó una fiebre inflamatoria que le llevó al sepulcro.

El Conde, que no habia tenido necesidad de dinero, y que solo pensó en emplear su tiempo en París en placeres y disipaciones, no se acordó del banquero para nada; por consiguiente ni le entregó la carta, ni le enseñó la rica tabaquera. Las espresiones incoherentes que se le escaparon en su delirio demostraban que este descuido afligía su espíritu en los últimos momentos de su vida.

El Baron de Vigny era demasiado sincero amigo para abandonar al enfermo Conde, con quien, cuando estaba bueno, habia pasado tan felices dias: durante su enfermedad pasaba muchas horas á la cabecera de su cama, y le asistia con la mayor atencion y cariño. Encargaba á los médicos muy particularmente que no

perdonasen medio alguno para restituirle la salud; y hacia por su parte cuanto podia para aliviarle, y darle pruebas de su amistad; desgraciadamente todos sus esfuerzos, ni el talento de los facultativos pudieron salvar al enfermo, pues cayó en aquel sueño del cual ninguno despierta.

El dueño de la fonda envió á llamar al *Médico del barrio* para que viese al difunto, y asegurase si verdaderamente estaba muerto. Vino, y despues del mas atento examen, le aseguró que el Conde estaba muerto, y le dió la certificacion que se exige en Paris antes de enterrar á una persona. Es bien sabido, que priesa se dan en aquella ciudad en llevar al cementerio á todo el que muere; conforme á esta costumbre aun no habían pasado veinte y cuatro horas desde que espiró el Conde, cuando su cuerpo fue llevado muy temprano por la mañana al sepulcro.

En la misma mañana en que fue enterrado, el difunto Conde se presentó personalmente en casa del banquero para egecutar la comision de su padre, que descuidó mientras vivía. Con los mismos vestidos que había llevado durante los últimos dias de su salud en París, y acompañado

de su fiel y desconsolado criado, fue como se presentó al banquero el alma del difunto Conde von Walkenried, á hacerle la visita primera de cumplimiento, diferida por tanto tiempo sin justa causa.

El banquero nunca habia visto al Conde; pero aun cuando no hubiera dicho su nombre, probablemente habria reconocido á la primera mirada del aparecido, el hijo de su antiguo amigo; tanto era lo que se semejaba á su padre. Recibió al aparecido con toda la urbanidad y atencion de un Parisiense, y le suplicó que pasase á la sala. Aquí el alma del Conde entregó sus credenciales, y la tabaquera de su padre con la mayor gravedad, añadiendo ciertas comunicaciones verbales que tuvo encargo de hacer. Esto dió motivo al diálogo siguiente.

Banquero. No necesitaba yo, Señor Conde, tantos certificados para convencerme de que Vd. es el hijo de mi antiguo amigo. Sea Vd. una y mil veces bien venido. Mándeme Vd. lo que se le ofrezca, pues estoy pronto á servirle; los jóvenes suelen necesitar dinero, en tal caso no tiene Vd. mas que decírmelo; todo cuanto tengo está á su disposicion.

El alma del Conde haciendo una grave y

profunda reverencia. Mil gracias, Señor, por su atencion y ofrecimientos, no pase Vd. pena por mí, pues no puedo aprovecharme de ellos.

Banquero. Tanto mejor si su bolsillo no tiene necesidad de mi asistencia. Esto prueba que un hombre de su clase de Vd. puede vivir con lujo y ser económico al mismo tiempo. Sin embargo, espero tener el placer de servirle cuando determine continuar su viage, pero entre tanto ¿no me hará Vd. el favor de quedarse á almorzar conmigo?

El Alma. Se lo agradezco á Vd. mucho; pero ya nada mas necesito de este mundo, porque ayer me morí en la Fonda de Mr. Michel, calle St. Honoré, y hoy á las tres de la mañana me han enterrado.

El Banquero, retirando ácia atrás la silla.
¡ Mi querido Conde, Vd. se chancéa!

El Alma. No me chancéo, Señor. Uno de los motivos que me han traído aquí, es el suplicarle que tenga la bondad de volver á mi padre esta tabaquera que Vd. le regaló, diciéndole que la reciba por segunda vez de las manos de su difunto hijo como un recuerdo suyo.

El Banquero, algo sobrecogido de miedo.

Pero, Señor Conde, permítame Vd. que le diga que padece alguna equivocacion, porque está Vd. corporalmente conmigo: y en este caso ¿como puede Vd. estar muerto?

El Alma, sin dignarse responder al escéptico, y prosiguiendo el discurso interrumpido. Escríbale Vd. igualmente, que el sentimiento de no poder volver á verle otra vez en este mundo, para darle gracias por sus bondades y cariño paternal, contribuyó á que mi prematura muerte fuese mas dolorosa.

El Banquero, estremeciéndose. Pero, mi querido amigo, ¿es posible que Vd. pueda...

El Alma, poniendo sobre la mesa dos relojes de oro, un anillo con un rico diamante, y doscientos cincuenta luises de oro. Ya no tengo necesidad de estas ricas bagatelas, que espero se servirá Vd. enviarlas juntamente con la caja de oro á mi padre.

Al oir esto el banquero miró lleno de miedo ácia la puerta; queria contestar, pero su lengua parecia anudada á la garganta; erizósele el pelo, y los latidos de su corazon se oian tan claramente como el movimiento de las dos repeticiones de oro que estaban sobre la mesa.

El espectro observó su agitacion, y se pre-

paró para retirarse. “Perdone Vd., dijo él, no era mi intencion asustar al amigo de mi padre: pero una vez muerto, yo no podía remediarlo. Tiempo es de retirarme á mi sepulcro. ¡Adios!”

En seguida desapareció dejando mas muerto que vivo al pobre banquero. Llamó á sus criados para estar entre vivos, y no sabía qué pensar, ni qué decir. Cuando volvía los ojos ácia el dinero y joyas preciosas que le dejó, se figuraba que era una cosa demasiado seria para chasco; porque nadie podia haber tan tonto que fuese á malgastar tantos miles reales por el capricho de darle un susto y ver como temblaba. Por otra parte nadie se hubiera atrevido á encajar joyas y monedas falsas á quien entendia tanto en la materia; y á la simple vista se conocia que el diamante del anillo era un *solitario* de gran valor. No tuvo necesidad de aplicar las repeticiones al oido para notar que iban bien; examinó igualmente los luises uno por uno, y en efecto eran de oro; abrió la tabaquera, la vió por todos lados, era la misma que regaló al padre del Conde. Comparó el retrato de la caja con el semblante del hijo aparecido, y á escepcion del pelo y vestido, en lo cual habia gran

diferencia, por razon de estar sujetas estas cosas al capricho de la moda, advirtió que la semejanza entre el padre y el hijo era muy estraordinaria.

Para salir de dudas el banquero mandó poner el coche, y se dirigió inmediatamente á la fonda en que habia vivido el Conde, pues nadie mejor que el fondista Mr. Michel podia esplicarle este enigma.

“¿*Monsieur Michel*, le dijo el banquero luego que llegó, conqce Vd. el original de la miniatura de esta caja?”

Mr. Michel. Ciertamente; el joven conde ha vivido mucho tiempo en mi casa; no hay uno de los que ahora habitan en ella que no le conociese.

Banquero. El joven calavera Conde von Walkenried.

Mr. Michel. ¡Calavera! no por cierto! el difunto Conde von Walkenried de Alemania, que murió aquí ayer de una calentura maligna, y que segun los reglamentos de policía ha sido enterrado publicamente esta mañana muy temprano.

Banquero. ¡Vaya! Vd. se chancea. El mismo joven Conde, que á escepcion del pelo y

vestido se parece tanto á este retrato, no hace todavía media hora que ha estado en mi casa, y me ha entregado algunas alhajas y dinero hasta el valor de muchos miles de francos.

Antes de concluir lo que pensaba decir Mr. Michel dió unos cuantos pasos ácia atras con muestras de espanto, y el banquero cayó en una silla cuasi sin sentido, pues en aquel momento entró en el cuarto nada menos que el mismo aparecido. Este quedó algun tanto sorprendido, y confuso al observar el terror de los otros. Se habia figurado que el papel que acababa de representar en casa del banquero estaba concluido saliendo de allí, y creyó llegar antes que él á la fonda. En seguida le pidió mil perdones por el chasco que le habia pegado, y le aseguró que no era ni el difunto Conde von Walkenried, ni su espectro. Lo que sigue es la solucion del misterio.

El Baron de Vigny, amigo íntimo del Conde, era, como ya lo hemos dicho, sumamente vivo y agudo. Pero lo que hay que notar de mas singular en esto, es que ambos eran tan parecidos uno á otro en el semblante y estatura, que nadie podia distinguirlos como no fuera por la voz ó por el vestido. Muchas veces los dos jó-

venes se aprovecharon de este capricho de la naturaleza para pegar mil chascos á sus amigos y amigas, metiendo á estas en mil embrollos y enredos, solamente con cambiar sus nombres y vestidos. Pero el chasco mas pesado de todos se presentó por sí mismo al Baron de Vigny, cuando su amigo le entregó poco antes de morir la carta, la caja, el bolsillo, los relojes, la sortija y el recado verbal para el banquero. El lector sabe con que puntualidad egecutó el Baron la comision. El criado del Conde le dió los vestidos de su difunto amo para presentarse al banquero. Al salir de casa de él, tenia intencion de cambiarlos luego que llegase á la fonda; probablemente el cochero condujo al banquero por un camino mas corto, y así el pretendido espectro quedó sorprendido al verle en la sala. Mr. Michel no sabía nada de este disfraz, y quedó aterrado al ver entrar al Baron de Vigny, á quien tomó por la verdadera imagen del difunto.

¡ Con que facilidad en una ciudad tan grande como París pudo haber pasado este chasco sin descubrirse ! ¡ Y en tal caso que argumento tan fuerte se hubiera sacado de aquí para creer

en apariciones! No nos cansemos de repetirlo; las circunstancias mas misteriosas é inesplicables no deben tenerse por sobrenaturales y milagrosas, porque las causas naturales que las produjeron están ocultas ó escuden á nuestra comprensión, que desgraciadamente en muchos casos es muy limitada.

CONFESION EXTRAORDINARIA DE UN ESPECTRO.

SE cree que el siguiente caso realmente ha sucedido, pero como es de un género tan horrible, por el honor de la naturaleza humana, todos los que lo lean deben desear que sea inventado. La narracion está en forma de carta con sola la inicial del que la escribió. La escena pasó en Francia en el palacio antiguo de Vildac.

Ayer — así escribía Mr. de M..... á un amigo suyo, —ayer se casó la hermosa Señorita Vildac con el amable Saintville. Como vecino de la novia fui convidado á la boda, pero si el dia se pasó del modo mas alegre, la noche, para mí se entiende, ha sido tan horrorosa, que mal podrá trazarte mi pluma lo que he visto y lo que he oido.

Bien conoces al viejo Vildac, cuya fisonomía tenebrosa siempre nos ha repugnado tanto, por consiguiente era imposible que nos inspirara

confianza. Ayer le estuve observando con mas cuidado que nunca, creyendo que con motivo del casamiento de su hija única desarrugaria la frente y una sonrisa de satisfaccion alegraria, aunque no fuese mas que por un momento, su ceñudo semblante. Me equivoqué. En vez de participar de la tierna agitacion de su hija, y del enagenamiento en que rebosaba su yerno, por el contrario, parecia que le disgustaba la alegria que brillaba en nuestros semblantes; y este desnaturalizado padre, aguló con su detestable genio el placer de sus hijos y de los convidados.

Cuando llegó la hora de retirarnos, por no haber sitio mejor, pues todos los demas cuartos estaban ocupados, me llevaron á un aposento que habia en una especie de torreón, que se comunicaba con el palacio por una escalera de caracol sumamente estrecha. Entré en la cama, y no bien habia cerrado los ojos cuando me despertó un ruido confuso que sentí encima de mi cabeza. Me incorporé, y en breve oí claramente que alguno bajaba por la escalera arrastrando cadenas. Abriose de par en par la puerta; entró un espectro arrastrando cadenas, que resonaban espantosamente, se dirigió á la chimenea, atizó la lumbre y juntó dos tizones

medio apagados. Una ronca voz pronunció en seguida estas palabras, “ ¡ Cuanto tiempo ha pasado sin calentarme !”

Te confieso, amigo mío — ¡ porqué habia de negártelo ? — te confieso que yo estaba aterrado. Cogí mi espada para defenderme en caso necesario, y descorrí, sin hacer ruido, las cortinas de la cama. La triste luz del fuego me permitió distinguir una figura tan flaca, que mas bien parecia un esqueleto que no un ser humano dotado de vida: era un venerable anciano, medio desnudo, calvo y con una miserable barba blanca como la nieve. Tenia las manos arriadas á la lumbre, y temblaba de frio. Este espectáculo me affligió sobremanera. Mientras yo le observaba salía de cuando en cuando una llamarada de entre las brasas. Miró atentamente ácia la puerta por donde habia entrado, y luego clavó los ojos en el suelo: parecia absorbido en el pesar mas profundo, y las huellas de una prolongada calamidad estaban hondamente impresas en su arrugado semblante.

Pocos minutos despues, puso como maquinalmente sus trémulas rodillas en el suelo. Pareciome que rezaba: las únicas palabras que pude oir fueron: “ ¡ Oh Dios ! ¡ oh Dios ! cuan justo

eres en tus juicios!" Entonces hice á propósito ruido con las cortinas.

"¿Anda alguien por aquí? preguntó; ¿hay alguno en esa cama?"—— "Sí, dige yo descorriendo enteramente las cortinas; ¿pero quien sois vos, buen anciano? Su respuesta fue un profundo suspiro; un movimiento de su mano me hizo conocer que las lágrimas no le dejaban responder. Al fin de algunos instantes llegó á serenarse algo, y con voz sumamente afligida dijo. "Soy la criatura mas desgraciada del mundo. No deberia deciros mas; pero hace tantos años que no he visto seres humanos, que la alegría que siento al ver uno de mis semejantes me saca fuera de mí á pesar mio. Tened compasion de mí: tal vez mis penas y sufrimientos os parecerán menores, cuando os haya contado todo."

El terror que sentí al principio cedió su lugar á la compasion. Púseme una bata, y fuí á sentarme á su lado. Noté que esta prueba de mi confianza le enterneció, y cogiendo mi mano la humedeció con sus lágrimas. "Buen hombre, díjome á poco rato, satisfaced primeramente mi curiosidad, y contadme ¿como es que habeis venido á parar esta noche á este cuarto, que

siempre suele estar desocupado? ¿Que quiere decir el ruido continuo y extraordinario de coches que he oído esta mañana en los patios de esta casa? Debe haber sucedido alguna cosa fuera de la costumbre ordinaria.”

Le contesté que todo el bullicio que oyó provino del casamiento de la Señorita Vildac, “¿Como! dijo él alzando las manos, ¿tiene Vildac una hija? ¿y se ha casado? ¿Ojala Dios la bendiga, y conserve su corazon puro — puro de la maldad de sus progenitores! Yo soy Vildac el abuelo de la señorita.... Tengo por hijo un monstruo — pero no; su padre no debe acusarle — no tengo derecho de hacerlo.”

Figúrate, amigo mio, cual sería mi asombro al oír semejante confesion. Sabía que el padre de nuestro Vildac habia muerto y fue enterrado hacía veinte años lo que menos, y ahora le veía aparecérseme á media noche. Salté de mi asiento, dí unos cuantos pasos ácia atras, miré de hito en hito al espectro, quise hablar, mas no pude.

Deseaba preguntarle, “¿Buen anciano, estais realmente vivo, ó sois un espectro?” pero no podia mover la lengua. Conociolo él en mis miradas, y me dijo: “No es un espectro el que estais mirando, sino un hombre enterrado en

vida. Os juro por el Dios Todopoderoso, que soy el vivo abuelo de la novia, á cuya boda habeis asistido. La sórdida codicia de mi cruel hijo, y la ferocidad que alverga su corazon, que nunca conoció los dulces sentimientos del amor y la amistad, le hicieron sordo á la voz de la naturaleza. Me encadenó, y se apoderó de mis bienes. Lo que le condujo á cometer tan bárbara accion fue el hecho siguiente." Para este tiempo ya volví á sentarme á su lado. "Un dia, prosiguió el anciano, fue mi hijo á visitar á un caballero, que vivia en nuestra vecindad, cuyo padre murió poco tiempo antes: hallole rodeado de sus inquilinos, recibiendo el dinero de las rentas y renovando las escrituras de los arrendamientos. Vildac estuvo contemplando esta escena con ojos voraces, y la funesta impresion que le causó, le decidió á acelerar el momento, por el que tanto suspiraba, de hacerse dueño de los estados de su padre. Desde entonces se hizo mas áspero é intratable que nunca; si le preguntaba algo, respondia por monosílabos, y evitando el mirarme cara á cara. Quince dias despues, tres hombres enmascarados entraron una noche en mi cuarto, y me arrastraron medio desnudo á este torreón. Como se

manejó Vildac para hacer creer que yo me habia muerto, es lo que no puedo deciros; pero por el sonido de las campanas, y cántico de los himnos funerales, inferí que estaban celebrando mis propias exequias. Esta idea me llenó de mortal angustia. Insté para que por gran favor me permitieran hablar á Vildac, pero en valde. Los que, por espacio de veinte años, me han traído pan y agua para prolongar mi vida miserable, es muy posible que me tengan por un criminal condenado á morir en este torreón. Esta mañana advertí que el hombre, que suele traerme el triste sustento, se olvidó de echar la llave a la puerta, y he estado esperando que se hiciera de noche para aprovecharme de su descuido. No pretendo escaparme; bien que la libertad de poder ir unos cuantos pasos mas lejos de la costumbre ordinaria, sea un grande aliciente para el que habita un calabozo."

Mi primera idea, así que volví del asombro que me causó esta narracion, fue sacar á este desgraciado de su horrible encierro. "Sin duda, le digo yo, el Altísimo me ha traído aquí para ser vuestro libertador. Todos están dormidos ahora; seguidme, yo seré vuestro defensor, vuestro guía, y quien os vengue." En

vez de responderme quedó muy pensativo. “Mi larga separacion de toda sociedad humana, principió él como si despertara de un letargo, ha producido una revolucion completa en mis sentimientos é ideas. Todo depende de la imaginacion: me he familiarizado tanto con mi situacion, á pesar de lo terrible que es, que no me hallo con ánimo de trocarla por otra. El dado está echado; terminaré mi infeliz carrera en este torreón.”

Esta reflexion melancólica, este desprecio de la libertad, este lenguaje inesperado, combinado con otras espresiones, me hicieron recelar que ocultaba algun secreto de entidad, y con todo eso no sabía como conciliar estas cosas: en fin cuanto veía y escuchaba me parecia un misterio incomprensible. Mi asombro fue disminuyendo á medida que el anciano continuó hablando de este modo.—Vistos los pocos dias que me quedan de vida, ¿que atractivos quereis que tenga para mí la libertad? Aunque es bien cierto que mi hijo es un malvado, tambien lo es que su inocente hija nunca me ha hecho daño. ¿Querreis que la persiga en los brazos de su marido, y la envuelva en la desgracia de su familia? No: antes bien la estrecharia en mis

brazos, y la bañaria con mis lágrimas. ¡Pero nunca, nunca la veré! Adios. El día principia á aparecer, y yo debo volverme á mi sepulcro.”

Opúseme á su intencion declarándole que no permitiria se fuese. “La opresion, añadí, ha debilitado las facultades de vuestra alma; yo volveré á su ser natural vuestros espíritus entorpecidos. No nos paremos ahora á considerar si debereis ó no daros á conocer; tiempo tendremos para eso. Lo primero que debemos hacer es salir de esta mansion del horror. Mi casa de campo, mi influencia, mi bolsillo están á vuestra disposicion; si quereis, nadie sabrá vuestro paradero, y aun el crimen de Vildae será un secreto inviolable. ¿Teneis algo que oponerme ahora?”

“Mucho tengo que agradeceros por vuestra bondad: ¡ójala pudiera aprovecharme de ella! Pero no puedo, debo quedarme aquí.”—“Pues bien, quedaos; yo haré saber al gobernador de la provincia vuestra suerte desgraciada, y vendremos á libertaros por fuerza de la tiranía de vuestro hijo desnaturalizado.”

“No hagais, por Dios, un uso imprudente de mi horrible secreto ¡Dejad que perezca aquí

un monstruo como yo! Soy indigno de la libertad que me ofreceis. Debo expiar la accion mas vil que pudo cometer un hombre. Ved lo que esta infame mano os muestra con horror;—esto que veis aquí son manchas de sangre.—Esta es la sangre de mi padre, asesinado por mí—¡por mí, monstruo infernal!—solamente por tomar mas presto posesion de la herencia paterna. ¡Ay de mí! todavía me persigue la imagen de mi moribundo padre. Mirad cuan cariñosamente me estiende sus ensangrentados brazos para arrancarme del borde del infierno—ahora, ahora se inclinan ácia mí!—¡Que horror!—¡Padre, Padre! mi desesperacion te vengará!”

Durante estas palabras, pronunciadas de tal suerte que se me erizaron los cabellos, el anciano cayó en tierra y se arrancó las pocas canas que la mano del tiempo habia dejado en su cabeza. Sus convulsiones fueron horrorosas; no se atrevía á mirarme á la cara—en tanto que por mi parte estaba cuasi petrificado. Despues de una pausa de horror, difícil de pintártela, oimos alguna cosa que se movia, y la claridad del dia empezaba á entrar por los resquicios de la ventana. El anciano, fatigado de la vehe-

mencia de sus movimientos convulsivos, se levantó lentamente. “ Un aborrecimiento justo contra mi persona es lo que sentís ahora, dijo con triste voz. Adios. Olvidad, si es que podeis, que me habeis visto. Ahora voy á entrar en mi sepulcro, y os juro que nunca mas volveré á salir de él.”

No me fue posible contestarle, ni moverme del sitio en que me hallaba. El palacio y cuanto veía en él me inspiraban un horror que no podia disipar; así es que lo he dejado muy temprano sin despedirme de nadie. En este momento estoy haciendo los preparativos necesarios para ir á vivir á otras haciendas que tengo á cincuenta leguas de aquí. Espero en Dios que jamas volveré á ver el instrumento que ha empleado la Providencia para vengarse, y aun cuando no le viese, me es imposible habitar el mismo pais que él infesta con su aliento.

MARIANA.

FOLMAR salió herido de la batalla sangrienta de Wagram, donde derramó su sangre en defensa de su patria, y vió caer á su lado muchos amigos suyos para no levantarse jamas. Todas sus esperanzas se desvanecieron; su herida, aunque no peligrosa, le inutilizaba para continuar por entonces en el servicio, y así lo presente como lo futuro le llenaba de inquietud. Fue enviado á una ciudad de Alemania para curarse. El hospital estaba ya lleno, y no pudieron recibirle, pero fue alojado en una casa particular á cuyo dueño encontró llorando sobre el cadaver de una joven y querida esposa.

El desconsolado viudo, no queriendo afligir al alojado, le proporcionó otro alojamiento en una posada. Folmar se alegró del cambio, porque la vista de la difunta en el ataúd le desazonó muchísimo. Era la misma imagen de su hermana Mariana, que el año anterior, y en el

mismo día pasó del seno de su familia al estrecho recinto del sepulcro. Así como ella, estuvo un año antes tendida en el féretro, con las manos cruzadas al pecho, y sobre él un fresco ramillete. Quería entrañablemente á su hermano José, y cuando la inexorable Parca iba á estrecharla en sus descarnados brazos, la joven entusiasta le prometió que se le aparecería una vez después de muerta. ¡Cuan terriblemente cumplió su palabra sorprendiéndole el mismo día del aniversario de su muerte con el espectáculo de su imagen en el féretro de la desconocida!

Folmar fue puesto en un cuarto á la parte de atrás de la posada; por debajo de su ventana pasaba el riachuelo que divide en dos partes la ciudad; y en frente había un convento de monjas. La noche presentaba un aspecto tan melancólico como su alma; de cuando en cuando los débiles rayos de una media luna rasgaban el oscuro velo de las nubes. El canto monótono de las buenas religiosas, y el ruido del agua formaban un concierto propio para dar mas fuerza á la melancolía que le devoraba; lágrimas de amor fraternal, y sentimiento corrian por sus mejillas, y no obstante en el llorar hallaba su mayor consuelo.

A eso de las once se retiró á descansar. Segun su costumbre colgó el reloj de la silla inmediata á su cama; por largo rato estuvo oyendo el *tiquitiqui* ó sonsonete, pero al fin se rindió al sueño. Una hora despues estando dormitando, sintió pasar una cosa suave por su cara, y pareciole oir que le decian—“¿José, eres tú?”

Despertose y vió dos grandes ojos negros inmediatos á su rostro. Prorumpió en una exclamacion involuntaria, y una joven vestida de blanco, que estuvo con la cabeza inclinada un poco ácia él, echó á correr hasta la puerta, parose allí y alzó, con muestras de dolor, sus manos juntas ácia el cielo.

“¿Quien está ahí?” gritó entonces Folmar enteramente despierto. Estaba seguro que debia ser Mariana la que se hallaba á la puerta. Saltó de la cama y con el apresuramiento echó la silla al suelo; en tanto que quiso evitar que se rompiera el reloj desapareció la figura, y un tremendo estallido resonó en toda la casa. Al mismo tiempo una corriente de aire tan frio como la nieve entró en el cuarto. El reloj, que no se habia lastimado nada, señalaba las doce.

Folmar temblaba violentamente. Dos veces

se halló en el asalto de unas baterías, pero nunca tembló como en esta noche.—Estaba en sus cinco sentidos, y con todo no podía comprender el misterio de esta aparición: sin embargo, creía firmemente que era su hermana Mariana, con su mismo elegante talle, su pelo negro como el azabache, sus ojos del mismo color, y su turgente seno. Todo esto pudo verlo claramente, porque la luz de la luna daba en el rostro de la figura sobrenatural que se le apareció. La vió pararse en la puerta, quiso seguirla, mas la puerta estaba cerrada, y volvió atrás lleno del mas profundo sentimiento. ¿Como dudar ya que era un espíritu? Folmar, el mismo Folmar que habia visto la muerte bajo mil formas diferentes, ahora se hallaba sin valor para atravesar el umbral de la puerta:—la sangre se le iba helando de horror.

Algunas horas pasaron antes que pudiese serenarse. Su querida hermana, su Mariana, con las manos juntas, estaba siempre delante de sus ojos. Las tres eran cuando volvió á echarse, y un ligero sueño vino á cerrar sus cansados párpados.

Cuando se despertó ya era día claro: todo lo que le pasó durante la noche le pareció un

sueño. Llegó á tranquilizarse considerando que Mariana había cumplido su palabra. Rezó devotamente por el descanso de su alma, y sus oraciones subieron al cielo juntamente con el solemne sonido de la campana del convento inmediato.

Las vendas de su herida se desataron por la noche sin sentirlo, y empezando á dolerle mandó llamar á un cirujano. Vino, y extrañó verle alojado en una posada; pero Folmar le contó que esto se debía á la muerte de la señora de la casa para donde le habian dado la boleta. Justamente este cirujano era el mismo que asistió á la joven durante su enfermedad; la conocia muy particularmente y refirió muchos rasgos que probaban la escelencia de su alma. De este modo se verificaba que tanto por sus prendas morales como por las físicas, era el retrato mas parecido de Mariana.

“ ¿ Pero está Vd. seguro que está verdaderamente muerta?” preguntó Folmar con alguna hesitacion, y medio asustado cuando se le escapó esta pregunta.—“ ¿ Que puede motivar á Vd. á hacer una pregunta tan extraordinaria?” contestó lleno de asombro el cirujano.—“ Es que la vi ayer en el ataud, dijo Folmar, y cier-

tamente no parecia muerta, porque el color de su semblante era natural y fresco.”—“ ¡ Ah! no: desgraciadamente lo está; su enfermedad ha sido muy corta, y de aquí nace el que parezca como Vd. la ha visto.” La pregunta de Folmar sorprendió mucho al cirujano, que se despidió, despues de curarle, con muestras de inquietud.

La posadera joven de buen humor, hizo compañía á Folmar toda la mañana. El vivo interés con que ella le escuchó la relacion de todas las operaciones militares de los últimos sangrientos dias le ganó su afecto. Tambien hubiera contado la aventura de la noche anterior, pero ella, que era la misma viveza, se hubiera echado á reir, y esta idea le contuvo.

Por la tarde fue á dar una vuelta por fuera de la ciudad; todo lo que vió era nuevo para él. A medida que la noche se acercaba, su corazon iba oprimiéndose. “ ¡ Quien sabe, decia entre sí, si vendrá Mariana á visitarme?” Volvió á la posada, dejó la puerta de su cuarto abierta, apagó la vela, y resolvió no dormirse, por ver si volvia Mariana.

La terrible hora—la hora en que suelen aparecerse los espíritus habia ya pasado. El

reloj de las monjas dió la una y él no había visto, ni oído nada. La naturaleza pudo mas que él; pues se rindió al sueño, del cual no tardó mucho en despertarse, por parecerle que oía pronunciar su nombre. El cuarto estaba en la mayor oscuridad: incorporose en la cama—su corazon latia fuertemente, la sangre se le subia á la cabeza, y en esto oyó con toda claridad que la voz decia “ ¡José!”

Era la voz de Mariana—no tenia la menor duda de ello. A una corta pausa sucedió un blando suspiro. Al fin el invisible ser pronunció “ ¡Jesus, Maria!” Siguiose un profundo silencio, un silencio como el de la muerte, de modo que podia oir las pulsaciones de las artérias “ ¡Mariana! dijo él despues del intervalo de un temeroso minuto, ¿donde estás?”—Nadie respondió.—“ Mariana, querida hermana mia, no tengo miedo de tí; ven, pues te estoy esperando.”—Ninguna respuesta.—“ Mariana, querida Mariana, ¿hay algo en el mundo que pueda hacer por tí? ¿Turba alguna cosa la paz de tu sepulcro?”—Ni una palabra.—“ Háblame, querida Mariana, háblame una sola palabra. Puedes venir en la forma que se te permita, no le hace nada, estoy dispuesto á todo.”—Siguio-







se el mismo terrible silencio que en un principio.

No pudiendo estar mas tiempo en la cama se levantó acongojado, y fue en derecha á la ventana. Recostose sumamente triste y pensativo y al mismo tiempo vió, ayudado de la claridad de la luna, deslizarse por la corriente un bote que contenia un féretro. Estremeciose Folmar. Un hombre solo lo guiaba sentado á la popa. No se acordaba de haber visto jamas un funeral tan solitario. Sus ojos siguieron al bote, hasta que desapareció á una larga distancia; en seguida volviose maquinalmente á la cama, y como estaba cansado no tardó en conciliar el sueño.

Por la mañana el cirujano volvió á visitarle. La joven tendida en el féretro estaba siempre presente en su memoria, y la idea de que pudiera ser ella la causa de sus temores nocturnos le movió á preguntar si estaba viva, y estuvo esperando la respuesta con impaciencia.

“ ¿Que motivo, dijo el cirujano, puede tener Vd. para insistir en esa pregunta? Confíesole á Vd. que ayer me causó tal sensacion, que fuí corriendo á casa de la difunta, y emplée todos los remedios recomendados en casos de una

suspendida animacion, pero todo fue en vano. Está verdaderamente muerta. El caso es que el marido á quien comuniqué indiscretamente la observacion de Vd., quedó sorprendido de su exactitud, y ha mandado que se difiera el entierro, que estaba señalado para hoy, hasta mañana. No se separa de su lado esperando por momentos que abra los ojos; mas ¡ay! ya se cerraron para siempre.”

La imaginacion de Folmar estaba acalorada. “No, señor, gritó alegremente, está, debe estar viva. ¿Como se llama su marido?”—“José,” contestó el cirujano que no podia comprender nada de esto.—“¿José?” ¡Santo Dios! ¿José? Ruegoos por lo que hay de mas sagrado en el cielo que no permitais se entierre á esa joven mañana, ni tampoco al dia siguiente. ¡Vive! si, Señor, todavia vive.”

Sonriose el cirujano y tomó el pulso al enfermo. “¿Está Vd. en su juicio, Señor?” le dijo.—“¿Como se llamaba la joven?”—“Teresa.”—“¿Teresa! ¡Ah! esta es la razon porque no me respondia cuando la llamaba Mariana. Luego no era mi hermana—con todo era su voz—y en la primera noche era su misma imagen! ¡Es cosa bien rara!”—Vd. amigo

mio, replicó el cirujano, se halla, segun todas las trazas, en un acceso de delirio." Diciendo esto púsole la mano en la frente, parecia que estaba ardiendo.

Folmar, despues de exigir al cirujano la palabra de guardar secreto, medio le reveló el misterio, y le contó la historia de las dos noches anteriores. " ¡ Disparate! respondió el cirujano; todo eso es el efecto de la fiebre. El bote que Vd. vió anoche venia del hospital. Los que mueren allí durante el dia los mandamos de noche por el rio, para evitar que los vecinos vean tan triste espectáculo, y para enterrarlos en el arenal que está á una milla de aquí. Esto es todo lo que Vd. ha visto de real y verdadero, lo demas solo existe en su imaginacion. No es poca fortuna que no haya contado Vd. á nadie el caso, porque la posada hubiera adquirido tal fama que ningun viagero vendria á parar aquí en adelante. Deje Vd. que descansen en paz mi Señora D^a. Teresa Lenz, y su querida hermana de Vd. Ambas están muertas, y no volverán mas."

Folmar meneó su cabeza, y le dijo con cierta énfasis. " No soy una criatura. Jamas he creido en duendes, apariciones, ni cosas semejantes. Pero en este caso anda de por medio

algun ser superior. Juraré, arrodillado ante una imagen de Jesu Cristo, que yo estaba despierto, y en mis cinco sentidos cuando ví y oí lo que he contado á Vd. Dejen Vds. el cadaver en su sitio; este misterio se descubrirá tarde ó temprano. No hay duda, debe ser la joven Lenz ó mi hermana."

"Lo que sus ojos de Vd. y sus oídos pueden percibir, ciertamente también podrán los míos. ¿Querrá Vd. permitirme pasar esta noche en su compañía? Justamente tales aventuras son mi comida favorita. O yo convertiré á Vd., ó Vd. á mí. Si es alguno que trata de engañar ó pegar un chasco, viva Vd. tranquilo que mis pistolas lo averiguarán."

Folmar consintió, aunque no de muy buena gana, porque hubiera preferido estar solo, al menos esta noche, sin embargo la sola idea de su aproximación le hacía estremecer. Permitió al exorcista que tragara consigo espada y pistolas, pero con la condición de no hacer uso de ellas hasta la última estremidad; pues no podía tolerar la idea de que se persiguiese con armas mortíferas la sombra de su Mariana, ni la de aquella desgraciada esposa por quien tanto interés tomaba.

En seguida el cirujano llevó á Folmar á comer

á casa de unos amigos, donde el hermoso joven militar fue muy bien recibido. La palidez de su semblante, y el ardiente entusiasmo de sus miradas y ademanes, atrajeron la atención general, y le grangearon la simpatía de todas las que se hallaban en la mesa. Parecía haber olvidado las dos terribles noches anteriores, y aun se esforzaba por borrarlas de su memoria. Empezó á estar alegre, bebió bien, aunque no inmoderadamente; el cirujano le observaba y alegrábase de verle beber, confiado en que el vino le curaría su abatimiento.

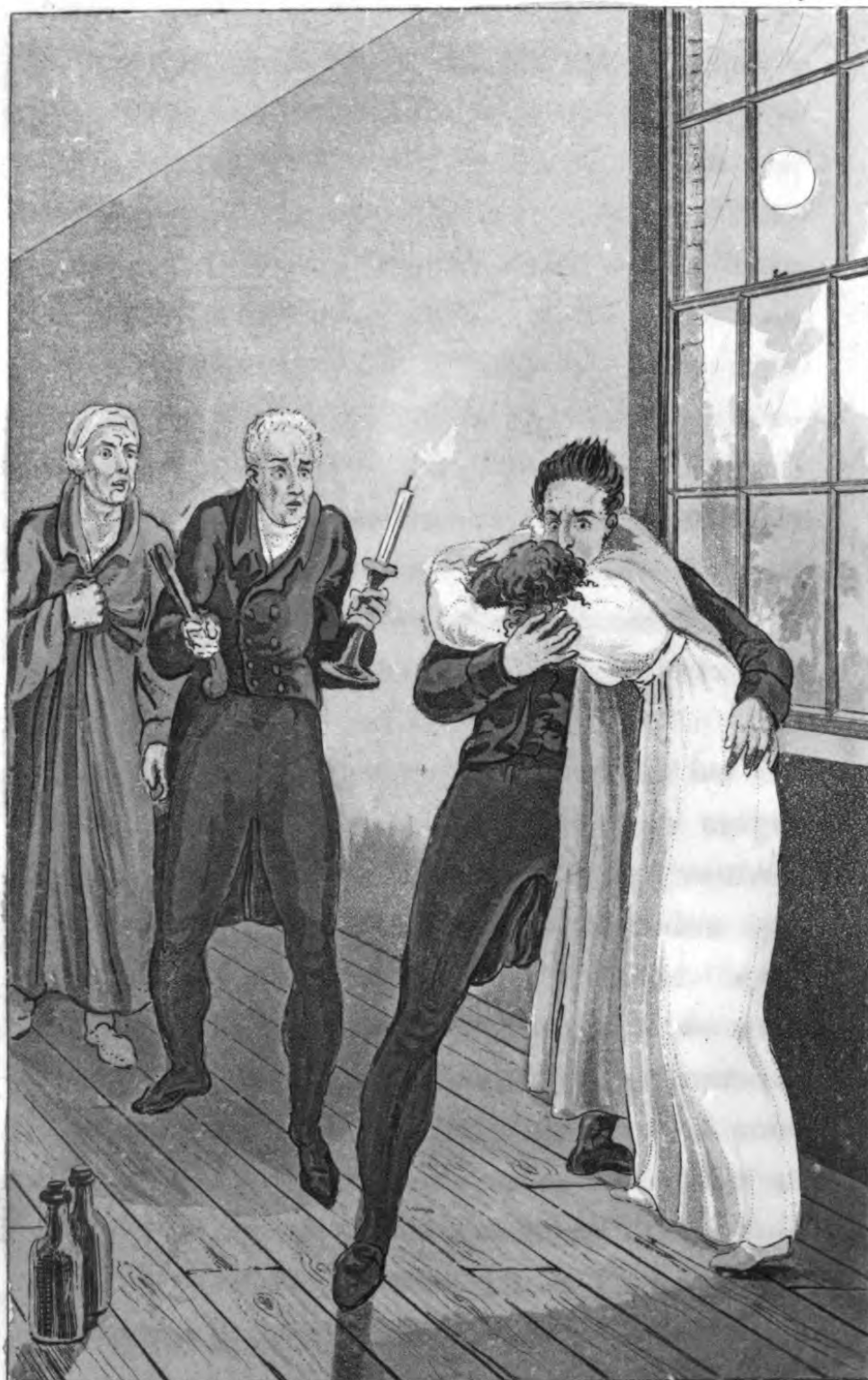
Llegó la noche. Dieron las diez. Folmar hizo una seña al cirujano, y se despidieron de las gentes de la casa y demás convidados. En la mirada que acompañó á la seña habia un no sé qué tan extraordinario, que el cirujano empezó á sentir cierta inquietud, que en vano trató de disipar. Cuanto mas se esforzaba por lograrlo, tanto mas crecía, y á haber hallado un pretesto plausible y decoroso se hubiera ido á su propia casa, y aunque ambos entraron en ella, fue para coger la espada y las pistolas.

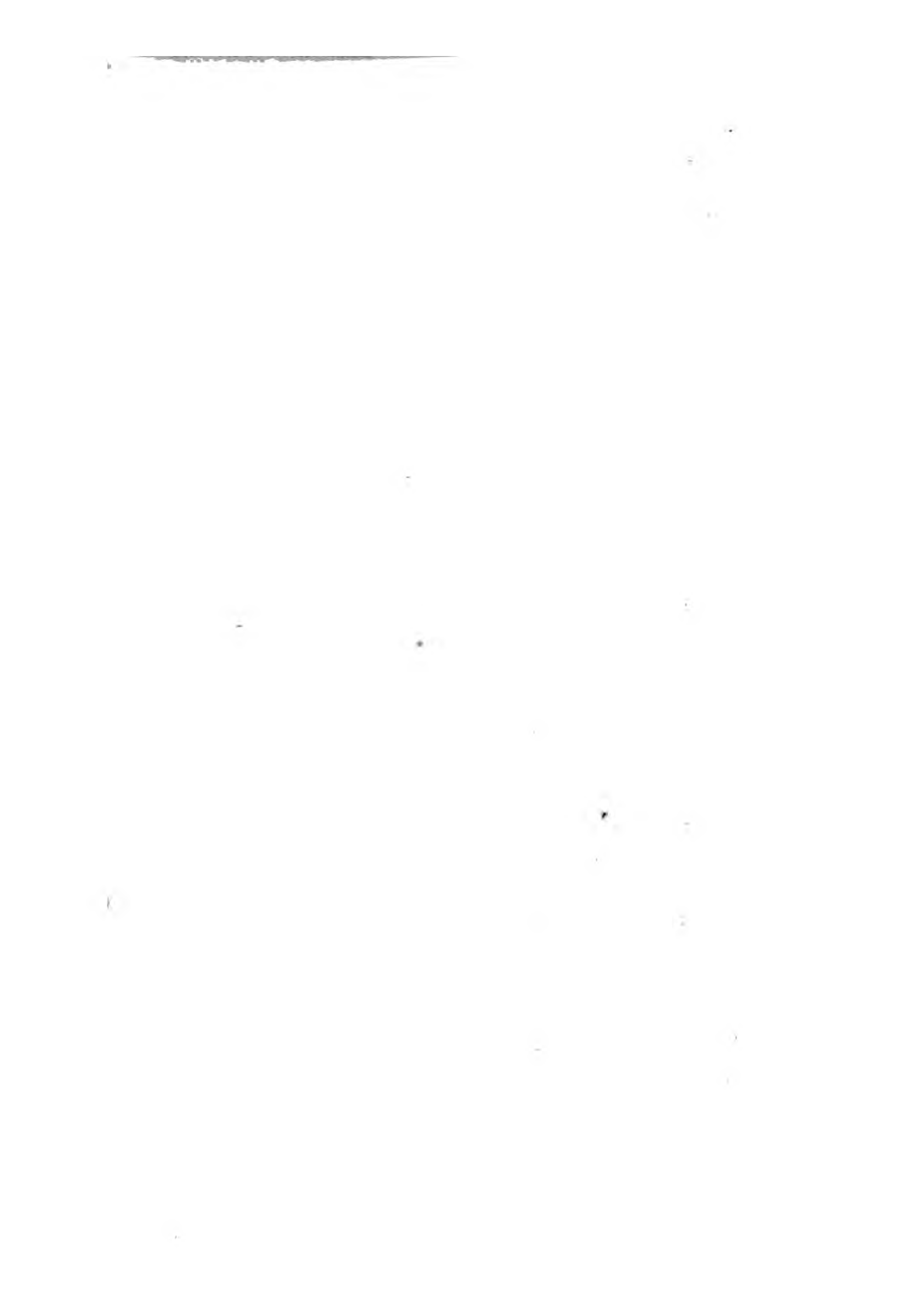
Folmar observó que la mano de su amigo temblaba al cargarlas; circunstancia que contribuyó bastante á desanimarle. Ambos guar-

daban el mayor silencio, y así se encaminaron á la posada. Folmar pidió una luz, y subieron al cuarto aduendado. El cirujano trataba de echarla de valiente, pero era menester ser muy torpe para no descubrir en el movimiento de sus labios cierta agitacion, que él bautizaba de valor, y que en realidad era miedo puro. Folmar estaba tranquilo, y presumiendo que tendrían que pasar en vela algunas horas se fue á buscar un par de botellas de vino, dejando la luz al cirujano. Así que éste se vió solo, su corazon empezó á palparle fuertemente, y á fin de distraerse un poco se levantó para pasearse por el cuarto.

Entre tanto Folmar subia de vuelta las escaleras, y al llegar al rellano, vió una muger vestida de blanco, arrimada á una ventana que habia á la estremidad del corredor que conducia á su cuarto. Sobresaltose involuntariamente, mas con todo tuvo bastante serenidad para dejar muy despacito en el suelo las dos botellas de vino, y adelantarse poco á poco ácia la ventana. La luna brillaba en todo su lustre. La figura estaba de modo que él veía su perfil. Tenia las manos juntas y caidas, y la cabeza un poco reclinada. Adelantose unos









cuantos pasos mas. Era Mariana. A esta vista quedó petrificado como una estatua. La que estaba en la ventana levantó un poco ambas manos, y las puso sobre el pecho. Folmar, sin saber lo que hacia, se fue acercando algo mas, hasta que llegó á ponerse casi á su lado. La figura no se movia jamas. Miróla, y erizáronsele los cabellos—¡era Mariana!—las mismas facciones que ella—y pálida como la muerte.

“¡Mariana?” dijo él con voz muy baja, mas no tuvo respuesta. “¡Mariana, no me conoces?”—La pálida figura aérea movió silenciosamente la cabeza.—“¡Mariana, no te acuerdas de mí? ¡Soy José, tu querido José!”—“¡José! ¡*Mi querido Jose!*” gritó la figura estendiendo sus brazos.—Folmar cayó sin sentido en ellos, despidiendo un ¡ay! lastimoso. El cirujano, que estaba espiando el menor ruido con oído de tísico, salió corriendo del cuarto teniendo el candelero en su mano izquierda y una pistola en la derecha. Al ver á los dos abrazados dió un grito, “¡Dios mio! ¡Tereza Lenz!” En este momento se presentó allí mismo un hombre anciano con bata y gorro, y separando á Folmar de los brazos de la pálida don-

cella, se la llevó á un cuarto inmediato y cerró la puerta. Folmar y el cirujano pasaron la noche juntos, mas no les fue posible conciliar el sueño.

Por la mañana enviaron un recado con el mozo al desconocido anciano, suplicándole les permitiese tener con él una entrevista: la respuesta fue venir él mismo inmediatamente. Folmar pidió perdon por lo ocurrido la noche anterior, y contó toda su historia, que causó muy fuerte impresion en el desconocido. “Facilmente, dijo él entonces con voz trémula, facilmente puedo esplicar este misterio. La desgraciada joven que ha visto Vd. por tres noches consecutivas, no era su hermana de Vd., ni tampoco Teresa Lenz: era mi hija. Está un poco tocada de la cabeza. Ahora vengo de L***; es mi única hija. La fortuna me favoreció en otro tiempo en todas mis especulaciones mercantiles, en términos que todos me tenian por el hombre mas rico del pueblo, y yo me consideraba por el mas feliz por ser padre de tan excelente hija. Mariana estaba prometida en casamiento al hijo de un hacendado vecino nuestro: amaba tiernamente á su José. Desgraciadamente se declaró la guerra. Los Franceses

quemaron nuestro pueblo despues de haber cometido toda suerte de escesos y horrores, por ser imposible pagar la contribucion que exigian. Informado José de la peligrosa situacion del pueblo, vino con heroica resolucion á librarnos del enemigo al frente de una tropa de paisanos, que habia reunido, y consiguió forzar la puerta. El enemigo estaba apostado en la calle; el combate empezó cerca de mi casa. Mariana, fuera de sí, bajó las escaleras, abrió la puerta de la calle, que se habia atrancado poco antes, y en aquel mismo instante José herido de una bala cayó del caballo á los pies de mi hija. Su sangre humeante la salpicó de arriba abajo. Desde aquel momento horroroso sus facultades intelectuales han sufrido un trastorno digno de lástima.— Los paisanos, mandados por José, fueron vencidos, y el pueblo sufrió todos los horrores de la guerra. Voluntariamente hubiera dado yo cuanto poseia por que sanara mi hija. Si la he traído aquí es con ese objeto, y para consultar al doctor S***, que tiene mucha fama por las curas prodigiosas que ha hecho en esta clase de enfermedades. Ha visitado á mi hija, y me ha dado algunas esperanzas.”

Folmar le suplicó que le permitiese ver á

Mariana, y su padre no tuvo dificultad en concedérselo, por cuanto el doctor S, le habia recomendado que fuese acostumbrando poco á poco á la enferma á tratar con gentes, particularmente del otro sexo. Los tres fueron á verla; Folmar quedó sorprendido al observar lo mucho que se parecia á su hermana, y el cirujano se figuraba ver en ella á Teresa Lenz. Mariana no se acordaba de lo sucedido en las tres noches anteriores: nunca abría sus labios. Saludó á Folmar y al cirujano así que entraron, sentose en una silla cerca de la ventana, y clavó los ojos en el suelo. Solamente una vez los levantó para mirar despacio á Folmar, que se abstuvo de preguntarla nada. Su padre se alegró al ver la delicada atencion de Mariana, y el genio social de Folmar; con cuyo motivo le rogó que fuese amenudo á visitarle, y distraerle en su soledad.

Cuando Folmar volvió á su cuarto, empezó á discurrir como pudo entrar en él la hermosa vecina la primera noche, supuesto encontró cerrada la puerta por la mañana. Examinó la cerradura, que era muy vieja, y sin duda al tiempo de salir corriendo Mariana la empujó con violencia, y esta fue la causa de correrse el pestillo,

y de producir la corriente de aire que sintió en aquel momento.

Al día siguiente fue á visitar al padre y le halló mas animado, porque el doctor que acababa de estar allí salió muy contento del estado de Mariana. El viejo contó la aventura de Folmar al médico, y éste le recomendó que notase el efecto que causaria el nombre de José delante de su hija. Folmar, á quien comunicó en secreto su intencion, trajo consigo un precioso ramillete. Mariana no quiso tocarle, sacudió la cabeza sin mirar á Folmar, y fue á sentarse cerca de la ventana. Folmar dejó las flores debajo del espejo.

“¿Donde ha cogido Vd. esas hermosas flores, José?” preguntó el padre. Al decir “José,” Mariana dirigió la vista á Folmar, una lágrima asomó á sus negros ojos; levantose, cogió el ramillete, y volviéndoles la espalda llevó las flores á sus labios. Todos guardaron silencio, el padre alzó los ojos al cielo como para dar gracias, pues esta era la primera señal que Mariana habia dado de volver á recobrar el juicio.

Folmar hubiera pasado todo el día alegremente al lado de la enferma, cuya belleza le tenia enamorado. Complaciase en contemplar

por algunos minutos su amable rostro, y á no cubrirlo una mortal palidez, á no fijar sus divinos ojos tan intensamente sobre un objeto sin la idea de examinarlo, criatura mas seductora no era posible hallarse en la tierra.

Folmar continuó sus visitas sin interrupcion de un solo dia. Llegó á saber por el padre de Mariana, que era muy aficionada á la música, y sin descubrir su intencion alquiló un piano que fue llevado al cuarto de la enferma. Como era excelente músico, sentose, y tocó ligeramente algunas teclas. Parose de repente. Un dulce suspiro despedido por Mariana llenó la pausa. Folmar inmediatamente tocó un tierno adagio, cuya dulce armonia empezó á enternecer el corazon de Mariana: no tardaron mucho en correr las lágrimas por sus pálidas megillas. Folmar dejó el taburete; Mariana fue á ocuparlo sin proferir una palabra, y con no poco asombro de su padre y del amante, egecutó primorosamente un adagio de Paer. Así que acabó, una fugaz sonrisa resplandeció en su semblante, y volvió á su silla.

Una tarde Folmar encontró sola á Mariana. Su padre no pudo escusarse de asistir aquel dia á un convite, y la muger que cuidaba á la enfer-

ma se fue á hacer varios recados. Folmar empezó á jugar y chancearse con ella, hasta que dejándose arrebatar del amor, pasó su brazo por encima del hermoso cuello de Mariana, é imprimió un ardiente beso en sus labios. Un delicado rubor vino por la primera vez á disipar momentaneamente la palidez de sus mejillas; su modo de mirar adquirió cierta blanda languidez. Dejose caer en los robustos brazos de Folmar, y ocultó su encendido rostro en el seno palpitante del joven. Figurábase despertar de un largo sueño. Sin saber lo que Folmar habia hecho, empezó á llorar, y llamarle su amigo, su libertador.

Desde este momento su modo de hablar anunció que habia recobrado enteramente el uso de sus facultades mentales. Olvidó cuanto la habia ocurrido en su vida, enfin estaba como si acabara de venir al mundo. Su penetracion, su confianza pueril, su delicada sensibilidad, la hacian amable en extremo.

Al volver su padre, quedó asombrado del milagro, y á no haber sido por una seña oportuna de Folmar hubiera manifestado su sorpresa á Mariana. Como estaban solos, Folmar aprovechó la ocasion para pedir la mano de aquella

criatura angelical. Mariana concibió una fuerte pasión por el joven militar; el tiempo sirvió para aumentar el amor de entrambos. El padre vendió los bienes que tenía en su pueblo, compró una buena hacienda en la ciudad en que se hallaban entonces; y habiendo pasado el tiempo convenido bendijo su unión. Hoy viven felices rodeados de numerosos, bellos y amables hijos.

EL DIABLO Y EL GRANADERO PRUSIANO.

EN 1742, durante la primera guerra de Silesia, el coronel de la Motte Fouqué, despues general prusiano, recibió orden del general en gefe Schwerin para ir á ocupar con su batallon de granaderos el pueblo de Kremsir, en Moravia. Su primera precaucion al apoderarse de la plaza fue poner una centinela en la muralla cerca de la casa de un sacerdote católico. Esta parte del pueblo gozaba muy mala reputacion; y ademas se creia que el diablo solia aparecerse por allí frecuentemente. El soldado prusiano que se puso de centinela en la primera noche, fue testigo ocular de este hecho; pues tan pronto como llegó la hora de las apariciones, hete aquí que el Principe de las Tinieblas se presenta vestido de negro, con cuernos, garras, cola descomunal, y armado de una guadaña.

El granadero, que hacía la centinela, era un veterano de aquellos que nunca conocieron el miedo sino por el nombre, y aun deseó mas de una vez encontrarse con su Magestad Infernal. En vez de intimidarse, y abandonar su puesto, esperó con mucha calma que se acercase el Etiope, que no hacia caso del “¿ Quien vive?” Continuó adelantándose, y cuando llegó á estar á seis pasos de distancia, presentando la temible guadaña, amenazó al soldado con la muerte si no se retiraba.

Sabedor de su obligacion el Prusiano se mantuvo firme, y con mucha sangre fria, paró con la bayoneta el golpe de la guadaña, y arrojándose á Satanás le cogió por el cuello. Túvole firmemente con brazo vigoroso, sin dársele nada de los gemidos del demonio. Al ruido acudieron sus camaradas, y asegurando al espectro cornudo me lo llevaron al cuerpo de guardia, donde lo tuvieron hasta el dia siguiente, en que escoltado por una turba magna del pueblo fue conducido con sus vestiduras infernales á la guardia del principal.

Viendose su Magestad Diabólica sujeta á sufrir un riguroso examen militar tuvo la con-

descendencia de responder humildemente á cuantas preguntas, quisieron hacerle. El diablo, sin saber por qué, tomó la figura del sacerdote católico que vivia en frente de donde estaba la centinela, y este chasco de Satanás le atrajo el odio de todos sus compañeros, que sabedores de la suerte que le aguardaba por las leyes de la guerra, y á fin de evitar el escándalo que iba á resultar, suplicaron con la mayor humildad que le perdonasen la vida, y que ellos pagarian la multa que se les impusiese.

No dejó perder el Coronel Fouqué una ocasion tan buena á favor de sus granaderos, que como todos los soldados prusianos de entonces, llevaban botines blancos, los cuales despues de una larga campaña estaban inservibles. Mandó que se hiciera un presupuesto del coste de botines negros para todo su batallon. La suma total ascendia á unos cien ducados, cuya cantidad pagó alegremente el clero del pueblo para expiar la locura de su colega.

El que tuvo el antojo de hacer el papel de Belzebú fue mandado á un convento, en penitencia de su necia indiscrecion; y los granaderos tuvieron botines negros, que les sirvieron

muchísimo en sus marchas. Solían decir chistosamente, que el Diablo de Kremsir les regaló el nuevo calzado; y el Rey mismo estuvo tan contento con la innovacion del Coronel Fouqué, que mandó se hicieran botines negros para todo el ejército, en lugar de los blancos que se daba hasta entonces á los soldados.

EL PELIGRO DE CHANCEARSE CON LOS MUERTOS.

HARÁ cosa de cien años que empezó á tenerse por muy necio y peligroso el creer en duendes y apariciones sobrenaturales. Por el mismo tiempo unos jovenes estudiantes, que seguian sus estudios en Viena y vivian juntos como buenos amigos, tuvieron la idea de libertarse de las preocupaciones, vulgaridades y nociones supersticiosas adquiridas por medio de la educacion que habian recibido. Pronto echaron de ver que no era tan facil como se lo persuadieron, y que para conseguirlo se debia ir despacio. Sin embargo, uno de entre ellos llamado José Bernhardi, que pasaba por valenton y hablaba mas recio que los demas, sostenia que mucho antes de haber cumplido sus veinte y dos años, ya habia sacudido el yugo de la peor de todas las preocupaciones, á saber, el miedo á las apariciones de las almas del otro mundo.

“ Sí, dijo un compañero suyo, sé tan bien como tú que los diablos y espectros no tienen poder para hacernos daño; estoy tan firmemente convencido como puedes estarlo tú, que Dios es demasiado bueno, para entregarnos al capricho de los espíritus malos; mas con todo, no puedo acabar de sacudir la terrible impresion que ha hecho en mi alma la tonta de mi nodriza con cuentos y majaderias de esta clase. Y aunque no creo en el duende, ni en el hombre negro con cola y patas de cabra, con que solía amenazarme para que estuviese quieto, mientras ella se reia de tales disparates; siento una cosa que me desazona, y tiene cierta conexion inexplicable con la noche, con las tinieblas y espíritus invisibles, que á pesar de todo género de argumentos, y del convencimiento pleno de la razon, no puedo dominarme cuando llega el caso de poner en práctica lo que la sana razon me dicta. Por egemplo, no puedo pasar de noche por delante del carnerario de nuestro cementerio con la misma serenidad que si fuese de dia; un horror involuntario se apodera de mí, y siempre apresuro el paso, bien que por otra parte esté satisfecho del todo, de que los muertos reposan tranquilamente en sus sepul-

eros, y que aquellos á quienes pertenecieron en otro tiempo los huesos del carnerario, no tienen poder de dañarnos.”

Casi reventó de risa Bernhardi al oír esta ingénua y franca confesion, y por largo espacio tuvo campo en que egercitar su humor mordaz á espensas de su amigo. “ Por lo que á mí hace, añadió con mucha jactancia apuesto á que voy esta noche á la bóveda inmediata al carnerario, y doy un sopapo al cadaver que se depositó allí antes de ayer, sin que todo esto me espante nada.”

Incomodados sus amigos con esta baladronada le cogieron la palabra. “ En cuanto al sopapo, dijeron luego, te escusamos que se lo des al pobre muerto; pero esta noche entre doce y una veremos si eres capaz de cumplir lo que dices, de lo contrario te tendremos por el mayor fanfarron que come pan.”

Bernhardi se picó de que sus compañeros dudasen de su valor, y declaró que estaba pronto á hacer la prueba. Uno de ellos conocia la familia á quien pertenecia la bóveda, y pudo lograr la llave. Juntáronse por la tarde en casa de Bernhardi, y esperaron con impaciencia que fuera medianoche. Al fin oyeron

las doce; y entregaron al resuelto Bernhardi la llave de la bóveda con un tenedor de hierro, que habia de clavar en el ataúd del muerto á quien propuso dar un sopapo, para probar que verdaderamente habia estado en el subterráneo.

Los estudiantes estaban de manteos, y Bernhardi sin quitárselos se fué a su expedicion sepulcral. Se les figuró á sus amigos que al darle la llave se le mudó el color; pero no obstante él los dejó al parecer muy animado, y así fue que no desmereció nada en la opinion de ellos. Estaban bien convencidos que nada tenia que temer en el subterráneo de parte de los muertos, y sin embargo no podian menos de estremecerse al considerarse en su lugar con el tenedor en la mano al lado del féretro.

Bernhardi se detuvo mas tiempo del que calculaban sus compañeros era necesario para cumplir su palabra. Segun ellos era asunto á lo sumo de un cuarto de hora, y ya habia dado la una sin que él estuviese de vuelta. Su ausencia principió á inquietarles, y á recelar que le hubiese sucedido alguna cosa, por cuya razon resolvieron, *némine discrepante* ir en cuerpo con una linterna al subterráneo en busca de su amigo. Al tiempo de salir creyeron que

le hallarian en el camino, pero se equivocaron. El lector podrá figurarse cual sería el espanto de ellos al encontrarle tendido en el suelo delante de la puerta abierta de la bóveda y al parecer muerto. Levántaronle inmediatamente, le hablaron, pero no respondió nada. Pusieronle la linterna delante de los ojos, y los tenía cerrados; estaba pálido como la muerte, la boca enteramente abierta, todo hacia creer que pertenecía mas á los que habitaban aquellos tristes lugares, que no al valle de los vivientes. Sin embargo de esto sus amigos no perdieron tiempo en ver si conseguían reanimarle.

En primer lugar le aflojaron sus vestidos, que impedían la libre circulación de la sangre. El mas robusto de ellos cargó con él y lo llevó acuestas á su casa, en tanto que otros iban á llamar á un médico, y los demás á preparar las cosas necesarias para la mejoría de su amigo. No malograron un instante en estériles lamentos, ni frívolas conjeturas, porque sabían que la pérdida de un cuarto de hora podía ser muy funesta.

Así que llegaron á su alojamiento le desnudaron y metieron en la cama, recostado sobre el lado derecho, para que el impulso de la

sangre ácia la region del corazon no se aumentase; rociábanle amenudo la cara con agua fria, y aplicábanle á la nariz álcali volatil, á falta de lo cual se puede emplear el vinagre mas fuerte. Despues de mil esfuerzos y tentativas empezó á dar algunas señales de vida. El médico, ayudado de los jóvenes, redobló su atencion, y al fin todos tuvieron el indecible gusto de volver á la vida al medió muerto Bernhardi.

El gozo que sintieron al verle vuelto en sí no fue del todo completo; porque aunque en un principio creyeron que no podia hablar por suma debilidad, desgraciadamente el tiempo hizo ver, que nunca pudo recobrar completamente el uso de la palabra. La violencia del susto paralizó su lengua en términos que en muchos dias no pudo articular una palabra de modo que se le entendiese. Cuando despues de una semana se le preguntó que es lo que le aconteció en el subterráneo en aquella desgraciada noche, se estremeció, pidió que le llevasen á la cama recado de escribir, y contestó á la pregunta de sus amigos del modo siguiente.

“ He sido bien severamente castigado por mi jactancia y presuncion. Llegué hasta el ataud sin ver nada que se pareciese á un espectro, ó

alma del otro mundo ; pero así que con trémula mano clavé el tenedor en la caja, y empezaba á retirarme precipitadamente, sentí que alguno me tiraba del manteo. Me esforcé por desembarazarme, pero caí sin sentido en el suelo, y no sé lo que despues me sucedió.”

Admiráronse al leer estas lineas los amigos de Bernhardi: no se atrevian á dudar de la verdad del caso, pero al mismo tiempo se presentaban muchas objeciones en contra. ¿ Como podia una alma del otro mundo sujetar á una persona por el manteo ? — ¿ Como tenia un espíritu manos para agarrar un objeto material ? Devanáronse los sesos por mucho tiempo para conciliar la relacion de la aventura de su amigo con la voz de la sana razon. Al fin resolvieron ir á registrar la bóveda, esperando hallar algunas trazas del supuesto aparecido.

Sin comunicar su intencion á Bernhardi, sus amigos se dirigieron á las doce de la noche siguiente á la bóveda subterránea, tomando antes la precaucion de armarse, porque la experiencia les habia enseñado que las armas dan mas valor en lances de semejante naturaleza. Proveiéronse tambien de linternas ; pues el mismo espectro que aterró á Bernhardi en las

tinieblas, podría ser una bagatela con mucha claridad.

De este modo entraron en el subterráneo, registraron todos los rincones, miraron todos los ataúdes, y nada de lo que buscaban hallaron. Uno de ellos vió al fin el tenedor que su desgraciado amigo clavó unas cuantas noches antes. Estaba bien clavado y tenia un pedacito de bayeta. “ ¡ Gracias á Dios! dijo él, ya está descubierto el espectro! Venid aquí, y vereis el tenedor con un pedacito de bayeta del manteo de Bernhardi. El pobre diablo en su precipitacion, se prendió el manteo con el tenedor en el ataúd, y como no tuvo toda la serenidad y sangre fria de que se jactaba se figuró que le agarraba un muerto.”

Satisfechos en extremo con tal descubrimiento salieron de la temible morada de la muerte, y á la mañana siguiente fueron á comunicar á su amigo la solucion del misterio. Lo primero que hizo fue coger el manteo, y vió que no tan solamente tenia un agujero sino que el pedacito de bayeta que trageron sus amigos venia exactamente en aquella parte. Alegrose Bernhardi infinito que una prueba tan incontestable le sacara del error en que vivia; mas á pesar de

esto jamas pudo recobrar perfectamente el uso de la palabra.

Supongamos ahora que los amigos de Bernhardi hubieran tenido menos resolucion de la que se requería para investigar friamente la naturaleza del espectro imaginario, esto es, de la causa natural del susto que se apoderó de él; ¿cuales hubieran sido las resultas de este suceso? — La circunstancia ciertamente hubiera parecido inesplicable, y se habria atribuido á alguna cosa sobrenatural: y de generacion en generacion hubiera ido contándose con espanto y horror. O suponiendo que Bernhardi no hubiese clavado bien el tenedor, y que al retirarse lo hubiera arrancado con la fuerza que hiciera sin rasgar el manteo, ¿que hilo quedaba para descubrir el ovillo del hecho verdadero?

En tal caso sus compañeros probablemente hubieran hallado el tenedor en tierra sin poder concebir como fue á parar allí, pues su amigo aseguraba que lo habia clavado en el ataud, y entonces no habria habido el pedacito de bayeta para explicar el misterio. Aun cuando hubieran tratado de persuadir á Bernhardi, que no siempre se pueden descubrir las causas naturales atribuidas vulgarmente á agentes sobrenaturales,

no habria bastado á satisfacerle, y en tanto que hubiese vivido, hubiera creido á no dudarle que algun espectro, ó espíritu malo le habia agarrado y privado del poder de hablar en castigo de su presuncion.

Y en verdad un espíritu malo fue el autor de su desgracia, á saber, el espíritu de supersticion y preocupacion introducido en su imaginacion por medio de cuentos perniciosos de gentes necias. Despues confesó por escrito á sus amigos, que marchó al subterráneo sin nada de miedo, pero que conforme iba entrando por él sentía cierto horror, que le convenció demasiado tarde, que aun no habia sacudido el miedo pueril de su niñez.

“ ¡Felices, añadió cayendósele una lágrima sobre el papel, felices aquellos cuyas madres y nodrizas tienen bastante juicio para evitar cuanto pueda contribuir á que la tierna imaginacion de la criatura no reciba las semillas de este temor supersticioso, que ni la edad, ni la esperiencia, ni los argumentos mas poderosos de la razon podrán arrancar del todo en lo sucesivo !”

EL DUENDE DE LA POSADA DE MEQUINENZA.

PASCUAL, así se llamaba el mesonero de Mequinenza, pueblo situado en la confluencia del Ebro y el Segre; Pascual llegó á hacerse rico, cargando la mano, como tienen estos tales de costumbre, á los cansados viajeros que iban á su casa. Despues de muchos años se vió casi de repente abandonada su posada, porque las gentes ó pasaban de largo sin descansar en el pueblo, ó preferian ir á otro meson no tan bueno. Como tenia interés en averiguar la causa de tan súbita mudanza, no pasó mucho tiempo sin lograrlo. Era el caso que en el meson andaban duendes de noche; y á la verdad ¿á que viajero, cansado de su jornada, y mas si la habia hecho montado en una trotona mula de alquiler, podia gustar que viniese á interrumpir su sueño un tremebundo espectro?

Bonifacio, pariente lejano del mesonero, que miraba con ojos alegres á la hermosa Juana, hija única de Pascual, hacia años que frecuentaba la casa, unas veces á pretesto de visitar á los que él llamaba parientes, otras al pasar por allí para ir á Caspe; mas lo cierto es que los hechiceros ojos de la muchacha le traian al retortero. Siempre solia dormir en el mismo cuarto, en el piso mas alto de la casa. Su pariente, fastidiado con las visitas del duende, le dió el encargo de descubrirlo si podia. La comision no era muy agradable, pero como deseaba estrechar mucho mas los lazos del parentesco prometió que lo haria; porque tambien habia oido decir que el prometer no cuesta nada.

Una noche, cuando todos estaban entregados al mas profundo sueño, cátese que se le antoja al duende venir á despertar á Bonifacio. Justamente estaba soñando en duendes en aquel momento, y como así que despertó y se frotó los ojos, vió un espectro, saltó todo sobresaltado de la cama, y sin reparar que iba en camisa, con no poco riesgo de romperse mil veces la cabeza, bajó de tres en tres las escaleras, y fue á llamar á Pascual. No tuvo éste poco trabajo en hacer que el pariente le contara la causa

de su pavora. Habiéndose pues santiguado tres veces, y mirado á todos lados otras tantas, dijo al mesonero lo que sigue.

“ Despues de registrar mi cuarto y cerrar bien la puerta me metí en la cama. Me quedé dormido, y me acuerdo que estaba soñando en duendes, cuando despertándome de repente, observo, que una figura tan pálida y descarnada como la muerte, abre la puerta. En una mano traia un manojo de llaves, en la otra un candil cuya luz estaba medio muerta. Entró con graves pasos en el cuarto, anduvo de arriba abajo algun tiempo, y colgando en seguida el candil, le da la gana al grandísimo demonio de meterse en mi cama. He querido gritar, pero el miedo me ha atolondrado de modo, que solamente Dios sabe como he podido salir de la cama sin que me agarrara el horrendo espectro.”

Todo asustado Pascual despertó á la familia, y despues de deliberar, con mucha gravedad y mas miedo, el pro y contra del caso, resolvieron ir bien armados á coger al duende. La puerta del cuarto estaba cerrada: Bonifacio se acordaba de haberla entornado, para que el duende no pudiera alcanzarle tan facilmente en caso de per-

seguirle. Abriose la puerta con algun trabajo ; todos tenian miedo de entrar, pero como el cuarto no era grande, luego vieron que el espectro habia desaparecido. Sin embargo de esto, Bonifacio no se atrevió á tomar posesion nuevamente de la cama aquella noche ; y por la mañana se marchó á Fraga, que era su pueblo.

No sabia Pascual que inferir del lance ocurrido á su pariente ; conocia demasiado bien su genio para creer que fuese un engaño ; por otra parte no tenia fama de cobarde, y por lo tanto no se atrevia á poner en duda la veracidad de su relacion. Al mismo tiempo estaba dado á Barrabás al pensar que al espectro se le antojaria venir otras noches, en consecuencia de lo cual su casa adquiriria muy mala fama, y él se arruinaria. A pesar pues del miedo que tenia á los duendes, la voz del interés le decia, que cabia algun engaño, y dejándose llevar de esta idea trató de averiguar á toda costa lo que pasaba. Con este designio, y acompañado de Pedro, que era el criado en quien tenia mas confianza, entró bien armado la noche siguiente en el cuarto aduendado. El sitio mas peligroso, y honorífico, cerca de la puerta, se lo confió á Perico, en tanto que él se repantigó en una pol-

trona que estaba en el ángulo mas distante del cuarto. El farol de la casa se puso con una pequeña vela encima de la mesa.

Mucho tiempo estuvieron esperando que viniese el espectro á visitarlos, y aunque Pascual hacia lo posible para no dormirse, al fin Morféo, sin respeto al miedo que le aconsejaba se mantuviese vigilante, con irresistible mano cerró sus párpados, y empezó á dar cabezadas, y á responder á medias á las preguntas de Perico. Entre tanto éste creyó que alguno subia las escaleras muy despacito, y fue á avisar á su amo para que se preparase al combate. El mesonero roncaba de lo lindo; mas Perico pensó que aquellos no eran momentos de dormir, y le despertó de un modo bastante brusco. Ambos desenvainaron sus machetes, y se pusieron en guardia detrás de la silla poltrona. El duende llegó á la puerta con el manojó de llaves, que sonaban como cadenas. Abriose la puerta, y se presentó un espectro igual á un cadaver ambulante. Una especie de sábana le cubria de pies á cabeza, dió dos vueltas por el cuarto, y despidiendo un profundo suspiro se metió en la cama.

Pascual, que se figuró pasado el peligro,

cogió el farol y echó á correr tan apriesa por las escaleras abajo, que no solamente dejó las armas en el campo incruento de batalla, sino que en su presurosa fuga fué rodando el farol con tal fuerza que se hizo cincuenta mil pedazos.

Perico, así que se apareció el espectro, se tapó los ojos, empezó á encomendarse á todos los santos del cielo, y vencido del susto cayó por tierra detras de la silla. No vió nada, ni quiso ver, oyó muy poco de lo que pasaba, y esperó su suerte con admirable resignacion. El estallido del farol hecho pedazos sirvió para aumentar su espanto.

Pascual se metió en su cuarto, echó la llave, y se escondió sin desnudarse en la cama, envuelto entre las mantas, y figurándose á cualquiera ruidito que oía, que era el duende, ó el diablo que venia á llevarle á los infiernos por lo mucho que habia robado. Así que se hizo de día, llamó á los criados, preguntó donde estaba Perico, pero nadie le habia visto, ni oído nada de él desde la noche anterior.

Como la luz del día disipa los temores y vuelve el valor á los miedosos, el tío Pascual se creyó con fuerzas para ir, acompañado de sus criados á buscar al perdido en el sitio en que le

habia dejado. Perico, probablemente rendido del terror, se quedó dormido, y así fue como le encontraron detras de la silla de brazos. Alegrese su amo de verle allí, porque hubiera creído por menos de un ochavo que se lo habia llevado el espectro.

Al momento corrió por todo el pueblo la noticia de lo que acababa de suceder en la posada. Los mas se reian á carcajada tendida, y decian que el tio Pascual era un supersticioso, un estúpido, un gallina, un marica. Aquel mismo dia ya se lo digeron todo esto cara á cara, y fué tanto lo que se incomodó que inmediatamente se dirigió á casa del alcalde, y habiendo hecho llamar al escribano declaró bajo juramento todo lo que le habia pasado, suplicando al mismo tiempo que se sirviese tomar las medidas convenientes para averiguar la realidad de la aparicion y de su aventura sobrenatural; pues nadie mejor que el señor alcalde podia restaurarle el honor perdido entre los incrédulos vecinos.

El alcalde accedió á su propuesta, y pidió al Gobernador un sargento y cuatro soldados para que pasasen la noche en la posada. Sea que el duende temiese á los militares, ó que hubiese

decampado, lo cierto es, que no le dió la gana de presentarse á los que le esperaban para ajustarle las peras á cuatro. El sargento y los soldados continuaron haciendo la guardia en el cuarto aduendado, pero el duende no quiso dejarse ver.

Pascual estaba incomodado, no tan solo por el vino y reales que gastó en regalar á los militares, sino tambien porque llegó á ser el hazme reir del pueblo.

Pasado algun tiempo volvió otra vez Bonifacio, con un amigo suyo. Contáronle que el duende que tanto le asustó una noche, espantó igualmente al tio Pascual y á Perico. Esto le bastó para no ir á dormir mas á la misma casa, bien que las súplicas de su querida Juana le hicieron mudar de resolucion, y se atrevió á albergarse bajo el mismo techo que ella, con la condicion de que no le dieran el cuarto aduendado.

Su amigo y compañero de viage pensaba de muy diverso modo, pues lo que mas deseaba era tener una entrevista con un duende, y pidió que le preparasen el mismo cuarto que tanto miedo causaba á todos. Una propuesta semejante ensanchó el alma del mesonero, viendo

que habia una persona que queria, segun decia él, vengar el honor de su casa.

El amigo de Bonifacio tomó sus precauciones con mucha sangre fría. Cargó bien las pistolas, cogió un par de velas, ademas de una lamparilla, se metió en la cama muy tranquilo, durmió á pierna suelta, y se despertó por la mañana sin haber oido, ni visto ningun duende. Su amigo empezó á creer que habia sido un sueño lo que le sucedió la otra vez que estuvo, y deseoso tambien de que Juana no le tuviera por cobarde, quiso acompañarle la noche siguiente.

Persuadido Bonifacio por su amigo de que sus intenciones eran buenas, se animó lo bastante para ir con él á la hora de acostarse al temible cuarto. Todos los de la casa se habian ido á la cama, nada turbaba el silencio de la medianoche. De repente se sintieron pasos de alguno que subia las escaleras, y que se iba acercando cada vez mas al cuarto. El mismo pálido espectro, vestido de blanco, que aterró en otro tiempo á Bonifacio, volvió á aparecerse ahora. El querido de Juana, sin acordarse de las pistolas que estaban junto á él, tomó las de Villadiego, dejando que su amigo se arreglase como pudiese con el duende.

Su compañero de viage, aunque algo sorprendido, observó con cuidado á la vision, que se aproximó á él, y no pudo dejar de estremecerse al ver que se preparaba á entrar en su cama. Saltó corriendo de ella, y en su primer sorpresa abandonó como Bonifacio el campo de batalla: mas principiando á reflexionar un poco, se armó de valor, cogió una pistola, y un candelero, se retiró un poco, y estuvo quieto deseando ver en que paraba todo aquello.

El duende no hacia mucho caso de su armado antagonista, que cada vez mas osado le examinaba con ojos codiciosos. La fantasma parecia ser del sexo femenino, á juzgar del pecho que no lo tenia muy cubierto. Aproximose un poco mas á la cama, y vió que estaba muy tranquilamente, lo cual le permitió hacerse cargo de sus facciones. Su terror fue desapareciendo poco á poco. ¡Cielos! ¡que sorpresa tan agradable debió ser la suya al reconocer en la figura dormida la hermosa Juana! Por no incomodar á la muchacha, ne se atrevió, aunque tuvo una tentacion muy grande, á darla un par de besos, saliose muy despacito del cuarto y fué á llamar á su padre y amigo.

Ninguno de ellos trataba de apresurarse mu-

cho, pero el modo alegre con que contó lo que pasaba, movió á Pascual y á Bonifacio á acompañar á su amigo, bien que dejándole ir á la vanguardia por lo que pudiera suceder. Después de algunos ademanes que demostraban su miedo, entraron en el cuarto, y quedaron asombrados al ver dormida en la cama á Juana.

Pascual no sabía que su hija fuese somnambula, y dejándose llevar de su cólera iba á vengarse de los malos ratos que le habia dado, á no haberle contenido el viagero, y esplicado en voz baja y lo mejor que pudo lo que era el somnambulismo. A poco tiempo se levantó Juana, con los ojos cerrados, cogió el candil, hiciéronla lugar para que pasara y se salió del cuarto. Siguiéronla con el mayor silencio, para observar mejor lo que hacia, y afin de evitarla el bochorno, y mal rato que hubiera pasado al verse de tal manera.

La somnámbula bajó las escaleras sin tropezar en ninguna parte y se metió en su cuarto. Todos se retiraron á descansar, y Bonifacio volvió á ocupar el sitio en que estuvo su querida, con pensamientos muy diversos de aquellos que tenia una hora antes. De todo esto vino á deducir Bonifacio que Juana le queria mucho, y

que de aquí provenían los vivos sueños que la incomodaban por la noche. En estas y otras semejantes ideas le sorprendió el día, y con la frescura de la mañana se quedó dormido. A eso de las ocho se levantó, y después de almorzar llamó aparte al tío Pascual: confesóle su amor á Juana, y con muy pocos cumplimientos le pidió su mano. Pascual tenía muy buena opinión de Bonifacio, y vino á decirle que por su parte no tenía dificultad en concedérsela con tal que Juana quisiese. Llamola el padre, le dijo lo que se trataba, y como la muchacha no conocía las gazmoñerías de los pueblos grandes, y por otra parte siempre miró con buenos ojos á Bonifacio, allí mismo se dieron las manos. Un mes después se celebró el casamiento, y fueron á dormir al mismo cuarto en que inocentemente asustó dos veces al que tenía entonces en sus brazos.

Este cuento nos hace ver con que facilidad han podido transformarse por gentes crédulas y supersticiosas algunos casos de somnambulismo en apariciones de difuntos, ó en otros prodigios sobrenaturales.

EL OSO DE FRIEDRICHSHALL.

CUANDO en el invierno de 1718 estaba Carlos XII de Suecia sitiando la fortaleza de Friedrichshall en Noruega, viose una noche entre doce y una en la plaza, cierta cosa á manera de un oso sumamente enorme cerca del almacén de pólvora. A sus tremendos berridos y feroz aspecto las centinelas llenas de terror abandonaron sus puestos, y se metieron desalentadas en el cuerpo de guardia, declarando que el diablo en figura de oso acababa de aparecerse en aquel sitio.

El gobernador, que no creía en diablos, mandó poner presos á los soldados, y destacó un sargento con otros hombres para que ocupasen el puesto desertado. Pero estos, juntamente con el sargento echaron también á correr, declarando con toda formalidad que el monstruo fue derecho á ellos arrojando bocanadas de fuego.

Diose la orden á un oficial para que con un número suficiente de tropa averiguase á fondo lo que habia acerca de esta aparicion; pero por mas que registró ningunas trazas pudo hallar del cuadrúpedo peludo. Probablemente desapareció porque era ya la una; ¿pues quien ignora que el diablo y todas sus criaturas se dejan ver solamente á la misma hora en que se presentan los duendes, los espectros y las fantasmas?

Al dia siguiente el rígido gobernador, que como ya se ha dicho nunca creyó en apariciones, ciñéndose al pie de la letra á las leyes penales en tiempo de campaña, mandó que todos los soldados que abandonaron sus puestos, sin exceptuar el sargento, fuesen ahorcados. Egecutose la sentencia, y los infelices murieron firmemente persuadidos que era el diablo lo que habian visto.

Cuando á la hora de la parada se echaron á la suerte los diversos puntos de guardia, aquellos á quienes tocó la del almacen de pólvora, y en particular los que debian hacer la centinela desde las once de la noche hasta la una, de ningun modo quisieron entrar de faccion. “Supuesto que podemos escoger, decian ellos, que

el diablo nos tuerza el cuello, ó que el verdugo nos haga dar vueltas por el aire, preferimos morir á manos del último, antes que caer en las infernales garras de Belzebú."

Pareciole al gobernador que este argumento no tenia réplica, y lo que hizo fue escoger entre los mas intrépidos unos cuantos, prometiendo á cualquiera de ellos que quisiera estar de centinela á medianoche en el almacén de pólvora doce ducados, y que le promoveria á cabo. Despues de un rato de silencio, salieron al frente dos membrudos Pomeranos, y prometieron que estarian de centinela á la parte de adelante y atrás del almacén, con condicion, que por esta vez cada puesto habia de guardarse por dos centinelas, para lo cual era preciso que se presentasen dos mas. Halláronse otros dos, y los cuatro resueltos soldados, despues de cargar bien sus fusiles y mudar las piedras, fueron á sus respectivos destinos.

Toda la guarnicion estaba en espectacion pavorosa, que iba en aumento á medida que se acercaba la terrible hora. No se oía un ronquido en los bancos del cuerpo de guardia; ningun sargento contaba sus hazañas y valentias, ningun tambor se acordaba entonces de hacer

de las suyas ; un mortal silencio reinaba en todas partes. Las cuatro centinelas del almacén de pólvora andaban á paso largo arriba y abajo en el sitio señalado encomendándose á Dios de cuando en cuando.

La hora tan temida llegó, y al dar el reloj la última campanada, se oyó un berrido á lo lejos. Poco despues se vió un pequeño resplandor de fuego. Los berridos cada vez eran mas espantosos, y el oso infernal se presentó á la vista de las centinelas. Dos de ellas, sin esperar que el monstruo se aproximase mas, echaron á correr: la tercera, que era uno de los Pomeranos en el acto de apuntar al animal cayó al suelo, y quebró el fusil, y la cuarta, su paisano, fue la única que hizo fuego, pero erró el tiro, ó le pareció mas verosimil en aquel peligroso crítico momento, que se verificaba el antiguo y bien conocido dicho, que los espíritus no pueden ser heridos. El tremendo animal con horribles berridos se dirigió á él, pero acobardado el soldado le volvió los talones.

El gobernador dejó encargado que si sucedia alguna cosa durante la noche, se le diese parte inmediatamente, y con arreglo á sus órdenes fue un sargento á decirle lo que pasaba. Antes

que estuviese de vuelta un capitán viejo tomó por su cuenta averiguar que especie de diablo era el que venia á incomodar á aquellas horas. Mandó á un sargento que le siguiese, pero se negó á ello; el capitán acostumbrado á hacerse obedecer sacó la espada y le amenazó de muerte si no le seguía.

Antes de ponerse en camino cogió un machete de artillero, puso una pistola cargada en el cinturón, y mandó al sargento que tomase la carabina. Por el camino fue colocando de trecho en trecho algunos soldados, para que en caso necesario se ayudasen unos á otros. El valiente oficial, acompañado del sargento, fue ácia el almacén. Al aproximarse al temible lugar vió una cosa á manera de fuego ó luz á la puerta del almacén, lo cual le hizo redoblar el paso. “Presto, camarada, pero sin hacer ruido, dijo en voz baja, este es un diablo bien particular.”

Logró aproximarse al almacén sin ser visto; y sin pérdida de tiempo dió al oso, que andaba á cuatro patas á la puerta del edificio, tal golpe en la cabeza que le dejó en tierra medio muerto.

“Ponle la carabina al pecho, gritó el capitán al sargento, pero no descargues hasta que yo te

avise." En seguida tiró al ayre con su pistola, y á esta señal acudieron muchos soldados con faroles.

El oso, que aun estaba vivo, fue despojado de su piel, y quedó convertido en un atrevido Sueco, provisto de ganzúas y palancas. Logró aparentar que arrojaba fuego por la boca, poniendo en ella el cabo encendido de una mécha, con la cual pensaba volar el almacén.

El gobernador mandó al dia siguiente que el Sueco fuese ahorcado con su vestido de oso. El valiente capitan fue promovido á Sargento-Mayor, y el sargento á subteniente.

EL MANUSCRITO CATALAN.

CUANDO aquel hombre, que daba y quitaba los tronos, como un ministro de la guerra da y quita el mando de los regimientos, cuando aquel hombre extraordinario que produjo la revolucion francesa, mal avenido con el estrecho recinto de la Isla de Elba, se aventuró á presentarse en la capital de Francia, para dar al mundo una terrible leccion de la inconstancia de la Fortuna, entonces tuve que reunirme á mis banderas. El gobierno español vacilante mucho tiempo acerca de la linea de conducta que tendria que seguir, declaró al fin la guerra, y empezó á hacer los preparativos con aquella lentitud que desgraciadamente le ha sido siempre característica. Mi batallon, que se hallaba en Lérida, recibió la orden de ir á la frontera de Francia. El coronel, á quien no se ocultaba el espíritu de descontento que fermentaba en todo el egército,

por el modo indigno con que se trataba á los que tantas veces espusieron sus vidas en defensa de su patria, nos convocó en su casa la víspera de la marcha, y con mal segura voz nos hizo una plática, recordándonos nuestras obligaciones para con el soberano, y la resignacion con que debiamos sujetarnos á toda suerte de privaciones y trabajos, sin que la mas leve señal de disgusto asomase á los semblantes : en cuanto á dinero y auxilios de viage nos dió muy buenas esperanzas que tarde y mal vimos realizadas.

Al inmediato dia emprendimos nuestra marcha y fuimos á Balaguer, en cuyo pueblo se venera una antigua imagen de Cristo. Era fama que le crecian las uñas, y que hacía muchos milagros : las infinitas cosas que de él nos contaron, me movieron á subir al santuario acompañado de algunos amigos. Seis lámparas de plata ardian delante de la imagen, que estaba muy lejos de ser obra de ángeles, como decian algunas buenas almas, antes bien demostraba la poca habilidad del artífice. Adornaban las paredes de la capilla modelos de todas las partes del cuerpo humano, que á ser hechos de yeso en lugar de cera, un inglés poco instruido en nuestras costumbres, hubiera creído hallarse en una acadé-

mia de dibujo. El capellan nos contó muchas cosas, que por su poca importancia se me han borrado de la memoria.

Al salir del santuario, el sol escondia los últimos rayos en el orizonte. Veíase en lontananza el elevado castillo de donde habiamos salido aquella mañana: la naturaleza desplegaba toda la pompa y bizzarria de que es susceptible en un clima benigno, y en un terreno feraz regado con la sangre de innumerables naciones envidiosas de los tesoros que encierra nuestro suelo. Después de gozar por largo espacio del placer que se siente en respirar un puro y fresco ambiente al fin de un dia caloroso, bajamos al pueblo, y fuimos á descansar en mal mullidas camas.

Al dia siguiente ya entramos en pais quebrado y montañoso. Por todas partes veiamos al infatigable labrador catalan ocupado en hacer producir á una tierra ingrata granos y frutos en vez de abrojos y malezas. Los empinados riscos, las escarpadas pendientes no se escapaban de los golpes de su hazadon para estar, como en otras partes, en inaccion esteril. No nos admiraba menos su valor que su constancia. Atravesamos poblaciones entre cuyos habitantes habia muchos, particularmente mugeres, que no

tenian idea de lo que eran carros, por no haberlos visto jamas. Al cuarto dia llegamos á Tremp, y á Talarn; pueblos bastante grandes y muy inmediatos uno á otro. El primero está situado en un hermoso valle, que los naturales llaman la *Conca* de Tremp. Al llegar á este punto el corazon del viagero oprimido con la angostura de los caminos, y vista de rocas altísimas, que amenazan desplomarse sobre su cabeza, se ensancha, se dilata, respira con mas desahogo, ve una vegetacion mas animada, encuentra un suelo mas poblado, verduras mas sustanciosas, frutas abundantes y de gusto sabroso y delicado. Mas á medida que se camina ácia el Pirinéo, la naturaleza va tomando un aspecto mas desierto y quebrado que el que hallamos antes de Tremp, hasta entrar en otro delicioso valle en medio del cual se levantan las torres de la catedral de la Seo de Urgel.

El batallon hizo alto en dos pueblecitos, á cuatro leguas de Urgel, llamados Montellá y Martinet, y yo con mi compañía pasé á Puigcerdá. La situacion de esta villa es hermosísima: sobre una pequeña colina parece la señora de una inmensidad de pueblos españoles y franceses esparramados en las faldas del

Pirineo. Las aguas que bajan de las montañas inmediatas cortan por mil partes el pequeño llano que rodea á la poblacion, y cuyo verdor contrasta sobremanera con la eterna nieve que corona las altas cumbres de los mas lejanos montes.

Mi paseo ordinario solía ser á una especie de lugarcito francés llamado las *Guinguetas*, que por su inmediacion á España, y componerse solamente de tiendas, facilita y promueve extraordinariamente el contrabando. Mas luego que el Gobernador prohibió toda comunicacion con los Franceses, mudé el rumbo á un pueblo español á una legua de Puigcerdá enclavado en el territorio frances que se llama Livia. La franqueza del trato de España, que aun se aprecia mas despues de pasar una temporada en Inglaterra, hizome entrar en relaciones de amistad con una persona respetable del lugar que he referido ultimamente. Nuestras primeras conversaciones fueron muy insignificantes, como era preciso lo fuesen en un pais en que se premiaban las delaciones, y se perseguía con furor al que hablaba con alguna libertad de la conducta arbitraria del Gobierno. Despues que nos sondeamos mutuamente, ya rompimos la valla, y

ningun temor nos contenia, cuando estabamos solos, para hablar de política, y de la guerra en que iba á arder de nuevo la Europa, tal vez para remachar los hierros del despotismo, como lo acreditaron bien pronto los resultados.

Mi amigo D. Juan, cuya edad rayaba en los sesenta, convidome á comer con él un dia. Su señora y dos hijas que tenia, eran amables y corteses en extremo; aun cuando yo entendia el idioma del pais, con todo, en obsequio mio (es preciso advertir que este cumplimiento es muy raro en Cataluña), sostuvieron una conversacion muy animada en castellano puro. Como habian sido educadas en Francia, poseian con toda perfeccion la lengua francesa, y no eran peregrinas en el pais de la literatura de sus vecinos. Llenáronse los vasos de rica Malvasía de Sitges: una alegria moderada brillaba en todos los semblantes. A las tres de la tarde ya estaba concluida la comida; y levantados los manteles se nos sirvió un café aromático que arrojó de mi cabeza los vapores producidos por la Malvasía. Un caballero francés de Montluis, se hallaba con nosotros á la mesa; acababa de llegar de su pais, y se le preguntó, como era natural, que novedades traia. “ Las mas recien-

tes, dijo él sacando unos periódicos, podrán verlas Vds. en esos papeles de París." Por ellos nos enteramos de los movimientos de los Aliados, y de lo que pasaba en Francia, segun querian pintarlo los periodistas, gentes que raras veces emplean los colores propios para sus cuadros de política.

Preguntáronle en seguida por varias personas conocidas de Montluis, y habiendo satisfecho á sus preguntas, añadió: " Una cosa bien singular ocurre ahora en mi pueblo. Hace siete ú ocho dias que todas las noches ha dado en aparecerse un duende en aquella casa grande que está fuera del pueblo en el camino de España." Las dos señoritas de la casa así que oyeron esto no pudieron reprimir la risa, pero una mirada de su padre las contuvo inmediatamente. " ¿Y que es lo que suele hacer el duende?" pregunté yo al Francés. " Ninguna cosa que demuestre una dañada intencion; al contrario, ayuda á la criada de la casa en muchas faenas, lava la vagilla y todo lo que compone la bateria de cocina, y la pone en la espetera. Otras veces barre las escaleras, mueve las sillas de un lado á otro, y enciende el fuego, de modo que cuando la criada se levanta, se

encuentra con que una gran parte de su trabajo ya lo tiene hecho. Los amos de la casa han querido averiguar, quien era el duende, pero éste, que no gusta le incomoden, viendo venir al dueño con una luz en la mano á tiempo que él estaba limpiando una sarten, le dió tal sartenazo acompañado de un grito descomunal, que el pobre caballero se metió corriendo en su cuarto sin saber lo que le pasaba. Por otra parte, como ha visto que no hace mal ninguno con tal que no se metan con él, le deja en paz; aunque á decir la verdad se alegraría mas de que no viniese el duende.”

“ Si el dueño de la casa quiere, dijo D. Juan, prontó dejará sus visitas el duende: yo le aconsejaria que no se valiese de ninguno de sus criados. Nuestro célebre Feyjoó hablando de los duendes me acuerdo que dice lo siguiente. ‘ No hay conjuro mas eficaz para esta especie de espíritus malignos que una arma de fuego en buenas manos con el rastrillo levantado*.’ Yo soy de su opinion en esta materia, con la advertencia de no disparar el arma demasiado pronto por evitar el riesgo de matar á alguno inocentemente.”

* Tomo segundo de cartas eruditas, carta 22.

La tarde estaba fresca, y sin hablar mas sobre el asunto bajamos al jardin: aun no habia acabado de ver todas las flores que las dos hermanas cuidaban con particular esmero, unos nubarrones impelidos por el viento de la sierra inmediata empezaron á arrojar copos de nieve, lo cual nos obligó á entrar en la casa. Estábamos á fines de Mayo, y este espectáculo que durante el invierno no hubiera llamado mi atencion, sirvió para entretenerme hasta, que D. Juan me dijo que fuese con él á ver su biblioteca, que servia al mismo tiempo de cuarto de estudio, con tres ventanas al jardin. Empecé á recorrer los estantes, y observé que tenia libros escogidos, entre ellos algunos ingleses, cuya lengua yo no conocia entonces. “No son esos los que menos aprecio, me dijo hablando de las obras de Blair, Robertson, Young, Milton, Pope, Shakspeare y otros, pues ademas de su mérito contribuye á ello las dificultades que he tenido que vencer para entenderlos.”

¡ Quien me habia de decir entonces que yo tambien llegaria á familiarizarme con dichas obras, al duro precio de tener que emigrar de una patria por cuya independendencia corrí voluntariamente á las armas en 1808, y sufrí cuatro

años de cautiverio en Francia! Recibe, ó Pueblo Inglés, el agradecimiento que yo te debo. Bien sé que mis débiles acentos no penetrarán en los suntuosos palacios de tus Grandes, ni en el ruidoso taller de tus Artesanos, pero á mí me basta consignar aquí el testimonio de mi gratitud, llegue ó no llegue á tus oídos.

En un estante cerrado con llave, que habia en la misma biblioteca estaban algunos libros prohibidos por la Inquisicion, con el permiso para leerlos. Concedíomelo tambien para ver cuales eran y aun me prestó dos que mostré deseo de leer. Ya iba á cerrar el estante, cuando seducida mi vista por la riqueza de la encuadernacion de un librito que estaba en la parte mas retirada, lo saqué de su sitio para saber que obra era. Antes de abrirlo, D. Juan me dirigió la pabra de este modo. “ Amigo mío, celebro que la casualidad haya venido á suplir mi memoria, pues debí hablar á Vd. de ese librito con motivo de la conversacion que hemos tenido sobre mesa. Ahora caigo en que el recuerdo del contenido de esa obrita pudo influir en la risa de mis hijas al oir hablar del duende de Montluis. En mi casa nadie cree en

duendes, apariciones de difuntos, espectros, fantasmas, vampiros, ni otra turba-multa de invenciones maliciosas de este jaez. Conociendo cuanto influyen en el ánimo estas preocupaciones, he puesto toda mi atencion en educar á los hijos que he tenido, de modo que para ellos sea lo mismo la noche que el dia, los lugares solitarios, y oscuros que los mas claros y poblados, los muertos que los vivos. Ademas de esto, todos los años el dia primero de Noviembre por la noche, despues de hacer algunas oraciones por el descanso de nuestros parientes difuntos, y recordar á la familia la augusta comemoracion que nuestra Iglesia celebra al dia inmediato, para distraer los ánimos demasiado conmovidos con las ideas de la muerte, suelo, arrimados todos al fuego, leer en alta voz el libro que Vd. tiene en la mano, escrito de puño de mi abuelo hace mas de setenta años. Es el único libro de cuantos tengo, que no permito salga de mi biblioteca, pues sentiria lo que no es decible que se estraviase; con este fin he sacado una copia, y es la que podrá Vd. llevarse si gusta entretenerse con su lectura."

Luego que D. Juan acabó de hablar, abrí el libro y ví que era un hermoso manuscrito en

vitela finísima: el color de la tinta se conservaba todavía muy negro, y á estilo de algunos antiguos manuscritos de monges del tiempo de la edad media, todas las márgenes, que eran muy anchas, estaban floreadas y con preciosas miniaturas que en gran manera realzaban la parte material de la obra. El contenido estaba en catalan, que yo entendía y chapurreaba, aunque á decir la verdad es preciso nacer en Cataluña para tener afición á semejante dialecto. Manifesteme deseoso de leer el tal manuscrito, y dejándolo en su sitio recibí una copia sumamente clara, con la promesa de devolverla al día siguiente.

Antes de despedirme de aquellas gentes fue preciso tomar el chocolate con vizcochos, y agua fresca y cristalina con azúcar rosado, á cuya ceremonia asistió el Cura del lugar, sugeto ciertamente respetable, y en cuya conversacion hallé gran fondo de erudicion, é ideas nada comunes. La noche venía á mas andar, y era hora de retirarme á la plaza antes que cerraran las puertas, con cuyo motivo me despedí hasta el día siguiente. Llegué á Puigcerdá, y mis amigos me dijeron que corrian voces de hallarse dos regimientos franceses á cuatro leguas de

allí, y que por esta razón el gobernador tenía encargada la mayor vigilancia. Por mas deseos que tenía de leer el manuscrito no me fue posible retirarme á mi alojamiento hasta pasadas las once de la noche. Tomé una ligera colación, entré en la cama, puse la vela encendida al lado, y en el momento mismo en que empezaba á leer y el reloj anunciaba con lúgubre sonido que era medianoche, sentí pasar dos obgetos por encima de la cabeza con tal rapidez, que cuando quise saber lo que eran, ya me encontré á oscuras, habiendo ido á rodar el candelero con grande estrépito por encima del piso de madera. Al mismo tiempo sonaron tres golpes en la puerta de mi cuarto, que no parecían sino los ecos de otros tres que con toda fuerza sacudieron con el aldabon de la puerta de la calle. Estas tres cosas acaecidas casi instantaneamente, á la hora mas crítica y al ir á leer alguna relacion ó historia de duendes, me hubieran hecho titubear acerca de su existencia, á haberse prolongado la ilusion por mas tiempo. ¡ Con que facilidad produce monstruos la imaginacion en el silencio y oscuridad de la noche !

El que llamaba á la puerta del cuarto era el asistente que venia á decirme había oido algunos

tiros fuera de la ciudad, y el que tocó los tres aldabazos un cabo de la compañía que venia á avisarme fuera al cuartel inmediatamente. Con la luz que trajo el asistente vi que los obgetos que apagaron poco antes la mia, pasando rapidamente por encima de mi cabeza, eran un gatazo negro, y una rata descomunal que tenia entre sus uñas.

Vestime, y marché corriendo á ver que novedad teniamos; encontré la tropa sobre las armas. Un parte que llegó al gobernador una hora despues nos enteró de que el fuego que se habia oído, provino de haber tropezado una partida que patrullaba por cerca de las murallas con unos contrabandistas, que echaron á correr abandonando sus cargas. Con este motivo se retiró la tropa, volví á mi alojamiento, y como estaba rendido del sueño me fuí á la cama determinado á madrugar para leer el manuscrito. A eso de las siete me levanté, y me arrimé á una mesa para satisfacer mi curiosidad; mas como si dicho papel, en figura de un librito, fuera el precursor de novedades, así que lo tomé en la mano, un alboroto repentino de la casa vino á aturdir mis oídos. Abrí la puerta del cuarto para saber lo que era, y ví á mi asistente todo

azorado que entraba anunciándome que la casa estaba entregada á las llamas. Aun cuando nada hubiera dicho, la terrible humareda que ví bastara á avisarme del peligro en que nos hallábamos. Por fortuna el piso de mi cuarto, que daba á la plaza, era el primero, y habiendo echado á la calle mi ligero equipage, y atado despues á los hierros del balcon las sábanas de la cama, pudimos salvarnos del incendio, á tiempo que el fuego ya consumia la puerta del cuarto.

Mientras las gentes y la tropa se empleaban en evitar que el incendio se propagara á las casas inmediatas, yo, igual á un naúfrago, me encaminé á casa de un amigo. Me desayuné, despaché á mi asistente para que fuera á buscarme nuevo alojamiento, tomé el manuscrito, que me lo habia puesto en el bolsillo, con ánimo de leerlo delante de mi amigo, pero un Ayudante de la plaza me entregó un oficio del gobernador, en el cual me prevenía que saliese al momento con treinta hombres á una comision secreta. Fue preciso obedecer ; tres cuartos de hora despues del recibo de esta orden ya estaba en marcha.

Sabido es que el oficial español, hablando

generalmente, suele hacer sus marchas en caballerías de pobres labradores que tienen que aprontarlas, no siendo ésta la menor contribución que gravita sobre una clase tan honrada, en tanto, que por leyes injustas, los caballos del mayorazgo, y la mula del canónigo viven regaladamente en sus cuadras. Los labradores por su parte, exasperados de tamaña injusticia, tratan de vengarse en quien no tiene la culpa, dejando que sus caballerías adquieran resabios fatales á los que las montan. Mula de bagage he montado yo, que no podia sufrir se estornudase, ni se riese la gente al lado de ella; y ¡ay! de aquel que al oprimir los hijares de la traidora bestia soltase la carcajada! Bien podia tener por seguro el dar una cabriola por el aire, aun cuando fuese mas ginete que Franconi, y Ducró.

A media legua de distancia de la villa nos hallábamos, cuando convidado por la bondad del camino, paso lento de la tropa, y no molestado por los rayos del sol por estar embozado entre nubes, saqué por cuarta vez el manuscrito. “Aquí, decía yo sentado en mi bagage, no tendré gatos que me apaguen la luz, fuego que me haga saltar por los balcones, ni gobernador que me interrumpa.” Pero sin ducá el tal

manuscrito estaba hechizado, ó algun Espíritu familiar habia tomado á destajo el divertirse conmigo; pues así que leí la primera palabra, una vaca, que estaba paciendo tranquilamente en un campo vecino, acosada por dos perros de los soldados, se vino furiosa ácia nosotros á tiempo que yo pasaba un puentecillo. La mula, que era joven, se alborotó de tal modo al ver cerca de sí al terrible animal echando bufidos, y temió tanto alguna cornada, que para correr con mas desembarazo trató de soltar la carga con un par de coces, y yo con gran peligro de ir á parar al agua, fuí rodando por tierra, en tanto que la mula iba desbocada por aquellos campos, y el manuscrito por encima de la corriente, sin que mi dolor me permitiera pensar en él, ni el bagagero, ni los soldados se cuidasen mucho de rescatarlo.

Alceme, ó por mejor decir alzáronme entre el asistente y otros, todo molido y magullado, y despues de haberme hecho beber agua, y descansar media hora, volví á montar en otra mula, que por sus dientes calcularon debia tener mas juicio que la que fue á parar al monte, cargada de *iras de Deu* y otras enérgicas maldiciones catalanas de su dueño, que echaba

los bofes por alcanzarla. Bien me acordé del manuscrito, pero á decir la verdad, como en menos de veinte y cuatro horas me jugó cuatro malas pasadas, sentí una especie de satisfaccion en que hubiese desaparecido para no volverlo á ver mas en mi vida, y así no hice diligencias para sacarlo del húmedo elemento.

Por fin llegamos á las seis de la tarde al pueblo para donde llevaba la comision, y sin ir al alojamiento á donde envié al asistente para que dispusiese la cena, me fui á casa del Alcalde, á quien hice saber las órdenes que llevaba. Conté mi triste aventura á la alcaldesa, y esta buena muger, despues de atribuir el lance al diablo y el haber salido yo tan bien librado á nuestra Señora de Monserrate, mandó hacer chocolate para mí, diciéndome que era del mismo que se hacia para el padre Rector de los Escolapios de Puigcerdá en cuyo colegio tenia un hijo de doce años. Con semejante recomendacion me decidí á tomarlo, y efectivamente era bueno, con su punto subido de canela.

Despues de haber pasado hora y media en casa del Alcalde, él mismo tuvo la atencion de acompañarme hasta la puerta de mi alojamiento, en cuyos umbrales estaban mi patrona y su hija

haciendo randa. Pregunté por mi asistente, pero habia ido á comprar ensalada; subí al cuarto, y lo primero que ví sobre la mesa, con grande asombro mío, fue el manuscrito ahogado. Mirábale con cierto respeto, y casi sin atreverme á tocarlo, cuando para acabar de convencerme si era él mismo, pues parecia algo alterado, lo cogí, pero tuve que dejarlo prontamente dando un grito, y viendo al mismo tiempo correr la sangre por mi mano. Mi asistente, que entró entonces en el cuarto me preguntó lo que tenia. “¿ Quien ha traído ese demonio en figura de libro?” fue lo que le dije. “ Señor, contestó él, hace un cuarto de hora, que un soldado de los que se quedaron atrás me enseñó ese libro, y acordándome que era el que Vd. tenia antes de su caída lo he recogido y dejado sobre la mesa. El soldado fue á beber agua al arroyo, y lo encontró detenido entre unas zarzas que tenian sus raices cerca de la corriente.” Dicho esto, cogió el asistente el libro, que estaba enteramente estropeado con las hojas hechas pedazos por el agua, y halló que tenia una espina, que fue con la que me lastimé la mano. “ Echalo al fuego, le dije yo, de modo que no le vuelva á ver; así como así ya no sirve para nada.”

Nunca hubiera sido mas facil que entonces hacerme creer en la virtud de los talismanes, y en que hay no solo personas que llevan consigo la desgracia á todas partes, y la comunican á aquellos con quienes viven, mas tambien obgetos materiales é inanimados que influen en el bien ó mal estar de aquel en cuyo poder se hallan. Mi asistente se llevó el libro en el cual no era posible leer nada, y se fue á disponer la cena. Por la noche vino el patron de la casa, que era un tratante en ferias, de buen humor y mucho despejo. En todo el dia siguiente pude despachar mi comision, y al otro volví á Puigcerdá.

Bien tenia yo deseos de ver á mi amigo D. Juan, para contarle mis aventuras y el triste fin del manuscrito, pero no me fue posible hasta el dia despues de mi llegada. Era domingo, y cuando fuí al pueblo toda la familia estaba en la Iglesia oyendo la misa mayor : entre tanto subí á la sala, y me asomé al balcon para contemplar un rato aquel hermoso pais. Al observar que las gentes salian de los oficios me retiré adentro, y echando la vista ácia una rinconera reparé en una cosa muy semejante al famoso manuscrito, pero no dando crédito á mis ojos, pues el libro

debía estar hecho cenizas, fui á palparlo, bien que mirándolo con respeto. Lo tomé en la mano; ¡cual debió ser mi admiracion al ver que era el mismo! “Aquí andan brujas ó duendes; dije para mi colete, pues de otro modo ¿como ha podido venir á esta casa este maldito libro, cuyo contenido va siempre huyendo de mí, al paso que él nunca se separa de mi lado?”

D. Juan y sus dos hijas vinieron á interrumpir la série de mis pensamientos. “Buen cuidado tiene Vd. Amigo mio, de mis libros, me dijo sonriéndose el primero. ¿Que le ha sucedido al que tiene Vd. entre manos que ha venido tan descalabrado á buscar el abrigo de mi casa?” Mi respuesta fue decirles que nos sentásemos, y contarles en seguida todo lo que me habia ocurrido desde que nos vimos la última vez. Ni el padre, ni las hijas podian contener la risa conforme les iba refiriendo mis aventuras, y en particular la de la mula, de la cual se decia que aun andaba tras de ella el bagagero. “Pero Señor D. Juan, dije yo al fin, ¿no podré saber como ha venido á parar aquí este libro, que yo suponía quemado hace cuatro dias?” “No hay inconveniente; respondiome conteniendo la risa á duras penas, su asistente de Vd. iba á echarlo al

fuego en cumplimiento de lo que se le habia mandado, pero la hija de la casa, que estaba en la cocina díjole que se lo diera; hizolo así, y se lo llevó á su cuarto; mas no pudiendo leer nada lo dejó sobre la mesa. Su padre lo tomó al dia siguiente, y como vió al fin del libro que me pertenecia á mí, y es conocido mio, habiendo venido ayer á este pueblo á vender algunas cosas, pasó por mi casa, y me lo entregó, contándome el modo con que lo habia obtenido. Sin embargo yo no podia comprender por qué el pobre manuscrito habia sido condenado á las llamas como un Judio ó Hugonote. Espero que en mi casa no volverá á hacer mas travesuras. “Ahora, si Vd. quiere pasaremos á la biblioteca y yo mismo leeré el original. “Con mucho gusto,” repliqué yo; y quitándose las mantillas las dos hermanas vinieron con nosotros á oír la lectura. Sacó D. Juan el librito original, sentose en el cómodo sillón, y haciendo las pausas convenientes lo leyó de cabo á rabo. Noté que sus hijas lo escucharon con el mas vivo interés, y como si aquella hubiese sido la vez primera que lo oían. En cuanto á mí, fue tanto lo que me gustó, que no solamente le perdoné la mala influencia que creí habia egercido mientras

estuvo en mi compañía, sino que le supliqué me dejara sacar una copia. “ Cuando Vd. quiera, amigo mio, me contestó; pero no lo publique Vd. hasta que pase mas tiempo. Me alegraré que su *influencia* no sea tan maligna que merezca ser purgada *more inquisitoresco*.

Con esta vénia saqué, la copia en tres ó cuatro ratos que asistí á la biblioteca, la traduge al castellano en mi alojamiento, y es como sigue: debiendo advertir que todos los nombres son supuestos, y que le he despojado de muchos adornos inconexos con el asunto principal, y que á mi parecer servian solamente para engrosar su volumen. Antes de pasar adelante, será bueno decir que en aquel mismo dia supimos que el duende de Montluis era un soldado de la guarnicion que cortejaba á la criada de la casa, y hacía todas las cosas que se han dicho, exageradas por la misma criada, para embaucar mejor á los amos. El soldado fue preso, y severamente castigado por turbar el reposo de aquella familia, la cual despachó al momento á la que no tenia menos culpa que el militar en los enredos nocturnos.

PADRE EN VIDA, Y TESTIGO EN MUERTE.

No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague, dice el adagio castellano y lo confirma el suceso que aquí se refiere.

D. Manuel Pellicer, despues de seguir por muchos años el comercio en Barcelona, se retiró con un hijo de tierna edad á Mataró. Cansado del bullicio del mundo, y bastante achacoso en ninguna parte hallaba placer sino en una casita de campo, que mandó fabricar á media milla de la costa, donde solo se veian unas pocas chozas de pobres pescadores, que al amparo de una cala dejaban descansar en el agua sus barquillas, contra la costumbre general del pais que suelen sacarlas á tierra despues que vuelven de su peligroso egercicio. Acostumbrado D. Manuel á tratar siempre con gente honrada y á no haber sido engañado nunca, era

sumamente candoroso : nada tenia reservado en su pecho para los que se decian sus amigos. Todo su caudal lo adquirió en legítimo comercio, porque el negociante que en aquellos tiempos iba por tortuosas sendas perdia su reputacion y crédito : las guerras, corruptoras de las buenas costumbres, llenaron despues de abrojos y malezas el camino de la buena fé, y presentaron facil y seductor el del fraude.

Vivia al mismo tiempo en Mataró un tal D. Onofre Sanz, que habia puesto una fábrica de salar pescado, para proveer de este artículo lo interior de España. Su edad con corta diferencia era la de D. Manuel, pero su alma era bien diferente en el fondo, aunque en la apariencia procuraba fuese la misma. Todos los dias oía misa y rezaba el rosario ; á sus oraciones diarias solia añadir los viernes el *via-crucis* y el ayuno ; y los domingos tenia cuidado de repartir él mismo en persona despues de la misa mayor, á la puerta de su casa, una peseta entre sesenta y ocho pobres. Con esto no habia nadie en el pueblo que no le tuviese por un San Onofre, y como el tráfico prosperaba á medida de sus deseos, todos decian que el cielo recompensaba su virtud, teniendo por maldicientes á los que veian

en él un hipócrita glotonazo, y usurero. Era un tegido de contradicciones: al paso que se reía de las apariciones de difuntos, de los duendes y espectros, no podía tolerar que un perro prolongase sus aullidos á deshora de la noche en la calle, pues tenía por señal infalible que iba á morir alguno del barrio; vez hubo que se levantó de un convite al ir á comer la sopa, porque llegó otra persona con la cual componían el número trece: pero sobre todo estaba muy mal con los martes, pues suponía que una porción de calamidades habían sucedido desde el principio del mundo en este día. Además de esto era muy suspicaz, y reservado, de genio rencoroso, sabiendo fraguar bien un embolismo cuando lo requería el caso. Siempre se mantuvo solteron; toda su familia se reducía á una hermana viuda, que no pasaba de ser una buena muger muy devota y recogida.

D. Manuel y D. Onofre se habían conocido algo en Barcelona, pero no mucho. Como quiera que sea, en Mataró estrecharon sus relaciones de amistad, y de tal suerte se amañó el santurron, que en breve llegó á ser el *fac totum* de D. Manuel, a quien era fácil embobar con vanas apariencias. De este modo, y sin nin-

guna novedad particular pasaron unos, tres ó cuatro años, hasta que D. Manuel cayó gravemente enfermo. Ni los baños minerales, ni la ciencia de los discípulos de Galeno, ni un voto á nuestra Señora de Monserrate, bastaron á prolongar un dia mas el término escrito en el eterno libro de la vida. Su amigo D. Onofre no se apartaba un instante de la cabecera de la cama. Consolábale, y aconsejábale sobre todo que hiciera el testamento, diciéndole que esta prudente precaucion serviria de mucho alivio, para su alma, sin que en nada perjudicase á su salud. Hízose por fin el testamento, y como era de esperar aunque tenia parientes muy cercanos, D. Onofre fue nombrado único testamentario y tutor del hijo que dejaba, cuya educacion y manejo de intereses quedaban á cargo del mismo Señor. Una cláusula bien estraña habia en el testamento, que hace ver hasta que punto se puede abusar de la confianza de un amigo moribundo, y que sin duda fue dictada por D. Onofre. Espresábase en dicha cláusula que el hijo no entraria á poseer los bienes del padre hasta cumplir los veinte y cinco años, y que entonces, ni nunca tribunal alguno podria pedir cuentas al testamentario, ni hacerle cargo

sobre el modo con que hubiese manejado sus intereses; pues en caso de suscitarse alguna duda, á lo cual no daría lugar la notoria probidad de D. Onofre, decia que se acudiese al testador á que la resolviera; lo cual era lo mismo que acudir á un muerto. Como la vida es incierta, en caso de peligrar la de D. Onofre, antes de concluirse la tutela del huérfano, le otorgaba la facultad de nombrar tutores para su hijo.

Hecha esta operacion, y habiendo cumplido con los últimos deberes del cristiano, rindió su alma al criador, el 16 de Octubre de 1700, dia en que Carlos II ratificó su testamento por el cual llamaba al trono de España y Nápoles á un nieto de Luis XIV. La aficcion que cobró á su casa de campo fue tan grande, que no quiso desampararla aun despues de muerto, para lo cual logró, mientras vivía, permiso de la corte de Roma, por medio de su pariente y amigo el Arzobispo de Tarragona, para edificar una capilla al lado de la casa y ser enterrado en una bóveda que se construyó debajo de ella.

Púsose el cadaver en una caja de cedro forrada de bayeta negra, celebrose el entierro, y despues de darle sepultura en el lugar referido,

D. Onofre se hizo cargo de todo á beneficio de inventario debidamente legalizado. En seguida despachó los criados, cerró la casa y acompañado del huérfano, que tenia entonces once años cumplidos, se volvió á Mataró. Dos meses despues el tutor mandó á su pupilo á un colegio de Barcelona a estudiar la gramática latina.

Entre tanto el orizonte político iba anublándose mas y mas á medida que la enfermedad de **Carlos II** se agravaba, y al dar este monarca el último suspiro, murió tambien con él la paz de España. El duque de Anjou pasó el Bidasoa y tomó el nombre de **Felipe V**: ésta fue la señal del rompimiento de la guerra. Dividiose la nacion en partidos, unos á favor del príncipe francés, otros por la casa de Austria. Cataluña se decidió por **Carlos III**, y fue el teatro de encarnizados combates, y sangrientos sitios.

Lamentábase **D. Onofre** de estas cosas, y como habil comerciante y viejo ducho, resolvió mantenerse á la capa en tan deshecha borrasca. Cinco años habian pasado, y deseando que su pupilo no sufriera los horrores de un segundo sitio en Barcelona, fue en persona á traerle á Mataró, pero el joven que acababa de cumplir diez y seis años, entusiasmado por otros compa-

ñeros, y por la presencia del Archiduque, contestó á su tutor que estaba resuelto á derramar su sangre por el rey que sus compatriotas habian elegido. Nada pudo conseguir D. Onofre con todas sus sutiles reflexiones; esta primera falta de subordinacion le irritó tanto, que sin poderse contener le amenazó con que le costaria muy caro, y se retiró á su pueblo.

El hijo de D. Manuel hizo prodigios de valor durante el sitio. Los Ingleses socorrieron á los sitiados, y despues de treinta y siete dias de trinchera abierta, Felipe V se vió compelido á desistir de su empresa, y á tomar el camino de Madrid á donde llegó con mil trabajos. El pupilo, á quien llamaremos D. Narciso Pellicer, fue promovido á Teniente y así que se levantó el sitio salió á campaña. D. Onofre habia cesado de escribirle, y ni aun le mandaba las mas ligeras asistencias. Ocupado el joven militar en un servicio demasiado activo, atribuia el silencio del tutor á extravío de cartas, y el sueldo de su empleo le bastaba para sus cortas necesidades. Dos años despues fue nombrado capitán. Con motivo de una ligera herida se retiró con permiso de sus gefes á Barcelona, donde todos sus parientes le colmaron de atenciones y

ofrecimientos. De allí pasó á Mataró, deseoso de tener una entrevista con D. Onofre, pero este caballero hacia muchos meses que habia dejado el teatro de la guerra por ir á vivir tranquilamente en las Islas Baleares, dejando la casa de campo de D. Manuel en poder de un amigo.

La conducta de D. Onofre empezó á causar recelos á D. Narciso, y mucho mas desde que supo los términos en que estaba concebido el testamento. Viendo que no tenia remedio se conformó con su suerte, y como los tiempos andaban tan revueltos no le pareció prudente exasperar al tutor escribiéndole una carta demasiado acre, como habia ideado luego que supo su traslacion de domicilio sin haberlo puesto en noticia suya. Contentose con hacerle saber su sorpresa, y con pedirle le enviara mil duros. Quince dias despues recibió una contestacion bastante lacónica, y en lugar de los mil duros le incluia una letra de cuatrocientos, dándole á entender que sus intereses habian sufrido bastante con motivo de la guerra civil. Esta carta vino á aumentar las sospechas del joven D. Narciso, quien viéndose restablecido del todo determinó seguir los hazares de la guerra, firme en el partido que habia abrazado desde el principio: pero antes quiso ir

á su casa de campo á hacer una visita á los ~~manimados~~ restos de su padre.

El caballero que la habitaba, aunque amigo de D. Onofre, era muy hombre de bien, y no tenia pelo de tonto. Hacíanle compañía su muger y una hija llamada Margarita de edad de quince años, bastante favorecida por la naturaleza, de genio amabilísimo, acompañado de cierta decente travesura poco comun en su sexo. D. Narciso, de quien estas gentes habian oido hablar mucho y bien, fue recibido atentamente, y viendo confirmado en su trato lo que solo conocian por oídas, le rogaron se quedase mas tiempo entre ellos; de donde resultó que el trato de los dos jóvenes engendró cariño, y éste hizo tales progresos que pasó en breve á ser amor. Quince dias bastaron para jurarse una fé eterna, y á no haber sido por las discordias civiles de la nacion, su enlace se hubiera verificado prontamente. Antes de partir confesó francamente su pasion al padre de su querida, y reuniéndose toda la familia, convinieron que el casamiento se celebraria así que se hiciese la paz, pues segun los rumores que corrian no debia tardar mucho, aunque no se sabía en que términos. Determinaron tambien guardar el mas profundo

secreto acerca del contrato hasta que llegase la época feliz de darse mutuamente las manos el capitán y Margarita. En seguida dispuso la marcha el joven, y dando un tierno abrazo á su futura esposa voló á coger laureles en el campo del honor, antes que sus compañeros sedientos de gloria los arrancasen todos.

Los gefes y oficiales del cuerpo de Pellicer se alegraron muchísimo de su vuelta despues de cuatro meses de ausencia. Algunos amigos suyos habian desaparecido; el polvo de los héroes cubría sus cuerpos ensangrentados, y las valientes almas que los habian animado dirigieron el vuelo al seno de la Inmortalidad. Frustráronse las esperanzas de la paz; la discordia sopló con mas fuerza que nunca su pestífero aliento llevando tras de sí por todas partes, devastacion, ruinas, y estragos. Todavía no se habia decidido la Fortuna á favor de ninguno de los dos príncipes que se disputaban la corona, no para hacer la felicidad de los Españoles de ambos mundos, sino para llamarlos vasallos suyos, y hacerlos servir de instrumentos á sus antojos.

Al fin D. Narciso tuvo que ir con su compañía á conducir un convoy, y despues de un combate muy reñido en un desfiladero, cayó

herido y fue hecho prisionero de guerra. Conducido á Francia, habiéndose agravado su herida con las fatigas de la marcha y mal tratamiento de los que le llevaban tuvo que quedarse en un pueblecito cerca de Puigcerdá, donde algunas personas generosas le asistieron con la mayor bondad y cariño. Sin ellas es mas que probable que hubiera tenido que ceder al rigor de sus males. Luego que estuvo en disposicion de continuar su marcha, le obligaron á salir del pueblecito para ir á donde enviaban todos los prisioneros. Antes de dejar á sus amigos encargó que hicieran saber al padre de su querida la suerte que le habia cabido, y se despidió de ellos prometiéndoles volver á darles las gracias por tantos favores como les debia, si mejoraban los tiempos.

En Francia le encerraron con otros muchos en una fortaleza cerca de las fronteras de Suiza. En el largo tiempo que allí permaneció contrajo amistad muy estrecha con un oficial joven que sufria la misma suerte de prisionero. Sus opiniones, sus hábitos, sus gustos, y sus edades eran tan iguales que antes de un año les llamaban por antonomasia los hermanos. Reich y Pellicer parecian dos cuerpos con un alma: no

habia secretos para los dos, todo lo bueno y malo de cada uno se lo confiaban mutuamente, la ropa, los libros y el dinero eran comunes entre ellos.

La paz de Utrecht y de Rastadt vino á sacarlos de su encierro, para presenciar el triunfo de sus adversarios, y ver en el trono al príncipe contra quien tan valientemente habian combatido. ¿Que podian ya esperar en su patria sino el enojo y resentimiento del vencedor? Esta idea unida á la poca confianza que tenia en D. Onofre atormentaba de continuo á Pellicer, y á no haber sido por el deseo de ver á aquella que no se separaba un instante de su memoria, y á los consuelos de su amigo, no se hubiera apresurado mucho en volver á España.

Justamente el dia que pisó el territorio español de vuelta de su cautiverio de cinco años cumplió los veinte y cinco de su edad. No dejó de ensanchársele el alma algun tanto al recordarle su amigo que aquel dia rompia las cadenas que le ataban á D. Onofre, del cual no sabia nada despues de muchos años, ni tampoco de su querida Margarita.

Su amigo Reich era un mayorazgo valenciano, cuyos padres, bastante ricos, residian en

Elche : aunque deseaba llegar cuanto antes á darles un abrazo, la voz de la amistad le prescribía otros deberes. Escribioles que iría cuanto antes y que le mandasen algun dinero á Barcelona. Pellicer le rogaba que no se detuviese un instante para que sus padres tuviesen el gusto de verle, pero Reich inalterable en su propósito juró á su amigo no separarse de su lado hasta verle en pacífica posesion de los bienes que habia heredado de su padre.

Cuanto mas se acercaban á la tierra en que el joven enamorado pasó ageno de cuidados sus primeros años, cuanto mas inmediato se veia al lugar en que habia dado su palabra de honor de ser constante á aquella que adoraba, tanto mas sentia oprimírsele el corazon, de modo que á veces apenas podia respirar, siendo necesario que su amigo ora le alentase, ora le echase en cara su abatimiento. Al fin llegaron á la vista de Mataró ; Pellicer manifestó deseos de ir primeramente á la casa de campo, pues allí estaria sin duda el objeto de sus afanes. Llegaron efectivamente al mismo sitio ; pero ¡ cielos ! su sorpresa y sentimiento debieron ser bien grandes al ver convertida en un monton de ruinas la mansion de su padre. Su corazon quiso mos-

trarse firme á esta primera desgracia, mas no pudo evitar que sus ojos se hinchasen de lágrimas. “Habrá alcanzado el estrago á sus habitantes?” fue la primera idea que le ocurrió. “Aquí, decia Pellicer á su amigo Reich, aquí he pasado en feliz indolencia y en inocentes juegos parte de mi niñez. Cerca de aquella fuente, que tal vez debe su existencia ál aire rústico que la ampara, solía mi padre darme útiles lecciones, y divertirse conmigo. En aquella rinconada que forma allá abajo el mar, existian en otro tiempo unas cuantas chozas de pescadores, y yo con otros niños me complacia en recoger pintadas conchas y en formar edificios de arena, hasta que una ligera oleada venia á destruirlos, ¡fragil remedo de la poca estabilidad que hay en las cosas de este mundo! Aquí, amigo mio, conocí á aquella preciosa joven de quien tantas y tantas veces te he hablado. ¡Ay! tal vez yacerá exánime al lado de un padre, que nunca mas que ahora conozco lo mucho que perdí en su muerte!”

Reich no respondió nada: una lágrima que corrió por su rostro y que vió su amigo, fue para él un gran consuelo. Ambos permanecieron mudos, contemplando los tristes efectos de la

guerra y los remores suscitados casi siempre por vanas quimeras, sin que los hombres jamas quieran desengañarse. Al fin el valenciano rompió el silencio. “Hemos pagado, dijo con voz varonil, el tributo que debíamos á esta desgracia. La casa está destruida; indaguemos si viven los que la habitaron en otro tiempo; vamos á Mataró, allí lo sabremos.” Estas palabras pronunciadas con firmeza, volvieron en sí á Pellicer, y apresurando la marcha se dirigieron al pueblo á saber si D. Onofre habia vuelto de las Islas. Dijéronles que sí pero que se habia ido por una temporada á Barcelona.

Al dia siguiente muy temprano los dos amigos se pusieron en camino para la capital de Cataluña. Llegaron á eso de las once del dia, y habiendo averiguado donde vivía el viejo tutor llamaron á su casa. Salió á abrir la puerta una joven cuyo semblante pálido hacia memoria Pellicer de haber visto antes de entonces: ella arrebatada de júbilo ál ver á su amante cayó en sus brazos casi sin sentido.—Era Margarita. Vuelta en sí contó en breves palabras que D. Onofre, que era un grandísimo bribon, no estaba en casa, que no convenia supiese que se conocian, y que en otra ocasion le contaria

mas despacio como habia ido á parar á aquella casa, donde se hallaba de criada, pues temia que el viejo llegase de un momento á otro. Con esto se retiró á una pieza interior, dejando sorprendidos á los dos amigos. Antes que estos tuviesen tiempo de decirse nada, D. Onofre se presentó en la sala sin que ellos hubiesen sentido llamar á la puerta, y queriendo disimular la sorpresa que le causó el ver á su pupilo dijo: “¡Ola! ya estás por aquí, capitan de rebeldes!” — “Muy mal parece en un tutor el insulto que en boca de otro sabria castigar con la espada que ha sido fatal para algunos.” — “Arrogante estás; y bien ¿que buscas aquí?” — “Lo que es mio.” — “Todo se perdió, idos con Dios.” — Aun no habia acabado de decir estas palabras D. Onofre, cuando una voz espantosa, que parecia subir desde el centro de la tierra, resonó en el aposento diciendo: “*¡Falso! Yo seré tu acusador.*”

Quedaron todos tres pasmados y sobrecogidos de horror. Pero el corazon del viejo estaba amoldado por el de Faraon, y este prodigio que debiera haberle hecho arrepentirse de sus crímenes, sirvió como los prodigios de Moysés con aquel príncipe para endurecerle

mas y mas, y prepararle el camino á su ruina. “Todo lo tuyo, y aun una parte de lo mio, continuó D. Onofre, he perdido con estas revueltas y turbulencias. La casa ha sido arruinada y robada; y dos comerciantes ingleses en cuyo poder se hallaba tu dinero han quebrado.” — “Al menos quedarán las haciendas,” dijo Pellicer. “Tampoco, replicó el viejo, pues viendo que no producian nada y que era menester pagar unas fuertes contribuciones, me pareció, mas acertado el venderlas, y colocar el dinero á réditos; desgraciadamente se ha perdido con todo lo demas.” “Espero que Vd. me presentará las cuentas, y documentos que acrediten todo lo dicho, pues aunque no se puede dudar de la *notoria probidad* del Sr. D. Onofre, es una formalidad indispensable.” — “La mayor parte de ellos se me han perdido viniendo de Mallorca á este puerto.” — “Es buena casualidad. ¿Tendrá Vd. inconveniente de prestar una declaracion jurada de todo lo que me ha referido Vd?” — “Nada tengo que hacer con los tribunales; el testamento me exime de toda suerte de formalidades: te he dado mas satisfacciones de las que debiera. Tengo que hacer, pues mañana parto a Mataró.”

“ ¡ *Allí me veras !* ” dijo la misma terrible voz que se oyó en un principio, prolongando la última sílaba largo espacio. Al oír esto D. Onofre se puso mas blanco que un papel, pero á fin de que los dos amigos, que no parecían menos asustados que él, no conociesen su turbación, volvió la cara á otro lado, y se salió de la sala haciendo como que no habia oído nada.

“ O yo sueño, dijo entonces Pellicer, ó esta voz que se ha sentido es la de mi padre : no hay duda, es la misma. Ven, padre mio, á mi auxilio, sin tí ¿ que será de tu hijo en las tristes circunstancias en que se halla ? Amigo mio, ¿ habrá oído el viejo la voz ? ” — “ Creo que sí, y aun me pareció que se turbó. Bueno será que Dios tome por su cuenta el castigar á este pícaro, pues de lo contrario veo mal parado tu pleito. Con todo, vamos á consultar á un abogado para que nos aconseje lo que se deba hacer. ” Al tiempo que salieron Margarita entregó un papel á su amante. Los dos amigos fueron á su posada y leyeron lo siguiente.

“ Mis padres, querido amigo mio, no existen. No es tiempo este de decirte como perecieron, y como me ví reducida á la mayor miseria. Acudí á D. Onofre, y me recibió de criada.

De algunos dias á esta parte quiere promoverme á ama de casa: considera si amándote como te amo será empresa facil para él. Mañana nos vamos á Mataró. Yo te diré como me has de escribir.—Tu constante Margarita.”

P. D. “ Dime por Dios, que voz es aquella que he oido como salida de un sepulcro; pues me tiene muy inquieta.”

Esta carta, que confirmaba el haberse oido la voz misteriosa, causó gran pesar á Pellicer. Veíase de repente sin bienes, y muerto el padre de su querida, que podia haberle servido de mucho en aquellas circunstancias. Antes de ir á casa de ningun abogado, determinó presentarse á algunos parientes, que en otro tiempo se le brindaron mucho, para aconsejarse de ellos. El primero á quien acudió, antes que Pellicer desplegara sus labios, empezó á contar las grandes pérdidas que habia sufrido, abroquelándose detrás de este escudo por si acaso el pariente disparaba algun tiro á su bolsa. En cuanto á D. Onofre dijo, que era una lástima que el testamento le hubiese dado tan amplios poderes, pero que sin embargo no se aventuraba á decir que se habia escedido de ellos.

Viéndose recibido de un modo tan inesperado,

acudió á otros parientes, y poco mas poco menos todos trataron de descartarse de él; porque yo no sé que tiene un hombre sin dinero que le temen mas que á un apestado. Señora parienta hubo á quien se le olvidó como se llamaba, y le mandó decir por su lacayo que no acostumbraba recibir á personas desconocidas. Volvió á casa, contó á su amigo lo ocurrido, y despues de comentar largo rato cada caso de por sí, se fueron á consultar á un abogado. Lo primero que éste preguntó á Pellicer, fue si tendria medios para seguir el pleito. A la respuesta negativa del joven, el abogado le demostró que sería largo y dispendioso, que D. Onofre hallaria medios de prolongarlo con mil sutilezas curiales, aun cuando no tuviese fuerza alguna ante la ley la cláusula testamentaria. Por su parte le aconsejaba que pusiese el asunto en manos de compromisarios. Dicho esto se retiraron.

Entre tanto el viejo hipócrita procuraba acallar el grito siempre renaciente de la conciencia que le acusaba. A todas partes de la casa á donde iba, le parecia oír aquellas terribles palabras. “*¡ Allí me verás !*” No pudiendo sosegar llamó á su hermana para preguntarla si habia oido algunas voces en la casa. La viuda respondió,

que estando en la cocina con Margarita le pareció haber sentido una voz sobrenatural, pero no hizo alto por creer que sería alguno de los tres que se hallaban en la sala.—“Habrás sido el gato, que anda estos días endemoniado,” replicó D. Onofre, deseando distraer la atención de su buena hermana.

Anocheció con todos los síntomas de una tormenta. La viuda se retiró á rezar el trisagio, y su hermano, que no era miedoso la dejó ir: llamó á Margarita y pidió el chocolate. En menos de un cuarto de hora ya estaba servido el viejo, y mandando á la que se lo trajo que se sentase, le dijo con mucho cariño. “Mañana nos iremos á Mataró, allí tomaré otra criada, y dentro de quince días se celebrará nuestro casamiento. Ya verás que bien viviremos entonces. Pero hablando de otra cosa, ¿has visto con qué pretensiones viene ahora el mocosuelo de Pellicer? ¿Si se le figurará que le he robado algo? Sino fuera por el modo con que está estendido el testamento sería capaz de embrollarme en un pleito. Si acaso se presenta en Mataró no le abras la puerta, dile que no estoy en casa.” Margarita iba á responder algo, pero un relámpago, acompañado de un

terrible trueno detuvo lo que iba á decir en sus labios; todo este aparato imponente de la naturaleza sirvió de precursor á estas terribles palabras. “*¡Yo seré tu acusador! ¡Me verás, y temblarás!*” Margarita cayó en tierra sin sentido, la jícara de chocolate de D. Onofre fue rodando por la sala, en tanto que la hermana de él decía en alta voz en un aposento vecino: “Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, libranos, Señor, de todo mal.”

“*¡Ah! Señor, dijo Margarita al volver en sí, yo no me caso con Vd. Esto es algun aviso del Cielo; por otra parte si hemos de andar con apariciones de difuntos, ó ha de venir el diablo á nuestra casa á visitarnos, encuentre Vd. otra que le sirva, pues yo no tengo valor para permanecer aquí.*” D. Onofre no respondió una palabra: estaba en gran manera agitado. Después de algunos minutos de silencio interrumpido por el ruido de las canales y algunos truenos sordos que se oían á lo lejos, preguntó si estaban cerradas todas las puertas. “Si, Señor, dijo ella, pero iré nuevamente á asegurarme.” Fuese, y á breve espacio volvió, diciendo que aunque estaban cerradas, echó todos los cerrojos y cadenas para mayor seguridad.

Entonces sacando el viejo con aire muy compungido el rosario llamó á su hermana, y poniéndose de rodillas empezaron á rezar los tres. Cuando se acabó el rezo, manifestó su intencion de no ir al dia siguiente á Mataró, pues tenia que hacer algunas diligencias. Entre diez y once sirvió Margarita la cena, y se fueron en seguida á descansar.

El mismo pervigilio que no dejaba cerrar los ojos a D. Onofre, tenia incomodados á los dos amigos en la posada; aunque provenía de causas bien diferentes. La que desvelaba á estos últimos nacia del mal estado de sus bolsillos. El poco dinero que les quedaba lo habian gastado aquella tarde en algunas cosas precisas. Nadie les queria prestar un cuarto; antes de tener Reich la respuesta que esperaba de su casa, era preciso que pasasen todavia ocho dias lo que menos, y sus fondos no alcanzaban á cubrir mas que el gasto de cuarenta y ocho horas. Desesperábase Pellicer al ver triunfante el crimen, y al considerar que su querida Margarita se hallaba en la casa del mismo que no contento con haberle robado todo cuanto le habia dejado su padre, quería robarle tambien la prenda que mas estimaba, y sin medios para sacarla de sus

garras. Atormentado con estas ideas un sueño consolador se apoderó de sus miembros fatigados.

Por la mañana á eso de las diez fue Pellicer solo ácia casa de D. Onofre á saber si se habia ido, y al mismo tiempo con intencion de ver si podia hablar á Margarita. Pocos pasos antes de llegar á la puerta tropezó con el viejo, quien con aire muy risueño le dijo. “ Me alegro infinito de hallarte aquí, iba á hacer diligencias para saber donde vivias; pero volvamos á casa y allí hablaremos.” En efecto, entraron en ella, y tomando nuevamente D. Onofre la palabra, continuó de este modo. “ Amigo mio, no quiero que nadie diga, que he abandonado al hijo de mi amigo D. Manuel Pellicer en la desgracia. Una cosa es haberse perdido todo, y otra el cumplir con la obligacion de un cristiano. Tú tendrás necesidad de dinero. Pues bien, toma mil duros, para descargo de mi conciencia por el descuido involuntario que he podido tener en el manejo de tus intereses, firma este papel, y quedemos buenos amigos.” Pellicer leyó el papel, y viendo que si lo firmaba perdia todos los derechos que podia tener á los bienes de su padre, y ademas se daba por satisfecho del

modo honrado con que se habia conducido su tutor, lo arrojó sobre la mesa, y tomando el sombrero iba á marcharse sin decir una palabra. Detúvole D. Onofre diciéndole que no fuera tan vivo de genio, y que no habia de salir de allí sin arreglarse el asunto. “ Si no estás satisfecho, continuó luego, podemos hacer que decidan estas diferencias jueces nombrados por nosotros mismos, árbitros arbitradores; dos por cada parte, y lo que ellos sentencien se cumplirá religiosamente. Entre tanto aquí tienes mil reales que puedes guardarlos. Dios me libre de volver á ser nunca mas tutor de nadie; á otra como esta me arruino.”

No desagradó á Pellicer la idea de poner el asunto en manos de compromisarios, y habiendo estipulado ambos allí mismo las bases, para no perder tiempo, recibió Pellicer los mil reales, tanto por la necesidad en que se hallaba, como por creer que era dinero suyo. Despidiéronse en mejor armonía que el dia anterior, y el joven fue á contar á su amigo lo que pasaba. En seguida salió de la posada con el objeto de nombrar por compromisarios suyos á dos primos, los cuales se escusaron, bajo pretesto de no entender bien semejantes asuntos: al fin halló

dos comerciantes conocidos antiguos de él, y estos se encargaron de tratar con los que nombrase D. Onofre por su parte. De allí á tres dias tuvieron los compromisarios su primera junta, y habiéndose estendido los poderes, y evacuado todas las formalidades prevenidas por las leyes, se decidió que de allí á cinco dias se reunirían segunda vez para elegir entre los cuatro un quinto juez que decidiese en caso de no convenirse ellos, y que al octavo fallarian la sentencia.

D. Onofre, que habia abandonado por entonces la idea de su casamiento y viage á Mataró, viendo que la terrible misteriosa voz no le perseguía, trató de ganar con regalos á los compromisarios de su pupilo, pues de los suyos estaba seguro, porque eran otros tales como él. Los que defendian los intereses de Pellicer oyeron con horror las proposiciones que se les hicieron para corromperlos; pero al fin uno de ellos mas debil, ó por mejor decir no tan hombre de bien, vendió infamemente su probidad por una pipa de malvasia, dos arrobas de cacao y quince onzas de oro. El otro se mantuvo firme. El dia aplazado iba llegando, y el amante de Margarita confiado en la justicia de su causa

vivia muy tranquilo, esperando que despues de decidirse á favor suyo podria unirse para siempre con su querida.

Las diez de la noche serian cuando se retiraron los dos amigos á la posada, la víspera del dia tan ansiado. Acostáronse, y cuando el reloj acabó de dar las doce llamaron á la puerta del cuarto de Pellicer. Levantose, abrió y se encontró con un Ayudante de la plaza y una partida de soldados que venia á prenderle de orden del Gobernador. Vistiose, apoderáronse de sus papeles, y fue conducido por la tropa.

Cuando su amigo se levantó, y supo la fatal noticia de la prision de Pellicer casi perdió el sentido. Recobrado de su pasmo, conoció que era preciso dar cuanto antes algunos pasos para inquirir los motivos porque le prendieron, y auxiliarle en lo que pudiese. Con esta determinacion iba á salir, á tiempo que un desconocido le entregó un papel en la puerta de la calle, y, sin esperar la respuesta, desapareció. Subió á su cuarto, abrió la carta, cuya letra no conocia, y leyó lo siguiente. “Guárdate de las tramas de D. Onofre.—Tal vez un tribunal terrible te persigue. Quema luego este papel.” Quemó al momento la carta, puso orden en sus

cosas, trasladó otras á casa de un conocido, y como la conciencia de nada le remordía, se armó de valor para todo lo que pudiese sucederle. En seguida se informó, que su amigo estaba sin comunicacion en un calabozo del castillo, acusado de conspirar contra el gobierno. Esto era una calumnia fraguada por el vil D. Onofre. Durante aquel dia Reich no cesó de trabajar para buscar pruebas de la inocencia de su amigo, resuelto á presentarse al dia siguiente al Capitan General á pedirle una audiencia, y hacerle ver todas las infamias del viejo hipócrita.

Por la tarde tuvo el consuelo de recibir una carta de sus padres en que le mandaban letra abierta, y le suplicaban fuese á verlos cuanto antes. Contestoles sin pérdida de momentos, contándoles estensamente los motivos que le obligaban á permanecer aun por algun tiempo en aquella ciudad. Echó la carta al correo, recibió el dinero que juzgó podia necesitar, y se retiró á su posada. Su sueño no fue muy largo. Antes de la una de la noche ya se hallaba en poder de los esbirros de la Inquisicion, y metido en un subterráneo oscuro, húmedo y estrecho.

Diez días pasaron, y no se le había preguntado nada. Dos veces al día abría el conserje la puerta forrada de hierro de su prision para dejar sobre una tarima el escaso alimento sin responder á lo que el preso le preguntaba. Al undécimo día, que era martes, á las once de la mañana abrieron el calabozo, y dos personas vestidas de negro le llevaron por estrechos y tortuosos corredores, subiendo bastantes escaleras, á una sala, toda enlutada, sin otra luz que la que despedían seis cirios verdes puestos delante de un santo Cristo de grandor natural, que estaba en un dosel detras de unas cortinas. A la derecha de la imagen se levantaba una especie de tablado al cual conducían seis gradas, y sobre él se veían sentados cerca de una mesa, un fraile dominico con anteojos, y dos sacerdotes con sus vestiduras inquisitoriales. Debajo de ellos estaba el secretario con recado de escribir y una especie de proceso poco voluminoso sobre la mesa. Así que entró el preso y le pusieron los dos esbirros junto á un taburete, se retiraron á cierta distancia; levantose la cortina que cubría la imagen; al mismo tiempo un trueno sordo se sintió á lo lejos, y se oía el ruido del granizo que saltaba encima de las tejas.

Luego que se levantó la cortina arrodilláronse todos los que se hallaban en la sala. El fraile dominico dirigió una plegaria para que el Espíritu-Santo los iluminase antes de pronunciar su sentencia. Así que acabó el fraile volvieron á quedar todos en oracion mental. Pero ¡ó prodigio inaudito! El silencio pavoroso que reinaba en aquel temible salon fue interrumpido por estas palabras pronunciadas con firmeza por la santa imagen. “*¿Que vais á hacer, hombres seducidos? Temed mi cólera si condenais al inocente.*” Inmediatamente despues que se oyeron estas palabras un trueno espantoso, nuncio cierto de haber caido allí cerca un rayo, dejó aterrados á todos, y sin aliento para proferir una palabra.

El preso estaba tendido á lo largo sobre el pavimento, y los dos ministros fueron despavoridos á levantarlo. El fraile entonó en seguida el *Miserere*; concluido de rezar este salmo, se levantaron los tres Inquisidores, tuvieron una conferencia, llamaron al secretario, éste escribió cosa de medio pleigo, y despues de media hora, sin hacer ninguna pregunta al reo, pero encargándole el mayor secreto acerca de lo sucedido, mandaron á los dos ministros que le acompa-

ñasen hasta la puerta de la calle, y le dejasen libre.

Así que volvió la esquina vió que estaban apagando el fuego de la casa de D. Onofre, causado por el rayo que cayó poco antes en ella. Este accidente vino á confirmar en el concepto de los Inquisidores la inocencia de Reich, que no cesaba de dar gracias á Dios por verse fuera de las garras de aquellos Vampiros. No fue tan feliz su amigo, pues juzgado militarmente, se le condenó á presidio por el término de ocho años. Para colmo de desgracias, los compromisarios sentenciaron á favor de D. Onofre, absolviéndole de todo cargo, y elogiándole por el celo con que habia mirado por los intereses de su pupilo.

La buena fortuna de Pellicer quiso que no hubiese por entonces barco para conducirle al presidio de Cartagena, pues ocho dias despues de la sentencia llegó al Capitan General un real indulto de S. M. á favor de todos los reos de Estado, con cuyo motivo fue inmediatamente puesto en libertad. El abrazo que se dieron los dos amigos al encontrarse nuevamente, las lágrimas de alegría que derramaron, las cosas tiernas que se digeron, y el modo con que se

juraron una amistad eterna, ocuparia muchas páginas, y aun así no se podria dar al cuadro el vivo colorido del original. La pérdida de los intereses es lo que venia á atormentar á Pellicer, pues reducido á la pobreza, sin oficio, ni empleo juzgaba imposible la union que tanto apetecia con Margarita. “Aun queda un arbitrio,” le dijo Reich que oía con dolor las justas quejas de su amigo. “¿Que arbitrio?” contestó el amante.—“¿No dice el testamento que en caso de suscitarse alguna duda, se acuda á tu padre á que la resuelva?”—“Sí.”—“Pues acude á pedir justicia á un muerto, ya que los vivos son tan infames que te la niegan.”—“¿Estás en tu juicio?”—“Lo estoy: ten fé, el crimen será castigado y tu poseerás la mano de Margarita, así como posees su corazon: y por fin, si se pierde todo, de los dos mil duros que mis padres me han señalado de alimentos mil serán tuyos.” Pellicer dió un abrazo á su amigo; lloró de agradecimiento, y como estaba demasiado conmovido, se entregó á discrecion de él para dar los pasos convenientes con el obgeto de recobrar sus bienes perdidos.

Fueron en derechura á casa del compromisario que sostuvo lleno de honradez pero infruc-

tuosamente los derechos de Pellicer. Manifestáronle la idea que llevaban, y contestoles que esto solo serviría para producir gastos, y confirmar lo que sus compañeros habían resuelto. “Una voz que nosotros oímos en casa de D. Onofre, dijo el joven amante, me hace creer que no me abandonará mi padre en tan tristes circunstancias.” “En tal caso, replicó el comerciante, hágase la prueba, y si Vd. quiere yo le ayudaré en lo que pueda. El regente de la audiencia es primo y amigo mío, y consultaré con él, para lo cual será bueno que Vd. haga un memorial pidiendo lo que desea.” Pareció bien esta idea, hízose allí mismo el memorial al que acompañaba una copia legalizada de la parte del testamento necesaria para pedir se consultase al difunto en presencia de las partes interesadas y gran número de testigos, y el comerciante se fue á llevarlo á casa de su primo el regente. Era éste un hombre de mucha probidad y saber, y presto conoció que D. Onofre había abusado escandalosamente de la confianza que hizo de él, aquel cuyos restos se trataba de remover. Sentía el regente que se tuviese que acudir á una prueba tan falible, pero á fin de dar gusto al interesado, presentó el memorial

en la sala del acuerdo para que se resolviera. Hubo mucha diversidad de opiniones, se suscitó un gran debate, pero al fin las reflexiones del regente, y tal vez la rareza del espectáculo, arrastraron á la mayor parte á votar á favor de la peticion.

El dia 16 de Octubre, aniversario de la muerte de D. Manuel Pellicer estaba muy próximo y fue el que se escogió, sin ninguna deliberacion premeditada, para tomarle la declaracion. Diose parte á D. Onofre, el cual se habia retirado muy tranquilo á Mataró, á gozar del fruto de sus rapiñas. El deseo de casarse volvió á encenderse en su corazon, guarida de crímenes, y la pobre Margarita acosada por el viejo, estaba á punto de desesperarse, cuando llegó á poder de su amo, la orden por la cual se le intimaba que se presentase el dia señalado en las ruinas de la casa de campo, que fue de D. Manuel Pellicer, á quien se le iba á tomar una declaracion en forma. Mudósele el color de la cara á D. Onofre al leer este oficio, y dejándose caer en el sillón inmediato tocó la campanilla. Acudieron su hermana y Margarita, y le hallaron sudando de congoja, y como si le hubiera dado un accidente. Temblábanle las carnes, y

no queria responder nada. Al fin de una hora, y de darle caldos y jaropes empezó á serenarse un poco. Entonces fue cuando su conciencia le acusaba altamente, entonces cuando se acordó de las palabras que oyó un dia “ *Yo seré tu acusador,*” entonces cuando acabó de conven- cerse que la libertad de los dos jóvenes, y el rayo que cayó en su casa era todo obra del cielo. ¿Y quien sino un incrédulo se atreveria á pensar de otro modo?

Cada dia que pasaba venia á angustiar mas el espíritu de D. Onofre. Llegó la víspera:— su turbacion crecia por momentos; queria comer, pero no podia pasar un bocado, lo poco que tomó le hacia un peso enorme en el estómago. De buena gana hubiera entrado en una compo- sicion con su pupilo, pero el temor de que esto se tomase como una prueba de su usurpacion, le contuvo; ademas ya era tarde. Recogiose aquella noche á las diez: su sueño se interrumpía á cada momento. No pudiendo dormir, y sintiendo algun ruido á la puerta de la calle, pensando que eran ladrones, se levantó despues de dadas las doce; encendió una luz, la dejó en la mesa de la sala, y abrió con gran tiento el balcon. La noche estaba oscurísima, pero con

todo vió acercarse una figura descomunal, pues llegaba desde la calle hasta mas arriba de su balcon, cubierta con una túnica negra, y descubriendo el pecho enseñó el armazon de un esqueleto. "Abre la puerta," dijo el espectro. "Yo me guardaré bien de hacerlo," balbució D. Onofre entre dientes, y cerró el balcon á toda priesa, terriblemente agitado. Empezó á santiguarse, vió que tenia la llave de la puerta de la calle en su bolsillo, llamó á Margarita, vino ésta toda asustada y al volver juntos de la sala á la alcoba se encontraron con la misma figura que habia tomado la estatura conveniente para no tropezar con el techo. D. Onofre no podia concebir por donde habia entrado el espectro, que se apoyaba en un baston negro. Arrodillose el viejo, Margarita se retiró á un rincon, y el aparecido con voz sepulcral pronunció estas palabras. "Aquí me tienes, hipócrita. ¿Porqué turbas el reposo de mi sepulcro? ¿Porqué me obligas á comparecer mañana á deponer contra tí—á descubrir tus crímenes? Mas ya que así lo quieres, cúmplanse tus destinos. Lee ese papel y fírmalo."

Al acabar de hablar abrió un poco la tunica por delante del pecho y se vió que era un

esqueleto: luego con mano descarnada alargó el papel á D. Onofre; mas viendo que no lo recibia, por estar todo despavorido, levantó la voz el espectro, y le dijo. “Tómalo: yo te lo mando.” El viejo lo tomó, púsose en pie, y vió que el papel era negro con caracteres amarillos, solamente en la parte donde debia firmar D. Onofre habia un espacio blanco. Leyó, lleno de terror, el contenido; y resistiéndose á firmarlo: “Fírmalo,” gritó el terrible espectro. Al mismo tiempo, una voz que parecia bajar del cielo dijo claramente: “Yo, á quien no pueden engañar los hombres, te mando que lo firmes.” D. Onofre firmó el papel, cayó desmayado, y desapareció el espectro, dejando un olor fuerte y desagradable.

Esta vision nocturna trastornó toda la máquina del viejo: á los gritos de Margarita acudió la hermana de él, y en tanto que esta buena muger toda asustada asistia á su hermano, la otra fue á llamar á un médico vecino. Todas las puertas estaban cerradas, fue menester sacar la llave del bolsillo de D. Onofre. Vino el médico, le tomó el pulso, y le encontró bastante alterado; recetole unos cordiales, y fue llevado á la cama. El resto de la noche lo pasó con

mucho desasosiego. Por la mañana mandó decir que no podía asistir á la ceremonia de la exhumacion del cadáver por hallarse enfermo, y delegó sus poderes en un conocido vecino suyo, que vino á verle, para que acudiera en lugar de él al parage señalado.

Entre siete y ocho de la mañana salieron de Barcelona los dos amigos acompañados del comerciante compromisario, de un escribano, un oidor y varias personas, que movidas de curiosidad fueron con ellos deseosas de hallarse presentes á tal espectáculo. Llegaron á mediodía á Mataró, y después de descansar y tomar un ligero refrigerio, buscaron dos albañiles, y reuniéndose á esta comitiva el apoderado de D. Onofre, todos juntos se encaminaron al sitio donde se suponía debía estar enterrado D. Manuel Pellicer. Después de media hora de separar ruinas, y dar el hijo del difunto, las señas donde debía estar poco mas ó menos la caja, la hallaron algo descalabrada, y la pusieron sobre una mesa que trageron de la casa de campo mas cercana, con varias sillas y bancos.

Al aspecto del ataúd una especie de pavor se apoderó de los circunstantes, los mas serenos sentían cierto respeto que les obligaba á no

romper el silencio, que solo interrumpia con sus bramidos el mar agitado. Preguntó el Escribano si se habia de abrir el ataúd: el juez respondió que no, porque si el muerto tenia permiso de Dios para hablar, lo mismo hablaria estando cerrado, que al aire descubierto. En seguida púsose en pie el Escribano, y con voz que demostraba el miedo que tenia dijo de esta manera.

“ Señor D. Manuel Pellicer, que en paz descanséis, ¿ teneis algo que decir sobre vuestra testamentaria en la demanda que se sigue entre vuestro hijo D. Manuel Pellicer, que se halla presente, y D. Onofre Sanz, cuyo apoderado se halla tambien presente en este sitio ? ” Siguiose una ligera pausa, pero no hubo respuesta. El Escribano reiteró la pregunta, pero reinó el mismo silencio. Entonces mandó el Juez que se repitiese por tercera y última vez. Obedeció el Escribano algo mas animado, y al acabar la pregunta se oyó una voz sofocada que salió del féretro, y dijo, “ Sí. ” Aquí fue el temblar de todos, y arrimarse los unos á los otros, creyendo estar así mas seguros. El juez, aunque sorprendido, mandó que se pusiera por escrito la pregunta, y la respuesta, y dijo al Escribano que continuara

preguntando.—“ Señor D. Manuel Pellicer, que en paz descanséis, decid lo que tengais por conveniente sobre lo que se os ha preguntado antes.”—Pavoroso silencio.—Preguntó segunda vez el Escribano—ninguna respuesta; á la tercera vez oyose que decia—“ *Abrid la caja, y lo sabreis.*”

Al llegar aquí todos se miraban unos á otros haciéndose cruces. El juez mandó abrir la caja á los albañiles; obedecieron, y al levantar la tapa, el brazo derecho del difunto, que estaba levantado á la altura del hombro bajó con fuerza, y de su consumida mano, que vino á parar sobre el pecho, cayó un papel. Al ver esto los circunstantes echaron á correr, sin esceptuar el juez, ni los dos amigos. Los mas miedosos no pararon hasta Barcelona. Los otros se fueron acercando poco á poco, y formados en columna cerrada volvieron á su sitio. El juez mandó al Escribano que cogiese el papel y lo leyese en alta voz; obedeció, bien que renegando en su interior del que le nombró para semejante comision. Abrió el papel, y todos vieron ¡que horror! un pliego negro con caracteres amarillos, firmado con tinta negra por D. Onofre Sanz. En este momento acercáronse al Escribano

para oírle, y éste con balbuciente voz, leyó lo que sigue.

“ Yo, el abajo firmado, confieso á D. Manuel Pellicer, cuya alma está delante de mí ahora, que paran en mi poder los bienes que dejó á su hijo al nombrarme por testamentario suyo, y que ademas de dichos bienes tengo los intereses que han producido. Confieso otro sí, que para desembarazarme de mi pupilo D. Narciso Pellicer, le delaté á las autoridades militares de Barcelona como conspirador contra el gobierno actual. Item mas, confieso que delaté sin justa causa al santo Tribunal de la Inquisicion á D. José Reich, para que así no tuviese el referido Pellicer, quien se interesase por él. Doy la presente certificacion firmada de mi propio puño en mi propia casa, y á peticion del alma de mi antiguo amigo, para los fines que convenga, á la una de la noche del dia martes 16 de Octubre de 1714. — firmado — Onofre Sanz.”

No es fácil explicar el terror y la sensacion que causó la lectura de este papel. En seguida el Juez mandó al Escribano que preguntase al difunto si tenia que decir algo mas. Al observar

que no respondió nada á la tercera vez, dispuso que se volviese á cerrar el féretro, y que el Escribano tomase allí mismo declaracion jurada á los que se hallaban presentes, de cuanto habian visto y oido. Hecho todo esto, D. Narciso Pellicer suplicó al Juez, que se llevase el cadaver á una iglesia de Mataró para ser enterrado en parage sagrado, supuesto que la capilla estaba arruinada. No mostrando inconveniente para ello, buscaron un carro, pusieron en él la caja, fueron todos juntos al pueblo, y entrando en una iglesia le dieron sepultura. Despues de esto, el Escribano, pasó á casa de D. Onofre con su apoderado, á saber si era la firma suya la que estaba en aquel pliego negro, pues con dificultad podia leerse. El viejo, que estaba en cama, confesó que era su firma; pero su susto fue tan grande que quedó muerto al parecer. El médico, que se hallaba allí, le administró todos los auxilios del arte, y consiguió que recobrara el uso de los sentidos. Su enfermedad empezó á agravarse, al tercer dia en un momento en que estuvo mas sereno, mandó llamar á un religioso, y á un Escribano, y delante de ellos y de dos testigos mas hizo esta declaracion.

“ El término de mi vida se acerca por mo-

mentos: luego tendré que presentarme ante el tribunal de Dios, á quien no se puede engañar como á los hombres. Cuanto contiene el fatal pliego negro, firmado por mí, es cierto. Solo deseo que D. Narciso Pellicer me perdone. En el testamento, que se estenderá ahora, declararé todo lo que es suyo; pues lo mio pienso dejarlo á mi hermana, y ademas una cantidad para volver á reedificar la casa de campo y la capilla, que se destruyeron por causa mía. Tambien quiero dejar á Margarita un dote de cuatro mil duros."

Hecha esta declaracion se estendió el testamento, y preparose á morir con muestras de verdadero arrepentimiento. Todavia vivió quince dias, al fin de los cuales murió á los setenta años de su edad. Con arreglo á su declaracion Pellicer recibió la herencia que le correspondia, toda ella en dinero, pues las haciendas se habian vendido. No quiso que se redificase la casa de campo, pero sí una capilla ó hermita. Entre los papeles de D. Onofre se hallaron varios documentos falsos con que engañó á los compromisarios, de modo que los que votaron á favor de él se apoyaban en ellos.

Después de un mes de todos estos sucesos, que dieron mucho que hablar en Barcelona y otras partes, Pellicer dió el anillo nupcial á Margarita : pasados algunos días, los dos esposos, acompañaron á su amigo Reich á Elche, donde sus padres recibieron á los tres con todas las demostraciones de un verdadero júbilo. Medio año vivieron allí juntos. Pellicer dejó en casa de Reich á Margarita, y volvió á Cataluña á acabar de arreglar sus negocios. En seguida fue á cumplir la palabra al pueblecito Español, en la frontera de Francia, donde tan generosamente le asistieron cuando pasó por allí herido y prisionero, y pasados unos días se reunió con su esposa. Al fin de veinte y seis años, habiéndose muerto su íntimo amigo Reich y sus padres, no pudiendo vivir en unos lugares que le recordaban á cada paso la pérdida de su amigo, trasladó su domicilio á Livia, donde vive con su familia felizmente.

Veamos ahora cómo explica el mismo D. Narciso Pellicer, que es el que escribió la rela-

cion que antecede, lo que á muchos lectores habrán parecido cosas sobrenaturales.

Hijos y nietos míos, pues para vuestra instruccion y entretenimiento escribo esto, los prodigios que habeis leído, dejarán de serlo al deciros que fueron efecto del *ventriloquismo*. Mi amigo Reich era ventríloquo. A la edad de veinte años es cuando notó con gran sorpresa suya, que podia imitar naturalmente diversas voces, ya lejanas, ya inmediatas, á veces como si bajasen del cielo, otras como si saliesen de un subterráneo, ó de dentro de una caja cerrada, con tal perfeccion, que mas de una vez pegó lindos chascos. Pero dotado de prudencia y perspicacia, previó que este don de la naturaleza podia serle alguna vez util, y tambien funesto en un pais como el nuestro, en donde pudo haberle costado caro, siendo con falso celo acusado á la Inquisicion; pues entonces no habia publicado aun nuestro famoso Feyjoó su teatro crítico, ni este sabio Español al hablar años despues de los Ventríloquos se estiende sobre esta materia como suele hacerlo en todas las demas, y como merecia el asunto.

Cuando yo conocí á Reich, y le hice la pintura de mi tutor, y el modo con que estaba

dispuesto el testamento, traslució que podría llegar el caso de tener que hacer uso de su facultad ventríloqua á favor mio; pero no me dijo nada, ni nunca supe yo su habilidad hasta que él salió de la Inquisicion, haciendo creer á los Inquisidores que habia hablado el santo Cristo. La casualidad de una tronada en aquel mismo momento, y la caida del rayo tan oportunamente corroboró, lo que pareció un milagro, acerca de lo cual guardaron los Inquisidores, y mandaron guardar el mayor secreto. El mismo Reich fue el que imitó en casa de D. Onofre la voz misteriosa; la primera vez, cuando fuimos á verle recién llegados; y la segunda, el mismo dia por la noche que entramos á escondidas por hablar con Margarita, en cuyo cuarto estuvimos ocultos hasta que se hizo mas tarde.

Después de salir yo indultado, supe que D. Onofre habia recibido una carta para mí de Alemania de un oficial austriaco, amigo mio, en que me hablaba con bastante libertad contra el Gobierno. D. Onofre tuvo la bajeza de presentar esta carta, y el consejo de guerra, que se componia de partidarios exaltados de la casa de Borbon, me condenó á presidio. Tambien

averiguamos que Reich fue delatado á la Inquisicion por el mismo tutor mio, suponiendo que habia vertido proposiciones contrarias a ciertos artículos de nuestra santa Religion, y que tenia libros prohibidos. Lo único que habia de cierto era esto último, pero Reich tuvo cuidado de esconderlos cuando recibió el billete, que por persona segura, y con letra fingida le mandó Margarita, á quien su amo confió á medias lo que acababa de hacer.

Cuando se trató de exhumar el cadaver de mi padre me reveló mi amigo, que así como habia logrado salvarse de la Inquisicion, podria hacer creer que hablaba el muerto, y á fin de imponer mas á los que se presentasen á aquel acto tan sério, y dar todas las apariencias de un prodigio sobrenatural, premeditó el lance de la aparicion. Para este efecto, unos dias antes fuimos á Mataró, y por tres noches consecutivas estuvimos los dos solos apartando escombros hasta tropezar con el ataúd: abrímoslo, y mi amigo puso con disimulo en la parte de la sangría del brazo derecho del difunto un pedazo de hierro elástico, y puesta la tapa ligeramente y cubriendo con ladrillos el ataúd, nos fuimos á

Mataró. La noche de la aparicion, mi amigo pintó de negro un pliego de papel, y escribió con ocre amarillo lo que se ha visto; y á fin de que hubiese lugar para la firma dejó sin pintar de negro un pequeño espacio. Al anochecer se metió Reich en casa de D. Onofre, pues Margarita estaba en el secreto. Así que llegó la hora, yo, que sabía andar muy bien en zancos, me arrimé al balcon, hice ruido, y me retiré; cuando el viejo abrió el balcon caminé ácia él, y le dije que me abriera. Abriese ó no abriese sabía yo que mi amigo haria en seguida el papel que le tocaba. El lector está instruido del modo que lo egecutó. Ambos nos habiamos puesto una especie de coraza que imitaba un esqueleto, con la cara y las manos pintadas.

Luego que mi amigo recogió el manuscrito, se quitó el disfraz, y descolgándose por la ventana del cuarto de Margarita vino á donde yo le esperaba, habiendo echado yo mis zancos á un pozo, hecho pedazos la coraza, y doblado la túnica. Sin perder instantes fuimos á las ruinas, mi amigo puso el pliego negro en la mano derecha de mi padre, y cerró la caja con unos clavos, de modo que la elasticidad del hierro

comprimido con la tapa debería figurar el movimiento del brazo. Despues sepultamos entre las ruinas la caja lo mejor que pudimos. Los dos de la mañana eran cuando acabamos esta operacion. Un criado, á quien hicimos creer que estábamos enamorados de unas muchachas de Mataró, en lo cual yo no mentia, nos esperaba con buenos caballos en el punto que le señalamos. Corrimos á Barcelona á donde llegamos á tiempo que se abrian las puertas, y fuimos á nuestra posada. Una hora despues volvimos á salir para ir á reunirnos en casa del Juez con el Escribano y demas gentes que quisieron asistir al espectáculo. Lo demas no necesita esplicacion.

Mucho sentí verme obligado á hacer todas estas cosas; que confieso se me resistian: pero el deseo de recobrar los bienes usurpados, y el amor que tenia á Margarita, unido a la intrepidez de mi amigo Reich, y á sus consejos, me decidieron á hacer lo que sin tan poderosos motivos nunca hubiera hecho. No fué mi ánimo causar la muerte de D. Onofre, pues aunque se portó tan mal conmigo, no era yo vengativo hasta el punto de desear que se muriese, y mucho

menos cuando ya habia conseguido lo que deseaba, que era la herencia de mi padre.

Hijos mios, no creais en apariciones, ni duendes; poco mas, poco menos, todos los casos que se cuentan son tan naturales como el que os acabo de referir.

FIN.

LONDRES:
IMPRESO POR CARLOS WOOD,
Poppin's Court, Fleet Street.



ADVERTENCIA.

EL SR. ACKERMANN, de Londres, ha formado en Megico, y confiado a su hijo D. JORGE ACKERMANN y a su amigo D. JUAN HENRIQUE DICK un establecimiento de Libreria y obgetos de Bellas Artes.

El ramo de Libreria que el SR. ACKERMANN despacha comprende una vasta coleccion de libros ingleses y españoles, publicados por él mismo en Londres. Las obras españolas han sido escritas con el espreso designio de que circulen en America y todas ellas tienen por obgeto la propagacion de los conocimientos útiles, bajo la salvaguardia de la Religion y de las buenas costumbres.

Los renglones de Bellas Artes que se despachan en el establecimiento del SR. ACKERMANN abrazan un gran numero de estampas de todo genero de asunto y grabado, y un completo surtido de colores, pinceles, lápices, tintas, papel, paletas, y demas obgetos, materiales e instrumentos necesarios y útiles al

ADVERTENCIA.

cultivo de las Bellas Artes. La enumeracion de estos diferentes articulos no ha podido entrar en los límites de este Catálogo. Será conveniente que los Srs. Profesores y aficionados acudan al establecimiento mismo, donde podran examinar la coleccion en todos sus pormenores. El obgeto del SR. ACKERMANN es propagar en estos paises la aficion a las Bellas Artes, convencido de ser el dibujo, en todos sus ramos, el ausiliar mas poderoso de toda especie de manufactura, y obra mecánica, ademas de las grandes ventajas que ofrece a la educacion de las personas de todo rango. Los artesanos y fabricantes no podran sobresalir en los ramos que cultivan, sino es por medio del dibujo, al cual deben la Francia y la Inglaterra los admirables progresos de su Industria.

El establecimiento del SR. ACKERMAN se encarga de hacer venir de Europa en comision toda clase de libros, máquinas, producciones artisticas, instrumentos, enfin todos los obgetos que se le demanden, y que esten en relacion con los ramos de su comercio.



OBRAS ESPAÑOLAS.

PUBLICADAS POR EL SR. ACKERMANN,

QUE SE HALLAN

EN SU REPOSITORIO DE ARTES, STRAND, LONDRES,

Y EN SU ESTABLECIMIENTO DE MEGICO.

EL MENSAGERO, por D. JOSE BLANCO WHITE.
Los Numeros salidos hasta aora.

MUSEO UNIVERSAL de Ciencias y Artes, por
J. J. DE MORA. Los Numeros salidos hasta aora.

NO ME OLVIDES, Coleccion de Composiciones
en prosa y verso por J. J. DE MORA. Cada año á
principios de Enero se publica un tomo de esta Co-
leccion, adornado con exelentes laminas.

VIAGE PINTORESCO a las Orillas del
GANGES y del **JUMNA**, en la India, con 24
Estampas, un Mapa y Viñetas, y la esplicacion en
Castellano.

CARTAS sobre la **EDUCACION** del **BELLO
SEXO**, por una Señora Americana.

GIMNASTICA del **BELLO SEXO**, con 11
estampas finas.

EL ESPAÑOL, por **BLANCO WHITE**; toda la
Coleccion.

OBRAS ESPAÑOLAS.

TEOLOGIA NATURAL, o Pruebas de la Existencia y de los Atributos de Dios, por PALEY, traducida por el Dr. D. J. L. DE VILLANUEVA.

LA GASTRONOMIA, o los Placeres de la Mesa. Poema en Cuatro Cantos, traducido del Frances, por D. JOSE DE URCULLU. Segunda Edicion, corregida y aumentada.

GRAMATICA INGLESA, dividida en 22 Lecciones, por D. JOSE DE URCULLU.

CATECISMO DE GRAMATICA LATINA, por J. J. DE MORA.

ELEMENTOS de la CIENCIA de HACIENDA, por D. JOSE CANGA ARGUELLES.

OBRAS LIRICAS de D. LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

OBRAS POSTUMAS de D. NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

MEMORIAS de la REVOLUCION de MEGICO, y de la Expedicion del General Mina. Escritas en Ingles por ROBINSON, y traducidas por J. J. DE MORA, con el Retrato de Mina y un Mapa.

DESCRIPCION ABREVIADA del MUNDO. Dos Volúmenes que comprenden la Descripcion de Persia, con 30 Laminas iluminadas; escrita en Ingles por F. SHOBERL, y traducida al Español por J. J. DE MORA.

NOTICIAS de las PROVINCIAS UNIDAS del RIO de la PLATA, por D. Ignacio Nuñez. Esta obra contiene un cuadro historico de la ultima revolucion de Buenos Aires, una coleccion de datos estadisticos sobre aquellas provincias, y algunos documentos oficiales sumamente interesantes. Con un Mapa de las Provincias Unidas. 1 Volumen en 8vo.

OBRAS ESPAÑOLAS.

CATECISMO de GEOGRAFIA.

- _____ QUIMICA.
- _____ AGRICULTURA.
- _____ INDUSTRIA RURAL Y ECONOMICA.
- _____ HISTORIA DE LOS IMPERIOS ANTIGUOS.
- _____ HISTORIA DE GRECIA.
- _____ HISTORIA ROMANA.
- _____ HISTORIA DEL BAJO IMPERIO.
- _____ ASTRONOMIA.
- _____ LA LENGUA CASTELLANA.
- _____ ECONOMIA POLITICA.
- _____ MITOLOGIA, por D.J. DE URCELLU.
- _____ ARITMETICA COMERCIAL, por el mismo.
- _____ MORAL, por el DR. D. J. L. DE VILLANUEVA.

Están en prensa el CATECISMO DE GEOMETRIA. Sucesivamente se iran publicando los Catecismos de todas las Ciencias y Artes.

EL TALISMAN, cuento del tiempo de la CRUZADAS, por el Autor de Waverley, Ivanhoe, &c. Traducido al Castellano, con un discurso preliminar. 2 tomos en 8vo.

RECREACIONES GEOMETRICAS, con Laminas y una Cajita que contiene Figuras de Madera, por D. José de Urcullu.

RECREACIONES ARQUITECTONICAS con Laminas y una Cajita que contiene Figuras de Madera, por D. José de Urcullu.

OBRAS ESPAÑOLAS.

MUESTRAS de LETRA INGLESA, en 4 cuadernos.

TRAGES de BODA de las Principales Naciones de la Tierra.

HIMNO a BOLIVAR, poesia de J. J. DE MORA; musica del Caballero Castelli.

HIMNO a VICTORIA, por los mismos.

HIMNO a BRAVO, por los mismos.

NO ME OLVIDES, Cancion por los mismos.

LA MARIPOSA, Cancion por los mismos.

AMOR ES MAR PROFUNDO, Bolero a duo, por los mismos.

EL PESCADOR, Cancion por los mismos.

TRIUNFO de la INDEPENDENCIA AMERICANA, Estampa Alegorica.

EXPLICACION.—El genio de la Independencia Americana, coronado por manos de la Prudencia y de la Esperanza y llevando en las suyas el simbolo de la Libertad, empieza su carrera triunfante. Seis caballos tiran de su carro, en representacion de las Republicas de MEGICO, GUATEMALA, COLOMBIA, BUENOS AIRES, PERU, y CHILE. La Templanza y la Justicia los dirigen. Los Genios de las Artes, y de las Ciencias adornan este grande e interesante espectáculo, en tanto, que la Abundancia y el Comercio ofrécen, con el emblema de la Eternidad y de la Union, el feliz presagio de la suerte futura de America.



